

ADRIAN J. WALKER

Corre
HASTA
el fin del
MUNDO

PLAZA  JANÉS

ADRIAN J. WALKER

CORRE
HASTA EL FIN
DEL MUNDO

Traducción de
Raúl García Campos

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A Debbie,
Bailey y Joseph*

Creencias

Las creencias son extrañas. Certezas sobre cosas inciertas. Como las mías, por ejemplo. Creo que hay tumbas en el campo que linda con mi casa. Todas las mañanas me detengo junto a la valla y miro las tres cruces atadas que se alzan torcidas frente al mar, y creo saber quiénes están enterrados debajo.

Pero no estoy seguro. Por lo tanto, me limito a suponerlo. Imagino que podría exhumar los restos, pero, a mi modo de ver, esa pequeña aventura solo podría terminar de dos maneras, y ninguna de ellas me resulta especialmente atractiva. Además, si tienes que ir por ahí abriendo tumbas para convencerte de que conservas el juicio intacto, tal vez sea porque en realidad ya lo has perdido.

Esta casa, y el acantilado al que se aferra, se está derrumbando. Creo que llegué aquí por un camino cubierto de lodo, que alcancé después de subir unas escaleras que partían desde una playa desierta, que nadé hasta esa playa desde un pequeño bote y que me quedé allí sentado, tiritando, bajo una tormenta inminente, viendo cómo el bote se alejaba por donde había venido. Creo que llegué a ese bote después de recorrer una serie de caminos que atravesaban un país devastado, barrido por las aguas y abrasado hasta el punto de que ya solo quedaba la roca desnuda. Creo que no estaba solo.

Mis recuerdos se proyectan de este modo hacia el pasado, tenues como filamentos, una cadena de llamas titilantes unidas entre sí. Unas arden vigorosas y centelleantes; otras, reducidas a un tímido resplandor.

La distancia que separa dos puntos de tu vida, sean cuales sean, es a menudo extraña e insondable, un dédalo de azar y tedio. Pero algunos puntos

parecen tener conexiones más sencillas, incluso cuando están muy lejos el uno del otro, como si estuvieran conectados por rutas directas que circundasen el transcurso normal del tiempo. Recuerdo cosas que ahora carecen de sentido, episodios de mi pasado que parecen haberle sucedido a otra persona. En cambio, algunos acontecimientos ocurridos hace muchos años parecen empeñados en seguir resonando. Puedo oler el perfume de Beth en aquella fiesta tan concurrida y percibir la calidez de su rodilla cuando la apretaba con picardía contra la mía, diciéndome que aquello nos llevaría más allá, que a partir de entonces su rostro pasaría a formar parte de mi vida. Aún oigo el ruido metálico y los chirridos de la cama del hospital cuando me pusieron en los brazos a Alice; aún siento los ojos desbordados de lágrimas, el pánico que me oprimía el pecho mientras Beth respiraba aliviada con las últimas contracciones.

Aún puedo sentir el sol del verano inglés, oler la hierba cálida que acariciaba mi rostro juvenil, oír la voz de mi madre cuando me llamaba bajo el zumbido amortiguado de un avión monomotor.

Creo lo que creo para que la vida se me haga menos aterradora. Eso son las creencias, historias que nos contamos para dejar de tener miedo. Las creencias tienen poco que ver con la verdad.

No sé. Las creencias, los recuerdos, el miedo... Todas esas cosas te contienen, te abruman, te paralizan. Y yo necesito ponerme en marcha. Necesito dejar de pensar en esto. Eso es lo que diría Harvey: «Deja de pensar, sigue adelante». Pero es difícil dejar de pensar cuando solo estás tú, una vela y una vieja casa en la costa deteriorada de un país en ruinas. Quizá por eso lo estoy plasmando por escrito, para poder dejar de darle vueltas y ponerme en marcha.

Necesito saber cómo empezar. Y creo que lo mejor será que empiece por el final.

Fin

Oí que me llamaban por mi nombre. Una vez, dos, y a continuación una tercera vez, más alto. Me desperté sobresaltado. Estaba sentado, con los brazos cruzados y entumecidos a causa de la inactividad. El ambiente estaba cargado de ruidos y ajetreo. Gritos, colores difusos, algo que tiraba de la pernera de mi pantalón. Me esforcé por espabilarme. Alguien de rostro rubicundo me miraba con apremio, gritándome.

—¡Ed!

Carraspeé, despegué los labios e intenté restaurar la humedad del pozo hediondo que era mi boca. Poco a poco mis ojos enfocaron a Beth. Ella suspiró, me miró de arriba abajo y sopló para apartarse el tirabuzón húmedo que bailaba sobre su frente. Una vaga mezcla de decepción y asco ensombreció su gesto.

—Vigila a Arthur —ordenó. Fruncí el ceño—. Nuestro hijo —me recordó—. Tu heredero. —Replegó los labios al pronunciar esta última palabra. Miré a Arthur, que escalaba por mi pierna y abría mucho los ojos mientras se disponía a cerrar su dentadura sobre mi rodilla—. Me llevo a Alice al tobogán grande.

Era sábado por la tarde, el día antes de que ocurriera. Yo tenía una resaca de órdago por las cervezas que me había tomado después del trabajo y estábamos en el Cheeky Monkeys, tal vez el peor sitio en el que estar en esas condiciones. El Cheeky Monkeys era un inmenso parque infantil cubierto, repleto de gigantescas estructuras para escalar de gomaespuma. También había redes, toboganes de plástico y, sobre todo, niños. Había al menos un

centenar, con la energía a tope, trepando, reptando, gateando y aullando por las escaleras, por los puentes colgantes y por el laberinto acolchado. Los padres los seguían, serpenteando con torpeza a cuatro patas bajo la pestilencia caliente de sus retoños como almas condenadas que penasen por algún reino infernal olvidado. Algunos, aquellos que se habían librado por un tiempo de este castigo, se reunían en grupos para tomar té y bebidas energéticas; las mujeres con ojeras compartían chascarrillos entre risas estridentes mientras un puñado de hombres sonreían como bobos y se apresuraban a sacar fotografías de sus pequeños con los móviles, abombando con sus barrigas unas camisetas diseñadas para adolescentes.

También había hombres sentados en un rincón, como yo, intentando digerir las nueve pintas de rubia fuerte que seguían circulando por un estómago vacío.

Recogí a Arthur, me levanté y al instante me asaltó un mareo que me obligó a apoyarme en la mesa de tres madres adolescentes que me miraron con desagrado. Una de ellas chasqueó la lengua. Mascullé alguna disculpa, me aparté de ellas tambaleándome, dejé a Arthur en la sección de bebés y volví a hundirme en mi asiento entre jadeos. Lo observé con atención. Miró a su alrededor durante unos instantes, se acercó gateando a otro crío e inició una disputa muda por un martillo de plástico. Una niña chilló cuando uno de sus hermanos, un pequeño de rostro colorado, la tiró de cabeza de un puf. Dondequiera que mirase veía algún tipo de conflicto, niños discutiendo, intentando delimitar sus territorios, pequeñas almas en colisión. Todo aquel ruido y aquel clamor; el inicio de la vida decidida a perpetuarse; una lucha. Mientras me esforzaba por contener los ácidos gástricos, contemplé el panorama y me pregunté lo que cualquier hombre podría preguntarse en un momento dado de su vida: «¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?».

La realidad era que tenía treinta y cinco años y me sentía atrapado. Me

consideraba a mí mismo (Edgar Hill, marido, padre de dos niños pequeños, propietario de una vivienda, inglés, empleado a tiempo completo de una gran empresa egoísta, cuyo nombre desaparecería para siempre de las paredes de sus oficinas bajo el calor de las llamas) el producto de un entorno enfermizo, de una civilización para la que ya no quedaba esperanza. Todos los días me preguntaba cómo habíamos llegado a este punto. Parecía una broma, un sinsentido. ¿Cómo podíamos cuidar del planeta si ni siquiera sabíamos cuidar de nuestros países, de nuestros pueblos, de nuestras comunidades?

De nuestras familias. De nosotros mismos.

De nuestros cuerpos. De nuestras cabezas.

Me quedaba media vida para llegar a esa edad en que es normal sentirse apático, indiferente, amargado y confuso, y aun así me sentía de esa manera cada minuto de cada día. Padecía sobrepeso. Comía raciones dobles, bebía en vaso grande, rehuía el ejercicio. Me estaba hinchando como un globo olvidado en la boquilla de una bombona de helio. El mundo me dejaba perplejo; cada día estaba envuelto en una neblina de confusión. El trabajo me sacaba de quicio. Mi matrimonio me daba vértigo. Y mis hijos... En fin... Yo no era precisamente el padre más implicado. Cubría el expediente sin problema, pero digamos que se pueden encontrar multitud de cosas urgentes que hacer por la casa y que resulta asombroso lo mucho que a veces se puede tardar en volver de tirar la basura. No me malinterpretes, quería a mi esposa y adoraba a mis hijos, pero eso no implica que fuese feliz. Para mí, por lo menos entonces, ser marido y padre equivalía a estar al mismo tiempo exhausto y aterrorizado. Era un hombre que caminaba por el borde del precipicio con los ojos cerrados por el agotamiento.

Quiero a mi esposa. Adoro a mis hijos. Hay que tener cuidado con los tiempos verbales cuando se acaba el mundo.

Más tarde, tras el infierno vivido en el Cheeky Monkeys, montamos en el

coche y regresamos a casa por una carretera reluciente por el calor. El cielo tenía ese lustre radiante e incoloro que solo se ve en las ciudades durante el verano. El tráfico se había triplicado con el buen tiempo. Nos quedamos atascados en una glorieta y por la ventanilla abierta podía ver cómo un coche tras otro accedía a ella bloqueándonos el paso. Era un desfile constante, sin fin. En el asiento trasero Alice gritaba algo acerca de una injusticia mientras Beth, con el cuerpo retorcido hacia atrás desde el asiento del copiloto, intentaba aplacarla. Arthur decidió estallar también. Las bocinas bramaban a mi espalda para que siguiera adelante, pero no tenía espacio para avanzar. Permanecí allí, impotente, mientras los coches se amontonaban detrás de mí. El griterío de los niños subió en intensidad y podía palpar la crispación de Beth. Los coches seguían pasando a toda prisa frente a nosotros, sin cesar, una riada de almas que se escurría por el parabrisas. El tropel de vehículos se difuminó ante mis ojos y dejé que el estruendo de las bocinas, los motores y los gritos se fusionaran, hasta que todo a mi alrededor se transformó en un caleidoscopio de color y ruido. Cerré los ojos y vi la tierra desde el cielo, la biosfera extendida en torno a su superficie como una película de celofán y la humanidad, como la mayonesa, atrapada en su interior. Bacterias, fango; una creciente masa sin rumbo.

—¡Ed! ¡Venga! ¡Sal ya!

—¡Mami!

Me puse en marcha, el coche se caló, un BMW X5 se detuvo con un chirrido de neumáticos a escasos milímetros de nuestro capó y la demoníaca conductora de gesto iracundo y cabello rubio platino empezó a gritar y a aporrear el salpicadero con las manos. Su marido agitó un puño contra mí, vociferando su desprecio con una boca llena de materia grasa de animal muerto. Más cláxones, más gritos. Levanté la mano a modo de disculpa y seguí adelante.

Lo cierto es que estaba cansado de todo. Estaba cansado del griterío y del estrépito de un mundo que cada día tenía menos sentido y de una vida que había hecho de mí lo que había querido. Lo cierto es que el fin del mundo, al menos para mí, supuso un alivio.

Tal vez esto pueda sonar cruel o egoísta. Todas aquellas personas, todo aquel horror, toda aquella muerte. Sin embargo, ¿me ocurría solo a mí? ¿No sentiste tú lo mismo? ¿No percibiste tú también el suspiro colectivo, el mundo quitándose un peso de encima? ¿No experimentaste cierto placer al enterarte de que el espectáculo había terminado, de que no teníamos por qué seguir alargándolo?

Puede que solo me ocurriera a mí, y supongo que es justo decir que entonces no me encontraba en mi mejor momento. Lo estaba pasando mal. Pero seguía adelante, ¿no? Seguía abriéndome camino con torpeza, poniendo un pie delante del otro a tientas, observándolo todo, inflando mi rostro sebooso con todo, frunciendo el ceño por todo, deseando ver cómo desaparecía todo.

Lo cual, por supuesto, terminó por suceder.

No sabría decirte exactamente qué ocurrió. Fue cuestión de una semana. En una semana el país pasó de la bendita apatía de una ola de calor, a través de una preocupación superficial, a un territorio nuevo e incógnito de peligros, amenazas, pánico y, por último, olvido. No tiene ninguna lógica si lo piensas. Quiero decir, alguien debía saberlo con antelación, debía saberlo. Si somos capaces de observar las estrellas que mueren en el otro extremo del universo y enviar un robot a Marte (que ahora se estará preguntando a qué se debe tanto silencio), seguro que también podía preverse algo así.

Quizá esos estudiantes de astrofísica alemanes estuvieran en lo cierto. ¿Cómo se hacían llamar? Los Vigilantes, creo, o algo así. Nunca estuve muy

metido en las redes sociales (tantas peticiones de darle «me gusta» a esto, de compartir lo otro, de validarse, de enviar risas, de prestar apoyos, de actualizar una cosa o de renovar la otra... Sencillamente no lo soportaba), así que no puedo entrar en pormenores, pero más o menos un año antes de que ocurriera, los Vigilantes anunciaron en Twitter que habían detectado algo extraño, algo que no debería estar allí. Estaba aquella imagen famosa que publicaron de Saturno con alguna zona borrosa en los anillos, y aquella otra de una mancha oscura sobre una de las lunas de Júpiter. Todo el mundo en internet estaba expectante. La NASA se limitaba a ofrecer respuestas secas y concisas, pero se intuía que algo no marchaba bien. Algunas celebridades decidieron implicarse e intentaron obtener el respaldo de la comunidad científica para que corroborase lo que habían descubierto. La NASA siguió sin pronunciarse, y después el mutismo fue absoluto. Más tarde surgieron las teorías conspirativas, que pronto cayeron en el olvido. Supongo que porque había empezado una nueva edición del puto *Gran Hermano*.

Pasó un año y llegó una ola de calor que se convirtió en el único tema de conversación. Y después todo sucedió muy rápido. Los supervivientes siempre recordarán esa semana. En Escocia, cada vez que sale el sol se convierte en noticia de portada de los periódicos, de modo que aquel lunes (el último antes de que ocurriera) las primeras páginas se llenaron de sonrisas, minifaldas y biquinis. La única noticia de verdad era la amenaza poco seria que suponía la prohibición de usar las mangueras. El miércoles comenzó a apreciarse un nuevo trasfondo en los titulares, algo extraño y lejano que no tenía nada que ver con el calor. Las noticias de los informativos se narraban de una forma tan inconexa y deslavazada que la gente hablaba más de las equivocaciones que de los hechos que pretendían comunicar: que algo muy malo podría estar a punto de pasar.

Nos reíamos. Nadie se lo terminaba de creer. Era verano, hacía calor; tenía

que tratarse de una tomadura de pelo, de algún tipo de broma organizada por un *reality* de televisión. Eso era lo que la gente decía: «Es una broma». Creo que en los supermercados llegaron a entrar algunos grupitos de graciosos que se hacían pasar por compradores aterrorizados, pero casi nadie entendió de verdad qué estaba pasando. Somos idiotas. Criaturas incrédulas que hemos aprendido a no tenerle miedo a lo que se esconde en el armario. Necesitamos ver al monstruo suelto por la habitación antes de empezar a gritar.

El monstruo de desató el domingo. Apareció aquel titular escalofriante, aquellas dos palabras contundentes y terribles, en mayúsculas, negro sobre blanco. Y ese fue el momento en que finalmente lo pillamos, ya sin tiempo para prepararnos.

No quiero decir que a mí me pareciese bien o que no me pareciese una tragedia. Solo digo que, a mi juicio, nos lo teníamos merecido. Hacía mucho tiempo que nos lo merecíamos.

No sé qué ocurrió. Quizá los líderes mundiales lo sabían, quizá no. Quizá no disponían del telescopio adecuado, quizá aquellas cosas eran demasiado pequeñas para detectarlas o para rastrearlas. O quizá, solo quizá, se dieron cuenta de que estábamos jodidos. Quizá supieron que no había escapatoria y querían que siguiéramos disfrutando de los últimos meses de normalidad que nos quedaban. No creo que sea una mala idea.

El hecho es que no lo sé. Lo único que sé es que en un momento estás viendo cómo tu hija de tres años gatea por las tuberías acolchadas y al siguiente la estás arrojando al sótano y apresurándote a cerrar la trampilla.

Lo único que sé es que el fin, al final, llegó del cielo.

Aquel domingo me desperté tras un sueño largo y agitado con unas vacas como protagonistas. Había un pequeño rebaño atrapado en un corral,

desesperado por escapar, hasta el punto de que los animales intentaban saltar los unos sobre los otros. A su alrededor había cuatro o cinco hombres calvos vestidos con batas blancas y con un sujetapapeles en las manos, observándolas y azuzándolas mientras tomaban notas. Las vacas estaban cada vez más asustadas, hasta que una de ellas profirió un gutural y ensordecedor mugido que a punto estuvo de hacerme caer de la cama. El bramido continuó resonando en mi cabeza mientras parpadeaba en la penumbra y me esforzaba por apaciguar mi corazón.

Miré el reloj. Eran las cinco de la madrugada y el agudo llanto de Arthur perforaba la pared de la cabecera de nuestra cama. Beth gruñó y me dio un codazo en las costillas. Arthur seguía tomando el biberón por la noche y despertándose muy pronto, de manera que me tocaba a mí, era lo que podía aportar. Cuando nació su hermana mayor, Alice, le dejé muy claro a Beth desde el principio que era yo quien tendría que madrugar para ir al trabajo, que era yo quien más necesitaba dormir, de modo que no, en absoluto podría ayudarla con las tomas nocturnas. No creo que sea el primer hombre que recurre a esta excusa. Es una forma bastante común de escurrir el bulto, de disfrazar muy convenientemente lo que el trabajo significa en realidad para muchos hombres, es decir: una silla cómoda, té y café, galletitas, comida apetecible, conversaciones para adultos, alguna que otra chica guapa a la que desnudar con la mirada, pasar el rato en internet, retretes independientes donde echar una siestecita sin que nadie se entere. Trabajo. Nada que ver con quedarse en casa dando el pecho a un recién nacido y entreteniendo todo el día a una niña de dos años.

Lo que el trabajo significaba... entonces. Cuidado con los tiempos verbales.

En cualquier caso, sí, vuelvo a entonar el *mea culpa*. Insistí en mi derecho a descansar. Beth accedió, pero solo a condición de que me encargase del primer turno los sábados y los domingos. Me fue imposible protestar. Poco se

le puede discutir a una mujer que acaba de dar a luz.

Mascullé algo y retiré el edredón, volcando el vaso de agua vacío que tenía sobre mi mesilla. Otro gruñido de Beth.

—Lo siento —murmuré.

Los madrugones se sucedían desde Navidad. Habíamos intentado aplicar todos los consejos de los libros, de los amigos y de la familia. «Dejad que se canse de llorar», «Cambiadle la rutina de sueño», «Dejadle agua en la cuna», «Variad las horas de las siestas», «Hartadlo de galletas de cereales antes de acostarlo». Los que no tenían hijos también nos ofrecieron sus soluciones: «¿No podéis ignorarlo sin más?». Claro, ignorarlo. Ignorar los atronadores aullidos de rabia y el martilleo de la cuna contra la pared mientras tu mujer se revuelve furibunda en la cama, agotada después de otra noche de sueño interrumpido.

En enero llamamos a una comadrona. «Sobre todo, no hay que preocuparse», nos dijo, con una mano apoyada cuidadosamente sobre la rodilla de Beth a fin de evitar las distintas manchas de vómito, compota de manzana y leche materna agria. «Solo es una fase, la superará cuando esté listo.»

Beth asintió sumisa, sollozando en silencio mientras Arthur vaciaba su magullado y agrietado pecho izquierdo por tercera vez aquella mañana. Yo las observaba desde la cocina al tiempo que intentaba meter un poco de papilla en la boca de una llorona Alice. Con un metro de nieve en la calle, y todavía de noche a las ocho y media de la mañana, volví a preguntarme por qué coño seguíamos viviendo en Escocia.

«¿Y si todo se acabase? —pensé—. ¿Y si todo saltase por los aires?»

Me estremezco cada vez que recuerdo lo dura que me parecía la vida entonces. Sin sueño, sin sexo, sin tiempo, sin tregua. La verdad, pensaba que tener hijos era un infierno. Pero Beth era quien lo hacía todo. Ella los llevó

dentro, los parió, cambió más pañales sucios de los que le correspondían, sin quejarse cuando yo me escabullía al pub o me quedaba viendo la tele hasta las tantas, sin quejarse cuando me acostaba a su lado en plena noche, apestando a vino. Beth no bebía porque tenía que dar el pecho, pero yo lo hacía casi todas las noches. Desde mi punto de vista, era mi derecho de padre cansado, porque trabajaba durante toda la semana para mantener a mi familia y me ayudaba a relajarme. Me decía a mí mismo que una o dos copas entre semana y alguna más el fin de semana estaba bien y era perfectamente saludable. En realidad, engullía como mínimo una botella cada noche y dos los sábados, por no hablar de las pintas de los viernes al salir del trabajo. Y en cuanto al ejercicio, ¿quién tenía tiempo para eso con un horario de nueve a cinco y dos niños? Las excusas de siempre. La verdad era que, salvo por una ligera reducción en las horas de sueño, mi cuerpo había encontrado la forma de conseguir lo que necesitaba: una vida sedentaria con abundancia de carbohidratos y relajantes. Y yo cedí. Aprendí a evitar los espejos, a ignorar la familiar conmoción de ver cómo la panza, la papada y las tetas me crecían un poco más cada día.

Me puse las cosas fáciles a mí mismo, muy fáciles. Y eso se las hacía difíciles a Beth.

Sigo diciéndome que debo dejar de echar la vista atrás. Siempre lamentaré no haber sido un mejor padre o un mejor marido, pero tengo que mirar hacia delante o de lo contrario nunca llegaré a mi destino, y lo más importante para mí es alcanzar esa meta. Alguien dijo una vez que el pasado es como un país extranjero, donde se hacen las cosas de distinta manera. Mi pasado, el pasado de todos, es ahora un planeta diferente. Tan diferente que no tiene sentido recordarlo.

Aun así, todo el mundo recuerda aquel día.

«Solo es una fase —dijo la comadrona aquella oscura mañana de invierno

de tantos meses atrás—. La superará cuando esté listo.»

Solo una fase. Una fase que nos salvó la vida.

Mientras esperaba a que la leche de Arthur se calentase en el microondas, me serví un vaso de agua, abrí la puerta de atrás y salí a la terraza. Comenzaba un nuevo día soleado y ya hacía calor. Arthur se encogió a causa del sol bajo y se acurrucó en mi cuello, respirando de forma entrecortada junto a mi oído mientras yo cerraba los ojos y dejaba que la luz cálida me acariciase la cara. En ese momento era feliz. Volvía a tener resaca, cómo no (vino y tele a solas la noche anterior), pero no me importaba haberme levantado tan temprano. Tal vez fuese la vitamina D, tal vez no se me hubiera terminado de pasar la borrachera, o tal vez tan solo estuviese disfrutando de tener a mi hijo en brazos durante un amanecer cálido sin nadie más a nuestro alrededor, no lo sé. El aire fresco y reposado, la caricia del sol, el murmullo del tráfico lejano... Sencillamente me sentía feliz. Quizá ese sea el último recuerdo que conserve de una vida normal.

Estaba sentado en la terraza, disfrutando del sol amable y el leve gorjeo de mi hijo en mi oído, cuando de pronto nos envolvió una brisa. Las plantas se agitaron con fuerza. El árbol del fondo del jardín crujió al tiempo que sus ramas se retorcían y se combaban por un momento. Las ventanas de la casa temblaron con violencia, igual que las de las casas de enfrente. La puerta de la cocina se abrió sola y golpeó contra los armarios. Se detuvo. Tras la brisa se produjo un estruendo distante y muy intenso. En cuestión de segundos todo volvió a quedar en calma.

Arthur jadeó y miró a su alrededor con los ojos como platos.

—¿Qué ha sido eso, Art? —le pregunté, agitándole la mano—. ¿Qué ha sido eso?

Articuló una risita.

«¿Qué coño ha sido eso?»

Sonó el timbre del microondas.

Arthur profirió un gritito y apartó su mano de la mía para aporrearme la nariz. Sonrió. Le devolví la sonrisa.

—Vamos, socio —le dije, y regresamos adentro.

Me senté en el sofá y con una mano enchufé el biberón a Arthur mientras con la otra alcanzaba el mando a distancia. Permanecí quieto. Mi pulgar quedó suspendido sobre el botón rojo. Algo me inquietó. Algún recuerdo vago. No conseguí identificarlo en ese momento, pero no tardaría en hacerlo.

Arthur empezó a succionar el biberón felizmente y yo pulsé el botón de encendido.

Nada.

BBC2.

Nada.

ITV, Canal 4, Sky. Nada.

No me extrañé; en ocasiones el sintonizador de Sky se estropeaba y había que reiniciarlo. Aun así, un pilotito rojo se encendió en mi cabeza haciendo que también se me abriera un desagradable vacío en el estómago.

Arthur gorjeó consternado cuando la tetina se le escurrió de la boca. Dejé que el biberón cayera al suelo y él gimió cuando lo acomodé en el sofá, detrás de mí. Gateé por el suelo hasta llegar al sintonizador de Sky, extraje la tarjeta y mantuve apretado el pulsador de encendido. Esperé diez, veinte segundos, hasta que el sintonizador se reinició. Arthur articuló un grave ronroneo de advertencia a mi espalda, preparándose para iniciar la fusión nuclear si yo no regresaba de inmediato con su leche. Al fin el sintonizador resucitó y reprodujo su amigable vídeo de presentación. Cogí el mando y me recliné contra el sofá. Recorrí los distintos canales con el pulgar, comprobé uno tras otro, me desplazé por las cadenas de noticias internacionales: BBC World, CNN, Al Jazeera, las teletiempos, los canales religiosos, los musicales,

los de adultos... Todos en negro.

Me dije a mí mismo que no había motivo para asustarse. Esto solo quería decir que la señal de Sky se había cortado, quizá solo en nuestra zona, quizá por una simple avería de nuestra parabólica. No obstante, aquel recuerdo vago seguía agitándose en algún rincón de mi cabeza, algo de lo que debía acordarme.

El ronroneo de advertencia de Arthur fue *in crescendo*, de modo que lo bajé al suelo conmigo y volví a ponerle el biberón. Mientras él reanudaba la toma contrariado, yo saqué el móvil para intentar conectarme a nuestra wifi. Nada. La banda ancha se había caído, aunque de todas maneras la cobertura dentro de casa nunca había sido buena. Oí que mi hijo dejaba de succionar la tetina seca cuando el biberón se vació.

—Vamos, Artie —le dije mientras me levantaba—. Salgamos a dar un paseo, socio.

Embutí a Arthur en su mochila, me lo cargué a los hombros, me calcé las chancletas y salí por el jardín trasero. Vivíamos en Bonaly, un barrio tranquilo de casas pequeñas de nueva construcción y de mansiones gigantescas ubicado a unos ocho kilómetros al sur de Edimburgo, al pie de Pentland Hills. Nuestra casa también era nueva, una de las veinte viviendas adosadas que se miraban las unas a las otras desde ambos lados de un sencillo camino. Era un barrio agradable y las casas estaban bastante bien, aunque eran baratas, de manera que no disponíamos de demasiado espacio. «Vivís hacinados», refunfuñó el padre de Beth la primera vez que nos visitó.

Enfilé la vía principal en busca de cobertura. Era una colina escarpada, moteada de casas enormes parapetadas detrás de largas sendas de grava. De allí partían varios caminos, calles anchas sin salida bordeadas de árboles y bien pavimentadas que llevaban a otras propiedades todavía más lujosas. Tenían verjas de seguridad, cámaras de vigilancia, garajes triples, jardines

apartados con estanques y camas elásticas. Algunas estaban decoradas con maderamen de estilo colonial; otras parecían más bien búnkeres americanos. Beth estaba embarazada de Alice cuando nos mudamos a Bonaly. A menudo salíamos a pasear por aquellas calles. Decidimos llamar a la más suntuosa «Avenida de la Ambición». De vez en cuando nos adentrábamos en ella cogidos del brazo y competíamos para comprobar quién decía las mayores cochinas en voz alta mientras pasábamos frente a los jardines.

«¡Acerca el potorro que te lo beba a morro!»

«¡Saca los huevos que quiero morcilla!»

«¡Abre la almeja que viene el bicho!»

«¡Cómeme los melones que saben de cojones!»

Caminaba ya por la Avenida de la Ambición cuando me asaltó el convencimiento de que algo malo estaba pasando. Oí que se abría la puerta automática de un garaje. Todavía no eran las seis y no debería haber muchos vecinos levantados. Oí el llanto de una mujer. Un llanto de miedo. Un niño chillaba, un hombre gritaba. A continuación, la puerta se cerró de golpe y, de nuevo, todo quedó en silencio.

Seguí caminando despacio. Oí romperse el cristal de una ventana de la planta superior de alguna casa. Alguien recorrió ruidosa y atropelladamente unas escaleras de madera. La sirena de un coche de policía aulló dos veces, en la distancia, tal vez en el mismo Edimburgo.

Había algo sospechoso en el silencio, pero no acerté a concretar de qué se trataba. Pese a que era la madrugada de un domingo, aquella quietud difería de la habitual. Faltaba algo.

El trino de los pájaros.

Los pájaros. Los pájaros habían desaparecido.

Levanté la vista y escruté los árboles más altos en busca de alguna señal de vida. Las ramas estaban perfectamente inmóviles y vacías. En los arbustos,

que en aquella época del año se agitaban repletos de herrerillos y estorninos, imperaba una calma sepulcral.

Oí el rechinar de la grava y los gañidos de un perro a mi espalda. Al girar sobre mis talones vi un golden retriever tendido en el sendero. Miraba de soslayo al que imagino que era su dueño, un hombre corpulento que corría descalzo hacia su casa, cubierto con una camisa arrugada y sin pantalones. Me había encontrado con él en una ocasión, en una fiesta de Nochevieja que dio para los vecinos poco después de mudarnos. Actuaba con ademán cauto, predador, mirando a su alrededor en todo momento en busca de una oportunidad. A algunos invitados, en su mayoría hombres (los de las casas más ostentosas, supuse), los recibía con una sencilla y pesada palmada en el hombro con su mano morena y con un sonoro berrido de aceptación. Cuando la corriente de la fiesta nos situó al uno junto al otro, me tasó con una mezcla de repugnancia y curiosidad. Yo no era un hombre de gran éxito, lo que me convertía en algo extraño, en un extraterrestre. No tenía acciones, ni cartera inmobiliaria, ni ventas que cerrar. ¿Qué tema de conversación quedaba?

Su esposa no se movió del rincón. Era una mujer menuda con la fragilidad de la porcelana que bebía Bacardi en silencio. Ambos despedían ese olor extraño y penetrante a riqueza.

Nos miramos a los ojos cuando dio media vuelta. Dejó escapar un gruñido al cerrar con fuerza la inmensa puerta de roble. El perro gimió y se sentó, mirando desconcertado a su alrededor. Al verme, meneó un poco la cola y se lamió el hocico. Arthur rio jubiloso detrás de mí. ¿Por qué iba ese hombre a sacar a su perro tan temprano?

«No había sitio para el perro. Ya no.»

Aquel recuerdo continuaba empeñado en aflorar. Aquel pilotito rojo de aviso dentro de mi cabeza, aquel vacío en mi estómago.

Cuando llegué al pie de la colina, seguí hacia la derecha, en dirección a la

vía principal. No había tráfico, aunque eso no me llamó la atención dada la hora que era. De pronto, un Range Rover apareció de la nada y pasó frente a mí a más de cien kilómetros por hora. Distinguí a cuatro personas en el habitáculo, una familia. El padre ocupaba el asiento del conductor; en el de al lado viajaba la madre, con la cabeza entre las manos. El rebufo del coche al alejarse arrastró una bolsa de patatas fritas que había tirada en la carretera. El envoltorio revoloteó durante unos segundos antes de caer sobre el muro de piedra que bordeaba la calzada, donde se detuvo, enviándome los destellos del sol que parpadeaban en sus arrugas.

No encontré cobertura. Continué por la vía principal un rato más y giré hacia la derecha, tras lo que volví a rotar hacia mi diestra, en dirección a la calle que llevaba a nuestra casa.

Eran más de las seis cuando llegué a la tienda de enfrente de nuestra hilera. Era la única que podía encontrarse en kilómetro y medio a la redonda. A esa hora debería estar abierta, pero las persianas metálicas aún estaban bajadas. Me asomé por la ventana para ver si Jabbar, el propietario, se hallaba dentro, ordenando los periódicos del día o empujando hacia el fondo de los frigoríficos los nuevos envases de leche a fin de vender primero los más antiguos. Jabbar era un pakistaní gordo que regentaba la tienda junto con su hermano. Era un negocio independiente, no una franquicia de una gran cadena, por lo que era habitual encontrar latas y botellas polvorientas más que caducadas y al doble del precio de venta recomendado. Jabbar y sus hermanos vivían con sus esposas y sus hijos en la casa anexa a la parte de atrás. Hacinados.

No había luces encendidas ni se oían ruidos. La puerta que comunicaba con la casa estaba cerrada.

—Jabbar —lo llamé desde el otro lado de las persianas—. ¡Eh, Jabbar!

Me pareció ver unos ojos que me miraban furtivamente a través del cristal

de la puerta que daba a la casa, pero cuando volví a fijarme, no había nadie.

—Buenos días —me saludó alguien a mi espalda.

Me volví y vi a Mark en pantalones cortos y sandalias, con su hija Mary cargada en una mochila como la de Arthur. La niña tenía más o menos la misma edad que mi hijo. Mark y yo nos conocíamos del grupo de preparación al parto al que Beth me obligó a asistir cuando estaba embarazada de Alice. Entabló amistad con tres o cuatro de las chicas, su «red de apoyo», como ella las llamaba, con las que pronto empezó a quedar los viernes por la mañana para tomar café e intercambiar explícitos mensajes de texto sobre leche materna, los pezones agrietados y los desgarros vaginales. Los maridos nos congregábamos obedientes en los alrededores, intercambiábamos un cabeceo silencioso a modo de saludo en las fiestas de cumpleaños, íbamos a buscar alguna que otra pinta y nos sentábamos a charlar de deportes, del trabajo, de las noticias... de trivialidades, de cualquier cosa menos de la razón por la que habíamos terminado juntos. Sí, de vez en cuando nos poníamos al día de cómo les iba a nuestras respectivas esposas, de cómo poco a poco iban creciendo los niños y las niñas, de las pequeñas perlas de alegría que nos proporcionaban... pero todos éramos conscientes de que no queríamos, de que no necesitábamos, ese tipo de conversaciones en nuestra vida. No éramos más que un montón de desconocidos que compartían mesa en un pub.

Yo era el único inglés en esas sesiones. «¡No te lo tendremos en cuenta!», berreó Mark una noche en el pub, atizándome una palmada en la espalda y repitiendo la gracia que ya había oído mil veces desde que me mudé al norte. Mark y yo nos llevábamos bien, a pesar de que el muy cabrón practicaba ciclismo de carretera y estaba mucho más sano y en forma que yo. Siempre amenazaba con llevarme a pedalear con él, pero yo siempre encontraba alguna excusa. Metí barriga al verlo.

—Mark —saludé—. Eh. Hola, Mary.

Me volví hacia la tienda y me asomé por la ventana. Mark se unió a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Dímelo tú —respondí—. Jabba el Hutt está ahí escondido.

Mark aporreó las persianas con el puño.

—¡Jabba! ¡Sal de ahí, gordo cabrón!

Ningún ruido en el interior. Nos apartamos.

—Qué raro —observó Mark.

—Ajá —asentí.

Mark señaló con la barbilla las colinas que se alzaban carretera arriba.

—Acabo de cruzarme con unos soldados de los cuarteles que corrían hacia las Pentland.

—¿De instrucción?

—No me lo ha parecido. Estaban por todas partes, sin superior. Algunos llevaban dos armas.

—¿Te has fijado en los pájaros? —le pregunté.

—Sí. Muy extraño. ¿Tienes cobertura?

—No. ¿Tú?

—Ni pizca.

—Tampoco tenemos tele.

—Ni nosotros; será un problema del cable, me imagino.

—Nosotros tenemos Sky.

Nos miramos. Todo seguía en silencio y la temperatura todavía era agradable. A veces desearía haber experimentado esa sensación más a menudo.

—¿Ha llegado algún periódico? —preguntó Mark.

—No, aunque la furgoneta siempre los reparte antes de las seis. Lo normal es que Jabba ya los esté ordenando a esta hora.

Miramos acera arriba y abajo. No vimos nada y decidimos ir a la entrada

trasera de la casa. En el suelo encontramos una voluminosa pila de ejemplares del *Sunday Times* sujetos con una cuerda.

Mark arrancó la factura (por increíble que pueda parecer, alguien se había molestado en incluirla a pesar de lo que ponía) y sacó el primer periódico de la pila. Era muy delgado. Tan solo dos hojas en lugar del habitual tocho de cien páginas que llegaba los domingos. La portada estaba en blanco, salvo por la cabecera del *Sunday Times* y un titular a página completa.

Dos palabras crudas y terribles.

IMPACTO INMINENTE

En ese momento lo recordé. Lo recordé todo.

Recordé la noche anterior, cuando me levanté del sofá y derramé los posos de la segunda botella vacía de vino sobre la alfombra. Recordé que froté la mancha con un trapo. Recordé cómo la luz del salón varió de pronto cuando un enorme logotipo de la BBC llenó la pantalla del televisor. Recordé el silencio que se hizo en el plató, los gestos de aturdimiento de los presentadores del informativo. Recordé que la presentadora apareció sin maquillaje, que el presentador llevaba la camisa remangada mientras hojeaba la pila de folios que tenía ante sí. Recordé que trastabillaba y sudaba al intentar pronunciar palabras como «datos», «error de cálculo» o «trayectoria», expresiones a las que luego añadió «a cubierto» o «alerta». Recordé que hundió la cabeza entre las manos, que su compañera se tapó la boca, que se oyó un fuerte golpe seco y que la cámara pareció sacudirse mientras se oía como los operarios abandonaban a toda prisa el estudio. Por último, la imagen parpadeó y empezó a sonar un pitido agudo similar al de la carta de ajuste. Recordé que apareció un rótulo en pantalla, letras blancas sobre un fondo rojo.

IMPACTO INMINENTE PERMANEZCAN A CUBIERTO

Recordé que subí las escaleras tambaleándome, parpadeando, intentando que la cabeza dejase de darme vueltas, el vino y los ácidos gástricos agolpándose en mi garganta. Recordé que llamé a Beth. Recordé que tropecé con la puerta de Arthur, que me caí sobre su cuna, la mueca de recriminación de Beth cuando me miró desde la silla donde estaba sentada dándole la toma. Luché por buscar las palabras, farfullé, quería explicarle algo que ni yo entendía. Recordé su gesto de decepción y la sequedad con que me ordenó que saliera del cuarto. Recordé que intenté protestar, darle una explicación. Recordé que meneó la cabeza, que me dijo que estaba borracho y que no me quería cerca del niño. Recordé que me dirigí bamboleándome a nuestra habitación, donde esperé a que viniese Beth, desesperado por entender todo aquello, consciente de que debería estar haciendo algo.

Recordé que cerré los ojos. Recordé que me desperté con el llanto de Arthur.

Impacto inminente. El impacto de múltiples asteroides en el Reino Unido es inminente.

Mark y yo nos quedamos mirando aquellas dos palabras durante unos segundos hasta que les vi un sentido y terminé de procesar el vago recuerdo que conservaba de la noche anterior.

—¿Impacto? —preguntó Mark—. ¿Significa eso lo que yo creo?

No le contesté. Regresamos corriendo a la entrada principal de la tienda y comenzamos a aporrear las persianas.

—¡Jabbar! ¡Jabbar! ¡Abre! ¡Abre de una puta vez!

Seguimos golpeando las persianas y gritando hasta que un par de ojos

apareció de nuevo tras la puerta interior. Jabbar estaba escondido. Continuamos dando golpes con más violencia.

Jabbar empezó a sacudir las manos para que nos marchásemos. Tenía una expresión resuelta, determinada, en lugar de su habitual cara amable de pequeño comerciante. Insistimos en nuestro aporreo y Arthur y Mary, colgados a nuestras espaldas, se sumaron al juego con un coro de chillidos y gritos. Finalmente, la puerta de detrás del mostrador se abrió y Jabbar corrió hacia las persianas.

—¡Marchaos! —nos exigió, espantándonos con la mano. Parecía aterrorizado—. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! ¡No está abierto!

—Mira —le dije. Levanté el periódico y señalé el titular—. ¿Qué significa? ¿Hay más periódicos?

Jabbar clavó los ojos en el aviso durante un instante y después volvió a mirarnos. Sus mejillas sebosas estaban humedecidas por el sudor. A su espalda vi a una mujer que nos observaba, encogida de miedo en la entrada de la casa. Llevaba en brazos a un bebé que lloraba. Tras ella estaban los dos hermanos de Jabbar. «Hacinados.»

Uno de los hermanos sostenía una radio portátil junto a su oído, el puño apretado contra los labios.

Jabbar meneó la cabeza con brusquedad.

—No —aseguró—. No hay nada.

Miré a su hermano.

—Mark —dije—. Mira.

Había hundido la vista hasta los pies, tenía la radio todavía adherida a su oído y la mano sobre los ojos.

—Jabbar —gruñó Mark—. ¿Qué es lo que sabes?

Fustigué el periódico con el índice.

—¿Qué significa «inminente», Jabbar?

El pakistaní titubeó, tembloroso, mirándonos a los dos alternativamente.

—Ya ha ocurrido —siseó—. Ya están aquí.

Recordé la repentina ráfaga de viento que azotó la terraza, las ramas al combarse, el retumbo. «¿Qué ha sido eso?»

La onda expansiva. ¿Desde dónde había llegado? ¿Glasgow? ¿Londres?

—¡Ahora marchaos! ¡March...!

Pero Mark y yo nos habíamos vuelto de espaldas a las persianas. Jabbar oteó también entre las láminas. A lo lejos, oímos un zumbido grave, nasal. Era un sonido antiguo, como el de una manivela oxidada que llevara años sin pivotar sobre su eje. Un sonido que ya nunca debería haberse vuelto a oír, un sonido que pertenecía a otro siglo. Se hizo cada vez más estridente, hasta transformarse en un incesante aullido, horrible y espeluznante.

Una sirena de ataque aéreo. Una puta sirena de ataque aéreo.

Jabbar se apartó de las persianas sobresaltado y volvió raudo al fondo de la tienda. Mark y yo intercambiamos una última mirada y salimos disparados en direcciones opuestas.

—¡Beth! —grité sin dejar de correr, con Arthur riendo en su bendita ignorancia mientras se zarandeaba en su mochila—. ¡Levántate! ¡Levanta a Alice!

Atravesé la arcada como una exhalación y accedí al sendero. La sirena iniciaba ya su primera y espantosa atenuación. ¿Dónde cojones estaba la sirena de ataque aéreo de Bonaly? En los cuarteles, supuse. Resonó en las colinas y aulló por las calles desiertas; un sonido demencial y horripilante que siempre había significado una única y sola cosa: «Buscad refugio, el infierno se ha desatado, las cosas van a ponerse muy feas».

Mientras cruzaba el camino, oí que el perro al que habían abandonado unas puertas más abajo se unía al aullido. Semanas más tarde recordaría de improvisado aquel sonido en plena noche y rompería a llorar, a llorar de verdad,

tapándome la cara con las manos para no despertar y molestar a Beth y a los niños.

—¡Beth! —grité.

Vi a los vecinos asomados a las ventanas, alarmados por la sirena. Batas desaliñadas, caras hinchadas y confundidas, con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz. El sol que momentos antes parecía tan cálido y amigable se tornaba ahora cegador y temible.

—¡Levántate! ¡Se va...!

Las palabras se me atascaron en la garganta. Sonaban ridículas. Sentí que me mareaba, como cuando eres un crío y estás a punto de llamar a tus padres a gritos en plena noche.

—¡... a producir un impacto!

La cabeza me dio vueltas. «Piensa. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué te dijeron que hicieras todos esos programas del gobierno? ¿Cómo vas a armarte? ¿Cómo vas a sobrevivir?»

Se me ocurrió que, en realidad, había estado preparándome para aquello de forma subconsciente. Pese a lo extraños e incomprensibles que habían sido los últimos días, mi mente había ido elaborando una lista de control, como si se hubiera activado un viejo programa de mi juventud. En los ochenta estaba convencido al cien por cien de que moriría a causa de una guerra nuclear. No por una lluvia de asteroides y, menos aún, por toda esta mierda del paulatino cambio climático. Algo de verdad. Me evaporaría bajo una explosión atómica: sin dejar rastro, por completo, para siempre. Después llegó el sida y, si eras un adolescente como yo, empezabas a preocuparte por el hecho de que la muerte acechaba debajo de todas las faldas plisadas y detrás de todos los escudetes de algodón. Entonces lo que iba a matarme era el sexo.

Podía lidiar con el sida. Sabía que de todas maneras no iba a practicar sexo en un futuro cercano, no con mi cara de culo salpicado de mermelada. Pero la

amenaza nuclear era una cosa muy distinta. Daba miedo de verdad. Y así comenzó mi primera pequeña obsesión, desde cuando mi yo de cinco años había oído que tiempo atrás existió algo llamado *Tyrannosaurus rex*. Vi todas las series, leí todos los libros y guardé todos los folletos de supervivencia que explicaban cómo construir un refugio antinuclear casero. Estaba tan fascinado como aterrorizado. La parte de *Cuando el viento sopla* en que la pareja de ancianos sale y cree que el tufo a carne humana abrasada se debe a que algún vecino está cocinando el asado del domingo me provocó pesadillas durante una semana entera.

Aunque hacía tiempo que el apocalipsis había dejado de obsesionarme, aquel rincón de mi cerebro comenzó a elaborar una lista en cuanto llegaron las primeras noticias de que se avecinaban problemas. Creo que nunca había dejado de hacerla. Cada gran catástrofe, cada desastre natural, cada conflicto inminente me producía cierta emoción pueril. «Ahora sí —pensaba con regocijo—. Esta podría ser la definitiva.» El efecto 2000, el 11-S, los atentados de Londres, Irak, Afganistán, los disturbios de Londres...

Para esta no había ningún nombre histórico. Era sencillamente eso. Fin.

El adolescente obsesionado con el apocalipsis que llevaba dentro me facilitó una lista.

«Agua. Comida. Suministros médicos. Luz. Cobijo. Protección.»

Cobijo. El sótano.

Las casas de enfrente habían sido construidas con otro diseño. Eran más anchas y contaban con cinco dormitorios en lugar de los dos que teníamos nosotros. Las habitaciones disponían de más espacio e incorporaban techos más altos y ventanas más amplias. Las nuestras no eran más que cuartuchos penumbrosos. Contaban también con un desván solado donde podías ponerte de pie. Algunos propietarios lo habían adecentado para disfrutar de una sexta habitación, por lo que ahora la fila de tejados incluía además una sucesión de

tragaluces. Nuestro desván era pequeño y sombrío, suficiente para servir de trastero, pero nada más. Las de enfrente eran las viviendas elegantes. Nosotros solo éramos el gallinero.

Pero lo que nosotros sí teníamos, y ellos no, era un sótano.

La cocina disponía de una pequeña despensa. Por alguna extraña razón (quizá debido a un sentido de nidificación aguzado), a Beth le pareció el no va más. A mí no me entusiasmaba tanto, desde luego, pero en el suelo incorporaba una trampilla que por medio de unas bastas escaleras de pino llevaba a un compartimento de más o menos el mismo tamaño que la cocina, que quedaba justo encima. No era gran cosa, tenía las dimensiones justas. Pero estaba bajo tierra.

«Oh, oh —dijo Beth cuando el agente de la inmobiliaria levantó la trampilla—. Alerta de cueva masculina.»

Cuevas masculinas. Cobertizos, garajes, estudios, áticos, sótanos. Lugares para que los «hombres» (o al menos sus equivalentes del siglo XXI) se cobijasen. Para trastear, hacer sus cosas, crear, construir, darle martillazos a un trozo de madera o escuchar esa música que su familia odiaba.

Para beber, fumar, mirar revistas porno, masturbarse.

El trasfondo de la cueva masculina, por supuesto, es que los hombres no quieren pasar tiempo con su familia. Y eso, por alguna razón, es perfectamente aceptable; todo hombre merece disponer de una cueva.

«Es mi derecho de padre cansado.»

Me atrevería a decir que esos dos sutiles y herméticos símbolos de domesticidad (la femenina dicha del espacio adicional para Beth; el masculino y ciego aislamiento para mí) fueron los verdaderos motivos por los que compramos la casa. Pero al final, la despensa era donde almacenábamos los alimentos que no nos comíamos y el sótano donde guardábamos la aspiradora y las botellas de vino vacías. Rara vez bajaba allí.

Subí dando brincos por las escaleras que llevaban a la terraza y abrí de golpe la puerta de atrás, con tal urgencia que a punto estuve de hacer que Arthur se escurriera de su mochila.

—¡Beth! —bramé por el hueco de la escalera—. ¡Levántate! ¡Levanta a Alice!

Arthur chilló, el juego ya no le divertía. Lo descolgué de mis hombros y lo dejé apoyado, todavía en su mochila, contra el fregadero.

Pasos apresurados escaleras abajo.

—¡Beth! Joder, menos mal que estás levantada.

Nunca me había sentido más orgulloso de ella. Se detuvo en la entrada de la cocina, los ojos como platos, pálida, con Alice en los brazos, vestida y todavía adormilada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Empecé a abrir y a cerrar los armarios.

«Cobijo. Agua. Comida. Medicamentos.»

—Papi —dijo Alice frotándose los ojos—. Arthur está llorando, papi.

—Lo sé, cariño —contesté.

Cogí una de las cajas para reciclar que había junto a la puerta y empecé a llenarla con las latas y los paquetes de los estantes. Teníamos pocos víveres; el domingo era cuando hacíamos la compra grande.

Una botella de vinagre balsámico cayó sobre una lata de sopa de tomate. La cogí y la examiné. De alguna manera resultaba conmovedor, aquel tótem de la clase media, reducido ahora a un líquido turbio e inservible; no valía para beberlo ni tenía valor nutricional. Lo dejé donde estaba y eché más cosas encima.

—¿Qué es esa sirena? —preguntó Beth.

—¡Papi, Arthur está llorando! —gritó Alice alargando las palabras.

«Arroz, pasta, judías, fruta en conserva, chocolate.»

—Ed —repitió Beth—. Por favor, me estás asustando.

Deslicé la caja hacia la despensa y empecé a llenar otra.

—Tenemos que bajar al sótano —anuncié—. Venga. Coge mantas, edredones, ropa para los niños.

—¿Qué? Pero ¿qué...?

Me volví hacia ella.

—¡Ahora!

Arthur dejó de llorar. Todo estaba en silencio, salvo por el aullido de la sirena. En ese momento se oyó un portazo, el grito de un hombre, el llanto de una mujer, el derrape estridente de los neumáticos de un coche al salir a toda velocidad.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo? —preguntó Beth. Había empezado a hacer sus cálculos. Los mismos que hacía al organizar la montaña de equipaje de los niños para meterla en el coche cuando salíamos de viaje el fin de semana.

Meneé la cabeza. «No lo sé.»

Beth dejó a Alice en el suelo con cuidado y regresó arriba corriendo.

Saqué el cajón de abajo y lo vacié en la segunda caja. Trozos de cuerda, fotografías arrugadas, pinzas, destornilladores, pilas descargadas, velas, menús de comida para llevar, llaves de reserva, cigarrillos, mecheros; todo el detrito de la vida propia de la cocina se precipitó en la caja.

Alice correteaba mientras hacía aspavientos y cantaba.

—Cuida de tu hermano, cariño —le pedí.

Alice suspiró y hundió los hombros, su «suspiro de adolescente» lo llamábamos nosotros, aunque solo tuviera tres años. Se acercó a Arthur penosamente, como si le hubiera ordenado que hiciera los deberes.

—Papi, quiero mi leche —refunfuñó.

Encontré un botiquín de primeros auxilios y lo metí en la caja junto con unas tiritas. Podía oír a Beth caminando de aquí para allá por la planta

superior, sacando cosas de los cajones y de los armarios. Dos cajas grandes de pañales cayeron rodando hasta el pie de las escaleras.

—¡Papiiii...!

«¿De cuánto tiempo disponemos? ¿Horas? ¿Minutos?»

Supuse que minutos.

—¡Papiiii...!

«Piensa. Ahora ¿qué?»

«Agua.»

Una vez vi una película sobre una niña que sobrevivía a una situación apocalíptica. Iba de no sé qué cataclismo a escala mundial, no se revelaban los detalles. Vivía en una granja en el corazón de Estados Unidos y cuando todo empezó, lo primero que hizo su padre fue abrir todos los grifos de la casa. La niña le preguntó: «¿Qué ocurre, papá?», a lo que él contestó: «No lo sé, cariño, no lo sé», tras lo cual empezó a correr como un loco de una habitación a otra llenando bañeras y lavabos.

—¡Llena la bañera, Beth! —grité escaleras arriba.

—¡No es la hora del baño, papi! —protestó Alice, dando vueltas bajo el haz de sol que entraba por la ventana de la cocina.

Más golpes sordos por arriba. Beth gritó algo ininteligible.

—¡Deja los grifos abiertos!

—¡Papi *eztá* tonto, oh, oh, oh!

De pronto tuve una visión de la casa destruida. El aire sucio, una nube opaca, nada más que polvo, esquirlas de ladrillos y hierros deformados. Encima de la montaña de escombros se sostenía la bañera. Un cascarón abrasado y consumido. Los grifos estaban estirados, negruzcas cuerdas licuadas que se extendían derretidas por ambos lados como si de un cuadro de Salvador Dalí se tratase.

«Agua.»

¿Quieres saber cuánto tarda en desmoronarse el tejido de la sociedad? Yo te lo diré. Lo mismo que se tarda en derribar una puerta. Una vez leí un libro sobre unos veteranos japoneses que recordaban la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Parecía un grupo de ancianos que vivían felices con sus familias y reconciliados con el mundo, pero todavía se acordaban del hambre que los empujaba a matar y a comerse a las mujeres chinas. La mayoría de las veces las violaban primero. Pregúntale a cualquiera que alguna vez se haya visto rodeado por una muchedumbre por la que empieza a verse aplastado. ¿Tu primer impulso sería ayudar a levantarse a los que se han caído o pasar por encima de ellos? Esa bestia que llevas dentro, la que crees que está bien amarrada a un poste, la que has amaestrado con esmero, con amor, a base de rezar y de meditar, no lleva en realidad más que un bozal. El nudo es débil; el poste, quebradizo. Bastan dos palabras y una sirena para que se libere de un tirón.

—Quédate aquí con mamá, cariño —le pedí a Alice.

—Papi, ¿adónde vas?

Regresé corriendo a la tienda de Jabbar. Había varias personas allí congregadas, aporreando las persianas y llamándolo a gritos para que abriera. Otro grupo se había apiñado en torno a la pila de periódicos.

Me detuve a unos pasos de la acera y me dirigí a la parte de atrás. Algunos de los que estaban en la entrada principal se percataron de mi presencia y me siguieron.

—¡Jabbar! —lo llamé a través del buzón de la puerta de atrás—. ¡Solo quiero unas pilas y unas botellas de agua! ¡Tienes de sobra ahí dentro!

—¡Largo! ¡Márchate! —gritó Jabbar desde el interior.

Se levantó otro súbito golpe de viento. Los árboles más altos de la colina crujieron lastimeros cuando sus ramas se partieron. A continuación, de nuevo, el trueno breve y profundo. Todo el mundo se quedó inmóvil.

Seguidamente, más gritos y golpetazos en las persianas de la tienda. Tres coches pasaron volando colina abajo. «¿Adónde cojones van?»

Era consciente de que los demás se estaban uniendo a mí en la puerta.

—¡Jabbar! —grité una última vez. Al no recibir respuesta, me eché atrás.

Respiré hondo.

Di una patada a la puerta.

El dolor que explotó en mi tobillo me hizo aullar. La puerta no había cedido un ápice. Probé de nuevo, más cerca de la cerradura. Esta vez la madera se astilló y oí que alguien corría por el interior. Al tercer intento, la puerta osciló y yo irrumpí con ella en el recibidor de la casa, empujando a uno de los hermanos de Jabbar contra unas cajas que había amontonadas en un rincón.

No recordaba cuándo había sido la última vez que empujé o golpeé a alguien. ¿En primaria, tal vez?

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —rugió Jabbar mientras yo doblaba la esquina y accedía a un pasillo vestido con una alfombra roja de motivos florales y varias fotografías encuadradas en marcos baratos. Allí dentro hacía calor, estaba oscuro y apestaba a curri pasado y a bebés. La esposa de Jabbar estaba escondida junto a una puerta detrás de su marido, que sudaba profusamente.

—Solo quiero unas botellas de agua y unas pilas —le aseguré, y me lancé por el pasillo hacia la entrada de la tienda—. No todas las que haya, solo las suficientes para mi familia.

—¡No! —se opuso el pakistaní, que me cortó el paso y me aplastó con el hombro contra la pared—. ¡Sal de mi casa! ¡Fuera!

Su estómago protuberante y empapado me oprimió el pecho al forcejear conmigo para enviarme de vuelta a la calle. Su aliento estaba cargado de pánico caliente, y los ojos le brincaban enloquecidos. A mi espalda, su

hermano se había levantado y luchaba por contener a la multitud creciente que se agolpaba frente a la puerta rota.

Jabbar puso la mano en mi cara. Percibí en la boca la sal de su piel áspera. Hice acopio de todas mis fuerzas para echar la pierna hacia atrás y proyectarla con contundencia contra su rodilla. Jabbar gritó y cayó a plomo sobre la alfombra roja, con las manos en torno a su pierna.

—¡Cabrón! —bramó—. ¡Cabrón! ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!

Continué aprisa hacia la tienda, donde cogí varios paquetes de pilas de los estantes y tres cajas de agua mineral de un montón que había en el suelo.

Jabbar seguía retorciéndose en el pasillo y la multitud estaba arrollando a su hermano. Mi vecino de la casa de al lado, Calum, fue el primero en pasar. Miró más allá de mí y me apartó con el codo para entrar en la tienda. Tras él venía una pareja de ancianos a los que no reconocí. Cuando pasaron por mi lado, la mujer me dirigió una sonrisa nerviosa, como si nos hubiéramos cruzado por la calle.

El hermano de Jabbar estaba tirado en el suelo. Dos tipos le estaban dando patadas y empujándolo hacia una de las habitaciones. Con las pilas apoyadas encima de las cajas, volví a salir por el pasillo.

—¡Cabrón de mierda! —gritó Jabbar de nuevo cuando sorteé su cabeza sebosa—. ¡Cabrón de mierda!

Su esposa estaba agachada junto a él, sosteniéndole la cabeza mientras sollozaba.

Al llegar al final del pasillo preferí no mirar a la cara a ningún miembro de aquel grupo que ahora se había convertido en una turba. La mayoría también me ignoró, pero cuando llegué a la puerta, uno de los vecinos que vivían en las casas de enfrente de la nuestra clavó los ojos en mí.

—Eh —dijo, interponiéndose en mi camino.

Tendría sesenta y pocos años. Su hija había dado a luz recientemente y a

menudo veíamos a toda la familia celebrando barbacoas en el jardín trasero. Beth y yo siempre los saludábamos con la mano y considerábamos la idea de invitarlos algún día para que los niños jugasen juntos. Frank. Creo que se llamaba Frank.

Señaló el agua.

—Me hace falta.

—Hay más en la tienda —le indiqué.

Me acerqué a Frank, pero él me cogió por los hombros y me apartó de un empujón. Quiso lanzarse a por el agua, pero yo me impulsé con todo mi peso sobre él y lo aplasté contra el marco de la puerta. Articuló un ruido que yo no había oído nunca. Comenzó con un «Ahhh, ahhh, ahhh» cuando el aire abandonó sus pulmones, pero según me escabullía, se transformó en un quejido infantil y cómico. Vi su cara arrugada mientras me abría paso a empujones. Tal vez, fuera de contexto, podría parecer gracioso, pero se trataba de un hombre al que veía a diario. Nunca le había estrechado la mano. La primera y última vez que tuve alguna relación con él le oprimí los pulmones hasta que gimió como un crío al que hubieran castigado sin chocolatinas.

Frank cayó al suelo y se llevó las manos al pecho. Crucé la carretera, intentando mantener las pilas apoyadas sobre el agua y esquivando a otros dos coches que bajaban la colina a toda velocidad con sabía Dios qué destino.

Casi había llegado al sendero de nuestra casa cuando descubrí a Mike detenido en un recodo. Mike era un anciano viudo que residía en un piso de una sola habitación situado a la vuelta de la esquina. Tenía setenta y tres años, estaba calvo, su barba era blanca y llevaba una chaqueta azul barata. Sonrió y luego levantó una mano.

—Hola, Edgar —me saludó.

—Mike —respondí—. Tienes que volver adentro.

Se inclinó sobre su bastón y miró más allá de mí, hacia el caos que había estallado en la tienda.

—¿No oyes la sirena, Mike? Ha empezado, tienes que volver adentro.

Mike resopló por la nariz y dejó aletear media sonrisa, como si le hubiera contado un chiste que él no entendía o no aprobaba del todo. Meneó la cabeza.

—Cuídate, Edgar —me recomendó—. Cuida de tu familia.

Tomó aire, una inspiración larga y temblorosa, y orientó el rostro hacia el cielo azul.

Aquella respiración prolongada, la algarabía, el aullido del perro, la sirena de ataque aéreo. Son los sonidos que se quedaron conmigo, que se quedarán conmigo para siempre.

Las cajas se me escurrían de las manos. Oí un grito.

—¡Eh!

Miré atrás. Frank había conseguido ponerse de rodillas y se había parado en la carretera, desde donde me miraba fijamente.

—¡Tú! —gruñó—. ¡Sótanos! ¡Vosotros tenéis sótanos!

Mierda.

Algunas de las otras personas que iban en bata y exigían a gritos que les dejaran entrar en la casa de Jabbar también habían dado media vuelta. Todos me miraban. Frank empezó a cruzar la calzada. Casi había llegado a la acera cuando otro todoterreno bajó la colina como un obús, lo golpeó de pleno en el costado y lo lanzó por los aires como si fuese un muñeco de trapo. El cuerpo quebrado de Frank dibujó una pirueta sobre un seto y cayó contra un cubo de basura mientras el vehículo continuaba su carrera. Segundos más tarde oí un estrépito metálico, instante en que las alarmas de varios coches se sumaron a los aullidos de la sirena y del perro, que seguían saturando el aire.

Los que iban tras Frank hacia el otro lado de la calzada se echaron atrás

por un momento. Después reanudaron su avance, con los ojos puestos en mí, en ellos mismos y en el tramo superior de la carretera.

Corrí por el sendero, pasé a nuestro jardín y empujé las cajas de agua por el suelo de la terraza para que entrasen por la puerta de la cocina. Eché el cerrojo de nuestra verja y esprinté hacia la cocina, recogiendo las pilas caídas en la terraza. Cuando cerré la puerta, vi que los otros llegaban a la verja. Empezaron a sacudirla y a gritar. Se les habían unido algunos más a lo largo del sendero y ahora estaban intentando abrir todas las verjas de nuestra hilera, colándose en los jardines y aporreando las puertas de atrás.

Eché la llave de la nuestra.

Beth esperaba a la entrada del sótano, ya abierta. Había metido dentro las cajas y todo lo que había encontrado y estaba parada en medio de los escalones con Arthur en un brazo y la mano libre tendida hacia Alice, que permanecía junto a la puerta de la despensa con las manos juntas debajo de la barbilla, negando con la cabeza.

—Vamos, cariño —le susurró Beth—. Baja aquí con mami.

—No —rehusó la niña.

No le gustaba el sótano.

Beth intentaba sonreírle.

—Vamos —la animó—. Es una aventura.

—¡No, mami!

Oí que la cerca de bambú empezaba a partirse. Al volverme, vi a dos miembros de la turba saltando por encima. Uno se había enganchado el pijama en el borde superior, de forma que los pantalones se le escurrieron de las piernas al caer de bruces sobre nuestro arriate de frambuesas. Chilló cuando las espinas le rasgaron la cara, las piernas y las ingles desnudas mientras se retorció para levantarse. La mujer que lo seguía cayó sobre su cabeza y corrió hacia nuestra puerta.

—¡Alice! —grité—. ¡Métete en el sótano! ¡Ya!

La niña emitió un gemido débil.

—¡Ed! —gritó Beth—. ¡No le hables así, la asustas! Vamos, cariño, papi no quería darte miedo.

—¡No queda tiempo! ¡No queda tiempo, joder! Métete ahí ¡YA!

El gemido de Alice se convirtió en una segunda sirena de ataque aéreo. Alrededor de la casa se había desencadenado una pesadilla de lamentos y aullidos de distintos tonos e intensidades. La mujer había pegado la cara a la puerta, una máscara de pánico y furia. Otros habían atravesado la verja y se dirigían también hacia la entrada. Corrí hasta la trampilla del sótano y lancé las cajas de agua por detrás de Beth. Encontré nuestra linterna en uno de los estantes, la cogí y me la guardé en la parte de atrás de los pantalones cortos. Comencé a empujar a Alice hacia la boca del sótano. Ella chilló e intentó zafarse.

—Alice, tienes que...

—Papi, ¡no!

Ya había varias personas apretadas contra la puerta de la cocina, embistiendo y dándole patadas al cristal por arriba y por abajo.

No tenía elección.

—Alice —le dije—. Lo siento, cariño.

Beth bajó las escaleras instintivamente con Arthur.

Levanté a Alice y la lancé dentro. Se oyó un ruido sordo al golpearse contra el suelo de piedra y el aire escapó de sus pequeños pulmones con un «ah».

En silencio y sin aliento trató de levantarse poco a poco, pero resbaló y se lastimó la cara. Mientras Beth la ayudaba a incorporarse y le sacudía la suciedad, Alice gimoteaba, sin dar crédito al modo en que la había traicionado.

Giré la cabeza para no ver las caras pegadas a la ventana de la cocina. Me metí en el sótano y estiré el brazo para cerrar la trampilla.

—Quiero mis conejitos —solicitó con la voz apagada.

Joder. Los conejitos de los cojones.

—Dime que has traído los conejitos —le rogué a Beth.

—Ay, no, ay, mierda —se lamentó mi mujer—. Ay, mierda, están arriba, en su cama.

Alice llevaba sus conejitos a todas partes. A la cama, al coche, a la mesa, a la guardería. A todas partes. Cuando se caía, cuando se cansaba o cuando estaba asustada, sus conejitos eran los únicos que sabían aliviarla.

«Cuando estaba asustada.» Miré la penumbra del sótano.

«¿Cuánto tiempo?»

—Mis conejitos —apremió Alice, directa, inexpresiva, con la mano extendida, sin bromas.

Sopesé las opciones. Transcurrió un tiempo indeterminado. Un tiempo indeterminado antes de que lo que cojones fuese que se avecinaba arrasara Edimburgo. Por la ventana se veía a la gente intentando entrar, intentando llegar hasta nosotros. Uno de los cristales cuadrados de la puerta saltó en pedazos y alguien introdujo la mano por el hueco.

De pronto, la sirena de ataque aéreo enmudeció. Todo quedó envuelto por un silencio sordo, como si acabásemos de arrojarnos por un precipicio. Habíamos entrado en caída libre, una caída libre hacia lo que viniera a continuación.

Subí los escalones de un brinco, crucé la cocina, corrí escaleras arriba y entré en la habitación de Alice. El corazón se me salía por la boca. Una calma estremecedora había sustituido al estruendo. El perro se había callado. Alice se había callado. Incluso la turba de fuera se había callado en aquel momento de desconcierto.

Los conejitos descansaban sobre la almohada de Alice. Los cogí y di media vuelta, pero me detuve antes de llegar a la salida. Por la ventana, posado en una rama del árbol del jardín, había un pájaro. Un herrerillo común, creo, que piaba jovial y sacudía la cabeza en todas direcciones como suelen hacer los pájaros. Más allá, en medio del cielo azul, vislumbré algo más. Una pequeña forma oscura que no encajaba allí. No era un avión, sino algo parecido. Una motita que avanzaba rápido, seguida de una estela negruzca. Y, detrás, un racimo de motas similares.

Bajé las escaleras disparado y le lancé sus conejitos a Alice. Se los acercó a la cara y empezó a chuparse el pulgar con ansiedad, frotando las orejitas blandas de los muñecos contra su mejilla. Caí escalones abajo. Según me precipitaba, me arriesgué a mirar hacia la puerta por última vez. La turba había reanudado el asalto. La mujer que había llegado primero tenía la cara y las palmas de las manos aplastadas contra el cristal. La rodeaban otras quince o veinte personas, quienes al lanzar puñetazos contra la puerta a veces le golpeaban la nuca.

Junto a ella vi a una niña pequeña, no mucho mayor que Alice. Vestía un camisón y se mantenía aferrada a la pierna de la mujer, su madre, supuse. Me miró por uno de los cristales inferiores, incomprensiblemente tranquila pese a la multitud colérica y aterrorizada que la rodeaba. Un hilillo de orina se escurría por la pierna de la madre y por la mano de la hija.

Silencio de nuevo, el ruido extinguido de súbito. Una cegadora luz blanca floreció en el cielo, por detrás de los rostros presionados contra la ventana.

Cerré la trampilla de golpe.

Hacinados

De niño tenía una fantasía. No iba de sexo, tenía ocho o nueve años y el mundo era un infinito parque infantil. Ni por asomo sospechaba que más adelante se abría el abismo de la pubertad. Esta fantasía era sobre un mundo sin gente. Me despertaba y, cuando descorría las cortinas, me topaba con un radiante día de verano. Todo parecía normal. Había coches aparcados en la calle, las moscas revoloteaban bajo el sol de la mañana, los estorninos piaban en el árbol de la calle y un perro correteaba frente a nuestra puerta con la lengua colgando. Me vestía, bajaba las escaleras y me encontraba el desayuno preparado en la mesa de la cocina. Pero no veía a mamá ni a papá por ningún lado, ni a mi hermana, ni a mi hermano. Los llamaba por toda la casa, como si no supiera qué había ocurrido. Siempre le añadía ese matiz a la fantasía, para convencerme durante tanto tiempo como pudiese de que era la primera vez que me veía en tales circunstancias. No obtenía respuesta. Todas las habitaciones estaban vacías; las camas, hechas; las cortinas, cerradas. Mi familia había desaparecido. Desayunaba los cereales Sugar Puffs, por lo general, ya que solo me permitían tomarlos los sábados por la mañana, sacaba mi BMX del cobertizo y pedaleaba hasta el pueblo.

En las calles vacías la temperatura era cálida. Llamaba a las puertas de mis amigos, aunque sabía que nadie me abriría, y después me dirigía al quiosco, donde encontraba una tienda repleta de mercancías sin nadie que las despachara. Me daba una vuelta tranquilamente entre las estanterías, haciendo buen acopio de golosinas y de cómics. Más tarde recorría el pueblo con la bicicleta, zigzagueando entre el carril correcto y el contrario.

Mi siguiente parada era la escuela de primaria. Cruzaba las verjas abiertas y avanzaba hasta el patio antes de entrar en el edificio y en las aulas polvorientas y frías; recorría con la vista mi percha y mi pupitre vacíos, las paredes todavía cubiertas de dibujos y el encerado impoluto. Luego salía por las puertas de atrás y recorría la calle de las casas grandes, gritando «¡hola!» cada vez más alto, pedaleando cada vez más rápido, henchido de júbilo ante el hecho de que me encontraba solo en un mundo purgado de vida humana.

Al final del paseo, me detenía ante una hilera curva de mansiones, el barrio pijo del pueblo. Cruzaba el seto y accedía a uno de los jardines traseros. Perteneecía a una mujer a la que solía ver paseando a sus perros por nuestra calle. Tendría treinta y tantos años y cuando me sonreía, despertaba en mí sensaciones que no acertaba a identificar, sensaciones que emanaban del abismo que me esperaba más adelante. En su jardín había un estanque, un sauce y una piscina. En mi fantasía me zambullía en la piscina, nadaba un largo y después salía, mojando el suelo del patio. Las contraventanas estaban abiertas, así que me colaba en el interior mientras me comía las golosinas del quiosco, dejando un rastro de agua sobre las baldosas negras y sobre la moqueta cuando subía la escalera.

Casi siempre terminaba ahí, o me encaminaba hacia otra parte del pueblo o pasaba a entretenerme con otra cosa. Más adelante, ya en el umbral de la pubertad, alteré la fantasía de tal modo que todavía hubiera gente en el mundo, aunque toda esa gente se había quedado congelada en el tiempo. Yo era la única persona capaz de desplazarse, y podía hacer cuanto quisiera sin tener que afrontar ninguna consecuencia. Por lo general, eso significaba correr derecho al dormitorio de Emily Turner, que iba un curso por delante de mí en la escuela, donde la encontraba en diversas fases de desnudez; la química que bullía en mí había transformado en un abrir y cerrar de ojos la felicidad inocente del parque infantil de tamaño mundial en un laboratorio de

sexualidad básica.

Imaginaba que existía una regla tácita en el mundo de las fantasías según la cual todo volvía a la normalidad cuando acababa de divertirme, que bastaba con que chasquease los dedos para que todos volvieran al lugar que les correspondía. Entonces no tenía ni idea del carácter apocalíptico de mi ensoñación. Tal vez una parte de mí siempre haya sospechado, creído o esperado que acabaría aquí.

Bien... aquí, pero quizá no de esta manera.

Un escalofrío me despertó por enésima vez esa noche. Los aullidos de la sirena de ataque aéreo y del perro abandonado enmudecieron como espectros degollados al terminar el sueño. La vela del estante se había reducido a un cuarto de su tamaño original y bajo su resplandor tenue veía a Beth y a los niños acurrucados en una especie de sueño intranquilo. Había pasado un día. Me senté con la espalda apoyada contra la pared, pensando en lo que había ocurrido.

Cuando cerré la trampilla, el sótano quedó iluminado por una luz intensa y deslumbrante. No oíamos nada, pero no porque no llegara ningún tipo de sonido. Todo lo contrario; daba la impresión de que el aire estuviera saturado, como un altavoz a punto de reventar. Una aplastante ráfaga de graves arrolladores y ruido blanco nos envolvió y nos aprisionó.

El estruendo se disolvió y la luz del sótano se apagó. Encendí la linterna. Entonces llegaron la explosión, el calor y los ruidos de la tierra desgarrándose.

La temperatura del sótano se disparó, lo que me hizo temer no haber conseguido sino que termináramos cocidos en un horno subterráneo. El estruendo que se oía por encima de nosotros parecía el de un soplete del

tamaño de un roble aplicado a la trampilla. Cogí a Beth y a los niños y nos arrodillamos abrazados los unos a los otros. Apreté mi cabeza contra la de Beth y articulé una especie de adiós entrecortado. El aire caliente me oprimía la garganta. Miré a Alice, que me escrutaba incrédula bajo el resplandor de la linterna. Seguía mareada tras haber caído por las escaleras.

«¿Has sido tú otra vez, papi? ¿Has hecho tú esto?»

Me preparé para que el horno nos calcinara.

«¿Qué presenciareé ahora? ¿El aire temblando? ¿El rostro acusador de mi hija en carne viva? ¿El cabello de mi esposa ardiendo y humeando? ¿El mundo fundiéndose mientras mis ojos se derriten?» El calor, sin embargo, se redujo, y nos quedamos apretujados, respirando breves bocanadas de aire tórrido.

Arthur, cómo no, lloraba.

—¡Hace calor, papi! ¡Mucho calor! —se quejaba Alice, debatiéndose entre el pánico y la diversión.

Quise responderle, consolarla, pero se produjo otra sacudida arriba. Al principio parecía un lejano tren de metro traqueteando por las vías hacia un andén. Muy poco a poco, el estrépito empezó a cobrar intensidad, hasta convertirse en un rugido sibilante, como el que producirían un millón de gargantas que exhalasen al unísono. Al final ya solo se oía un vendaval clamoroso y el golpeteo violento de la trampilla contra sus bisagras. Permanecimos apiñados mientras el aire sofocante se arremolinaba a nuestro alrededor.

Escuchamos estallidos y explosiones en la distancia que nos impedían oírnos entre nosotros, pero Arthur lloró de forma inconsolable hasta que terminó desistiendo y se acurrucó en los brazos de Beth. Era evidente que Alice estaba en estado de shock. Beth se había tendido con la cabeza contra la pared. Tenía los ojos cerrados y el rostro contraído, como si estuviera

rezando. Me quedé abstraído escuchando el fragor del viento.

El estrépito se extinguió y nos quedamos sumidos en un silencio confuso, con un zumbido en los oídos. La trampilla temblaba de vez en cuando y, por primera vez, me pregunté qué habría ahora por encima de ella. ¿Estaríamos sepultados bajo una montaña de escombros o habríamos quedado al descubierto e indefensos? Resurgieron en mi cabeza los escenarios nucleares de pesadilla que imaginaba de adolescente: lluvias de ceniza, ciudades arrasadas, cadáveres carbonizados.

El silencio se prolongó. Beth me miraba expectante y movía los labios. Arrastré los pies pegado a la pared hasta donde ella estaba sentada.

—¿Se ha terminado? —susurró, la voz seca y rota.

—No lo sé —respondí—. Creo que sí.

—Ha sido... Eso ha sido... —trastabilló, esforzándose por formular la pregunta evidente y todas las preguntas espantosas a las que aquella conducía.

«¿Ha sido un asteroide? ¿Ha caído un asteroide en Edimburgo? ¿Ha caído una lluvia de asteroides sobre el Reino Unido? ¿Dónde más han caído? ¿Qué queda en pie? ¿Quién se ha salvado? ¿Y mis padres? ¿Y mi familia? ¿Vamos a recibir otro impacto? ¿Qué queda ahora ahí fuera?»

Asentí y le rodeé los hombros con el brazo. Arthur, por increíble que parezca, dormía. Alice estaba hecha un ovillo junto a su madre.

—No pasa nada —le aseguré—. Estamos a salvo. Aquí estamos a salvo.

Beth reclinó la cabeza contra la pared y alargó el brazo izquierdo. Alice se estremeció y articuló un gemido, temerosa de que dejase de abrazarla.

—No pasa nada, cariño, mamá solo se está estirando.

Alice me lanzó otra mirada recelosa mientras recuperaba su sitio. Le

acaricié la frente.

—Esa gente —dijo Beth tras un largo silencio—. ¿Quiénes eran esas personas que había en la puerta?

Meneé la cabeza. No quería recordar esa última escena, a esa niña que me miraba como solo un niño puede hacerlo, con los ojos agrandados por la curiosidad, impávida y ajena a cuanto la rodeaba.

—No pienses en ellas —le pedí.

Estaba a punto de añadir «han muerto» cuando oí un ruido que procedía de arriba. Beth y yo levantamos la vista hacia la trampilla. Al principio sonaba lejano, muy débil, pero no había duda de que se trataba de una persona; un sollozo amortiguado. Beth se puso rígida y me dirigió una mirada de alarma. Levantó la mano de forma instintiva y cubrió con delicadeza el oído destapado de Alice. De nuevo, un sollozo amortiguado en la distancia y, después, nada.

Momentos más tarde, mucho más alto, un alarido. Dolor. Dolor inconfundible. Beth recogió las rodillas, me pasó aprisa a Arthur y empleó la mano libre para tapar mejor a Alice. La niña aceptó el abrazo renovado sin rechistar. Ella también lo había oído.

Al alarido le siguió un lamento breve y tembloroso y un gemido apagado. Después, varias toses, unas secas y otras húmedas. Era una voz de mujer. Estaba a unos quince metros de la trampilla. Otro alarido y, seguidamente, algo más. Intentaba decir algo. La voz se tensaba y se rasgaba como el motor de un coche al arrancar en un día de frío.

—Aaah... Ahhh.

La respiración de Beth se aceleró. Apreté a Arthur, que seguía durmiendo con placidez, contra mi pecho.

Un tercer alarido y otro intento de decir algo.

—Aaah... Ahhh... Ahhh... Ahhh... Auhhh... Ayyyh...

El patrón espantoso se repitió una y otra vez; primero un alarido estridente y después unos instantes de silencio, durante los que la persona que los estuviera profiriendo reunía las fuerzas necesarias para hablar.

—Aaah... Ayh... Aaahhh... Ah... Aaayyyhhh...

—Aaah... Ayh... Aaah... Auuhhh...

—Auuu... Ah...

—Auuu... Ah.

—Ayuuu... Ayuda.

—Oh, Dios mío —exclamó Beth—. Oh, no, oh, no, oh, por favor, por favor, no, oh, cielo santo.

Empezó a llorar. Alice mantenía la mirada perdida frente a sí. Confié en que las manos de Beth bastasen para impedir que lo oyera.

Intentamos repeler los lamentos de esa forma extraña e inútil de la que se echa mano cuando cierras los ojos tan fuerte como puedes y tensas hasta el último músculo del cuerpo; de esa misma forma a la que recurrimos al empezar a quitarle a Alice la costumbre de llorar por la noche cuando era un bebé, sonriendo con sentimiento de culpabilidad mientras nos apretábamos el uno contra el otro en la cama y nos tapábamos la cabeza con las almohadas.

Había más gente. Un hombre comenzó a aullar. Era un grito inhumano, animal, que parecía desplazarse de aquí para allá. Oí el crujido de unos ladrillos al escurrirse sobre otros ladrillos. Supuse que este se podía mover.

Otra voz de hombre, aunque era más un resuello que culminaba en una tos casi antes de empezar. Después, otro gimoteo de mujer que se intensificó más y más hasta convertirse en un grito incesante. No pasó mucho tiempo hasta que se hizo imposible distinguir unas voces de otras. Fuera se había formado un coro de gritos, aullidos, lamentos y sollozos. Oí el llanto de un niño: «¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! ¡No!».

No sé cuánto duró el griterío, pero las voces parecieron enmudecer una tras

otra hasta que solo quedó una. Era de mujer y se encontraba muy cerca de nosotros. No era un grito, sino un susurro audible, inteligible, bien articulado, que repetía la misma súplica una y otra vez.

—Por favor... Ayudadme... Por favor... Dejadme entrar...

A medida que hablaba se iba acercando, hasta que se detuvo junto a la trampa. Oímos que intentaba tirar de ella. Beth me miró con espanto.

—¿Ed? —susurró.

—Está cerrada por dentro —respondí.

Debió oírnos, porque se detuvo. Escuchamos una especie de graznido, como si estuviera pensando, y un sorber de saliva, que tragó con dolor. Luego empezó a dar golpes, lenta y débilmente, contra las tablas.

—Por favor... Ayudadme... Dejadme entrar... Matadme... Por favor... Quiero morir... Por favor... Ayudadme... Dejadme entrar... Matadme... Por favor... Quiero morir...

En ningún momento se me pasó por la cabeza abrir la trampa. Me senté junto a Beth y esperamos. Alrededor de una hora después, cuando estaba seguro de que desistiría, oímos un gemido repentino, no humano, sino de hormigón contra metal. La mujer cejó en su empeño. La imaginé mirando hacia arriba. En ese instante se oyó un estrépito pesado y hueco. La trampa se sacudió, el techo tembló y la mujer enmudeció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Beth.

—Ladrillos —supuse—. Cemento, lo que queda de la casa.

No dijimos nada más. Al cabo de un rato, Beth retiró las manos de la cabeza de Alice. Tenía las palmas sudorosas y Alice dormía con el pelo empapado y apelmazado.

Arthur se despertó y comenzó a hacer los ruidos de un bebé que tiene hambre.

—Cambiemos —propuso Beth. Desenroscó a Alice de entre sus brazos y

la tendió sobre la almohada húmeda. Estiramos las piernas entumecidas cuando nos levantamos para cedernos los sitios. Yo le pasé a Arthur y ella se descubrió el seno derecho para que el bebé lo succionara.

Ninguno de los dos mencionó lo que acabábamos de oír. Estábamos aprendiendo muy rápido a ignorar todo aquello para lo que no tuviéramos una respuesta. Fue una decisión instintiva que parecíamos haber tomado desde un lugar muy lejano, bien sepultado en nosotros o entre nosotros. No era miedo, ni la necesidad de evadirnos; tan solo una renuncia serena y necesaria a la lógica humana, como si hubiésemos adoptado una especie de condición predeterminada que existiera desde antes incluso que nosotros mismos.

Saqué una botella de agua de la primera caja. El altercado de la tienda ya no era más que un recuerdo lejano, y experimenté otro miniapocalipsis al imaginar el edificio arrasado. Abrí la botella y se la pasé en silencio a Beth. Empezó a beber con avidez, ya que el hecho de estar dando de mamar le daba siempre mucha sed, pero reparó en mi mirada de advertencia y se interrumpió de inmediato.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que quedarnos aquí abajo? —susurró mientras le ponía el tapón a la botella.

—No lo sé —respondí—. No sé qué hay ahí arriba.

—¿Crees...? —comenzó—. ¿Será algo como... nuclear? ¿Habrá radioactividad?

Meneé la cabeza.

—Polvo y cenizas, tal vez —conjeturé—. No sé si habrá radiación.

Me asaltó de pronto una sensación de claustrofobia. El aire sofocante empezaba a obstruirme la garganta. Me puse de pie a duras penas.

—¿Ed? —dijo Beth—. ¿Qué haces?

—Voy a abrir la trampa —contesté.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¡No sabemos qué hay ahí fuera!

—Tengo que verlo —zanjé. Subí la escalera y retiré el cerrojo de la trampa. Empujé. La puerta no se movió. Volví a empujar; nada.

—¿Qué ocurre? —siseó Beth.

—Está bloqueada —dije golpeando con más fuerza la gruesa madera—. Hay algo encima. Joder. Mierda. Mierda.

—¿La mujer? —supuso Beth.

Me detuve y la miré.

—No —respondí—. No a menos que pese doscientos kilos. Deben de ser los escombros. Necesito una palanca.

Bajé al suelo de un salto y miré alrededor del sótano. Había una caja de herramientas de un rojo brillante en un rincón. Estaba prácticamente nueva, un regalo optimista que nos hizo mi padre cuando nos mudamos. Rebusqué entre los instrumentos relucientes hasta que abrí el cajón inferior y di con una barreta que saqué y calcé en la ranura que quedaba entre la trampa y el techo. Tiré hacia abajo tan fuerte como pude, pero no logré mover nada. Apoyé un pie en la pared y volví a intentarlo colgando todo mi peso de la palanca. Se formó una pequeña hendidura astillada en la superficie, pero la trampa siguió sin moverse. Al dar un último tirón, el hierro se soltó y caí a plomo al suelo de piedra bajo una lluvia de astillas. La barreta tintineó a mis pies.

Noté que Beth se armaba de paciencia ante mi incapacidad para realizar una tarea tan sencilla.

—Las bisagras están por fuera —le expliqué—. Voy a tener que forzarla.

Saqué un martillo y un destornillador de la caja de herramientas y empecé a perforar la trampa junto a la cerradura. Al cabo de unos minutos, la punta del destornillador atravesó la madera. Lo meneé de un lado a otro. Parecía

que se había atascado en alguna parte. Cogí otro destornillador, lo incrusté en el mismo orificio y empecé a moverlos en todas direcciones hasta que el agujero se ensanchó. Por último, acerqué la barreta y la apliqué a la abertura, arrancando un cuarto de la trampilla de un tirón.

Me precipité al suelo de nuevo, provocando una lluvia de polvo y piedras conforme la madera se desprendía. Al otro lado de la brecha vi la cara de una mujer, enrojecida e hinchada, enmarcada en una maraña de pelo quemado. Un grumo de sangre se descolgó de los agujeros que le había practicado en la mejilla con los destornilladores. Tras ella se levantaba el pesado montón de ladrillos y piedras que la habían aplastado contra la trampilla.

Me levanté de un brinco, farfullando algo para mí, cogí un viejo trozo de arpillera que había en un rincón y lo embutí en la brecha para ocultar la cabeza de la mujer muerta. Retrocedí y me pegué a la pared junto a Beth.

Esta, que se había quedado dormida de nuevo, se despertó.

—¿Has podido abrirla? —musitó.

—No —dije, con una mirada demencial clavada en la arpillera—. Estamos atrapados.

No le dije a Beth lo de la mujer. Tal vez ella lo había deducido por mi mueca de espanto y el modo en que me apretaba contra la pared. En cualquier caso, aceptó sin alarmarse el hecho de que estuviésemos confinados bajo tierra, de nuevo apaciguada por la necesidad instintiva de obviar lo impensable.

—Vendrá una patrulla de rescate —aseguró, con la vista extraviada al frente—. Nos sacarán de aquí.

Más tarde compartimos un poco de agua. Tuve que reprimir el impulso de vaciar la botella de un trago. Contábamos con tres cajas de seis botellas de dos litros. Treinta y seis litros. ¿Dos litros al día para los cuatro? Quizá no

fuera suficiente. ¿Dos semanas antes de que se agotaran? ¿Tres? ¿Llegarían antes las patrullas de rescate? Todas esas consideraciones surgían en mi cabeza del mismo modo, acompañadas de una sensación desconocida, mareante, como si me empujasen hacia el borde de un precipicio. Mi mente no era capaz de asimilar ese tipo de cuestiones. Se salían de los límites habituales. Viajaba sin mapa.

Me senté junto a Alice y la rodeé con el brazo. Ella se agitó y me miró. Entrecerró los ojos para ver mejor en la penumbra y se encogió.

—Quiero a mami —musitó.

Esto no me lo esperaba. Alice siempre había sido la niña de papá, a pesar de (o tal vez debido a) la desidia con la que yo había desempeñado mi papel. A menudo me llamaba por la noche y en ocasiones se molestaba si era Beth quien la despertaba por la mañana. Esto entristecía a su madre y a mí me halagaba. Ahora, ante este súbito cambio, noté que el orgullo de mi mujer se fortalecía mientras el mío se desinflaba.

—Oh, cariño —la arrulló Beth—. Ahora mamá está dándole de comer a Arthur. Enseguida estoy contigo.

—Quiero a mami —insistió Alice con más firmeza y apartándose de mí.

Cuando la solté, se incorporó temblorosamente y gateó hasta el otro costado de Beth, bajo cuyo brazo volvió a acurrucarse. Me obligué a no tomármelo como algo personal.

Decidí elaborar un inventario, en el que combiné lo que habíamos guardado en el sótano con lo que ya había dentro. No era demasiado extenso: unas velas, un bote a estrenar de aceite lubricante WD-40, otro bote lleno de lápices rotos, un fajo de extractos bancarios sin abrir dirigidos a los antiguos propietarios de la casa, cinco muestrarios de pinturas, llaves Allen, un

destornillador con el mango torcido y manchado de pintura, un tarro medio vacío de emulsión blanca, un costurero, un cuchillo romo para el pan, un poco de pegamento extrafuerte y dos paños de cocina bordados con el mapa de Dorset, chinchetas, menús de comida para llevar, adaptadores de corriente, pilas, pinzas, celofán, bombillas, velas de cumpleaños, un botiquín de primeros auxilios, un encendedor Zippo, un bote de líquido para encendedores y un jarrón lleno de estúpidas flores secas.

Latas de judías en salsa de tomate, de minestrone, de tomate pera, de piña (caducada desde hacía tiempo), de melocotón, de sardinas y de atún. Un paquete de harina entero y medio de azúcar. Tres cajas de arroz deshidratado y sazonado, media caja de caracolas de pasta, una caja de galletas integrales, una barra de pan, copos de maíz y cereales Sugar Puffs.

Y vinagre balsámico.

Bajo los estantes había una bolsa de basura negra. La miré durante unos segundos hasta que recordé qué era. Llevaba allí desde la pasada primavera. Me arrodillé y arranqué el nudo doble que había hecho en la boca de plástico. El tufo a madera quemada y tela húmeda me embistió mientras revolvía el contenido. Dos platos de plástico rasgados, una toalla mugrienta, un anorak y dos tazas blancas de acampada manchadas de té reseco; los restos de nuestra excursión a Cornualles.

Fue idea mía, un descabellado intento de que saliéramos a respirar aire fresco y nos alejásemos de la casa por unos días. Beth estaba embarazada de tres meses de Arthur, Alice acababa de cumplir dos años y Cornualles quedaba a nueve horas en coche. Llovió durante la mayor parte del tiempo y la tienda tenía una gotera que no conseguí reparar. Cada dos por tres tenía que levantarme para recoger el agua acumulada en el suelo de la tienda. Beth apenas pudo dormir, un diluvio arruinó el paseo por la playa y Alice se pilló una conjuntivitis. La sexta tarde estaba agachado fuera, bajo la lluvia,

dándole vueltas a tres salchichas baratas en una sartén apoyada sobre un inestable hornillo de acampada. Beth se había quedado sentada dentro de la tienda, desde donde me miraba furibunda con Alice. Me suplicó que buscásemos un hotel.

—No —me opuse—. Se supone que estamos de acampada, se supone que es divertido.

Imagino que quería defender mi postura, alguna pamplina sobre la necesidad de llevar un estilo de vida sencillo, pero ni siquiera yo me lo creía. Entonces el hornillo se incendió y Beth cogió una bolsa y se llevó a Alice a una pensión con derecho a desayuno. Aquella noche resistí en la tienda, hambriento, empapado y emborrachándome con la sidra tibia e insípida que había comprado en la tienda del camping. A la mañana siguiente me uní a Beth y a Alice y aquel mismo día regresamos a casa.

Entre el barro seco del fondo de la bolsa y bajo diversos envoltorios de plástico fino había dos chocolatinas de menta medio deshechas y a punto de caducar. Encontré también una caja de cerillas estrujada que obviamente ya se había secado después de haber estado empapada. Saqué las cerillas y las chocolatinas y las coloqué de mala gana en los estantes junto con el resto de cosas que podrían sernos útiles.

La caja de Beth tenía un aspecto más alentador. Pañales, toallitas, lociones, paños, ropa limpia, medicamentos... Había metido tantas cosas para los niños como cuando salíamos de viaje para ver a sus padres. Incluso había libros, entre ellos el favorito de Alice, uno sobre un conejo que quería volar.

—Eh —susurré. Cuando Beth levantó la cabeza, le pasé el cuento del conejo.

El rostro iluminado de Alice me inundó con un torrente de emociones. La esperanza, la tristeza, el orgullo y el arrepentimiento luchaban por hacerse un hueco en mi corazón. Me volví de espaldas y apreté los dientes para no

venirme abajo ante la abrumadora elasticidad de la ilusión de mi hija. ¿Cuándo la perdemos? ¿Cuándo termina por romperse? ¿Ocurriría en el sótano? ¿Terminaría la oscuridad por hacer que el conejo pareciera menos mágico?

—No podemos leerlo, Ed —dijo Beth. Apoyé una de las velas en el estante y la encendí con una de las cerillas que había sacado de la bolsa de la acampada. Beth empezó a leer para Alice—: «El conejo Harvey vivía en una pequeña madriguera del final de la calle».

Me fijé en que de vez en cuando la llama de la vela se estiraba hacia la trampilla. Aproveché la luz para mirar alrededor del sótano. Distinguí un pequeño panel en una esquina del techo. El centro del panel quedaba oculto por una serie de láminas largas en forma de círculo. Me coloqué debajo y en cuanto acerqué la mano, sentí que una ráfaga de aire frío rozaba mis dedos acompañada de un runrún que procedía del interior. Bajé la mano de inmediato. Era un conducto de ventilación.

Me devané los sesos intentando determinar adónde conduciría, haciéndome un plano mental de las estancias o una idea precisa de cómo demonios estaba distribuida la casa (o lo había estado hasta ese momento, porque ese era otro pequeño apocalipsis). Este tipo de ejercicios siempre me hacían sentirme como un completo inútil. Yo no era un hombre práctico. No entendía de fontanería ni de electricidad. El espacio que separaba la caldera del grifo o el contador del enchufe conformaba un vacío mágico en mi cabeza, con el que se encargaban de bregar unos hombrecillos vestidos con mono mientras yo me quedaba tras ellos y discretamente les ofrecía un té.

Por supuesto, no me ayudaba el que cada vez que intentaba averiguar de qué manera trabajaban las tripas de mi casa terminase imaginando a mi padre a mis espaldas, de brazos cruzados, meneando la cabeza despacio de un lado a otro.

«No sabe ni cómo funcionan las cosas en su propia casa.»

Supuse que el conducto de ventilación desembocaba en la terraza del jardín trasero. Cuánto quedaba del conducto y de la pared por la que circulaba era otra cuestión. ¿Habría algún mecanismo de filtrado en el interior? Podría tratarse de un conducto abierto que permitiera que el polvo del que intentábamos librarnos fluyese directamente hacia nuestro refugio.

Por otro lado, ¿de qué otra manera íbamos a poder respirar?

Miré de soslayo a Beth y a los niños.

—«Jugaré en las nubes y pintaré el cielo, ¡encontraré mis alas y aprenderé a volar!»

Volví a observar la boca del conducto. Cogí la linterna del estante, la encendí y la dirigí nerviosamente hacia el panel para examinar el interior. Las hebras de pelusa que colgaban de las láminas se agitaban bajo la amable corriente de aire. Distinguí una gasa que cubría la boca del conducto, a escasos centímetros de esta, saturada de mugre. Imaginé que estaría muy obstruida, pero aun así el aire seguía entrando. Pensé que eso era bueno, ¿no?

Eché un vistazo por el resto del sótano. Varias tuberías de cobre se extendían por el suelo y subían por la pared hasta que desaparecían por lo que quedaba de la despensa.

¿Gas o agua? Si eran las tuberías del agua, tal vez todavía contuvieran la suficiente para ayudarnos a sobrevivir cuando agotásemos las botellas. Si eran las del gas y rompía una de ellas, nos estaría sentenciando a muerte.

Archivé esa idea en algún lugar remoto.

Por alguna razón, deslicé la mano por la tubería superior, siguiéndola más allá de Beth, hasta el agujero del techo. Estaba fría al tacto. No incorporaba ningún grifo, no tenía ningún tipo de etiqueta, nada. Intenté recordar cómo era la despensa, por dónde salía la tubería, si se unía a alguna otra cosa que pudiera darme una pista sobre su utilidad. Nada. No recordaba ningún detalle

de la despensa.

«No sabe ni cómo funcionan las cosas en su propia casa.»

Me recosté contra la caja volcada y apagué la linterna. Observé cómo la llama de la vela titilaba a merced de una brisa que podía estar envenenándonos o manteniéndonos con vida. Contemplé aquel conducto que podía suponer nuestra salvación, o nuestra perdición.

Era una apuesta a vida o muerte.

El mundo me había diseñado para ser algo. Se suponía que tenía que ser un mecanismo de supervivencia, una serie de dispositivos e instintos fabricados, probados y perfeccionados a lo largo de miles de millones de años. Yo era una escultura de hidrógeno, la vanguardia de la evolución, un continente de voluntad, una máquina autorregulada y consciente con recursos y potencial ilimitados. Ese era mi diseño. El de un superviviente. Un ser humano. Un hombre.

Me quedé sentado, inmóvil, en la oscuridad del sótano. Dispuestos en los estantes que tenía frente a mí había objetos que yo no había creado ni podría crear; alimentos que no había recolectado embutidos en cilindros de metal que yo no había extraído; litros de agua que no había recogido en recipientes manufacturados conforme a fórmulas químicas que escapaban a mi intelecto. Yo no era un cazador, ni un ingeniero, ni un guerrero. No era lo que el mundo necesitaba. No era lo que mi familia necesitaba. Hacía lo que mi cuerpo quería que hiciese: comer, dormir, tumbarme, follar, comer, dormir.

Ver la televisión. Beber. Fumar. Comprar. Consumir. Procrear. Dormir. Morir.

Con independencia de aquello que estuviera ocurriendo allí arriba, de aquello en lo que nuestra civilización se hubiese convertido o fuese a convertirse, y de aquellas nuevas e increíbles tecnologías que idease para reparar aquel desastre, yo no formaba parte de ello. En realidad, nunca había

formado parte. Estaba allí abajo, mordiéndome las uñas y rascándome mi atontada cabeza mientras me hacía preguntas de fontanería básica.

Miré a Beth, que les leía a los niños; a Arthur, que golpeteaba la página con regocijo; y a Alice, que señalaba y repetía las palabras que decía su madre. Recordé a aquel chiquillo que pedaleaba por las calles de un pueblo desierto en un día de verano.

Más que servido

Los primeros días en el sótano transcurrieron mejor de lo que esperaba. Nos ocupamos con cosas prácticas, organizando la comida y el agua e improvisando un retrete que Beth fabricó a partir de un cubo de basura, celofán y un bolso de viaje. El invento ponía nerviosa a Alice, de modo que Beth la ayudaba agachándose frente a ella, tomándola de las manos mientras se apoyaba en el borde, acariciándole el pelo y mirándola a la cara. Alice balanceaba las piernas mientras se concentraba. Después levantaba la cabeza y sonreía cuando el primer chorrito golpeaba el plástico, momento en que las dos compartían una risita, como hicieron la primera vez que la pequeña utilizó un retrete de verdad.

Los pocos juguetes y libros que Beth había guardado los organizamos en una esquina, bajo la rejilla de ventilación. Era la única parte del sótano que recibía luz natural, un resplandor tenue que procedía del conducto abierto que se extendía hacia arriba. Alice solía acomodarse allí en silencio y sin quejarse para ocuparse de su muñeca. Yo envidiaba su inocencia aquellos primeros días.

Comíamos, bebíamos y utilizábamos el retrete. Y, quizá lo más sorprendente de todo, dormíamos. No recordaba una época en la que durmiéramos con más placidez. De hecho, Arthur dejó de exigir la toma de la noche. Tal vez fuese por la conmoción, tal vez por la cercanía.

En cualquier caso, no duró mucho.

Llegada la tercera noche, apenas habíamos cerrado los ojos cuando Alice se incorporó sobresaltada y gritó. No era uno de sus quejidos habituales, ni

uno de los chillidos que soltaba cuando cogía una rabieta; era algo que no habíamos oído antes. El miedo de una criatura de tres años, puro y desatado. Un aullido que perforaba los oídos y que de alguna manera lograba sostener sin respirar. Beth se despertó alarmada y yo busqué a tientas la linterna. La dirigí hacia la cara de Alice. Sus pupilas se contrajeron con el repentino aumento de la luminosidad; tenía los ojos abiertos como platos y la mirada fija en la trampilla. Al principio pensé que alguien estaba intentando entrar; corrí a comprobarlo, pero la puerta seguía bloqueada. Allí no había nadie. Alice había gritado sin motivo. Tenía los brazos extendidos frente a sí, y con sus puños menudos oprimía el cuello de un conejito gris y deshilachado.

—¡Alice! ¡Alice! No pasa nada, mamá está aquí, mamá está aquí.

La voz tranquilizadora de Beth se perdió bajo el grito. Intentó abrazarla y apretarla contra sí, pero Alice se mantuvo rígida. Mientras tanto, Arthur se había escurrido de entre los brazos de Beth y se retorció ahora en medio de las sábanas mientras lloraba consternado. Dejé caer la linterna y lo levanté con una mano. Mientras Beth intentaba que se le pasara el susto a Alice, yo me acerqué deprisa a la estantería en busca de una vela nueva. Solo quedaban dos. Dos velas y un montoncito de cera junto a ellas.

Manipulé las cerillas sujetando con una mano a Arthur, que berreaba y forcejeaba conmigo, empeñado en hundir sus dedos en mi ojo. La primera cerilla se me rompió; la segunda prendió, pero se apagó al instante. La tercera, que aguantó encendida, la acerqué con toda la delicadeza que pude a la mecha nueva mientras intentaba apartar la mano de Arthur, asombrado ante la lucha perpetua contra el medio que la vida parecía en ocasiones.

Finalmente, la llama se encendió y me centré en tranquilizar a Arthur. Una hora después, Beth y yo estábamos sentados bajo el resplandor mortecino de la vela, aturdidos, mirando a nuestra hija, que se había vuelto a dormir.

—¿Recuerdas la primera noche que pasamos con ella, cuando nació? —

susurró Beth—. Estaba tan tranquila.

Claro que lo recordaba.

—Nos sentíamos como si nos hubiera tocado la lotería —dije.

Como les ocurría a muchos futuros padres, las felicitaciones y los buenos deseos que recibimos cuando anunciamos el embarazo de Beth se vieron empañados por algunos comentarios menos entusiastas, las advertencias de los resabidos que ya habían vivido esa experiencia. En el caso de Beth, fueron las historias sobre estrías en la piel, cólicos y agotamiento con las que la atosigaban su madre y sus tías. En el mío, las risas desdeñosas de mis compañeros.

No me extenderé sobre lo que hacía para ganarme la vida; creo que «cosas de ordenadores» es explicación suficiente. Todavía recuerdo las caras desencajadas y burlonas que pusieron mis compañeros de trabajo cuando les comuniqué mi inminente paternidad.

«¡Despídete de lo bueno, amigo!», rebuznaban, estampándome en la espalda sus manos fofas y pegajosas. «¡Fin de la partida! ¡Se acabaron las noches de fiesta! ¡Se acabaron los revolcones! ¡Se acabó el follar! ¡Fin de la partida! ¡Se bajó el telón! ¡Chao!»

Estábamos aterrados.

Pero después nació Alice, y la noche en que nos la llevamos a casa no cabíamos en nosotros del gozo. Durmió como una bendita. No hubo gemidos ni llantos, solo inhalaciones y resoplidos de satisfacción que escuchamos mientras sucumbíamos a un sueño que duró hasta la mañana siguiente. Nos sentíamos afortunados; creíamos que de alguna manera habíamos eludido el destino que nos esperaba ahora que éramos padres. Conservaríamos nuestra libertad y descansaríamos bien, gracias a que teníamos una hija feliz que no nos exigía nada. Esos gordos cabrones del trabajo se equivocaban.

Al cabo de una semana la fantasía se había desmoronado, dejando en su

lugar las tomas nocturnas, los paseos en círculo y el cansancio perpetuo. Beth se rio de mí cuando salí a la calle tambaleándome la mañana siguiente a la primera mala noche. Me hizo entrar de nuevo y me limpió los restos de caca de Alice que tenía en el puño de la camisa con un paño de cocina. «A quién queríamos engañar», me dijo antes de dejarme ir a pasar el día mirando una sopa de píxeles y preguntándome qué debería estar haciendo.

No pasó mucho tiempo hasta que impuse la regla de «quien trabaja, duerme».

Miré a Beth. Observaba a Alice con aquella mirada suya. Determinación inquieta. Voluntad temible.

—Debería haber ayudado más durante las primeras semanas —admití—. Debería haber hecho más.

Se volvió hacia mí. Imaginé lo que me diría antes de que separase los labios. «No importa, ya hiciste mucho. Fue muy duro para los dos. Tenías mucha presión encima.»

Sin embargo, no fue eso lo que respondió. Se limitó a mirarme con curiosidad y después giró la cabeza.

—¿Cuánto tiempo, Ed? ¿Cuánto tiempo estaremos aquí abajo?

Habíamos estado eludiendo la cuestión. Habíamos hablado de qué podría haber ocurrido, tratando de entender lo poco que habíamos oído en las noticias los días previos; qué había impactado contra nosotros, en qué otros lugares había caído, si la gente que conocíamos estaría a salvo, en qué estado se encontraría el país, y el mundo. Especular nos ayudaba a sentirnos a salvo, al margen, como si la trampilla nos protegiera en lugar de mantenernos encerrados. Pero todavía no habíamos hablado de lo que vendría a continuación.

Meneé la cabeza y cerré mi pulgar sobre sus largos dedos. Intenté recordar las emisiones del gobierno y si en algún momento habían dicho algo sobre patrullas de rescate o límites de tiempo.

—No creo que haya un tiempo determinado —concluí—. Depende de cuánto... de lo grande... Creo que hacen sonar una sirena para indicar que todo está despejado. Es lo que hacen después de una bomba atómica.

—¿Y cómo suena?

—¿Como la de antes? —Me encogí de hombros—. ¿Cómo voy a saberlo?

—¿Y si no suena ninguna sirena? —Se angustió—. ¿Y si no queda nadie para hacerla sonar? ¿Y si no queda absolutamente nada ahí arriba? ¿Y si...?

—Joder, Beth, no soy un puto experto —bufé.

—Pero necesitamos...

—Y tampoco es que tuviera mucho tiempo para prepararnos.

Guardé silencio de inmediato al oír mi mentira. Claro que podría haberlo preparado todo mejor. Podría haber contado al menos con cuatro horas más para reunir suministros si no hubiera estado borracho. Podríamos haber bajado centenares de velas, palanganas y cubos llenos de agua, más comida, más pilas, más mantas.

Beth miró los escasos suministros de los estantes.

—No pienso dejar que mis hijos se mueran aquí abajo, Ed. Necesitamos un plan.

—El plan es racionar la comida y el agua. Es cuanto podemos hacer.

La vida se convirtió en un ciclo de procedimientos, tareas y responsabilidades. Cada acción iniciaba un protocolo que por lo general conducía a otro, y después a otro más, todos ellos concebidos para que Alice no volviera a sufrir ataques de pánico. Nos pasábamos los días y las noches

danzando sin parar los unos en torno a los otros. Una frágil línea separaba el control del miedo, y en cualquier momento la oscuridad silenciosa podía inundarse súbitamente de los gritos perforadores de Alice.

Hacía todo lo posible por mantener entretenida a mi hija, pero ella seguía sin confiar en mí. De hecho, era como si me hubiera eliminado de su cabeza por completo. Antes yo era su mundo. Ahora el mundo se había convertido en un lugar frío y aterrador que le producía claustrofobia, y yo era el único responsable. Sabía que Beth disfrutaba en secreto, aunque con cierta sensación de culpabilidad, del renovado cariño que Alice le profesaba. Era enternecedor, por supuesto, pero, como ocurre con casi todo lo que te pasa cuando estás encerrado bajo tierra, también resultaba insoportablemente agobiante.

Transcurrida una semana, con tres noches de paz relativa y cuatro de locura, Alice dejó de gritar. No mucho después, también dejó de hablar. Se pasaba el día sin decir palabra, con su muñeca apretada contra el pecho, en su esquina, o con la mirada perdida en la pared de enfrente, el pulgar bien apretado entre los labios y la oreja de alguno de los conejitos sobre su nariz. No mostraba ningún tipo de emoción. No reaccionaba a menos que tuviera hambre, sed o ganas de utilizar el retrete, en cuyo caso se limitaba a acercarse a quien necesitara y se quedaba quieta esperando a que se lo organizaran. Nos entró el pánico, hasta el punto de que deseábamos volver a oír sus gritos. Beth intentó animarla con la habitual táctica de los abrazos, los cuentos y las canciones. Pero había levantado un muro. Una puerta se había cerrado de golpe. Su cerebro había pasado al siguiente nivel de autodefensa: hermetismo total. Nada entra, nada sale; sentarse y esperar a que todo pase. Nadie era ya depositario de su confianza.

Una noche nos estábamos cenando las dos últimas latas de judías. Le pasé a Beth un trozo de pan mojado en los posos del caldo. Lo miró indecisa.

—Termínalo tú —rehusó.

—No, estás dando de mamar. Para ti.

—Cómetelo tú —insistió Beth—. Estoy bien. Al fin y al cabo, tú siempre comes más que yo.

Fue tan solo una mirada fugaz en la penumbra. Sus ojos bajaron una pizca de más, hasta posarse en mi estómago durante una milésima de segundo antes de saltar de nuevo hasta Arthur.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté.

—¿A qué ha venido el qué?

—Sabes muy bien el qué. «Al fin y al cabo, tú siempre comes más que yo.» ¿Estás diciendo que como demasiado? —Su «no» llegó con un instante de retraso—. Crees que estoy gordo —deduje, poniendo la lata vacía tan ruidosamente como pude sobre la otra.

—Ed, no, no estás gordo, en absoluto.

Otra vez. Sus ojos se escurrieron derechos hacia mi tripa.

—¡Lo has vuelto a hacer!

—Ay, Ed, no estás gordo, pero... —Suspiró—. Ya sabes, quizá no te vendría mal hacer un poco de ejercicio de vez en cuando.

Tenía razón. Claro que tenía razón. Me había hinchado poco a poco con la grasa de las calorías desperdiciadas. Había estado comiendo platos bien cargados de esponjosos carbohidratos, de sebosas proteínas y de azúcares refinados en los que prefería ver una dieta equilibrada y nutritiva de clase media. Las gruesas y caras chuletas y las patatas fritas caseras se escondían tras los brotes de brócoli como ladrones obesos que se ocultasen tras unas ramitas. Pescado magro bañado en crema y acompañado de raciones dobles de pasta. Boles de cremoso helado, bolsas de patatas fritas «artesanas», salsas

rústicas... Con el vino, debía de superar las cuatro mil calorías diarias. Los pocos días en los que me daba por vigilar lo que engullía, mi cerebro intervenía y redondeaba a la baja, reduciendo el total a la mágica cantidad de dos mil quinientas, que en teoría es la adecuada para un varón medio, la que el varón medio necesita para vivir. El problema de esto, claro está, es que el varón medio no es un buen referente. La media es muy baja.

Beth intentó darle agua a Alice. Esta mantenía la mirada perdida mientras tomaba pequeños sorbos.

—Ay, Alice, cariño, me gustaría que me mirases a mí —deseó Beth.

—Ejercicio —gruñí, estampando las dos latas.

Lo más parecido al ejercicio que yo hacía era sentarme en el parque a la hora del almuerzo con un sándwich de carne empapado de salsa, desde donde veía pasar a los corredores pavoneándose con sus pantalones de licra; resoplando con la boca llena de patatas fritas al oír el chisporroteo de sus auriculares; y tragando burbujeantes bebidas químicas asqueado por sus miradas de determinación. ¿Por qué se molestaban? ¿Por qué se esforzaban?

Para mí, correr no servía más que para pavonearse, para que los gilipollas obsesionados consigo mismos demostrasen que eran más constantes, disciplinados y sanos que tú. ¿Hasta qué punto ellos entraban en la media más que tú, un gibón que no llegaba a la media y que se limitaba a mirar desde el banco de un parque con su almuerzo precocinado? En los gimnasios era la misma historia, solo que en estos los veías por todas partes: tíos que levantaban pesas compitiendo entre ellos; que corrían en la elíptica y aumentaban la velocidad con disimulo para igualarla a la del vecino; que machacaban la cinta de correr al ritmo de la asquerosa banda sonora de su altanera vida. Salas sin ventanas repletas de presunción sudorosa, sin pudor y ceñida en licra.

Además, yo no tenía tiempo. Era padre, tenía responsabilidades. Estaba

más que servido.

—No tengo tiempo para hacer ejercicio —me defendí.

—¿Qué hay de esa carrera benéfica que estaba organizando tu empresa? —propuso Beth mientras desenroscaba el tapón de otra botella e intentaba que Alice bebiera—. Podrías apuntarte. ¿Cuánto era?, ¿cinco kilómetros o algo así? Vamos, cariño, bébete esto por mí.

Me reí.

—Correr —dije—. La verdad es que eso no es para mí, ¿no crees?

Una vez más: odiaba a los corredores. Odiaba correr.

—Podría serlo —insistió Beth, volviéndose hacia mí. Tenía el gesto serio, resuelto—. Si quisieras que lo fuese.

Resoplé, pero su semblante no varió un ápice.

—Sí, bueno —concedí, levantando la vista hasta la trampilla—. De todas formas, las inscripciones ya deben de estar cerradas, ¿no te parece? Además, yo no podría correr cinco kilómetros.

Beth giró el cuerpo para mirarme cara a cara.

—Edgar, creo que podrías hacer cualquier cosa que quisieras. Si te lo propusieras.

La conversación se quedó ahí por un momento, ella digna y sincera y yo dando vueltas a las latas inútilmente e incapaz de mirarla a los ojos. Poco después, volvió a centrarse en Alice.

—Ten, cariño, toma un poco más de agua. Buena chica. —Alice miraba fijamente el tímido haz de luz. Beth se dejó caer contra la pared—. Ed, ¿por qué se niega a hablar?

—No lo sé —admití. Agradecí el cambio de tema—. Es como si estuviera en algún lugar remoto.

Al decir esto, se me ocurrió una idea. Cogí las latas de judías vacías y acerqué el destornillador torcido y la cuerda que había en el estante. Como

empezaba a oscurecer, preparé la última vela y saqué una cerilla de la caja para que después me resultara más fácil encenderla. Seguidamente, me llevé las latas, la cuerda y el destornillador al sitio que ocupaba antes junto a la pared.

—¿Qué haces? —se interesó Beth.

—Todavía no estoy muy seguro —confesé.

Puse boca abajo la primera lata y la sujeté entre los pies. A continuación, apliqué la cabeza del destornillador en el centro de la base. Cuando el borde metálico arañó el suelo con un chirrido, miré a Alice para ver si le picaba la curiosidad. Mantenía la vista extraviada en la luz que empezaba a retirarse del pozo de ventilación, los últimos y débiles rayos de sol despidiéndose del sótano por ese día. Finalmente, el destornillador perforó la lata con un fuerte pop. La aparté y empecé a trabajar en la segunda, viendo cómo Alice miraba la pared en embelesado silencio. Cuando terminé, corté un buen trozo de cuerda e introduje los cabos por los orificios de las latas, haciendo después un nudo en cada extremo. Beth, al deducir mi intención, cogió una de las latas y se la acercó a Alice.

—Ten, Alice —le dijo—. Póntela en el oído. —La niña la ignoró—. Vamos, cariño. Cógela.

Alice exhaló un suspiro largo y cansado, todavía absorta en la luz vaga que iba abandonando la pared.

Beth tensó la cuerda y se acuclilló junto a ella. Llevó la lata hasta su oído.

—Buh —le susurré a mi lata. Alice parpadeó y se apartó de la lata como si tuviera una mosca revoloteando sobre su cabeza. Miró la lata, me miró a mí y volvió a clavar los ojos en la luz de la pared—. Hola, Alice —probé.

Esta vez Alice no reaccionó de ninguna manera. Se cubrió con una manta y cerró los ojos, dejando la cabeza apoyada contra la pared.

Beth dejó la lata junto a ella. Se acercó a mí y me dio un beso pausado y

tierno en la cabeza antes de coger otra manta y tumbarse junto a Arthur. Me quedé sentado, dándole vueltas a la lata entre las manos. Aquella noche el sueño se convirtió en algo distinto para mí, en algo que no se equiparaba a lo que era antes, en un sucedáneo insípido y aguado. No sé si fue porque tuve una sensación de renuncia o de que una parte de mí ya no valía para nada, o porque la imagen de mi hija de tres años resignándose a sus circunstancias igual que una vieja se resignaría a una enfermedad se me hacía insoportable, pero después de aquella noche pasó mucho tiempo sin que llegara a dormirme del todo.

Las cosas no tardaron en torcerse. Uno tras otro caímos enfermos, y en un par de días se nos terminaron los analgésicos. Las reservas de agua se habían reducido de forma drástica. La comida también. Ya no quedaban velas y las pilas de la linterna se estaban agotando. Alice se negaba a comer. Empezó a sollozar quedamente cuando dormía, que seguía siendo el único momento en que la oíamos. El cubo del retrete amenazaba con rebosar. Intenté ponerle un segundo forro, pero con las prisas terminé derramando parte del repulsivo líquido. Lo tapé con un anorak, pero no sirvió de nada. El aire estancado del sótano estaba ahora impregnado por el hedor de la mierda.

Pasaba largos ratos contemplando la trampilla, ansioso por salir aunque lo de arriba se hubiese convertido en un infierno. Imaginaba los remolinos de ceniza, la roca fundida, la calima aposentada sobre los escombros, una brisa tóxica. Y, aun así, qué fresco y balsámico sentiría el aire sobre mi rostro en comparación con la atmósfera fétida del sótano.

Después dirigía la vista hasta el conducto. Cuanto más lo miraba, más me convencía de que estaba lleno de agua. Podría romperlo, vaciarlo, prolongar nuestra vida, tal vez hasta... hasta ¿qué? ¿Hasta que llegase una patrulla de

rescate?

O quizá fuese una tubería del gas. Podría partirse en plena noche y matarnos a todos. Beth, Alice y Arthur nunca sabrían lo que había ocurrido.

Una tarde, tiritando bajo una manta junto a la pared, tuve un sueño en el que yo era el cristal enmarcado en la puerta de la cocina. Había un centenar de caras apretadas contra mí, hilos de saliva y moco eyectados desde sus bocas y narices en su aterrorizado empeño por atravesarme. Yo no podía moverme, tenía estirados mis brazos y piernas de cristal como si colgase de una percha. Sentía mi rostro transparente asándose al sol. Después este se transformó en una luz deslumbrante, sobreexpuesta, que primero marchitó y por último hizo explotar todo cuanto me rodeaba. Las caras ardían y crepitaban sobre mí. Sus mejillas se carbonizaron y se descompusieron, sus ojos se cocieron y se escurrieron por mi cuello como malvaviscos derretidos.

Me desperté entre jadeos y busqué a tientas la botella de agua. Casi la tenía entre mis labios cuando me detuve. Era la última y quedaba menos de la mitad. Apreté el tapón y la aparté. Sentado contra la pared mientras recobraba el aliento con la garganta seca, vi la cara de Alice bajo el último haz de luz del día. Me estaba mirando. La observé por unos instantes, intentando comprender qué hacía. Movía los labios. Tenía la lata sobre la boca.

Muy despacio, cogí la otra lata y me la acerqué al oído. Al principio solo percibía a Alice susurrando en el rincón, pero después me alejé unos pasos junto a la pared hasta que la cuerda quedó tensa.

—Solo ha sido un sueño, papi —me estaba diciendo—. Solo ha sido un sueño.

Me dio un vuelco el corazón. Me puse la lata en la boca y le hice un gesto para que se acercara la suya al oído.

—Solo ha sido un sueño —asentí—. ¿Tienes sed?

—¿Papi?

—¿Sí?

—La señora, papi. La señora estaba triste. Estaba llorando.

Cogí la botella de agua y gateé junto a Alice. Estaba sentada con la lata entre las rodillas. Le rodeé la nuca con el brazo y le di un beso en la mejilla. Ella hundió la cara en mi cuello y me apretó la oreja con fuerza. Sollozamos juntos mientras Beth y Arthur roncaban en la esquina.

Arrastré el cuerpo para sentarme a su lado y miré hacia el pozo de ventilación. Seguía llegando un resplandor mínimo.

—Toma un poco de agua —le dije—. Ten.

Abrí la botella y se la arrimé a los labios. Alice levantó las manos para sujetarla, pero entonces la lata cayó al suelo. El estrépito hizo que diera un brinco y se encogiera, provocando que la botella saltase de mi mano. Intenté atraparla, pero se me escapó.

—Lo siento, papi —gimió Alice, alarmada—. ¡Lo siento! ¡Lo siento, papi! ¡Lo siento!

Beth se agitó en su manta.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

Arthur empezó a revolverse también. Los dos seguían con fiebre. Estaban sedientos.

Me apresuré a rescatar la botella, pero era demasiado tarde. Casi toda el agua que quedaba se había derramado. Me quedé parado en medio del sótano con las manos en la cabeza.

—¡Joder! —gruñí.

—¿Qué ocurre? —insistió Beth—. No pasa nada, Alice, mamá está aquí... Ay, mierda, Ed... ¿qué está pasando?

—¡Joder! —Arthur había empezado a llorar, ya despierto del todo, y Alice se había acurrucado con las rodillas apretadas contra el pecho, sin dejar de disculparse entre sollozos de miedo—. ¡Joder!

El sótano se vio de pronto azotado por un tornado de ruidos. Los lamentos desesperados de Alice, los berridos de Arthur, los lamentos pesados y roncocos de Beth y mis gruñidos y gritos de frustración.

El tiempo se ralentizó. Miré la tubería, apenas visible ya en la oscuridad. Contenía agua o gas, la vida o la muerte.

Me acerqué a ella y me tumbé en el suelo. Empecé a sacudirla, tirando de ella y empujándola hacia la pared, intentando soltarla de los anclajes, doblarla, romperla, reventarla, furioso por mi debilidad, por mi ignorancia. Finalmente se soltó de la pared, pero no iba a conseguir romperla con facilidad. Ahora Alice chillaba, Arthur gemía, Beth intentaba ponerse de pie. Pasé el brazo izquierdo por detrás de la tubería, hice palanca para desencajarla del hormigón y tiré con las rodillas apoyadas en la pared. Algo se agitó; a continuación se soltó otro anclaje y, por último, bajo el pozo de ventilación se oyó el ruido de la presión al liberarse. Sentí la salpicadura de un líquido frío en mi cara. Era agua.

Cerré la boca en torno al metal partido. Percibí el sabor de mi sangre mezclada con el agua fría. Llené la botella y se la pasé a Beth. Llené otra botella, y otra más, hasta que el agua dejó de brotar, momento en que me dejé caer de rodillas, sollozando de alivio o de tristeza. Aún hoy sigo sin saberlo. Creo que una parte de mí deseaba que hubiera sido gas.

Llené tres botellas, apenas lo suficiente para otros dos días.

Los niños dejaron de llorar por unos instantes mientras Beth les daba de beber. Después Alice reanudó su gimoteo.

—Está oscuro —se quejó, temblando—. Quiero la vela... ¿Dónde está la vela?

Llevábamos apenas dos semanas bajo tierra. No teníamos luz ni comida, tan solo unos pocos tragos de agua. Nos habíamos quedado sin recursos.

Arthur arrancó de nuevo, con un llanto potente y áspero que se impuso a

todo lo demás. Me levanté y corrí hacia la trampilla. No podía respirar, no podía ver, no podía oír, no podía pensar. Le grité a la oscuridad. Sin palabras, tan solo un gruñido y un bramido guturales.

Y entonces oí otro ruido. Procedía de fuera, algo rápido y repetitivo. Da, da, da... Zad, zad, zad, zad, zad.

Una luz intensa penetró de súbito por el pozo de ventilación.

—¡Silencio! —grité.

Alice, Beth y Arthur insistieron en sus lamentos, pero el ruido que estos amortiguaban empezó a ganar fuerza. Un segundo haz de luz intensa bajó por el pozo.

El batir distante se transformó de pronto en el rugido de un rotor que giraba justo por encima de nosotros. Un helicóptero. Las luces de los reflectores bailaban ahora por el sótano, iluminándolo a través de las grietas y los agujeros ocultos. Un bosque de haces blancos y finos iba y venía por la estancia como rayos proyectados por una bola de discoteca mientras el helicóptero flotaba en las alturas. Después, voces, gritos, un megáfono.

—¡No se muevan! ¡Quédense donde están! ¡No salgan hasta que se lo digamos! ¡No se muevan! ¡Quédense donde están!

Me dejé caer contra la pared y apreté a Alice contra mí. Había dejado de llorar y temblaba con los brazos sobre la cabeza.

—No pasa nada —le aseguré—. No pasa nada. Estamos a salvo.

Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos para protegerme de la luz.

Pot Noodle

Tres meses más tarde

Bryce gruñó.

—Podría cargarme a uno. A dos. Ahora mismo. Pan comido. Pum, pum.

Estábamos agachados en una buhardilla alta orientada hacia el sur. Era una de las contadas atalayas que habíamos encontrado a lo largo de Lawnmarket, la calle medieval del casco antiguo que partía del castillo de Edimburgo. La llamábamos Pot Noodle por el tarro de plástico vacío e inexplicablemente intacto de esa marca de pasta oriental instantánea que encontramos en el alféizar de la ventana. La habitación había sido antes un dormitorio, tal vez el de un estudiante; en las paredes abrasadas todavía quedaban fragmentos de varios pósters de películas y de grupos musicales, así como de pasquines y fotografías del Che Guevara. Los jirones de la moqueta quemada colgaban laxos de lo que quedaba del suelo. Las tablas estaban sembradas de objetos rotos: una taza resquebrajada, un tenedor doblado, una lámpara retorcida por el calor; nada que nos fuese de utilidad. En un rincón se sostenía el armazón metálico de una cama, listo para desintegrarse al más ligero roce como una cerilla consumida. En la pared de al lado había visto la silueta negruzca de una persona. Veíamos muchas de esas. Bryce las llamaba «manchas humanas», las sombras de los muertos, grabadas a fuego en las paredes, en las escaleras, en las cunetas, huellas perfectas de las personas que las dejaron, estampadas en la precisa postura en que se encontraban cuando las explosiones de las rocas subespaciales y superardientes las incineraron.

Un polvillo de nieve cubría toda la habitación. Faltaban el techo y la pared posterior. La mitad de la estancia estaba vacía, y por debajo se abría una caída de seis plantas.

Detrás de nosotros se extendían los restos del centro urbano. Princes Street, Rose Street, George Street, Thistle Street, Queen Street, ahora una mera amalgama de tocones negros y escombros. Catedrales, iglesias, bloques de viviendas y casas, todo había desaparecido. Las carreteras se habían transformado en franjas caóticas moteadas de pedazos de hormigón volteados que las hacían, en su mayor parte, intransitables. La larga y amplia pendiente de Leith Walk, que antes se extendiera hasta el Shore, semejaba ahora una gigantesca marca de frenazo. Dundas Street, una vía larga y recta que atravesaba las calles ostentosas de la Ciudad Nueva, era un profundo tajo rebosante de armazones de coches y de ladrillos. La Ciudad Nueva en sí había quedado reducida a cenizas. Solo permanecían los trazados desnudos de las calles; una cuadrícula plana y polvorienta.

Más allá, hacia el norte antes todo eran vistas panorámicas: el mar, el cielo, las montañas. Ahora solo se veía una tiniebla plomiza, entre la que de vez en cuando se atisbaban las turbias aguas del Forth. En los días despejados llegabas a divisar el destrozado esqueleto del puente colgante, volcado en el agua como un par de garras metálicas.

Se encontraban pocas señales de vida. El número de muertos era mayor que el de supervivientes. Mucho mayor que el de supervivientes.

Si estás leyendo esto, es muy probable que te encuentres en un tiempo y un lugar mejores que aquellos en los que yo estoy ahora. Quizá no llegaras a conocer la magnitud de la devastación. Quizá no sepas qué se siente cuando de pronto todo lo que conforma tu mundo finaliza, muere o desaparece.

No puedo hacer mucho para ayudar. Escribir es solo un truco, al fin y al cabo; conviertes imágenes en palabras y esperas que estas despierten

imágenes similares que ya existen en la cabeza del lector. Las imágenes que tú visualizas nacen de las películas y de los libros, quizá incluso del metraje de archivo de Hiroshima, Nagasaki o Chernóbil, de los documentales granulados con los que tanto me emocionaba con quince años, cuando estaba obsesionado con los ataques nucleares. Esas imágenes (las calles desiertas, los escombros, las polvaredas, los cadáveres, los edificios calcinados, las bicicletas despedazadas, los tocones ennegrecidos, los cielos opacos, los ositos de peluche abrasados...) se quedan ahí. Son ajenas a las escalas y al tiempo. Tienen sus fronteras: una calle, una ciudad, un país, una época, una bobina de película. Empiezan y terminan.

Mis fronteras quedaron reducidas a las dimensiones y a la forma de un pequeño sótano hediondo durante poco más de dos semanas después del impacto. El 26 de agosto, cuando los soldados del cuartel de Castlelaw forzaron la trampilla del sótano y nos sacaron, mis fronteras se expandieron a las dimensiones de una ciudad. Desde entonces no han dejado de expandirse.

Los restos de algunos edificios de Edimburgo seguían en pie. La Ciudad Antigua era la que había salido mejor parada. Tal vez su caótica jungla de calles adoquinadas provocara la confusión suficiente entre los asteroides como para impedirles alcanzar el mismo grado de aniquilación que en las calles más nuevas. La larga pared posterior de los bloques de apartamentos que se extendían desde el castillo de lo alto de Princes Street Gardens (ahora una negra ciénaga de porquería) había sido derribada, de manera que podía verse una disección de los hogares y despachos, todos quemados. Si lograbas trepar por el pedregal que nacía a sus pies, después podías escalar por las habitaciones y las escaleras semiderruidas hasta llegar a los pisos superiores, que era donde nos encontrábamos agazapados.

—Dos balas, dos cabezas —calculó Bryce, el ojo pegado a la mira del fusil—. Pum. Pum. Dulces sueños.

—Una gran idea —aprobé—. Matar a dos para que los demás sepan dónde estamos. Adelante, comprobemos hasta dónde podemos llegar antes de que nos alcancen.

Bryce apartó la cabeza del objetivo para mirarme, con el cañón todavía orientado hacia la calle.

—Pero estaría bien —replicó. Sus mejillas inmensas y velludas retorcidas formaron una sonrisa—. ¿Eh?

No habría estado bien. Además, dudaba que les acertara desde esa distancia. Ni siquiera tendría que haber salido con un arma. Pero después de varias semanas dando la lata, Yuill había terminado por ceder. Ahora lo veía, sonriendo con la cara adherida al SA80 reglamentario, y me ponía nervioso; que de adolescente te dedicaras a cazar conejos desde la ventana de tu dormitorio no te convierte en un francotirador.

—Hemos subido para observarlos —le recordé, con los ojos puestos en la base del edificio hacia la que Bryce tenía orientado el fusil, en medio de las ruinas del Puente Sur. Me calenté las manos con mi aliento—. ¿Cuántos?

Bryce volvió a colocar el ojo sobre la mira. Tenía el cañón apoyado en la lana de uno de sus guantes; del agujero practicado en el otro asomaba el dedo índice, que agitaba nerviosamente sobre el gatillo.

—Cinco —estimó—. No, seis... Siete. Siete cabronazos. Están moviendo algo. Parece...

—Déjame ver —dije. Me acerqué para colocarme tras la mira telescópica.

—¡Espera, joder! —Bryce me apartó con el codo y me empujó contra el marco de la ventana.

—Trae aquí... —Al estirarme para coger el fusil, la mano se me deslizó por la madera, lo que provocó que se soltara una teja—. Mierda.

—Edgar... —gruñó Bryce. La teja se escurrió hasta que topó con el desagüe de más abajo, desde donde se precipitó para estamparse contra los

adoquines lisos. El estrépito retumbó por la calle silenciosa—. Estamos jodidos —sentenció. Se oyó un grito en el puente, alguien se movió—. Nos han visto. Corre. —Vi a tres personas empequeñecidas por la distancia corriendo hacia nosotros—. ¡Corre! —gritó, agarrándome del hombro para apartarme de la ventana.

Trastabillé y me caí. Se me habían dormido las piernas después de dos horas agazapados. Tumbado sobre las tablas desnudas, oí voces, gritos de furia, cada vez más cercanos. Bryce me levantó de un tirón y me empujó hacia el boquete donde antes estaba el resto del cuarto. Por debajo de nosotros, extendiéndose más allá de lo que el final de la tarde nos permitía ver, nos aguardaba una caída hacia un caos tenebroso.

Saltamos.

Yo aterricé primero.

Los restos del piso de abajo eran más extensos que los del que habíamos dejado atrás. Lo sabíamos porque conocíamos aquel tramo de ruinas; cada agujero, cada pasaje, cada escalera, caída y subida. Las voces se aproximaban. Oí que los gritos y los pasos empezaban a reverberar por una de las antiguas escaleras de piedra que ascendían en espiral hacia el edificio.

Bryce cayó como un saco de ladrillos detrás de mí. Nos pusimos de pie dando tumbos y nos dirigimos al fondo de la habitación. El suelo terminaba allí. No había ninguna pared que la separase de la estancia contigua, solo dos vigas de roble que salvaban una caída de diez metros. Elegimos una viga cada uno y comenzamos a recorrerlas manteniendo el equilibrio. Bajo una luz que se debilitaba por momentos, me concentré en mis pasos, intentando ignorar unos gritos que no dejaban de ganar fuerza a mis espaldas. Por encima de nosotros, bajo el cielo cercano, las ruinas resquebrajadas del castillo de Edimburgo se erigían sobre su pedestal de roca volcánica. La nieve caía sobre mis brazos extendidos y mi cara.

Bryce se tambaleó cerca del final de la viga, pero recuperó el equilibrio y saltó hacia la última habitación, unas tablas descubiertas por las que corrimos mientras siete siluetas brotaban del hueco de la escalera y se lanzaban detrás de nosotros. Cuando alcanzamos el borde del piso, oí dos disparos y una bala pasó silbando junto a mi oído. Salvé los últimos metros de un salto y caí a la pendiente embarrada que circundaba el castillo. Antes, aquel terreno era una loma verde y escarpada que subía desde Princes Street Gardens hasta la Royal Mile. Una red de caminos serpenteantes conducía a los turistas desde la ciudad hasta el castillo en los días de sol. Los fuegos artificiales explotaban sobre él y caían encima de la alborotada multitud en Nochevieja. Ahora solo había tierra, cristales y grava. Nada crecía allí.

Bryce, que ya me llevaba ventaja, corría hacia las vías. La antigua línea de ferrocarril que partía de Waverley seguía siendo la forma más rápida de salir de la ciudad. El túnel que llevaba a la estación de Haymarket había resistido, pese a los incendios que abrasaron su interior. A mitad de camino podía encontrarse el esqueleto de un tren carbonizado, pero aparte de eso la ruta estaba despejada.

Un nuevo disparo estalló detrás de nosotros cuando llegamos a las vías y empezamos a acelerar el paso. Yo seguía a la silueta de Bryce según nos acercábamos al túnel, su fusil al hombro, su abrigo aleteando tras él como una carpa. No era la primera vez que me asombraba de la velocidad que llegaba a alcanzar.

Nuestros perseguidores ya habían llegado a la pendiente, pero avanzaban más despacio al tener que fijarse bien dónde pisaban. Varios disparos a ciegas volaron inofensivos sobre nosotros mientras seguíamos ganando ventaja. Me coloqué a la altura de Bryce cuando accedimos al túnel. El golpeteo de nuestros pies contra el suelo nos envolvió a la vez que la oscuridad. No entraba ningún tipo de luz. Bryce encendió la linterna que llevaba sujeta a la

cabeza y yo seguí el haz que barría las paredes de ladrillo destrozadas y proyectaba las sombras de las ratas que se escurrían por las rendijas. Cuando llegamos al primer recodo, donde estaba el armazón del tren, oí pasos por las vías que quedaban a nuestras espaldas, voces que se acercaban y rebotaban en las paredes.

Ahora era cuestión de velocidad.

Conocíamos bien la estructura del convoy; los obstáculos, la inclinación de los coches, la anchura de cada puerta y lo que había detrás, la posición de los distintos cadáveres calcinados, acomodados aún en sus respectivos asientos. Viajaban pocos pasajeros aquella mañana de domingo. Era demasiado temprano. El tren se detendría en medio del túnel al recibir los avisos; el conductor pediría disculpas por megafonía, el pasaje chasquearía la lengua o agitaría el periódico con indignación, y después se oiría muy débilmente la alarma de las sirenas, sin que diese tiempo a que cundiera el pánico antes del primer impacto, que inundaría el túnel de fuego líquido.

Seguí a Bryce por el tren hasta que salimos a la oscuridad. Eludimos a nuestros perseguidores por un momento, pero cuando atisbamos el resplandor tenue de la boca del túnel en el extremo de Haymarket, los oímos recortar la ventaja de nuevo. Eran rápidos.

Sonó otro disparo y de nuevo una bala silbó junto a mi cabeza, esta vez lo bastante cerca como para que me preocupase. Agaché la cabeza y alargué la zancada, confiándome a mis pies. Sentía que se nos echaban encima. Ya no gritaban, solo corrían; reservaban todas sus fuerzas para darnos caza.

Bryce llegó al final del túnel y de inmediato impulsó su mole hacia el andén de la izquierda. Se golpeó el pecho contra la pared de piedra y empezó a sacudir los brazos para asirse al suelo de hormigón a la vez que pateaba el aire con las piernas. Sus nalgas se bamboleaban en amplios círculos mientras se revolvía como un búfalo atrapado en un río desbordado, incapaz de saltar

a la orilla.

—¿Qué haces? —le grité al llegar a la salida del túnel—. ¡Sigue corriendo!

—¡Súbeme! ¡Súbeme!

—¡Ya casi están aquí!

—¡Que me subas, joder!

Tropecé con el balasto cuando aparecí bajo la luz grisácea y le subí las piernas al andén. Me cogió del brazo y tiró de mí sin esfuerzo. Le seguí cuando empezó a subir como un rayo por los restos de una escalera metálica. Al llegar arriba, se agachó y se dio media vuelta con el fusil en ristre. Me dejé caer tras él, resollando y jadeando.

—Bryce —balbuceé—. ¿Qué cojones haces? ¡Sigamos corriendo!

El resonar de los pasos tamborileaba en las paredes del túnel, cada vez más contundente.

—Tenemos que ganar un poco de tiempo —explicó con calma. Él ya respiraba más despacio y yo intuía que también su pulso empezaba a desacelerarse. El mío seguía martillándome el corazón, como si quisiera reventarme las costillas.

Bryce era un animal. Por lo que sabía de él, antes de los impactos toda su vida estaba enfocada hacia un único objetivo: el placer. Comida, bebida, drogas, sexo. Jamás había levantado una pesa ni dado una pedalada, y te lanzaría fácilmente contra la pared si le sugirieras que saliese a hacer *running*. Las personas de su constitución no frecuentan las pistas de atletismo, pero Bryce podría correr diez kilómetros seguidos sin sudar una gota. Pese a que todas las evidencias sugerían lo contrario, era un corredor nato, dotado con el corazón de un olímpico. Yo jamás estaría a su nivel.

—¡Son por lo menos siete, imbécil! —le recriminé, tirándole del hombro—. ¡Vamos!

—Son unos maricones —porfió Bryce, que me ignoró y ajustó la mira—.

Un par de disparos y volverán corriendo con mami.

—No, no, no, Bryce, vamos, piensa. Lo normal sería que hubieran desistido ya, pero siguen corriendo. Han comido, tienen armas y están encabronados. Nos van a matar. Ahora no me jodas y sigamos corriendo, ¡los tenemos encima!

—Demasiado tarde —canturreó Bryce, envolviendo el gatillo del fusil con el dedo.

El primer perseguidor salió disparado del túnel y se deslizó hasta un tope de las vías. Era alto y delgado, y vestía una sudadera gruesa cuya capucha llevaba bien calada sobre su rostro demacrado. Se sacó una pistola de los pantalones verdes de combate y la sostuvo entre las dos manos mientras recorría la estación con los ojos. Me acuclillé detrás de Bryce. Otros dos perseguidores dejaron atrás el túnel, casi tropezándose el uno con el otro. Eran más bajos que el primero, pero igual de delgados, y también traían la capucha puesta. Todos eran jóvenes, tal vez adolescentes. Cuando el cabecilla les hizo una señal con la mano, se tendieron sobre las vías y sacaron sus armas sin dejar de mirar con cautela alrededor de la estación.

—Bryce —siseé—. Esto no es buena idea.

—Es una idea cojonuda —replicó antes de realizar un disparo.

Cuando la bala impactó contra la pared del túnel, una nube de polvo y esquirlas estalló en torno a los tres jóvenes. Se escondieron tras las vías instintivamente y reptaron de regreso al cobijo del túnel. Bryce realizó otros dos disparos y el cabecilla abrió fuego en nuestra dirección antes de desaparecer en la oscuridad.

Me dejé caer contra la pared posterior de las escaleras. Me pitaban los oídos por los disparos y el corazón todavía se me salía del pecho por el esfuerzo de la carrera y la tensión del tiroteo. Hasta hacía tan solo unos meses ni siquiera había visto nunca una pistola de verdad, y mucho menos me había

disparado nadie.

—Mierda —protestó Bryce. Consultó el indicador de la recámara—. Mierda —repitió mientras apuntaba otra vez hacia la salida del túnel.

—Genial —bufé—. Muy bien, Bryce. Ahora ya saben dónde estamos.

Oímos que los otros cuatro perseguidores los alcanzaban y se detenían antes de salir del túnel. De la oscuridad surgieron voces y gritos amortiguados.

—Ya te has divertido bastante —le dije—. Ahora, por favor, deja de hacer el gilipollas, ¡y larguémonos de aquí!

—Sigue tú si quieres —me animó Bryce—. Yo me quedo a terminar lo que he empezado.

En ese instante una pistola asomó del túnel y realizó tres disparos contra la escalera. Dos balas nos pasaron por encima, pero la tercera rebotó en la viga metálica de debajo de mi pierna. Subí los escalones de un brinco y me hice un ovillo.

—¡Me cago en la puta, Bryce! ¡Vas a conseguir que nos maten!

—Sigue corriendo —dijo. No había movido un músculo—. Después te alcanzo.

La pistola emergió de nuevo, ahora dejándose ver más en la luz. Pude distinguir una cara pálida y hueca que nos miraba desde el otro extremo del brazo estirado.

Esta vez Bryce apretó el gatillo primero y realizó un único disparo que impactó de pleno en el hombro del pistolero.

—¡Vete a tomar por el culo! —rugió Bryce—. ¡A tomar por el puto culo!

Se le escapó una risa profunda cuando una algarabía de gritos y aullidos escapó del túnel.

—¿Le has dado? —pregunté.

—Sí —afirmó, sin parar de reír entre dientes—. Ah, ya lo creo que sí.

Apoyó el fusil en el escalón como si acabase de derribar un ciervo en una cacería. Se giró hacia mí con una sonrisa en la cara. Lo miré, sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Chasqueó los labios.

—De acuerdo —dijo—. Es hora de largarse.

Bajamos las escaleras ruidosamente y cruzamos el andén a toda prisa hacia las vías del otro lado. Bryce se alejó sin dejar de reírse. Yo lo seguí con la cabeza dándome vueltas, esforzándome por mantener su paso. Estábamos ya fuera de la estación y nos dirigíamos al sudoeste cuando oímos que nuestros perseguidores no habían cejado en su empeño. El número de Bryce nos había dado un respiro; ahora uno de ellos avanzaba más despacio y les llevábamos varios cientos de metros adicionales de ventaja.

Tras recorrer dos kilómetros por las vías, los perseguidores parecían estar acercándose otra vez. Llegamos al puente de Slateford y Bryce viró hacia la izquierda para subir las escaleras que llevaban a la carretera principal, que cruzaba el ferrocarril.

—¿Adónde vas? —grité.

—Al canal —voceó en respuesta.

Cuando llegamos a la carretera, Bryce tropezó con el bordillo de la acera y se cayó, profiriendo un sonoro lamento al golpearse contra el asfalto resquebrajado y ennegrecido. Se estremeció cuando lo ayudé a levantarse, y entonces vi un parche carmesí en la manga izquierda de su abrigo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Bryce lo inspeccionó con cuidado.

—Parece que él también me ha dado —supuso—. Pero me encuentro bien.

Estaba pálido, ya no era el maníaco de risa delirante que había salido disparado de la estación.

Me asomé por encima de la pared para comprobar por dónde venían nuestros perseguidores, que casi habían llegado al puente. Por detrás de ellos

vi al que había recibido el balazo de Bryce, agachado entre las vías, la mano apretada contra el hombro, y a otro que se había detenido junto a él. Los otros cinco nos alcanzarían enseguida.

Cruzar el canal era la forma más rápida de volver a casa. Corría paralelo a las vías, pero la carretera que llevaba hasta él era larga y ancha. Seríamos blanco fácil.

Bryce tragó saliva y tomó aire varias veces con dificultad.

—Vamos —le dije—. Por aquí.

Lo guie hasta el otro lado de la carretera principal y por una calle lateral adoquinada que antes estaba bordeada de bloques de viviendas victorianas. Era la última de una sucesión de ocho calles similares; todas se habían desplomado hacia atrás, de manera que se habían amontonado las unas sobre las otras como fichas de un dominó gigante. Al ser la última, era la que menos había sufrido. Un extremo de la calle semejaba un sándwich aplastado de piedras, hierros y muebles quemados. Una casa sobre otra y sobre otra. El resto de la calle se mantenía en pie, un cascarón de ladrillo con agujeros donde antes estaban las puertas y las ventanas. Se había levantado un viento que empezaba a silbar entre las habitaciones vacías.

Entré con Bryce por uno de los huecos y doblamos una esquina para acceder a lo que quedaba de una planta baja, donde nos agachamos contra la pared.

Nos rodeó el silencio; solo se oía nuestra respiración y los ocasionales gruñidos de dolor de Bryce. Supuse que una familia viviría allí antes. El bastidor de un piano resistía de pie junto a una pared. Una ráfaga de viento hizo rodar por debajo un conjunto de partituras chamuscadas. Los restos abrasados de una mochila colgaban de una esquina, tirada allí la noche antes de los impactos; un zapatito asomaba por la abertura.

Bryce había empezado a sangrar con profusión. Miré tras la esquina, me

acerqué al piano y cogí la mochila. La correa seguía de una pieza. La solté y se la enrollé a Bryce en la parte alta del brazo, por encima de donde supuse que estaba la herida. Hizo una ligera mueca mientras se la anudaba.

—Gracias —dijo.

Me llevé un dedo a los labios. Había oído algo fuera, un clac, un golpe dado con el pie.

—¡Quietos!

Nos quedamos helados.

Señalé la recámara del fusil de Bryce. «¿Cuántos cartuchos?»

Bryce levantó despacio un dedo.

Me eché al suelo.

—¡Quietos ahí, mamones!

Parecían estar a dos puertas de distancia, golpeando las paredes y pateando todo lo que encontraban por el camino. Sus voces resonaban en las baldosas antiguas de la escalera cuando subían y bajaban en medio de un gran alboroto, registrando los pisos. Uno de ellos lanzaba besitos al aire y silbaba con fingida dulzura, con un acento americano falso y nasal.

—Salid, gatitos bonitos... Venid, gatitos bonitos.

Bryce se puso tenso. Tocó la recámara del arma y apuntó con el pulgar hacia la puerta, imitando un tiro rápido a la cabeza. Extendí las manos con las palmas hacia abajo y meneé la cabeza despacio. Bryce se apretó el fusil contra el pecho y me miró furibundo.

—¡Vamos, payasos!

Las voces resurgieron en la calle y se alejaron de nuevo por la escalera de la puerta contigua. Reanudaron su algarabía de silbidos, gritos y ululatos, como si fueran niños que quisieran asustar a otros niños.

Bryce realizaba aspiraciones y espiraciones largas por la nariz. Iría a por ellos en cuanto nos encontraran, si no antes. Miré alrededor del piso. Solo nos

quedaba una opción.

—Venga —le dije—. Rápido. Levántate.

Ayudé a Bryce a ponerse de pie y lo llevé hasta un antiguo salón que ahora solo era una cueva sucia y fría. Entre la porquería y los escombros había un sofá amplio, calcinado al igual que todo lo demás, aunque con los cojines intactos. Los saqué y cogí el cuchillo que guardaba en el cinturón. Era mi única arma. No compartía la necesidad de Bryce de llevar un fusil. Lo deslicé por la tela de debajo y la retiré.

En la calle volvían a oírse voces y pasos. Miré a Bryce, que frunció el ceño.

—Las señoras primero —susurré, invitándolo a entrar en la cavidad expuesta.

Bryce quiso protestar, pero oí que ya estaban en la escalera. Tiré de él y lo metí en el sofá. Reprimió un quejido al caer con pesadez sobre su brazo. Yo entré a continuación y volví a colocar los cojines encima de nosotros.

No sabía si estábamos bien tapados ni tenía tiempo para comprobarlo.

—Vamos, payasos —dijo uno de ellos en voz baja cuando entró en la habitación.

Oía a los demás subiendo aprisa por la escalera. Bryce, con su cara inmensa y sudorosa pegada a la mía, exhalaba con fuerza un aliento caliente y fétido sobre mi boca. Me esforzaba por controlarme, por no moverme. Estaba seguro de que nos oirían.

—Os voy a destripar en cuanto os encuentre...

Daba vueltas pausadas por el piso, inspeccionando las ruinas. Le arrancó un chasquido súbito y desafinado al piano cuando le dio una patada. Lo embistió otras tres veces en rápida sucesión, riendo como un lunático con la voz quebrada de un adolescente.

—¡Ja, ja, ja, ja...!

Un acorde muerto escapó de entre las cuerdas del piano. El perseguidor entró en el salón y empezó a recorrerlo con calma, cogiendo los distintos objetos para después dejarlos caer o estamparlos contra las paredes. Podía olerlo. Pese a la tela mojada y mohosa de los cojines y al aliento nauseabundo de Bryce, podía olerlo. Percibía su tufo a sudor, a humo, a meada, a mugre y a polvo húmedo y viejo.

De repente el cojín se apretó con fuerza contra mi cara. Ahogué un resoplido de dolor cuando mi mejilla chocó con más violencia aún contra la de Bryce. Se había sentado justo encima de nosotros.

Oí el tintineo metálico y el chasquido de un Zippo. A continuación, un chisporroteo y una calada lenta, seguidos por el olor de la marihuana.

Un pedo ruidoso y grave se abrió paso a través del cojín que nos cubría.

Se quedó allí sentado, fumándose el porro y tirándose pedos en mi cara, hasta que consideré que tendríamos que arriesgarnos, apartar el cojín por sorpresa y reducirlo antes de que le diese tiempo a gritar y avisar al resto. Estaba a punto de coger el cuchillo, listo para dar un brinco, cuando oímos que los otros bajaban por las escaleras.

—¿Había alguien? —gritó nuestro chico.

—No —respondieron los otros—. Nadie.

Le dio una última calada al porro y se levantó del sofá.

—Ahora ¿qué? —dijo.

—Volveremos e informaremos de que un par de soldados han disparado a Danny —dijo uno desde el pasillo.

—¿Soldados? —se extrañó el nuestro.

—Sí. Puedes estar seguro, eso era un arma de soldado raso. No como estas putas cerbatanas de madero. —Algo metálico golpeteó secamente contra la pared dos veces—. Sí, reclutas de mierda —confirmó—. Digo que habrá que darse un rulo por las colinas, ¿no?

Salieron del bloque entre risas junto con el resto de la banda. Cuando tuvimos la seguridad de que se habían marchado, aparté los cojines y nos retorcimos para salir. Nos quedamos en medio del salón, doblados mientras recobrábamos el aliento. Bryce seguía pálido, pero el torniquete improvisado había detenido la hemorragia.

—Joder —renegué—. Ahora ya saben dónde vivimos.

—Vamos —dijo Bryce—. Regresemos antes de que nos descubran. —
Sonrió al ver lo que había en el suelo—. El mamón se ha dejado medio porro
—celebró.

Salimos de la ciudad bordeando el canal y proseguimos hacia el Water of Leith, por donde corría bajo los escombros amontonados de la A70. Antes el río comunicaba Pentland Hills con el Shore. Pistas de tierra, barandillas de hierro y senderos asfaltados flanqueaban sus orillas mientras serpenteaba, formaba espuma y caía en cascada bajo los puentes de piedra y los doseles de los árboles. Eran un lugar apacible. El agua permitía que la naturaleza fluyera a través de la ciudad. Ahora solo quedaba el cauce seco. Los hierbajos, la chatarra y la materia en descomposición poblaban el fangal. Siempre había despedido un olor penetrante a humedad, el ciclo de la vida y la muerte en constante movimiento. Ahora solo hedía a muerte.

Empezó a llover cuando llegamos a Colinton Dell, al doblar el recodo para subir la pendiente que llevaba a Bonaly. Este era mi hogar antes. Ahora solo era un terraplén traicionero de lodo y mortero sueltos. Cada pocos pasos nos hundíamos o tropezábamos. Los árboles derribados complicaban aún más el ascenso. Las raíces, los tocones y los troncos se apilaban los unos sobre los otros como cerillas gigantes. De vez en cuando veíamos restos humanos. Cráneos renegridos, torsos abiertos sobre el hormigón, alguna que otra

manita. Habíamos aprendido a ignorar esos horrores, apresurándonos a tragarnos las náuseas y a seguir adelante. Incluso Bryce aligeró el paso al verlos. Conocíamos las mejores rutas. Sabíamos qué lugares evitar.

El suelo se allanó cuando llegamos a la cima. Bryce se detuvo junto a unos columpios oxidados, los restos de un parque al que llevé a Alice en una ocasión. Se sentó en uno de los columpios y encendió la colilla del porro que se había encontrado mientras me veía recorrer a duras penas los últimos metros del barrizal. Unas finas hebras de humo manaron de su nariz y se filtraron entre su espeso cabello. Las cadenas quebradizas chirriaban según se balanceaba lentamente en el columpio. Cuando lo alcancé, encorvé el cuerpo.

—Tienes que hacer más ejercicio —me dijo al tiempo que me tendía la colilla humedecida.

Le di la última calada y la aplasté contra el suelo. No fumaba cannabis desde la universidad. Ahora toda oportunidad de evadirse era bienvenida. Raspé algo duro con el pie. Aparté el barro y desenterré un trozo de metal, la mitad de un letrero, blanco con el rótulo en negro:

DA DE BONALY

Tienda de Bonaly.

—Estaba cerca de donde vivíamos —comenté.

Bryce asintió y miró alrededor. Las ruinas negruzcas de la circunvalación se extendían frente a nosotros, salpicadas por los inestables restos de los coches quemados. Por detrás y por debajo se extendía Edimburgo.

—Bonito vecindario —observó—. Preciosas vistas.

Pareció recordar algo y me miró con ojos taimados.

—¿Cómo están las cosas en casa, por cierto? —inquirió.

—¿A qué te refieres?

Se encogió de hombros.

—Anoche me pareció oír jaleo en vuestra habitación. ¿Problemas en el paraíso?

—Ninguno que te incumba.

Vi que algo se movía a espaldas de Bryce. Miró hacia atrás de soslayo.

—Anda, mira, aquí vienen los chicos —dijo a la vez que se levantaba.

Yuill, Henderson y Richard bajaban desde la circunvalación para recibirnos. Nos saludamos con la cabeza cuando se detuvieron. Bryce tosió. Yo sabía que estaba realizando un gran esfuerzo, pero no apartó la mirada de Yuill.

Yuill se mantuvo inexpresivo, las manos a la espalda. Se fijó en el hombro de Bryce.

—Bien —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

¿Qué ha ocurrido?

Castlelaw era un caos, aunque no tanto como Redford o Dreghorn, los otros dos cuarteles militares del sur de Edimburgo. Los había visto desde el helicóptero de rescate poco después de que nos sacaran del sótano, reducidos a meras alfombras de ladrillos y amasijos de hierro, como todo lo demás. Contemplé la ciudad arrasada con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Las calles habían desaparecido de la superficie. Divisé una infinidad de cráteres. El castillo estaba en ruinas. Hasta la última carretera era ahora un infierno de escombros intransitable. Vi los restos de dos aviones. Uno, que se había estrellado contra los muelles de Newhaven y tenía el morro hundido en el muro del puerto. El mar mecía una maraña de escombros entre una capa de espuma parduzca. El segundo avión yacía partido en dos tras haber chocado con la cima del Arthur's Seat, del que tampoco quedaba más que un tocón achicharrado.

No guardo muchos recuerdos de lo que sucedió después, aparte de que cuando quise darme cuenta estaba parado entre Beth y Alice en medio de un pabellón médico improvisado repleto de soldados nerviosos y de civiles heridos. Alice lloraba para que la lleváramos al retrete. Vi a un anciano en una cama. Su cara ancha y morena compuso una sonrisa cuando nos miramos a los ojos.

—Rayos distintos, socio —dijo con un cascado acento australiano. Lo miré extrañado y sentí que me mareaba—. Rayos distintos.

Durante aquellas primeras semanas nadie sabía qué estaba sucediendo. Nos asignaron una habitación donde alojarnos y un número. A nosotros nos tocó

el 18. Nos llamaban a diario para comer por grupos; en cada turno, cinco o seis familias o personas solas caminábamos penosamente hasta la cantina, donde comíamos en silencio. No faltaban provisiones. La comida estaba bien y la servían tres veces al día.

No veíamos mucho a los soldados. Parecían estar organizados y se desplazaban deprisa entre los compartimentos, evitando mirarnos a los ojos. Si se les hacía una pregunta, respondían de forma escueta.

La electricidad procedía de un generador. El estruendo nos despertaba todas las mañanas cuando lo arrancaban y nos acompañaba hasta la tarde, momento en que se apagaban las luces. En los barracones apenas entraba la luz del sol y los cristales esmerilados de las ventanas nos impedían ver el exterior. Vivíamos en cuartos estrechos de techo bajo que reverberaban con el rugido grave de los motores. Daba la impresión de que viajásemos a bordo de un carguero que surcase un mar en calma.

El combustible escaseaba. Durante la primera semana, todas las mañanas oía a un helicóptero emprender el vuelo. No regresaba hasta pasadas unas horas. Las patrullas de estas misiones de rescate trajeron algunos supervivientes más. Después, el batir del helicóptero fue sustituido por el crujir de las botas contra la grava. Los soldados partían a pie y regresaban tarde.

Más adelante se empezaron a servir solo dos comidas al día y las raciones se redujeron.

Un día nos convocaron a una sesión informativa entre el desorden del vestíbulo. Varias filas de sillas de plástico rojas y azules miraban hacia la parte delantera. En un rincón descansaba un televisor desenchufado. Una abundancia de fotografías cubría las paredes: abrazos de grupo, manos

formando el símbolo de los cuernos, jarras de cerveza en alto y posturas sexuales simuladas entre los soldados, la mayoría de los cuales ahora estaban muertos.

Arthur y yo fuimos los primeros en llegar. Alice estaba ayudando a Beth en la lavandería. Nos sentamos en una esquina, donde comenzamos a construir una torre con botellas de plástico vacías.

—¿Es tu hijo? —preguntó alguien de voz profunda a nuestra espalda.

Arthur levantó la cabeza y gimió, señalando más allá de mi hombro. Me di media vuelta. El viejo australiano del pabellón estaba allí plantado, las piernas bien separadas e inclinado hacia delante con las manos en las rodillas. Era corpulento, de pecho voluminoso, e irradiaba fuerza. Su cabello de vetas plateadas era denso y en sus ojos se apreciaba su vitalidad. Sus mejillas morenas y curtidas se extendieron en una sonrisa radiante mientras saludaba a Arthur con un pausado balanceo de la mano.

—Sí —afirmé, levantándome—. Arthur.

—Hola, Arthur. Es un buen nombre. Yo me llamo Harvey. —Extendió la mano, ancha como una pala. El apretón fue firme y experto—. Harvey Payne.

—Edgar.

—Mucho gusto, Ed. —Miró a Arthur y volvió a saludarlo con la mano. Arthur articuló un chillido perforador, con el rostro comprimido de júbilo—. Buenos pulmones, también —observó—. Un grito magnífico, hijito. No lo contengas. —Tosió y meneó un dedo—. No dejes que te silencien, ¿quieres?

Acercó una silla, se sentó y se inclinó hacia delante con sus gigantescas manos entrelazadas como las raíces de un árbol. Cogió una botella y se la tendió a Arthur.

Me retiré y dejé que el anciano jugase con mi hijo. El vestíbulo se empezó a llenar y los soldados ocuparon los asientos que bordeaban la pared delantera. Fijado a una pizarra blanca había un mapa enorme del Reino

Unido. Un oficial llamado Yuill aguardaba de pie junto a él. Tendría veintitantos años. Llevaba rapado el pelo rubio y sus ojos nerviosos no dejaban de brincar por la sala. A su lado estaba la soldado Grimes. Era menuda y de ademán serio. La reconocí del helicóptero de rescate.

Hombres y mujeres guiaban a sus hijos con cuidado por la sala para elegir sus asientos. Entre las primeras filas distinguí a un hombre al que había visto en la cantina. Se llamaba Richard. Solo estaban su hijo y él.

Cuando llegaron Alice y Beth nos sentamos en la última fila con Harvey. Justo cuando parecía que no faltaba nadie y el murmullo empezaba a extinguirse, las puertas se abrieron de golpe y una montaña de pelo y cuero irrumpió en el vestíbulo.

Alice se escondió detrás de mi hombro. Me dio un golpecito en la mano y me pasó una de las dos latas que uní para ella en el sótano. Lo llamaba el «cuerdífono». La acompañaba a todas partes. Me la puse sobre el oído y ella se acercó el otro extremo a la boca.

—Papi —susurró, la voz estremecida por el pavor—. Es el oso.

Alice y yo lo habíamos visto pocos días después de que llegáramos al cuartel. Una enfermera vestida con un atuendo militar lo empujaba por el pasillo en una camilla oprimida bajo su peso. Llevaba el brazo derecho ensangrentado y apretado contra el voluminoso pecho desnudo, el tonel de su barriga desparramado sobre el cuero de sus pantalones de motorista. Le guiñó un ojo a Alice y a mí me dedicó una sonrisa amenazadora cuando pasó por delante de nosotros. «Un día espléndido, ¿eh, colega?»

«Oso, papi —lo describió Alice cuando desapareció tras la esquina—. Oso.»

Alice tenía razón: parecía más un oso que una persona. Incluso daba la impresión de que los hombros le nacieran a mitad de camino entre la espalda y la cabeza.

Se detuvo mientras las puertas se cerraban tras él y deslizó la mirada por todo el vestíbulo. Sus ojos destellaban como diamantes desde el fondo de una insondable carbonera. Tenía el pelo oscuro y largo y una barba poblada sepultaba la mitad de su rostro, la totalidad de su cuello y lo que parecía una sonrisa permanente. Llevaba abierto el abrigo, dejando ver el brazo derecho en cabestrillo sobre su pecho colosal. Se abrió paso hasta la primera fila y se sentó a plomo en la última silla, mirando a Yuill como si estuviéramos a punto de disfrutar de un espectáculo de estriptis barato.

Se llamaba Bryce.

Yuill miró a su alrededor por última vez. Estaba delgado, en buena forma, y tenía los ojos de color azul claro.

—Buenos días —comenzó. Su voz revoloteó. Se oyeron algunos saludos murmurados en respuesta.

—Buenos días —estalló Bryce en un tono agradable.

—Soy el alférez James Yuill. Estoy... Ahora soy el oficial superior aquí, en el cuartel de Castlelaw.

Miré alrededor de la sala muda. La gente tenía el cuello estirado para ver mejor el mapa.

—¿Oficial superior? —oí que susurraba alguien.

—Bienvenidos —continuó Yuill.

Silencio, salvo por la carcajada sonora de Bryce, que Yuill ignoró.

—Huelga decir que esta situación es... —Mostró las palmas extendidas a la sala—. Bien, supera con creces cualquier catástrofe a la que cualquiera de nosotros haya tenido que enfrentarse nunca. Todos estamos conmocionados. Todos estamos heridos, cansados y afligidos. Todos hemos perdido a algún familiar o amigo. Desconocemos el paradero de muchos de nuestros seres queridos. Hemos sobrevivido a los efectos de un devastador...

Un hombre de la tercera fila levantó la mano con timidez. Yuill levantó la

suya para pedirle paciencia.

—Más tarde habrá tiempo para las preguntas. Hasta entonces, tengo una buena noticia. Eh...

Le indicó al soldado que aguardaba a su derecha que diera un paso al frente. Era más robusto que Yuill.

—Soldado Guthrie, por favor.

Guthrie ocupó el lugar del oficial.

—Sí, señor. Durante las semanas transcurridas desde el incidente no hemos dejado de intentar comunicarnos por radio con el exterior. Colocamos una baliza de emergencia con información sobre nuestra posición y nuestro estado. —Levantó un papel—. Hace dos días, captamos una señal. Era muy débil y llegaba muy distorsionada. Al principio no oíamos el mensaje, pero después logramos descifrar lo que creemos que son diversos fragmentos de información. —Carraspeó y procedió a leer el papel—. «El Reino Unido va a ser evacuado. Los aviones operativos permanecen en tierra debido a la nube de ceniza. Partirán barcos del puerto de Falmouth, en Cornualles, a finales de año. Durante los próximos meses se efectuarán rastreos por todo el país para recoger a todos los supervivientes posibles.» —Levantó la vista—. Es cuanto tenemos.

Miró a Yuill y dio un paso atrás. Los murmullos se propagaron por toda la sala. El alférez levantó las manos.

—Por favor, por favor, más tarde habrá tiempo para las preguntas, por favor... —El bullicio se apagó gradualmente—. Los hechos son los siguientes: tenemos agua, un generador y medicamentos. Estamos a salvo. Lo único que debemos hacer es...

—¿Qué hay de la comida? —preguntó alguien.

—Lo único que debemos hacer —lo ignoró Yuill— es...

—¿Y del agua? —se oyó preguntar también.

—Es...

—¿Por qué el helicóptero ya no sale? ¿Cuánto combustible nos queda?

Yuill tartamudeó y volvió a levantar las manos como si intentase apaciguar a un perro furioso. Miró a Grimes en busca de ayuda. De pronto, entre el chaparrón de preguntas que le estaba cayendo encima, destacó una.

—¿Qué ha ocurrido?

El vestíbulo enmudeció. La gente se volvió para ver quién había preguntado eso. Richard estaba de pie, junto a su hijo, que lo miraba.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió—. Quiero decir... ¿Evacuar? ¿Todo el país? ¿Qué...? ¿Qué demonios ha ocurrido?

Yuill bajó las manos al comprenderlo. No sabíamos nada. Hacía unas semanas nos despertamos en medio de un pandemonio infernal y desde entonces nos habíamos pasado todo el tiempo bajo tierra. Sin televisión, sin radio, sin internet, sin periódicos. No teníamos ni idea de qué le había ocurrido al mundo.

Yuill tomó aire.

—Soldado Grimes —dijo. Le cedió su sitio al frente—. Si es tan amable.

Grimes dio un paso adelante y miró alrededor de la sala. Llevaba un puntero que situó sobre el mapa. Le temblaba la mano.

—No sabemos cuál es la verdadera magnitud de los daños, pero sí sabemos que el país fue golpeado con fuerza de arriba abajo. —Deslizó el puntero desde el sur hasta el norte—. Londres, Birmingham, Liverpool, Manchester, Sheffield, Leeds, Newcastle, Glasgow... Incluso en otros pueblos y ciudades más al norte, como Aberdeen, se produjeron impactos. —Volvió a bajar hacia el sur por el mar del Norte—. Edimburgo ha quedado devastado. Cuatro o cinco impactos destruyeron la mayor parte de los edificios. Por lo que sabemos, los incendios se prolongaron durante al menos dos semanas. Era imposible comunicarse con los servicios de emergencia... —Titubeó—. De

hecho, no quedaba ningún servicio de emergencia con el que comunicarse.

Jadeos y lamentos. Una mujer que estaba sentada delante de mí se tapó la boca con la mano. Richard levantó la mano de nuevo y el bullicio se extinguió.

—Disculpe —dijo—. ¿Impactos? Exactamente ¿qué fue lo que nos golpeó?

Grimes se detuvo. Me di cuenta de que retrocedía un poco más en el tiempo, que buscaba las palabras adecuadas para explicar lo que había dado por hecho que ya sabíamos. Parpadeó y volvió a empezar.

—Durante la madrugada del 3 de agosto recibimos el aviso de que un elevado número de... —Titubeó antes de proseguir— objetos... seguían una trayectoria que los llevaría a colisionar directamente contra nuestro planeta, haciendo impacto sobre todo en el hemisferio norte, donde muchos caerían a lo largo y ancho del Reino Unido. Junto con...

De nuevo Richard levantó la mano.

—¿Cuántos? —preguntó.

Grimes guardó un silencio momentáneo.

—No lo sabemos con certeza, pero según las estimaciones más aproximadas, fueron entre treinta mil y cincuenta mil proyectiles.

La soldado dejó que los jadeos y los murmullos amainasen una vez más.

—¿Asteroides? —inquirió Richard, que permanecía de pie.

Grimes asintió con una inclinación mínima de la cabeza.

—Asteroides, meteoritos, en realidad no lo sabemos. No teníamos ni idea de su tamaño, de dónde y cuándo caerían ni de qué daños producirían si finalmente impactaban. Todas las bases militares del país se movilizaron, incluidos los cuarteles de Castlelaw, Redford y Dreghorn. Se enviaron tropas a la ciudad para mantener el orden, para que no cundiera el pánico, para que los ciudadanos no obstruyesen las carreteras, para ayudar a la población si...

si sucedía algo. También se enviaron a Midlothian, a Perth, a Glasgow, a los Borders. —Miró de reojo a las exiguas filas de militares que tenía tras ella—. Los soldados que ven aquí son algunos de aquellos a los que se les pidió que se quedaran. Recibimos órdenes de mantener la comunicación con otras bases y de proporcionar apoyo estratégico en tierra. Quedamos a la espera de noticias.

Miró el mapa de nuevo y continuó:

—A las cinco de la mañana, Estados Unidos informó de que una zona rural de Oklahoma estaba sufriendo pequeños impactos. Por lo que sabemos, fueron los primeros. No estaban causando demasiados daños, y al principio supusimos que la mayoría de los objetos se desintegraría durante la entrada. Poco después se avisó de nuevos avistamientos en la costa Este. Después Nueva York sufrió un impacto devastador. Empezaron a llegar avisos de todo Estados Unidos, tanto desde zonas urbanas como rurales. Estaban cayendo por todas partes: en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todos los estados. —Carraspeó y se acercó un poco más al mapa—. Minutos antes de las seis, recibimos aviso de que Londres había sido alcanzado.

Colocó el puntero sobre el denso cúmulo de carreteras y nombres situado en la esquina sudeste del mapa, el músculo de la capital desde el que un entramado de arterias se proyectaba hacia todo el país.

—El objeto —prosiguió— era de gran tamaño. Arrasó la mayor parte del East End. Entonces todavía podíamos comunicarnos con Londres. Se desató el pánico, como es natural, y las fuerzas militares de la zona se desplegaron para hacer frente a la situación. Más tarde se produjeron otros dos choques, esta vez mucho más violentos. —Retiró el puntero—. Perdimos la comunicación.

—¿Cuántos cayeron en Londres? —preguntó Bryce.

—No lo sabemos. Una base de la costa sur informó de unos veinte o treinta

avistamientos en la ruta de la M25, y también los hubo fuera de esta.

Una nueva ola de suspiros y jadeos viajó por la sala.

—Después —continuó—, la Real Fuerza Aérea notificó la presencia de ocho nubes de humo extremadamente extensas sobre Birmingham. Un reconocimiento aéreo confirmó que las Midlands habían sufrido incontables impactos de gran contundencia.

Miró alrededor del vestíbulo. Era evidente que intentaba medir bien sus palabras. Cualquier dato adicional que facilitase podría suponer un nuevo motivo de duelo para alguno de los presentes, una nueva pesadilla para algún niño. Pero no había ninguna otra manera, no se podían emplear otras palabras para expresar lo que estaba a punto de decir. Respiró hondo antes de proseguir:

—Estas colisiones asolaron la mayor parte del centro de Inglaterra. Se informó de que se habían producido incendios en Gales, Yorkshire, Cambridgeshire... —Subió el tono para hacerse oír sobre el alboroto que ahora inundaba la sala—. A continuación, todo sucedió muy rápido. Manchester, Birmingham, Cardiff, Liverpool y Leeds informaron de impactos aislados a los que luego siguieron muchos más. Antes de que perdiéramos la comunicación por completo, supimos de nuevas colisiones en el distrito de los Lagos, en el mar de Irlanda y en el mar del Norte. Se notificó la aparición de una gran nube sobre Northumberland. —Un nuevo silencio se impuso en la sala—. Después oímos que Glasgow había sido alcanzado. Más tarde Redford hizo sonar la sirena de ataque aéreo. Muy poco después también nosotros empezamos a sentir las sacudidas.

—¿Cuántas? —pregunté.

Grimes meneó la cabeza.

—No lo sabemos. Las suficientes como para devastar casi todo Edimburgo. Creemos que la totalidad del Central Belt sufrió graves daños.

Grimes hizo una pausa y se llevó el puntero a la espalda. Durante unos momentos nadie se movió ni hizo el menor ruido. Poco después, Beth rompió el silencio, con Alice aferrada a su brazo mientras hablaba.

—En total... —dijo—, en el Reino Unido... ¿cuántas?

Grimes se tomó unos segundos.

—Estimamos que entre dos mil y tres mil.

La sala pareció exhalar un suspiro estremecido al conocer el número y después recuperó su mutismo.

Al igual que todos los demás, me estrujé los sesos intentando asimilar lo imposible. Recordé los folletos y los libros que atesoraba de adolescente, las emisiones estatales que se habrían difundido en los ochenta de haber estallado una guerra nuclear, granulosas, con una locución urgente y culta. En un inglés de la BBC propio de otra época y de otro estilo de vida.

«En caso de que haya un ataque... permanezcan a cubierto... refúgiense bajo tierra si es posible...»

En caso de que haya «un ataque»; singular.

La guerra atómica mundial siempre se representaba mediante una animación chabacana del globo terráqueo, con un puñado de hongos nucleares desproporcionados que brotaban de su superficie colorida y temblorosa como tallos de brócoli.

Siempre se aconsejaba permanecer a cubierto, esperar.

«Recuerden... permanezcan en un refugio cubierto... permanezcan a la escucha... esperen a recibir indicaciones...»

Siempre había una radio, siempre había una emisora. Siempre había un lugar al que el ataque no había llegado, siempre había un momento en que todo volvía a la normalidad. Siempre había un límite para la devastación.

—Entonces ¿qué queda? —preguntó alguien.

Grimes meneó la cabeza.

—No lo sabemos. Aparte de la señal que captamos hace dos días, no hemos podido comunicarnos con nadie. Lo único que sabemos es lo que hemos visto en Edimburgo. Por suerte, uno de nuestros helicópteros se salvó de los incendios. Al principio lo empleábamos para rescatar a los supervivientes, pero el combustible escasea.

Intenté procesar la información de varias maneras. Me imaginé sobrevolando un mapa en relieve del Reino Unido a escala real, con los topónimos grabados en el terreno, una inmensa cuadrícula por encima de los contornos. Intenté imaginar un millar de asteroides impactando lentamente a medida que yo pasaba sobre las distintas ciudades, pero resulta que el cerebro es más limitado de lo que crees. Intenta imaginar un millar de lo que sea, y luego prueba con un millar de asteroides en rotación. Apenas había llegado a contar diez explosiones cuando el mapa empezó a plegarse, a deformarse y a salirse de su escala.

Intenté centrarme en una única ciudad. Imaginé Londres a vista de pájaro, treinta estallidos resplandecientes sucediéndose en torno a la retorcida serpiente azul del Támesis. Intenté imaginar sesenta millones de personas consumidas bajo un millar de tormentas de fuego, intenté realizar un cálculo escalofriante que repartía las vidas por igual entre los estallidos, aplicando un frío y demencial algoritmo ponderativo entre las ciudades y estimando el espacio que las separaba.

Pese a mis esfuerzos, el resultado siempre era el mismo. En lugar de asimilarlo, mi cerebro lo rechazaba. En lugar de elaborar una respuesta emocional, lo veía como algo ajeno a mí. Era un suceso intangible; algo frío y vago sin apenas sentido. Hasta que no lo vi todo con mis propios ojos, no fui consciente del verdadero alcance. Hasta entonces solo manejaba números.

Después de otro silencio, Richard levantó la mano.

—Sí —dijo Grimes.

—Tenemos combustible y un helicóptero. Tiene que haber coches. ¿Por qué no nos marchamos? ¿Por qué no nos vamos a un lugar seguro?

Grimes dio un paso adelante. Colocó el puntero sobre las colinas que se levantaban bajo Edimburgo y Glasgow.

—Hemos realizado varias misiones de reconocimiento sobre Midlothian, y hemos llegado incluso a la frontera con Inglaterra. —Señaló la A74, la A76, la A7 y la A1, todas las vías que partían hacia el sur desde Escocia—. Estas carreteras están colapsadas por el tráfico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó un hombre menudo de la segunda fila—. ¿Que hay un atasco? Han pasado semanas; habrán tenido tiempo de reanudar la marcha. Los habrán redirigido o algo.

Grimes lo miró.

—El tráfico ya no avanza —le informó.

—Pero... —replicó el hombre—. Pero seguro que...

—Están todos fiambres, imbécil —le aclaró Bryce sin dejar de mirar al frente.

La sala quedó en silencio.

—Pero... pero...

De nuevo Grimes dirigió el puntero hacia el mapa.

—Esta región del país ha sufrido muchos daños. Como decía, los impactos se han producido en todas partes, no solo en las ciudades. Básicamente, hemos quedado aislados por el sur.

Alguien de la última fila levantó la mano con urgencia.

—Sí —dijo Grimes.

—¿Qué hay de Glasgow? —preguntó con voz temblorosa.

—Como decía, no hemos podido comunicarnos por radio con ninguna otra base. Los informes de las exploraciones por la costa oeste sugieren que Glasgow resultó más afectado aún que nosotros. Creemos que un violento

tsunami procedente del Atlántico inundó la mayor parte de la ciudad. Las carreteras quedaron inutilizadas; los edificios... los edificios, prácticamente demolidos; todo quedó anegado.

Más lamentos, más jadeos y conversaciones apresuradas. Una mujer rompió a llorar.

—Mi hermana... Oh, Señor, mi hermana...

—Vamos —rugió Bryce—. Los glasguitos estarán bien. Ya vivían en una pocilga; que ahora les hayan salido un par de baches más tampoco se va a notar mucho. —Se dio media vuelta y sonrió hacia las filas estupefactas—. Cuando se levantaron, pensarían que les habían redecorado las calles — continuó. Unos resoplaron con desaprobación, otros menearon la cabeza—. Solo intentaba ver el lado positivo —explicó, volviéndose otra vez—. Joder.

Harvey rio entre dientes y se inclinó hacia mí.

—Rayos distintos, socio —susurró—. Rayos distintos.

Conocía a Harvey desde hacía poco, así que no entendía la mitad de las cosas que decía. Sus comentarios a menudo parecían una mezcla de acertijos y desvaríos. Pero con el tiempo terminaría por comprenderlos. «Rayos distintos» era su forma de expresar que todas las personas eran diferentes de las demás, que todo el mundo tenía un don, que había que vivir y dejar vivir, ese tipo de cosas. «Todos nacemos bajo el mismo sol —me dijo en una ocasión mientras inspeccionábamos los restos de un autobús de National Express cerca de Lancaster—, aunque rayos distintos.»

Pero me estoy adelantando demasiado. Voy dando zancadas, como diría Harvey.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó el hombre menudo, ahora al borde del pánico entre las primeras filas—. ¿Qué demonios vamos a hacer?

Grimes dio un paso atrás y miró al otro militar situado detrás de Yuill.

—¿Cabo Henderson?

El militar se acercó. Medía cerca de dos metros, tenía los hombros cuadrados y la mandíbula de hierro, y el pecho tan grande como un camión. Mantuvo las manos a la espalda mientras hablaba. Tenía acento londinense; apenas conseguía disimular el deje de la calle West Indian bajo sus ladridos breves de militar.

—A corto plazo: reunir suministros. A largo plazo: mantener la baliza de emergencia y esperar a los equipos de rescate y evacuación.

Henderson dio un paso atrás y Yuill lo sustituyó.

—Para ello —añadió el alférez— necesitaremos organizar misiones de abastecimiento por la ciudad. Creemos que hay numerosos puntos donde encontraremos alimentos y combustible. Estas misiones se realizarán a pie.

—¿Y qué hay del aire? —señaló alguien—. ¿Es seguro salir ahí fuera?

—Hemos llevado a cabo una serie de análisis —respondió Yuill—. Creemos que el aire se puede respirar sin peligro, pero de todas maneras tomaremos precauciones y emplearemos máscaras y trajes de protección contra agentes biológicos.

—Ha dicho que los soldados que están en esta sala son algunos de los que quedan —apuntó Richard. Continuaba de pie, con una mano apoyada en el hombro de su hijo.

—Sí —afirmó Grimes.

—¿Dónde están los demás?

Yuill se acercó y miró a Grimes a la vez que asentía.

—Como ha señalado la soldado Grimes —recordó—, Edimburgo ha sido golpeado con extrema dureza. Las explosiones y las ondas expansivas han causado graves daños por todo el Central Belt. Redford y Dreghorn han sido devastados. Castlelaw se asienta tras una colina, lo que nos aportó cierta protección, pero los efectos han sido catastróficos, como en todas partes. Muchos de los soldados que se encontraban en los cuarteles fallecieron, bien

como consecuencia de las explosiones, o bien durante las labores de extinción de los incendios que les siguieron. Solo una mínima parte de las instalaciones sigue en pie. Logramos despejar el ala este y un par de almacenes. Ahora nos alojamos en esta sección. Aquí es donde vivimos. — Paseó los ojos rápidamente entre las filas—. Debido a que nuestras tropas se han visto un tanto... —Miró a sus espaldas— reducidas. —Bryce resopló. Yuill mantuvo la mirada fija al frente—. Debido a esto, hemos de optimizar los recursos humanos.

—¿Recursos humanos? —se extrañó Bryce—. ¿Qué es esto? ¿*El* puto aprendiz?

Yuill lo miró.

—Debido a esto —repitió, sosteniéndole la mirada a Bryce—, necesitamos asegurarnos de que todos ustedes reciban la debida instrucción. De que todos estén en forma, sanos y preparados para defenderse.

La inquietud se extendió por la sala.

—¿Preparados para defendernos? —exclamó alguien—. ¿Defendernos de qué? Creía que estábamos aislados.

—El entrenamiento comenzará mañana —informó Yuill, imponiéndose a los gritos de preocupación—. Los hombres, los niños mayores de catorce años y las mujeres mayores de dieciséis sin niños a su cuidado empezarán a recibir formación militar básica bajo la supervisión del cabo Henderson, del soldado Guthrie y de la soldado Grimes.

Bryce echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse mientras un griterío de desaprobación se desataba tras él.

—Mañana por la mañana. A las seis en el gimnasio —ordenó Yuill. Recogió sus papeles y se marchó.

Muchos se levantaron, decididos a seguirlo, pero Grimes les cortó el paso. Permanecí en mi asiento, viendo cómo la cabeza enorme y peluda de Bryce

se sacudía con sus carcajadas. Beth puso su mano sobre la mía y me la apretó.
—Rayos distintos, socio —me dijo Harvey al oído—. Rayos distintos.

Nos separaron en grupos. No se anduvieron con miramientos a la hora de distribuirnos; Guthrie escogió a los que ya estaban en buena forma. Grimes se quedó con las mujeres y los chicos. Los demás, es decir, mi grupo, el de los gordos que no habían entrenado nunca, quedamos en manos del cabo Henderson. A las seis, en cuanto dejó de oírse fuera el ruido de las botas contra la grava, llamaron con delicadeza a nuestra puerta. Salí sin hacer ruido y seguí al grupo hasta un pequeño gimnasio desprovisto de máquinas.

El adiestramiento no tuvo el efecto deseado. Aquello no era un montaje cinematográfico; éramos civiles blandengues y no nos convertimos en soldados implacables de la noche a la mañana; ni siquiera después de las varias semanas que dedicamos a intentar cumplir las órdenes de un cada vez más asqueado Henderson. No hubo momentos de triunfo ni lágrimas, y nadie descubrió de pronto en sí mismo una insospechada fuente de determinación.

A fin de ahorrar electricidad, las cintas y las bicicletas estáticas permanecieron apagadas, por lo que los ejercicios consistían en hacer flexiones, saltos de estrella, abdominales y esprints cortos por las pistas delimitadas. Lo hacíamos de pena. Faltaba luz, hacía calor y estábamos incómodos. La sala era demasiado pequeña; el techo, demasiado bajo. Nadie hablaba y todos salíamos en silencio cuando íbamos a desayunar.

Al igual que sucedía con todos los ejercicios que conocía, nada de lo que hacíamos parecía tener ningún sentido. El mundo estaba hecho trizas y nosotros nos dedicábamos a jadear bajo tierra como topos obesos. Lo odiaba con toda mi alma, pero yo no era el más negado del grupo. Una mañana de la segunda semana, un tipo fofo llamado Alan fracasó en su quinto intento de

hacer una abdominal, de tal forma que cayó de costado, se hizo un ovillo y comenzó a gimotear mientras un furibundo Henderson desataba un aluvión de obscenidades sobre él.

La media es muy baja. Demasiado baja.

Yo fui un niño rechoncho hasta los quince años, cuando el estirón me concedió una estatura normal y me llevó a creer que estaba delgado. La cara, antes redonda, se me quedó chupada. Las extremidades, hasta entonces regordetas, parecían esbeltas. Incluso daba la impresión de que bajo mi ropa se ocultase un torso de dureza pétreo. No obstante, si me quitaba la camisa y los pantalones y me acercaba a la piscina, mis hombros caídos y mis brazos cruzados ocultaban una realidad muy distinta. El cuerpo se me había alargado, pero carecía de definición. Tenía un pecho cóncavo sobre el que ondulaban dos tetas blandas como un flan y pezones sonrosados. Debajo se acomodaba un estómago informe flanqueado por unos costados fofos que se derramaban sobre la cintura del bañador. Unos lomos anchos y salpicados de pecas coronaban las caderas, suspendidos sobre las nalgas como nubes malhumoradas.

Durante los años posteriores a la pubertad, mi cuerpo terminó por adoptar una versión un tanto más ordenada de esta descompuesta forma. Los excesos añadieron una barriga, a la que se sumaron alguna que otra estría, más vello, una piel más curtida. Las sesiones de entrenamiento no transformaron el cuerpo flácido del que tanto había abusado y al que tanto había ignorado en una plancha de acero. Lo que sí sufrí fue un afeitado en seco de la grasa superficial, como un leño al que hubieran pasado por un torno desafilado; es decir, no estaba del todo esculpido, aunque no tenía tanto volumen como al principio. También me costaba quedarme quieto cuando me sentaba. Sentía molestias en las piernas si me tumbaba. Me salieron agujetas en los músculos oxidados. Y descubrí que podía subir las escaleras con facilidad.

Me volví cada vez más inquieto. Arthur había empezado a echar los dientes y lloraba hasta bien entrada la noche. Lo sacaba a andar por los pasillos, paseos que yo aprovechaba para estirar los hombros y los muslos, para relajar el cuello. Se me hacía tan necesario ejercitar los músculos como acallar los llantos de Arthur. Frustración en la cabeza, frustración en el cuerpo; la necesidad de explotar desde todos los rincones de tu ser, una sensación a la que ya estaba acostumbrado.

Una de esas noches, justo pasadas las doce, se había desatado una fuerte tormenta que azotaba las ventanas de los barracones. Arthur acababa de quedarse tranquilo y me disponía a regresar a nuestra habitación cuando oí una risa ronca y el tintineo de unos vasos en la planta de arriba. Subí en penumbra las escaleras que conducían a la cantina con Arthur dormido y acurrucado contra mi cuello. La cantina también estaba a oscuras, pero vi una luz tenue que procedía de la cocina. Al abrir la puerta descubrí a Harvey y a Richard sentados en una mesa de madera, con una botella y tres vasos en torno a una vela. Bryce también estaba allí. Richard y él estaban en el grupo de Guthrie, mientras que a Harvey se le había eximido del adiestramiento en atención a su edad. No había hablado con ninguno de ellos en las semanas transcurridas desde que comenzaron las sesiones.

Bryce levantó la vista cuando abrí la puerta. Estaba inclinado sobre la mesa, todavía riendo entre dientes y acunando un vaso en una mano. Richard estaba reclinado en su silla, con una de sus largas piernas cruzada con aire relajado sobre la otra. Miró hacia atrás de soslayo mientras Harvey volvía a llenarle el vaso.

—Hola —susurró Harvey. Sus ojos centellearon bajo la luz de la vela cuando vio a Arthur acomodado sobre mi hombro.

—¿Está dormido el hombrecito? —murmuró Bryce.

Asentí.

—Sí, por fin.

—¿Cómo se llama?

—Arthur —contestó Harvey a media voz—. Se llama Arthur.

Bryce se rio y acercó su vaso para que Harvey le sirviera otro.

—Un rey, nada menos —dijo—. Un rey inglés —especificó, remarcando la nacionalidad con afectada reverencia.

Vació su vaso mientras yo resistía el impulso de recompensar su chiste con una risa poco convincente. Beth siempre decía que en Escocia ese nombre podría resultar un tanto problemático para el niño.

Harvey sacó otro vaso. Desplegó una silla y con un gesto me invitó a unirme a la mesa.

—No le hagas caso —me recomendó—. Quédate a echar un trago.

Me senté.

—¿Y a ti cómo te llamamos? —quiso saber Bryce.

—Edgar —respondí. Le tendí la mano.

Bryce la miró y enarcó una ceja.

Harvey meneó la cabeza.

—Ignóralo —insistió—. Este es Richard.

Bryce liberó un largo eructo gutural.

—O Dick —propuso.

Richard se inclinó hacia delante y me estrechó la mano.

—Un placer —dijo.

En ese momento me imaginé en un remoto internado escocés, entre baúles de madera, clubes de golf y cheques enviados por mamá. Se manejaba con la afabilidad y el ademán propios de un oficial de otro tiempo. Si hubiera estado fumando en pipa, no me habría extrañado en absoluto.

—¿Qué estáis bebiendo? —pregunté.

Harvey enarcó las cejas.

—Whisky —dijo mientras me llenaba el vaso con el líquido ambarino. Me miró y perfiló una sonrisa—. Malta puro.

Me lo acerqué a la nariz y aspiré su aroma. Los tres me miraron mientras disfrutaba del embate con que el acre vapor me sacudió las fosas nasales. No había tomado un trago desde la madrugada del impacto. Alcé el vaso hacia ellos y di un sorbo pausado. Mantuve los ojos cerrados tanto tiempo como me fue posible mientras el calor se adueñaba de mi torso. Al abrirlos de nuevo, Harvey, Bryce y Richard seguían observándome en silencio. Giré el vaso entre mis dedos.

—¿De dónde lo habéis sacado? —indagué.

Bryce le dio un empujoncito con su vaso a Harvey, quien lo complació para a continuación rellenar el mío, ahora a medio apurar. Cuando hubo acabado, Harvey señaló a Richard con el pulgar.

—Este de aquí —dijo— es lo que se podría llamar un visionario.

—Alguien que sabe hacer el equipaje —añadió Bryce.

Richard descruzó sus largos brazos y extendió uno de ellos para alcanzar su vaso. Se reclinó y encogió los hombros.

—Tenía la bodega bien aprovisionada —comentó.

Asentí, tragándome una náusea de culpabilidad al pensar en el hoyo en el que tuve metida a mi familia durante aquellas dos semanas.

—¿Lo tenías previsto? —le pregunté esperanzado.

Richard miró su vaso.

—Tanto como los demás, supongo —contestó—. Ni Gabriella, mi esposa, ni yo pensábamos que fuese a ocurrir nada de verdad. Nadie lo pensaba en realidad, ¿no? De todos modos, guardamos en una caja algunos suministros: agua, pasta, medicamentos...

Me miró, de padre a padre.

—¿Sabes a qué me refiero?

Guardé silencio y asentí, recordando el pánico y la caja que llené de trastos prácticamente inútiles antes de arrojar a Alice al sótano.

—Por si acaso. —Rio para sí—. Mi hijo, Josh, la llamaba la «apocaja». Era tan escéptico como nosotros. De todas formas, la noche anterior nos acostamos sin haberlo planeado mucho más. Luego las sirenas me despertaron. Gaby no estaba, había madrugado para salir a correr, como hacía cada mañana. Entrenaba para una maratón y el domingo era el día que había planeado realizar la sesión de la colina... —Hizo una pausa y agitó el vaso hasta formar un remolino con el licor—. Lo que significa que se encontraba subiendo el Arthur's Seat.

Harvey y Bryce miraban sus vasos con paciencia. Obviamente, ellos ya habían escuchado la historia de Richard.

—Intenté llamarla, siempre se llevaba el móvil cuando salía a correr, pero no obtuve respuesta. Nuestros teléfonos tenían eso del GPS que te deja ver dónde está el otro. Lo miré y, cómo no, casi había llegado a lo alto del monte. Volví a llamarla, pero en ese momento perdí la cobertura. Probé con la televisión y con internet, pero nada. Después oí gritos en la calle, cristales que se rompían, coches que pasaban disparados. Desperté a Josh, le expliqué lo que sucedía y lo metí en el coche. Pensaba subir a recogerla. Tenía el motor en marcha y estaba dejando atrás el camino de la entrada cuando Josh señaló el cielo. «Papá —me dijo—. Papá, ¿qué es eso?» Antes de que tuviera ocasión de responderle, oímos la primera explosión, tras la que vimos un incendio y una columna de humo en la distancia. El Arthur's Seat ardía como un volcán.

—Joder —dije—. Me dejas...

—Después ya no había tiempo para hacer nada. Otras dos rocas cayeron un

poco más lejos. Juro que podía oír los gritos. Parecía una especie de coro infernal. Me quedé helado; era incapaz de decidir qué hacer. —Carraspeó y alivió la garganta tomando otro sorbo de whisky—. Al final me di cuenta de que Josh estaba sacudiéndome y gritándome que me moviera. Me decía: «¡Papá! ¡Papá! ¡Vamos, papá! ¡Mira!». El cielo empezaba a cubrirse cada vez más de estelas luminosas. Espabilé, nos bajamos del coche, corrimos adentro y bajamos a la bodega con la apocaja y con algunos recipientes llenos de agua.

—¿Dónde vivías? —le pregunté.

—En el Grange —respondió.

Eso explicaba la existencia de la bodega; el Grange era un distrito adinerado, con amplias avenidas georgianas bordeadas de mansiones protegidas por árboles y vallas de gran altura.

—Sigue existiendo una posibilidad... —lo animé—. Quiero decir, tal vez Gabriella bajase antes del impacto.

Richard frunció el ceño, torció los labios hacia fuera y meneó la cabeza.

—La bodega tenía mucha profundidad y estábamos bien protegidos, y aun así oíamos los incendios que asolaban las calles, el estruendo de los edificios al derrumbarse... alguna que otra voz, también.

Al recordar esto, contrajo el gesto con desdén, haciendo girar el whisky en el vaso como si hubiera encontrado en él algo difícil de paladear. Me acordé de nuestra primera noche, de las súplicas de la mujer junto a la trappilla y el silencio cuando los escombros se desmoronaron.

—Todo quedó a oscuras cuando las cosas se tranquilizaron fuera. Como era de esperar, aquella primera noche no conseguimos dormir —prosiguió, mirándonos—. Imagino que fueron muy pocos los que conciliaron el sueño. Josh quería salir a buscar a su madre. Casi tuve que atarlo para que no se moviera. Sabía que era arriesgado salir. Y sabía... En fin... Daba por hecho...

—De nuevo, el gesto de desdén mientras le daba vueltas al whisky. Pareció sacarse la idea de la cabeza—. Aunque no importaba lo que yo creyera; Josh estaba convencido de que su madre seguía viva. A la mañana siguiente todavía podíamos oír los incendios, pero ya no parecían tan violentos, de manera que le dije a Josh que se quedase abajo mientras yo subía a echar un vistazo. Al salir, me sorprendió que la cocina siguiera en pie, aunque era la única parte de la casa que había resistido. Apenas podía ver con la ceniza que caía por todos lados. Ni siquiera veía el suelo que pisaba. Me enrollé un pañuelo alrededor del rostro y salí a la calle, pero nada más cruzar la entrada me vi obligado a dar la vuelta. El aire quemaba como el fuego y el humo me impedía respirar. Al verme entrar, Josh corrió hacia mí, gritándome que volviese afuera. Intenté explicárselo, pero me empujó a un lado para poder subir. Corrí tras él; lo encontré de rodillas en medio de la calle, a punto de perder el conocimiento. Lo ayudé a volver a la bodega y a limpiarse. Se pasó dos días sin hablarme, pero no intentó salir de nuevo. Ninguno de los dos lo intentó, hasta que una semana después oímos los helicópteros. —Dejamos que los cabos sueltos de su relato pendieran en silencio por unos momentos—. Solo tiene catorce años —añadió.

La tormenta lanzó una súbita ráfaga de viento contra las ventanas de la cantina para después regresar aullando al corazón de la noche. Me sobresalté un poco y Arthur se agitó sobre mi cuello. Resopló y articuló un lamento sostenido cuando al despertarse volvió a notar las molestias de la boca. Le di unas palmaditas en la espalda y lo arrullé.

—¿Le están saliendo los dientes? —preguntó Richard.

—Sí —afirmé.

—Pobrecito —se compadeció Harvey.

Bryce hundió el índice en su vaso y le dio vueltas al licor.

—Para eso solo hay un remedio —informó a la vez que erguía el dedo. Lo

observé por unos instantes, el tocón carnoso mojado en whisky a la luz de la vela. El gemido de Arthur se transformó en un grito que atronó en mi oído. Miré a Harvey y a Richard, que se encogieron de hombros. Bajé a Arthur de mi hombro y lo tendí con delicadeza sobre la mesa. Sorprendido por el repentino cambio de postura y de perspectiva, miró emocionado las tres caras nuevas que lo contemplaban, boquiabierto, agitando las manos en busca de algún asidero—. ¿Qué lado? —preguntó.

—El izquierdo de arriba —le indiqué—. Ten cuidado.

Poco a poco Bryce introdujo su dedo en la boca de mi hijo y lo frotó contra sus encías. Arthur se quejó como si quisiera emitir otro grito, pero en vez de eso empezó a succionar el índice de Bryce.

—Esto no es una teta, pequeño —dijo Bryce a la vez que sacaba el dedo.

Volvió a mojarlo en el vaso de whisky y se lo ofreció de nuevo a Arthur, que lo aceptó con voracidad, los ojos como platos. Richard y Harvey se rieron de la lamentable escena, hasta que Bryce volvió a retirar el dedo y se lo secó en sus vaqueros.

—Mi madre decía que conmigo siempre funcionaba —explicó mientras recuperaba su vaso.

Arthur se relamió y se quedó callado mientras miraba las paredes temblorosas, las sombras, las luces extrañas que no tardaría en encontrar familiares. Me lo puse en el hombro en cuanto vi que empezaban a pesarle los párpados, temeroso de que se espabilase de repente. Sin embargo, Arthur pegó la cara contra mi cuerpo, se quedó quieto y se durmió. Harvey y Richard sonrieron maravillados. Bryce se llevó el vaso a los labios, pero se detuvo antes de tomar el siguiente trago.

—Hicisteis bien en no volver a salir —juzgó Bryce, con los ojos puestos en Richard—. Lo siento, pero en el Arthur's Seat uno no podría haberse salvado ni por asomo de lo que le cayó encima.

—¿Tú lo viste? —inquirí.

—Ajá —aseguró—. Estaba recorriendo la costa de Portobello, tenía una vista muy clara. Paré la burra en cuanto apareció la primera roca. Vi la colina reventar como una sandía. —Iba a representar con mímica el estallido del monte, pero se lo pensó dos veces al advertir la expresión de Richard.

—¿La burra? —pregunté extrañado—. ¿Habías salido en bici de la ciudad? Bryce resopló y gruñó.

—No me jodas —se indignó—. La moto, tío. Joder, ¿tengo pinta de que me guste darle a los putos pedales?

—Bueno, estás en el grupo avanzado de la escuela —aduje, refiriéndome a los entrenamientos.

Bryce se volvió hacia mí.

—¿Y? —dijo.

—Quiero decir, no tienes precisamente aspecto de...

Bryce dejó su vaso y volvió a mirarme.

—Ah, ya lo pillo. Soy un tipo grande, así que no puedo estar en forma.

—No, espera, eso no es lo que pretendía...

Extendió uno de sus dedos inmensos hacia mí.

—Voy caminando a todas partes, listillo. Además, follo todo lo que puedo. ¿Y tú? —Bajó la mirada hasta mi barriga, que abultaba claramente mi camiseta—. ¿Qué excusa vas a poner?

—Relájate, Bryce —le pidió Harvey, que me dedicó una mirada entre bondadosa y compasiva—. Dale un respiro, tiene hijos.

—Un momento... —empecé a decir.

Bryce se giró hacia Harvey con el semblante ensombrecido.

—¿Y? —preguntó.

—Bueno —añadió Harvey con apuro. Me miró de arriba abajo e hizo un gesto desganado mientras buscaba las palabras adecuadas—. Es, ya sabes,

complicado, supongo. Mantenerse en forma, me refiero.

—¿Qué? Espera —protesté.

Bryce volvía a mirarme a mí, el labio y la ceja retorcidos en idéntico pliegue.

—Lo sabía. Padres. Sois todos iguales. Siempre en plan «No puedo hacer esto», «No puedo hacer lo otro», «No puedo levantar el culo del sofá», «Estoy cansado», «Mis críos son tan agotadores que no me dejan un puto minuto para hacer nada más». Sois patéticos. Vosotros decidisteis tener a vuestros cabroncetes. —Me señaló con otro dedo y se recostó en la silla—. ¡Ahora os toca apechugar!

Bryce y yo no empezamos con buen pie. Al principio, todo cuanto yo hacía o decía parecía cabrearlo. Él me había colgado la etiqueta de tipo débil y conformista, de piltrafa inglesa de clase media y sin pelotas que anhelaba en secreto el afecto de gente como él. A mí él me parecía un palurdo bocazas, un chulo jactancioso que ocultaba una grave preocupación por su inteligencia. Siempre encontrábamos una buena excusa para enzarzarnos en discusiones absurdas.

Una tarde estaba sentado con Alice en la mesa de la esquina, esperando a que Beth y Arthur salieran de la habitación. Alice llevaba toda la semana muy callada y nos preocupaba que volviera a caer en el estado de shock en el que se sumió durante el encierro en el sótano. Le había pasado el cuerdifono y acababa de susurrarle algo a mi lata que le había arrancado una sonrisa. En cuanto vi la oportunidad, hundí un dedo en sus costillas y le hice cosquillas hasta que, deshecha en risas, se apretó impotente contra mí. Vi por el rabillo del ojo que Bryce nos observaba. Él estaba en la cola de la comida, sirviéndose una cucharada de guisantes enlatados. No distinguí en su rostro

ningún gesto de amenaza ni de burla, tan solo de gratitud. Me saludó con una sonrisa fugaz cuando lo vi, y después miró a otro lado. Las cosas mejoraron entre nosotros después de aquello, aunque me resultaba difícil catalogar a Bryce como un amigo. Desde luego, no lo hice cuando nos conocimos.

—Vamos, Bryce —intervino Richard, cruzando sus brazos largos y esbeltos sobre su torso sin una pizca de grasa—. Es complicado, ¿verdad, Ed?

Ahora los tres me miraban, escrutándome impasibles como científicos que tuvieran ante sí un espécimen enfermizo que no tardarían en descartar.

—Manda cojones —masculló Bryce con el labio en el borde de su vaso.

Sin decir nada, miré el pacífico rostro de mi hijo. Arthur se tiró un pedo sostenido y meditabundo que culminó en una cosa húmeda.

—Es lo más inteligente que he oído en toda la noche —sentenció Harvey.

Nos carcajamos. Es difícil no hacerlo cuando un bebé se tira un pedo y un viejo sonrío.

Conejos

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Grimes se plantó en la cantina y anunció que buscaban voluntarios para las misiones de rescate que se llevaban a cabo en la ciudad. Había sido otra noche de sueño interrumpido y tenía resaca por el whisky. Arthur, sentado en mi rodilla, berreaba otra vez, con un puño acoplado entre sus encías irritadas y enrojecidas que empleaba para repeler las cucharadas de papilla. Alice también lloraba, cansada, aferrada a su madre como una lapa mientras le arañaba la ropa. Beth estaba sentada, tiritando y sorbiendo los mocos con la cabeza entre las manos. Tenía la nariz y los ojos humedecidos por las lágrimas.

Grimes miró alrededor de la cantina cuando algunos hombres levantaron la mano con timidez. Vi que Bryce y Richard se sumaban a la misión. Arthur hizo un aspaviento entre mis brazos y lanzó un puño contra mí, proyectando un grumo de papilla sobre mi ojo. Se rio y arrojó el cuenco al suelo.

Yo no era un mal padre ni un mal marido del todo. Pero tampoco era bueno.

Me quité la porquería del ojo y levanté la mano.

Un par de semanas más tarde participé en mi primera salida. A Beth no le hizo ninguna gracia.

—Solo hago lo que puedo —me defendí antes de irme.

—Solo haces lo que quieres —replicó desde la cama sin mirarme.

Cuatro de nosotros nos unimos a los soldados: Bryce, Richard, su hijo y

yo. Llevábamos un abrigo pesado, pantalones gruesos, botas, un casco y una máscara antigás. Nos entregaron a cada uno una espaciosa mochila vacía y pasamos a cerrar la marcha de los seis militares armados. Éramos las mulas.

Al amanecer ya estábamos sudando tras la puerta principal, como astronautas que se dispusieran a poner el pie en un planeta ignoto. A través de la condensación de la máscara vi que Richard se inclinaba y susurraba algo al oído de su hijo. El chico asintió y Richard lo rodeó con el brazo y lo tomó del hombro, apretándolo contra su pecho. Bryce permanecía a mi lado, con la vista al frente y los puños apretados pegados a las caderas, colérico después de que le hubieran negado el arma que había pedido.

El cabo Henderson encabezaba la marcha. Levantó una mano y las láminas de plástico que rodeaban la puerta principal fueron retiradas para permitirnos el paso. Seguimos a los soldados hacia la luz naciente.

Pese al estorbo del equipo y las máscaras, sentimos que soltábamos lastre, que nos desprendíamos de la tensión acumulada, como si acabásemos de quitarnos un sombrero que hubiéramos llevado puesto demasiado tiempo. El aire frío me azotó el rostro mientras el mundo se desplegaba a nuestro alrededor. El sol no había terminado de ascender, pero ya había más luz que dentro del cuartel. Una nube densa y baja enturbiaba el cielo, pero aun así estaba más alta que cualquier techo.

Parecía una de las plomizas mañanas de invierno tan habituales en Edimburgo. La niebla y la nube baja se extendían desde Pentland Hills hasta el Forth y más allá, oscureciendo el paisaje del norte que continuaba hacia Fife. Ni siquiera mientras recorríamos el largo sendero que descendía hacia el pie de las colinas alcanzábamos a ver el menor detalle del caos que sabíamos nos aguardaba más adelante. Aquel día nos ahorraron las vistas de algo que pronto sería habitual, de algo que solo había llegado a atisbar desde el helicóptero: una vieja ciudad barrida como si de simple polvo se tratara.

Nos desplazamos hacia el centro, y pronto aprendimos que no debíamos mirar nada durante demasiado tiempo. Vi los restos de un hombre, carbonizados y atravesados en medio del parabrisas de un Volvo. Parecía que había intentado salir a rastras, con un brazo estirado hacia delante y el otro debajo de él. Estaba apoyado sobre las rodillas, con el culo en alto, la postura en que los bebés duermen a veces. Tenía la cara orientada hacia nosotros, con la mejilla pegada a la chapa del capó. No tenía facciones, solo orificios saturados de ceniza.

Llegamos a nuestro destino, una pequeña cafetería cerca de Lothian Road, junto a un edificio de oficinas descuartizado. Cuando la avanzadilla anunció que el camino estaba despejado, el resto de los soldados pasaron también al interior, dejándonos a los cuatro con la única compañía de la mañana serena y grisácea.

Bryce se levantó la máscara y encendió un cigarrillo. Richard se sentó en una pared con su hijo, que temblaba con la cabeza entre las manos. Yo también me quité la máscara y miré alrededor. El aire no era fresco. Era frío, pero no fresco. Era como... Como un frigorífico lleno de carne podrida.

A dos kilómetros de distancia distinguí la silueta difusa del castillo de Edimburgo elevándose entre la niebla. El contorno no se parecía en nada al que recordaba. Faltaban las chimeneas, los torreones estaban resquebrajados, el edificio entero parecía querer tumbarse sobre un flanco.

Bryce me ofreció el pitillo. Lo rechacé y él se volvió para apoyarse en una columna rota.

Poco después vi un destello que me dejó helado. En alguna parte, a mi izquierda, entre las vigas de hierro del edificio de oficinas, algo se había movido. Me fijé mejor. Nada. Segundos después, una silueta, una sombra que revoloteaba entre otras sombras.

—Bryce —dije con la voz ahogada—. Bryce, he...

En ese momento, Henderson y los soldados salieron de la cafetería. Traían botellas de agua, latas, cajas, café, té. Henderson sonreía.

—Buena captura —celebró—. Repartamos la carga entre estos muchachos y volvamos a casa.

Entraron y salieron tres veces de la cafetería, hasta que todos tuvimos la mochila llena, y emprendimos la marcha de regreso. Conforme nos alejábamos, miré hacia atrás de soslayo. Sentía que alguien me observaba desde las grietas de un edificio derruido.

Aquella fue la primera de muchas salidas. Unas veces volvíamos con las mochilas llenas y otras, con las manos vacías. De vez en cuando veía que las sombras se agitaban. Estaba seguro de que Bryce y Richard también, pero nunca hablamos de ello.

Empezamos a salir con mayor frecuencia. A mediados de noviembre salíamos cada dos días. Fue entonces cuando nos los encontramos cara a cara.

Es posible que quedaran muchos más supervivientes en Edimburgo de los que creíamos, tal vez guarecidos en el laberinto que conformaban los bloques de apartamentos de la Ciudad Antigua o en las plantas bajas de la Ciudad Nueva. No sabíamos demasiado sobre ellos. Si vivían allí, no podíamos llegar hasta donde estaban. Los primeros que vimos fueron los que querían apoderarse de las calles. Estaban delgados y hambrientos, organizados y armados, y eran agresivos. Bryce los llamaba «Conejos», básicamente porque vivían bajo tierra y él quería dispararles. Se quedaron con ese nombre.

No teníamos ni idea de quiénes eran ni de dónde venían, aunque Bryce manejaba una teoría. Parecía razonable pensar que los únicos que sobrevivieron a los impactos fueron los que en aquel momento estaban despiertos y bajo tierra. Los proyectiles barrieron las amplias avenidas

bordeadas de mansiones de la Ciudad Nueva, pero los niveles subterráneos de la Ciudad Antigua, sobre cuya miseria medieval se cimentaban aquellas mansiones, debieron servir de refugio natural.

Madrugada del domingo en la Ciudad Antigua, un momento en el que había mucha gente en los garitos y clubes, en los locales más violentos y sucios, aquellos que convenía evitar. Bryce sospechaba que los Conejos eran pastilleros, porretas y niñatos puestos de ácido; ladrones, criminales y camorristas. Estaban acostumbrados a correr, a vivir en pocilgas. A los que sobrevivieron a los impactos les resultaría fácil encontrar una madriguera segura y cochambrosa en la que refugiarse, rutas por las que entrar y salir de las tiendas abandonadas y multitud de almacenes que saquear.

Era descabellado, desde luego. La idea revelaba, más que nada, la visión que Bryce tenía de la sociedad. Sin embargo, nadie propuso una hipótesis mejor.

Los Conejos eran rápidos y conocían bien la nueva distribución de las calles devastadas por las rocas. Allí donde las patrullas encontraban alimentos o combustible, encontraban Conejos. Allí donde ampliaban el radio de exploración, encontraban Conejos. Estaban por todas partes y no les gustaba que nadie esquilmasen sus alijos. No les caíamos bien.

Un día oímos pasos apresurados sobre la grava que circundaba los barracones. La patrulla de abastecimiento había regresado pronto. Yo estaba en el pasillo frente a nuestra habitación cuando las puertas se abrieron de golpe y dos soldados entraron sosteniendo a un tercero entre ellos. Era joven, no tendría ni veinte años. Me miró cuando pasaron por delante de mí dando tumbos. Traía la cara pálida y demacrada, y las manos apretadas contra el estómago. Estaban cubiertas de sangre. Los otros dos lo llevaron a rastras al pabellón médico. Yo no sabía su nombre y nunca volvimos a verlo. Aquel fue el primero.

Después morirían dos más. Tampoco llegué a saber sus nombres.

Los Conejos se habían convertido en una amenaza. Las misiones de abastecimiento se suspendieron. En su lugar pasaron a enviarse patrullas más reducidas, compuestas solo por soldados armados, para registrar la actividad de los Conejos: dónde se escondían, qué hacían, cuántos había. Pronto se cancelaron también los controles. Todas las partidas eran recibidas con una emboscada o con los disparos de un francotirador oculto. En cuestión de semanas, los Conejos liquidaron a más de treinta militares.

Teníamos una cosa a nuestro favor. Los Conejos ocupaban un territorio del que no parecían dispuestos a alejarse. Debían de suponer que los soldados a los que tendían emboscadas venían de alguno de los cuarteles del sur, pero no tenían ni idea de cuál, y tampoco sabían cuántos soldados residían allí ni con qué tipo de suministros contaban. No tenían motivos para sospechar que nos encontrábamos en apuros; por lo que ellos sabían, había todo un ejército esperándolos en las colinas. Lo último que queríamos era que averiguasen la verdad.

La situación se volvió desesperada. Padecíamos escasez de alimentos, de agua y de combustible. Cada vez hacía más frío. Habíamos sufrido numerosas bajas y una gripe crónica campaba a sus anchas por los barracones. Muchos de los soldados que quedaban tuvieron que guardar cama.

Lo único que podíamos hacer era pasar tan desapercibidos como pudiéramos y confiar en que los equipos de rescate llegasen pronto.

Se tomó la decisión de que las partidas de abastecimiento volvieran a salir, aunque evitarían acercarse a la Cowgate. Como medida adicional, se formarían más patrullas para observar la actividad de los Conejos a distancia.

Puesto que quedaban muy pocos efectivos, Yuill volvió a solicitar voluntarios que llevaran a cabo esas incursiones por la ciudad. A todo aquel que se ofreciera se le entregaría un arma. Bryce firmó de inmediato. Beth me miró mientras yo escribía mi nombre junto al de él.

—Es una locura —me advirtió, como preámbulo de la discusión. Tenía a Arthur sobre las rodillas para hacerle el caballito mientras él gritaba por el dolor de las encías—. Es peligroso. Y además están los dichosos... Conejos. —El nombre se le atragantó—. Los edificios podrían desplomarse en el momento menos pensado.

—Tengo que ir —le dije—. Tengo que ayudar.

Beth se rio.

—¿Ayudar? ¿Cómo piensas ayudar? ¿Qué vas a hacer si te cogen? ¿Pelear? ¿Correr? Ni siquiera has entrenado lo suficiente para correr un kilómetro sin desmayarte.

Aparté la vista, dolido. Beth suspiró y cerró los ojos. Arthur insistía en su llanto, ajeno a la riña.

—Lo siento —se disculpó entre dientes—. Es que... Es que no sé cómo voy a hacer esto sin ti. —Me miró, el gesto franco de pronto—. ¿Recuerdas cuando dijiste que podrías haber hecho más durante aquellas primeras semanas con Alice? Bien, podrías hacer más ahora.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pero... Pero... ¡Ya estoy haciendo más! Voy a salir ahí fuera, como hacía antes. Todos los días iba a trabajar y...

Beth puso los ojos en blanco.

—Claro, claro, todos los días ibas a trabajar. Salías de caza, traías las piezas, mantenías a la familia, como el hombretón que eres.

—Bueno... pues sí, si lo pones...

—¿Sabes...?

—Chisss, baja la voz...

Me ignoró.

—¿Sabes cuántas veces fantaseé con la idea de salir a trabajar? Aunque solo fuese por un día; salir de casa, montarme en el autobús y echar una cabezada, tomar un café, sentarme en mi escritorio, hacer algunas llamadas de teléfono y poner mi cerebro a trabajar en algo que no consistiera en fingir que me divertía con algún jueguecito estúpido o en embadurnarme de mierda. ¿Lo sabes, Ed? ¿Lo sabes?

Me miró furibunda. No tenía una respuesta que darle. Apartó la vista.

—Lo hago por nosotros —aseveré—. Sé que no soy tan bueno como debería, pero lo intento. Y una vez me dijiste que estabas segura de que yo podría hacer cualquier cosa si me lo proponía —le recordé.

Beth meneó la cabeza con una sonrisa amarga.

—Si creyera que eso es de lo que va esto, te diría que adelante. Ve, sal ahí fuera y demuestra lo que vales, marido mío. Pero no va de eso, ¿a que no? Así que basta de mentiras. Sé cuál es la verdad.

—¿Qué? —me ofendí, aunque yo también sabía cuál era.

Su sonrisa era ahora desesperanzada. Me dio la espalda.

—Prefieres estar ahí fuera antes que aquí dentro. Siempre lo has preferido.

Bryce y yo nos convertimos en compañeros. Teníamos órdenes de vigilar a los Conejos a distancia. Tan solo observar. Nunca revelar nuestra posición. Nunca disparar a menos que nos disparasen.

Un momento.

Hablo como si fuéramos soldados. No lo éramos. De hecho, éramos veinte

civiles asustados y en baja forma que fingían ser soldados. De hecho, estábamos jodidos.

Y, aun así, Yuill siempre tenía su uniforme planchado e impoluto. Nos ladraba órdenes como si tuviéramos que chocar los tacones en cuanto oyéramos su voz. Yuill exigía explicaciones.

—¿Bien? —preguntó.

Oficial superior

—¿Bien? —preguntó Yuill—. ¿Qué ha ocurrido?

Una brisa fresca retozó entre nuestras botas y levantó una nubecilla de ceniza del terreno por el que antes pasaba mi calle. Me atravesó con una mirada feroz mientras aguardaba mi explicación. Tenía los brazos en jarras, la cabeza inclinada hacia mí, los labios apretados y el ceño fruncido; se estaba esforzando al máximo para demostrar su furiosa autoridad. Todavía se consideraba a sí mismo el oficial superior al mando de un pelotón profesional, pero tras la fachada de agresividad y firmeza se adivinaba el pulso de su miedo. No tenía madera de líder; solo era un joven atrapado en una situación en la que no quería estar, desesperado por convertirse en algo que no quería ser.

—Han disparado a Bryce —respondí.

Yuill arrugó el semblante y asintió despacio. Fijó su mirada iracunda en la mancha carmesí del abrigo de Bryce como si estuviera hablando únicamente con la herida y no con nosotros. Un nuevo soplo de brisa hizo chirriar uno de los columpios rotos que quedaban a sus espaldas.

—Eso ya lo veo —dijo—. Pero ¿por qué?

Bryce resopló con desdén.

—Porque uno de esos pequeños cabrones abrió fuego con su pistola —silabeó.

Yuill volvió a asentir.

—¿Y se puede saber por qué lo hizo? —insistió.

Bryce torció el gesto y se puso de pie. Yuill empezaba a molestarlo.

Siempre lo hacía.

—Ah —suspiró—. Se me escurrió el dedo, ¿vale?

Yuill llevó los ojos hasta el rostro de Bryce. Lo escrutó como un granjero que tasase el valor de un toro lesionado. Después me miró a mí.

—¿Les siguieron? —preguntó.

—Sí. Pero les dimos esquinazo en Shandon.

—Bien. No hay motivos para temer que sepan de dónde salieron.

—Bueno —añadí—. Respecto a eso...

Se volvió de nuevo hacia Bryce.

—Puede que no haya desatado una guerra por los pelos —lo reprendió.

Bryce estaba a punto de contestarle cuando oímos algo, un ruido que no nos esperábamos. Al principio me pareció que procedía de un motor, de un coche; quizá los Conejos habían encontrado un vehículo con el que continuar la persecución. Sin embargo, el ruido siguió ganando volumen y definición. Procedía de arriba. Un zumbido grave y rebanado en segmentos rápidos y difusos. Unas aspas que cortaban el aire multitud de veces por segundo.

Levantamos la vista hacia el sur. A lo lejos, más allá de las calles devastadas de Colinton, muy por encima del bosque arrasado de Allermuir Hill, apareció un enorme helicóptero amarillo. Se mantuvo en el mismo sitio durante unos segundos, hasta que viró, se inclinó hacia delante y desapareció tras la cima.

Nadie dijo una palabra. Todos nos quedamos mirando hacia donde había estado la aeronave.

—¿Quién cojones era? —preguntó Bryce finalmente.

Acto seguido, como salidos de la nada, oímos que venían más. Por el oeste vimos uno, después dos, ambos amarillos. Un momento después, otro pasó por encima de nosotros bramando hacia las colinas.

—¡Helicópteros de rescate! —gritó Henderson—. Uno está en el cuartel.

¡Sígueme!

El cabo se dio media vuelta y echó a correr. Yuill y Richard lo siguieron, dejándonos a Bryce y a mí en medio del barro.

—¿Puedes correr? —le pregunté.

Bryce me acuchilló con la mirada, como si le hubiera pedido que regresáramos cogidos de la mano.

—Por supuesto que puedo correr —gruñó.

Salió a toda velocidad detrás de los otros, apretándose el hombro. Yo cerré la marcha, como siempre.

Cruzamos la circunvalación y comenzamos a ascender por Allermuir. A mitad de la pendiente nos desviamos hacia la izquierda para tomar un camino que atravesaba esa cara y desde donde podía divisarse el paisaje que se extendía a nuestras espaldas, al menos hasta donde la niebla perpetua permitía. Llegaron muchos más helicópteros. Algunos parecían regresar de más allá del Forth; otros, de otras zonas más interiores. Todos se dirigían hacia el sur.

Nos encontrábamos donde el camino era más escarpado. Incluso Bryce tuvo que bajar el ritmo en aquel tramo. Yuill y Henderson continuaban en cabeza, pero Richard se había descolgado.

—¿Tú qué piensas, Dick? —le preguntó Bryce cuando lo alcanzamos.

—No lo sé —admitió Richard—. ¿La Real Fuerza Aérea? Yuill está intentando comunicarse por radio con el cuartel, para averiguar qué ocurre. ¿Estás bien, Ed?

Richard y Bryce se habían parado y me miraban. Bryce sonreía. No dejaba de apretarse el hombro, pero se mantenía erguido. Richard tenía el pie apoyado sobre una roca; parecía que hubiera salido a dar un paseo matutino por el campo y estuviese admirando las vistas. Me acerqué a ellos jadeando y resollando. Tropecé y revolví las piedras con las manos.

—Bien —balbuceé cuando los alcancé.

De pronto volvimos a oír el zumbido. Por encima de nosotros, justo al otro lado de la cima, distinguimos una larga cola amarilla que se elevaba y se daba la vuelta.

—¿Es el nuestro? —preguntó Richard.

—Ajá —afirmó Bryce—. El mismo.

—¡Esperad! —grité, agitando los brazos—. ¡Esperadnos!

Bryce me miró con desdén.

—Muy bien, eso será de gran ayuda, Eddie.

Yuill y Henderson ya habían echado a correr. Bryce y Richard los siguieron, conmigo en último lugar. Tenía los pulmones doloridos como hornos al rojo vivo y los ojos hinchados por el esfuerzo.

Me quedé muy atrás. Cuando llegué al cuartel, Bryce y Richard ya habían recuperado el aliento y se encontraban junto a las verjas. Yuill y Henderson estaban hablando con Grimes frente a la entrada principal mientras Harvey iba de un lado a otro por detrás de ellos. Bryce estaba fumando. Dio una lenta palmada cuando caí vencido al asfalto, a la vez que me quitaba la mochila y boqueaba en busca de aire.

Richard me ayudó a levantarme. Lo noté vacilante, preocupado.

—Sigue moviéndote —dijo entre dientes—. Sigue moviéndote.

—¿Qué...? ¿Qué...? —farfullé.

Bryce exhaló una bocanada de humo y señaló el sur con un dedo de su mano enguantada. El helicóptero había despegado hacía rato. Aunque empezaba a oscurecer, alcancé a divisarlo, una simple mota ya sobre el horizonte.

—Hemos perdido el autobús —confirmó Bryce mientras daba otra calada.

Lo vi fundirse con el manto negruzco. Desaparecido el enjambre, ya no quedaba nada en el cielo salvo las nubes y la noche inminente. Miré a

Richard, la mandíbula apretada y los brazos cruzados mientras caminaba en círculos por el asfalto.

—¿Qué ocurre? —conseguí decir cuando recobré el aliento—. ¿Quiénes eran?

Bryce tiró el cigarrillo al suelo.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —sugirió.

Grimes venía hacia nosotros, seguida de Harvey.

—Tienen que pasar adentro —ordenó—. Ahora.

—¿Qué sucede? —quise saber—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Beth?

—Entra, socio —me recomendó Harvey con una débil sonrisa—. Todo va a salir bien.

Pasamos al pabellón médico para que curasen a Bryce. En cuanto crucé la puerta principal me di cuenta de que el cuartel estaba desoladoramente vacío. El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué ocurre? —insistí—. ¿Dónde está todo el mundo?

Grimes le quitó a Bryce como pudo su inmensa trinchera y le examinó la herida del hombro.

—La bala ha salido con limpieza —diagnosticó—. Bastará con desinfectar y vendar.

—Pero los cabrones me han jodido el abrigo —se lamentó Bryce.

Me senté en la cama de enfrente. Harvey se quedó de pie a mi lado y Richard se apoyó contra la pared con los brazos todavía cruzados. Yuill y Henderson entraron y se sentaron. Estábamos todos. Siete.

Richard y yo nos miramos a los ojos. Estaba llegando a la misma conclusión que yo.

—¿Dónde está todo el mundo? —grazné—. ¿Dónde está mi familia?

Harvey me puso una mano en el hombro.

Volar

—No te preocupes, Ed —me tranquilizó Harvey—. Tu familia está bien.

Me quité su mano de encima y él dio un paso atrás.

—¿Dónde están? —grité.

Grimes había terminado de vendar a Bryce y se estaba limpiando las manos con una toalla.

—Harvey tiene razón —insistió Grimes—. No tema, su familia está a salvo. Ha sido rescatada.

—¿Rescatada? ¿Por quién? ¿Adónde la han llevado?

—Son nuevos —apuntó Grimes.

—¿Nuevos?

—No son británicos, ni de la OTAN, ni de las Naciones Unidas. Creemos que ya no existe ninguna de estas organizaciones. Se hacen llamar «Sauver». Están ayudando a evacuar Europa.

Nos tomamos un tiempo para asimilar la noticia. Solo podía pensar en Beth, Alice y Arthur esfumándose tras el horizonte. En ese momento fui consciente de que nunca me había alejado de ellos más de unos pocos kilómetros. Al cabo de un rato, Harvey rompió el silencio.

—La chica con la que hablé era neozelandesa —comentó—. Estoy casi seguro. O tal vez sudafricana. Siempre los confundo. —Todos lo miramos. Amagó una sonrisa—. De algún lugar del hemisferio sur, en cualquier caso —concluyó—. Parecía muy simpática, muy eficiente. Vestían uniformes amarillos, del color de los helicópteros. Y todos lo llevaban muy limpio. —Miró a Grimes en busca de apoyo—. Además, parecía que estaban bien

alimentados, ¿verdad?

—¿Desde dónde los evacúan? —pregunté.

—Cornualles —respondió Grimes—. Hay barcos para transportar a los pasajeros hacia el sur. Según parece, en el hemisferio norte es donde se produjeron los daños más graves.

Richard se apartó de la pared impulsándose con el hombro.

—¿Y se llevaron a todo el mundo? —intervino. Se apreciaba un asomo de amenaza en su voz.

Grimes dio un paso atrás.

—¿Dejó que se llevaran a todo el mundo? —Se plantó ante la soldado para gritarle en la cara—: ¿Dejó que se llevaran a mi hijo? ¿Sin mí?

Yuill y Henderson se levantaron de un brinco para sujetarlo.

—Tranquílcese —le pidió Yuill—. Déjela terminar.

Richard retrocedió, todavía mirando a Grimes con furia en los ojos. Ella le sostuvo su mirada feroz sin inmutarse. Me dio la impresión de que ya se había enfrentado a otros hombres, ya fuese dentro o fuera del ejército.

—Les dijimos que habían salido para efectuar una misión de abastecimiento —prosiguió—. Pero dijeron que no podían esperar, que si alguien quería marcharse con ellos, debía hacerlo en ese momento.

—Y usted dejó que se fueran —la interrumpió Richard. Estaba temblando—. Dejó que mi hijo se fuera.

Grimes extendió las palmas de las manos.

—Pero los convencimos para que enviasen otro helicóptero —concluyó—. Todavía quedan algunos más en el norte. Avisaron por radio para que uno de ellos modificase su ruta y nos recogiera.

Richard pareció calmarse un poco. Yo aún seguía tenso, una espiral de miedo en el estómago.

—¿Cuándo? —preguntó Richard.

—Dijeron que dentro de dos días.

El pabellón se quedó en silencio durante unos instantes. Ni siquiera Bryce parecía saber qué decir.

—La soldado Grimes ha hecho lo correcto —aprobó Yuill—. Nuestro principal objetivo era comunicarnos con el exterior y poner a salvo a los supervivientes, y eso es exactamente lo que estamos haciendo.

—Gracias, señor —dijo Grimes, que bajó la mirada al suelo.

—Y tú, Harvey, ¿qué haces aquí? —pregunté—. ¿Por qué no te fuiste?

—Preferí quedarme y asegurarme de que estabais bien —arguyó.

Yuill cruzó los brazos y nos miró a Richard, que se había apoyado de nuevo contra la pared, y a mí.

—Sus familias están a salvo —dijo—. Tendrán comida, techo y suministros médicos. —Examinó nuestra cara de preocupación, la suya plena de alivio—. Por tanto, esperaremos. Uno o dos días más y regresaremos a la civilización. Nos mantendremos alejados de la ciudad y cuando llegue la ayuda, les avisaremos de que hay otros supervivientes.

—¿Los Conejos? —se extrañó Bryce.

—Sí, los Conejos —confirmó Yuill—. Suponiendo que quieran ser rescatados. Ahora les sugiero que por esta noche se retiren a descansar y...

—Respecto a eso... —lo interrumpí.

—¿Sí? —dijo Yuill—. ¿Respecto a qué?

—Respecto a los Conejos —especifiqué—. Hay un problema.

Cargamos el maletero del Land Rover hasta los topes. Apagamos el generador y guardamos todo el combustible sobrante que pudimos en varios bidones. Llenamos garrafas de agua y almacenamos comida deshidratada en las tarteras. Cogimos dos hornillos portátiles y dos bombonas grandes,

algunas radios, baterías y mantas del almacén, la ropa y nuestras pertenencias. No habíamos planeado alejarnos demasiado del cuartel, solo lo suficiente para permanecer a salvo hasta que llegase el helicóptero, pero preferíamos no arriesgarnos a tener que regresar. Si el rescate no se llevaba a cabo según lo previsto, tendríamos que continuar hacia el sur.

La noticia de que corríamos peligro sacudió de forma notoria a Yuill, cuyo rostro se constrictó de miedo cuando le dije que los Conejos conocían nuestra posición. Me quedó muy claro entonces que estaba desesperado por regresar al mundo civilizado.

Sopesamos las distintas opciones: quedarnos y enfrentarnos a ellos o marcharnos y correr el riesgo de que no nos rescataran. Pelear o volar. Nos decantamos por esto último, por retirarnos al sur y buscar un lugar seguro donde acampar y desde donde pudiéramos ver llegar el helicóptero.

Serían solo un par de días.

Era casi noche cerrada y hacía un frío helador cuando estuvimos listos para marcharnos. Corrí por el pasillo principal y subí las escaleras con la última pila de mantas. Me detuve cuando llegué al final, desanduve mis pasos hasta nuestra habitación y eché un vistazo al interior. Pese a la poca luz, distinguí varias prendas de ropa y algunas mantas desperdigadas por el cuarto, e imaginé a Beth recogiendo de forma atropellada las cosas imprescindibles para el viaje. Me pregunté si se habría parado. ¿Habría considerado la posibilidad de quedarse a esperarme? ¿Le habrían dado esa opción? ¿Habría llorado Alice por mí?

¿Habría pensado siquiera Beth en quedarse?

Me dejé caer sobre la cama.

Tras la discusión de la noche anterior me acosté en el suelo, a oscuras. Arthur y Alice dormían. Oí el sonido de sus colchas al moverse y los pasos de Beth. Se acercó a mí, se metió en silencio bajo mi manta y acomodó su

cuerpo cálido sobre el mío. Me besó, bajó la mano y me llevó con delicadeza dentro de ella. Me sorprendió lo mojada que estaba y la intensidad con que pude olerla, y aún más el ser consciente de pronto de lo mucho que extrañaba ese olor. Los dos ahogamos un jadeo cuando empezó a moverse con ternura sobre mí, metiéndome cada vez un poco más dentro de ella, hasta que su pelvis quedó apretada contra la mía. Le acaricié la espalda, bajé la mano hasta sus nalgas y deslicé el dedo entre ellas. Beth odiaba que hiciera eso, pero me agarró del pelo, apretó su cara contra la mía y me metió la lengua en la boca mientras los dos nos corríamos. Se quedó tendida sobre mí unos instantes, me acarició la frente y me besó. Notaba que me estaba mirando, aunque yo no podía verla. Me besó otra vez, se separó de mí y regresó a su cama sin decir palabra.

Estaba intentando hablar conmigo. Intentaba decirme, por última vez, que no lo hiciera, que me quedase junto a mi familia. Sin embargo, la ignoré, y ahora ya no estaban.

Grimes nos llamó desde la puerta principal. Cuando me disponía a salir, vi algo en la penumbra. El cuerdífono de Alice estaba hecho un gurrño sobre la almohada. Lo cogí con cuidado y me lo guardé en el abrigo. Por último, cerré la puerta y subí las escaleras.

Carlops

Henderson conducía. Yuill y Grimes ocupaban los asientos delanteros. Los demás viajábamos atrás.

Avanzábamos lentamente hacia Pentland Hills, alejándonos de la ciudad, en dirección a la carretera del sur que llevaba a Carlisle. Las colinas ya no eran verdes ni sinuosas, sino que habían quedado reducidas a un yermo de matorrales secos y fangales revueltos y estancados. Ya no existían los caminos que las cruzaban. Las luces del vehículo barrían los esqueletos de las ovejas y los perros. Todo estaba cubierto por una nieve plúmbea.

Quedamos atascados en una zanja y tardamos una hora en liberar las ruedas. Richard y yo tiritábamos después de embadurnarnos de barro gélido. Era más de medianoche cuando llegamos a la carretera. Estaba plagada de baches y cubierta de árboles caídos y de tierra. Después de otra hora conduciendo con cuidado, llegamos al pueblo de Carlops, donde nos detuvimos.

Henderson apagó el motor y las luces. Todo quedó completamente a oscuras y en silencio. No había por allí ningún tipo de vida y no se percibía el menor sonido, salvo los ronquidos profundos de Bryce, que dormía en la parte de atrás, y el chapoteo lento del combustible y el agua al intentar aposentarse en sus depósitos. Tenía frío y estaba cansado. Echaba de menos el calor y el sueño. Echaba de menos a Beth.

Yuill y Henderson habían salido y dejaron a Grimes durmiendo en la parte delantera. Vi que los haces de sus linternas danzaban por el suelo hacia el interior del pueblo. Antes, Carlops era una calle bordeada de cabañas, pero la

luz de Henderson me permitió atisbar algún tipo de mole poco natural levantada a un lado. Había ladrillos esparcidos por la acera. Ramas que asomaban por las ventanas y las puertas.

Oí la voz de Yuill.

—¡Grimes!

La soldado se despertó sobresaltada, se desabrochó el cinturón y se bajó por la puerta del pasajero. Al momento su linterna se sumó al reconocimiento.

—¿Un árbol caído? —aventuré para Harvey y Richard.

—Voy a echar un vistazo —dijo Richard—. ¿Venís?

Miré a Harvey.

—Adelante, Ed —me animó. Señaló con la cabeza a Bryce, que seguía durmiendo—. Creo que yo me quedaré aquí para cuidar de Cujo. Id vosotros.

Cogí la linterna y seguí a Richard. Unos gruesos copos de nieve flotaban bajo su luz para terminar uniéndose al hielo cuajado sobre la carretera. El aire era cortante, pero no fresco. Llegaba cargado de polvo, y el sabor me laceraba la garganta. Estar bajo techo, con el olor cálido de mi familia, aunque fuese tirados sobre un suelo de piedra, era de repente todo cuanto deseaba. No verme entre un puñado de desconocidos, a la intemperie, bajo una helada pestilente, lejos de cualquier cosa a la que poder llamar hogar, intentando determinar qué había reventado toda una calle.

—No es un árbol —observó Richard cuando alcanzamos a los demás. Orientamos las linternas hacia el muro de ladrillo combado—. Es una colina.

Todas las casas estaban desbordadas de tierra. Los muebles astillados se amontonaban en la acera; algunos casi habían llegado a cruzar la calle. Enormes fragmentos de barro y roca del tamaño de un coche habían aplastado las viviendas de ese lado. Los techos se habían desplomado, todas las paredes estaban resquebrajadas o derruidas. Un cúmulo de tierra parduzca

había sepultado una casa por completo. En otra se veía una bañera colgando de una ventana. Todo estaba despedazado y cubierto de lodo.

Amenazante tras la calle se erigía la causa de tanta destrucción: una inmensa columna de tierra cuyos límites nuestras linternas no llegaban a alumbrar.

—¿Un corrimiento? —conjeturé.

—Algo así —murmuró Yuill.

Se levantó una ráfaga de viento. Oímos crujidos y aleteos cuando el aire zarandó las entrañas hinchadas de los edificios demolidos. Yuill dirigió la luz calle adelante.

—Lo inspeccionaremos por la mañana. Ahora mismo necesitamos...

Se interrumpió cuando el haz descubrió algo. Cadáveres; medio descolgados por las ventanas, junto a las paredes, semienterrados bajo los escombros.

Los restos de una mujer pendían boca abajo de un cable de telégrafo en el que tenía un pie enganchado. El camisón hecho jirones le cubría la cabeza. El cuerpo lívido estaba despellejado casi por completo. Me tapé la boca. Había visto multitud de cadáveres durante las misiones de abastecimiento, pero la muerte nunca dejaba de impresionarme. Yuill apartó la luz de la linterna y los demás hicimos lo mismo.

—Necesitamos buscar un refugio —terminó—. Henderson, Grimes, síganme. Ustedes dos, vuelvan al coche. Regresaremos a por ustedes cuando demos con un lugar apropiado.

Volvimos junto a Harvey. Bryce seguía fuera de combate.

—Amigos —celebró el anciano al vernos regresar—. ¿Qué ha causado tanto estropicio?

—No lo sabemos —respondió Richard—. Pero era lo bastante grande como para mover una montaña.

Al final de la calle encontramos un edificio que no había sufrido tantos daños como los otros. Antes era un hotel pequeño y la puerta de la entrada daba acceso al bar. Nos quedamos allí en medio, tiritando a la luz de las linternas.

—Henderson y yo haremos guardia fuera por si apareciesen los helicópteros de rescate —organizó Yuill—. Los demás pueden dormir aquí.

Montamos el campamento con unas mantas que sacamos del Land Rover. Acoplé la capucha de la chaqueta y me tendí en un banco. Me pesaban los párpados. Observé a Henderson, que limpiaba su pistola de cuclillas, con pasadas breves y rápidas.

—Descuide —dijo para tranquilizarme, un diente de oro destellando en medio de su sonrisa—. No está cargada.

Cuando abrí los ojos la luz era penumbrosa. Oí voces fuera, una discusión entre Yuill y Henderson. Solo distinguía palabras sueltas entre siseos o bufidos.

—... no vendrán...

—... como sí... pacientes...

—... nos engañamos...

—... tranquilizarnos...

—... viejo... abandonados...

—... me recordarle...

—... nunca imaginé...

—¡... oficial superior!

Se produjo una pausa, tras la que se oyeron unos pasos que se alejaban. Me levanté. Richard y Harvey aún dormían, y Grimes estaba frente al hornillo,

intentando llenar de agua una cazuela. Sostenía uno de los recipientes sobre la rodilla, con un codo levantado en un ángulo imposible. Me recordó a Alice cuando ayudaba a Beth a verter harina en el cuenco los días en que cocinaban. Me acerqué para echarle una mano.

—Puedo apañármelas —me advirtió. Señaló con la cabeza una caja de plástico que contenía comida—. Pásame unas bolsitas de té.

Seguí su indicación. Harvey se estremeció cuando pasé junto a él. Frunció el ceño, se lamió los labios y exhaló un suspiro grave y resonante cuando reanudó el sueño.

—¿Cree que está bien? —pregunté.

—¿Harvey? —dijo Grimes. Resopló por la nariz—. Es fuerte como un buey. Son los demás los que me preocupan.

—¿Y esos dos? —señalé afuera.

Los ojos con que me miró me avisaron de que estaba pisando terreno pantanoso. Tal vez considerase cuánto debería revelarme, si seguía pareciéndole necesaria la existencia de una frontera entre soldado y civil.

—Los hombres son hombres.

—Creía que estos eran militares.

Me ignoró y agitó el agua. Después pareció relajarse.

—No se preocupe por ellos —dijo—. Lo llevaremos con su familia, se lo prometo.

—No cree que vayan a venir.

—¿Perdón?

—Sauver.

Cerró el recipiente del agua y lo dejó caer al suelo.

—He dicho que lo llevaremos con su familia.

—¿Y qué hay de usted? —dije.

—¿Qué hay de mí?

—¿Usted no tiene familia? ¿No quiere buscarla?

Frunció el ceño.

—Quiero decir, nadie la culparía por...

—No me alisté para eso —me informó—. Además, yo soy de Glasgow. No creo que haya muchas esperanzas para ellos.

—Lo siento.

—No se preocupe. Mi madre era alcohólica y mi padre...

Arrugó el gesto y extravió la vista en el vapor que manaba de la cazuela.

—¿Qué? —la alenté.

—Digamos que no suelo enviar postales por el día del Padre.

No había mucho que yo pudiera hacer al respecto.

—¿Dónde está Bryce? —pregunté.

Cuando Grimes señaló la puerta, salí a la calle. Ya no nevaba, pero había cuajado durante la noche. Todo estaba cubierto, incluidos los cadáveres. La señora del telégrafo había actuado como ventisquero, y ahora su camión era un triángulo helado y rígido.

—¡Buenos días! —oí decir a alguien desde arriba.

Levanté la vista. Bryce estaba de cuclillas sobre el montículo de detrás de la calle, por encima de los tejados. Parecía un hechicero gordo, entre mechones de niebla amarronada que serpenteaban en torno a él. Sonrió y me saludó con la mano.

—¿Quieres ver una cosa? —me llamó.

La pregunta proyectó un eco apagado en el silencio de la calle nevada. Miré colina arriba y abajo, sin depositar demasiada confianza en la tierra suelta.

—Sigue caminando —gritó—. Hay un bosque como a un kilómetro del pueblo donde el terreno no es tan escarpado.

Escudriñé la niebla densa que se extendía más allá del hotel.

—¡Hasta luego! —se despidió. Su risotada desapareció tras de mí cuando eché a andar camino arriba.

Un rato después llegué al bosque, salí del camino y continué campo a través por la colina. Iba abriéndome paso con la ayuda de las manos cuando encontré a Bryce, que estaba sentado sobre una roca fumando un cigarrillo liado. Miré al pueblo y vi a Grimes y a Richard, ya despierto, sosteniendo sendas tazas humeantes en la calle. Debíamos de estar unos cien metros por encima de ellos.

Más allá, tras las casas pulverizadas del otro lado del camino, la suave pendiente que antes ascendía hacia las Pentland se encontraba agujereada de cráteres. Unas inmensas zanjas se extendían como cicatrices. Una especie de enormes cantos rodados hincados en la tierra se levantaban hasta donde alcanzaba la vista, como si toda la colina fuese un nido de huevos extraterrestres.

—¿Cómo tienes el hombro? —le pregunté a Bryce.

Me miró con el ceño fruncido.

—De maravilla —respondió, los ojos reducidos a dos hendiduras—. Gracias por preguntar. Estoy conmovido.

Tomé nota para no volver a preguntarle ese tipo de cosas. Agitó el pulgar hacia su izquierda, fuera del camino.

—Ahora mira esa mierda.

Cuando me volví para mirar en esa dirección, estuve a punto de despeñarme. Hacía tiempo que no veía un día tan claro. El sol seguía sin mostrarse del todo, no se apreciaba su disco brillante a través de la nube densa, pero la luz que pasaba nos permitía ver a kilómetros de distancia. Ante nosotros teníamos un profundo cráter que se dilataba hacia el horizonte. Antes, aquel era un paisaje de bosques, granjas y aldeas. Ahora era un cañón de varios kilómetros de ancho y de varios cientos de metros de profundidad.

Estábamos sentados sobre la cresta circundante.

Recuperé el equilibrio.

—Es una puta pasada, ¿eh? —se maravilló Bryce.

—Supongo... —balbuceé—, supongo que se podría decir así. Joder. ¿Esto lo hizo un... un...?

—¿Un asteroide? —concluyó Bryce. Levantó una mano hacia el cielo en un gesto teatral—. ¿Te refieres a las estelas luminosas que empezaron a caer de las alturas? ¿A esas cosas que no dejaron de masacrarnos durante dos días? —Tiró la colilla por la cresta y la persiguió con un escupitajo—. Ajá. Probablemente.

Me dejé caer al suelo y me senté con los brazos en torno a las rodillas, contemplando el insólito panorama. Hasta ese momento solo había presenciado la destrucción de Edimburgo, a la que, por alguna extraña razón, había terminado por acostumbrarme. La idea de que una ciudad fuese arrasada, aunque se tratara de aquella en la que yo vivía, de algún modo se me hacía más fácil de asimilar que la devastación de un paisaje que apenas conocía.

Bryce lio dos cigarrillos, los encendió y me pasó uno. Fumamos en silencio, fascinados.

Me levanté cuando terminé el mío. Iba a sugerir que regresásemos al pueblo cuando un bramido profundo resonó en la distancia, elevándose para después interrumpirse de pronto. No dijimos nada. El estruendo estalló de nuevo, más violento ahora, como el lamento de una ballena. Me quedé inmóvil. Una serie de crujidos y tañidos afilados reverberaron por las paredes del cráter.

—No me jodas —renegó Bryce—. Mira eso.

Señaló la pared opuesta. El extremo sur de la cresta estaba derrumbándose y precipitándose hacia el foso. Una gran lengua de tierra se desprendió y se

deslizó a cámara lenta. Sentimos que el suelo temblaba, que bailaba en torno a nuestros pies. Nos miramos. Bryce se levantó de un brinco y de inmediato saltamos por el tramo más empinado de la pendiente. Bajé volando durante más tiempo del que me hubiera gustado, hasta que impacté de espaldas contra la tierra. Sin aliento a causa del golpe, empecé a boquear mientras me deslizaba colina abajo. El abrigo se me había levantado y ahora me cubría la mitad de la cara. Aunque no podía ver, oí que Bryce pasaba disparado junto a mí, aullando como un crío.

Comencé a ganar velocidad. Me quité la capucha con una mano mientras intentaba agarrarme a la tierra con la otra. Vi que Bryce se acercaba a los edificios de abajo, hundiendo los talones en el suelo hasta aterrizar en un montículo contiguo al hotel. No tardé en alcanzarlo, escupiendo hilos de saliva sobre la nieve mientras él se carcajeaba tendido en el suelo.

—¡Otra vez, papi, otra vez! —pidió jubiloso.

Se levantó y se apretó el hombro lastimado. Daba la impresión de que para él ya no fuese más que una molestia. Me rodeó el pecho con los brazos y me puso de pie mientras los demás se acercaban para recibirnos.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Yuill.

—¿Ese ruido? —repitió Bryce sacudiéndose la suciedad—. Habrá sido un corrimiento.

Se apretó una fosa nasal con un dedo para efectuar un disparo contra el suelo; seguidamente vació el cartucho de la otra fosa nasal.

—Bueno —dijo dando una palmada—. Creo que alguien había preparado el té.

Nos resguardamos en el bar y bebimos un fuerte té negro. La infusión me trajo a la memoria la deprimente excursión a Cornualles a la que obligué a ir

a Beth. Pensé en ella, embarazada y paciente mientras yo buscaba cerillas a tientas bajo la lluvia, en el momento en que me puse a desmontar la tienda a oscuras y ella se rio cuando resbalé y caí al barro. Fue mi insistencia infantil lo que nos llevó allí, para imponer mi voluntad, por mantenerme firme, con la idea de rebelarme estúpidamente contra un mundo hacia cuyos lodos me sentía arrastrado. Creía que salir de acampada nos serviría para alejarnos de la vida moderna y de todo aquello que a mi parecer no necesitábamos. No tenía ni idea de lo que eso significaba en realidad hasta que aquel día, en aquel pueblo devastado, fue la vida moderna, junto con mi familia, la que se alejó de mí.

Tal vez hubiera una razón por la que llenábamos nuestra vida de imbecilidades. Tal vez hubiera una razón que nos llevaba a rodearnos de plásticos, de luces y de exceso. Tal vez nuestra conciencia colectiva aún recordase demasiado bien cómo era vivir en la oscuridad, rodeados de troncos mojados y podridos, de barro, y sin nada decente que llevarse a la boca.

Yuill entró y llenó su taza con el agua del hornillo. Le temblaba la mano mientras se servía. Se volvió hacia nosotros, la taza sobre los labios y el puño en la cadera. Richard rompió el silencio.

—Deberíamos reanudar la marcha.

—Nos quedaremos aquí —indicó Yuill—. Esperaremos al helicóptero.

Richard frunció el ceño.

—¿Qué hay de esa cosa? —dijo señalando hacia la colina—. Salta a la vista que es muy inestable. Podría desmoronarse sobre nosotros en cualquier momento.

Yuill extravió la mirada. Mantuvo la taza pegada a los labios.

—Tomaremos precauciones —decidió.

—¿Precauciones? —resopló Richard—. ¿Qué precauciones se pueden

tomar frente a una montaña que va a desplomarse sobre ti en el momento menos pensado?

Henderson entró y se situó junto a la puerta.

—Merece la pena correr el riesgo —insistió Yuill—. La cresta es un lugar estratégico. Está a gran altura. Podemos encender una hoguera allí arriba, asegurarnos de que nos vean. Montaremos guardia. Hay una pistola de bengalas en el Land Rover.

Richard se levantó. Le sacaba una cabeza a Yuill.

—¿Una hoguera en lo alto de la cresta? —se alarmó—. ¿Guardia? ¿Se le ha ido la olla?

Yuill se estremeció, encogido como si de pronto fuera un soldado raso al que un oficial de alto rango estuviera amonestando. Richard parecía haber vivido experiencias que le conferían una cierta autoridad natural. Al menos, mucha más de la que transmitía Yuill.

Pero Richard no llevaba arma.

Henderson salió de entre las sombras y se colocó detrás de Yuill. Durante un momento, nadie habló. Poco después se oyó un sorbo ruidoso procedente de un rincón cuando Bryce apuró su té. Tiró la taza por encima del hombro, haciéndola tintinear cuando impactó contra la pared.

—Bien —dijo mientras se tendía en un banco—. Despertadme cuando terminéis.

—¡Eh! —Henderson se acercó y se inclinó sobre él—. ¡Levántese! —le gritó.

Bryce cacareó una risita de sorpresa. No movió un dedo.

—Sí... yo también le deseo buenas noches —lo ignoró.

Henderson se agachó despacio hasta que pegó su cara a la de Bryce.

—Levántese, holgazán de los cojones. Levántese y salga a recoger leña. Tenemos una hoguera que encender.

Yo estaba seguro de que Bryce se le echaría encima, pero pareció pensárselo mejor. Siguió tendido unos instantes más y luego se levantó del banco.

—Está bien, cariño —dijo—. Le encenderé su fuego.

Pasó junto a Henderson haciendo chocar su hombro con el del cabo y se sirvió otra taza de té, que bebió con parsimonia.

—Aunque no espere que también le haga arrumacos.

Se dio media vuelta para mirar a Henderson, pero este ya había salido del bar.

Artículos

Encendimos una hoguera y montamos guardia en la cresta durante tres días y tres noches. Nos turnábamos cada cuatro horas, como había sugerido Yuill. No vimos nada.

La tarde de la tercera jornada, sentados en el hotel, reconocimos tácitamente que el rescate podía darse por suspendido de forma oficial. Yuill se levantó para relevar a Grimes. Se detuvo en la puerta y se quedó mirando la calle.

—La nieve se está fundiendo —dijo—. Están apareciendo algunos... artículos. Quizá podrían hacer algo al respecto.

Miró alrededor del bar y salió.

—¿Artículos? —me extrañé cuando se cerró la puerta.

—Ajá —confirmó Bryce poniéndose en pie—. Muertos. —Sorbió por la nariz y se puso los guantes—. Mejor eso que quedarse aquí sentados, ¿eh?

Richard y yo lo seguimos afuera. Empezamos por los cadáveres que habían quedado desplomados contra la pared y tirados en medio de la calle. Estos eran fáciles de recoger, por lo cual le dábamos las gracias al frío helador. Después nos ocupamos de los que colgaban de las ventanas, que entrañaban más dificultad ya que había que manipularlos. Todos estaban cubiertos por un pijama hecho jirones, salvo los que aparecían prácticamente desnudos; el aviso de las sirenas no debió de llegar a un pueblo tan alejado de Edimburgo.

Los gruesos guantes del excedente del ejército impedían que notáramos demasiado lo que tocábamos, y la nieve y el hielo ocultaban buena parte de lo que habría quedado a la vista. Pero no podíamos escapar de los sonidos. No

dejábamos de hablar a voces sobre cualquier cosa hasta que terminábamos de arrastrar los cuerpos hacia la zanja y los hacíamos rodar.

Había un cuerpecito aovillado en torno al pie de un buzón al que ninguno quisimos acercarnos. Al final Bryce se decidió a levantarlo, sin decir nada, y lo envolvió en una sábana raída que había encontrado en el maletero de un coche. Lo llevó en brazos hasta la zanja, se agachó y lo dejó con cuidado sobre los otros. Richard y yo lo observamos desde la distancia, asombrados tanto por esa inusual muestra de consideración como por el espanto que llevábamos viendo toda la tarde.

Cuando terminó, echamos tierra y nieve sobre ellos con los pies. Después miramos a la mujer del telégrafo.

Ya no colgaba. El frío la había convertido en una bandera rígida de hueso y tela. La pierna libre sobresalía a modo de semáforo espeluznante. Los brazos estaban extendidos hacia el suelo, el camisón invertido cubriéndolos del todo, salvo los huesos de las manos. Una la tenía comprimida en un puño retorcido. Con la otra parecía señalar a alguna parte.

—¿Cómo creéis que terminó ahí arriba? —pregunté.

Richard escudriñó las casas que quedaban detrás.

—Tal vez saliera de allí —supuso, apuntando con el dedo hacia un ventanal reventado. Detrás del ventanal y frente a la tierra, que llenaba la habitación del mismo modo que en las demás viviendas de la calle, había un somier volcado—. Salió despedida por la ventana, se le enganchó el pie y se golpeó contra la pared de ladrillo por el camino —teorizó—. Seguramente ya estaría muerta o inconsciente cuando quedó atrapada en el cable.

Se acercó al poste de telégrafo y lo examinó de arriba abajo. Puso una mano en la madera para tantearlo. Se balanceaba un poco, pero se mantenía firme. Se apartó y evaluó la casa contigua.

—Podríamos probar a escalar esa pared —propuso—. Tal vez enrollando

una cuerda al poste, sacudiéndolo y...

Una piedra grande voló por encima del cable y aterrizó en un canalón.

—¡Venga! —exclamó Bryce. Me volví a tiempo para verlo lanzar un segundo proyectil, que alcanzó el cable cerca del pie de la mujer antes de precipitarse al suelo—. ¡Cae ya, hija de puta! —exigió.

Richard enarcó las cejas.

—O podríamos hacer eso —valoró.

Rebuscamos entre los escombros. Richard escogió algunos ladrillos pequeños y afilados que arrojó a gran velocidad y con efecto; supuse que jugaba al críquet y que estaba acostumbrado a lanzar bolas rápidas. Bryce volvió a optar por los ladrillos grandes, que proyectó contra el cable como un lanzador de pesos. Por mi parte, procedí a tirar piedras al estilo beisbolero, con la intención de que los ladrillos cayesen encima del cable y que el pie de la mujer se soltase desde arriba. La mayoría de los proyectiles pasaban de largo por los pelos; los de Bryce aterrizaban con estrépito sobre los tejados y los de Richard se alejaban silbando como balas. Estallábamos en vítores cada vez que alguno acertaba de pleno. Éramos como niños que estuvieran haciendo algo que no debían hacer en un lugar donde no tenían que estar.

Al cabo de un rato, Bryce renunció a su técnica y procedió a aplicar la mía. Sopesó diversos pedazos de mampostería más voluminosos, hasta que encontró un bloque de diez ladrillos entre los escombros y lo arrastró a la carretera.

—Cuidado, chicos —avisó.

Richard y yo nos apartamos mientras Bryce se echaba el amasijo de ladrillos al pecho. Durante un segundo permaneció inmóvil como un halterófilo que se preparase para realizar un levantamiento, pero en vez de eso dio dos pasos atrás y otros tres adelante, tomando el impulso necesario para efectuar un lanzamiento sobrecogedor que hizo ascender los ladrillos

girando en un arco lento y pronunciado. El bloque cayó justo sobre el cable, que se combó liberando a la mujer. Se precipitó al suelo.

Levantamos instintivamente los brazos entre aclamaciones, pero nos callamos en cuanto el cuerpo de la mujer echó a rodar. La cabeza quedó al descubierto. Le faltaba la mandíbula inferior, aunque la superior seguía cubierta de piel amoratada. Unos mechones largos de cabello plateado se habían soltado del moño prieto y cruzaban su frente arrugada. Tenía los ojos abiertos. Nos miraba desde el suelo con lo que le quedaba de un ojo. El cable había vuelto a su posición, espolvoreando con una cortina de blandos copos de nieve el cadáver roto de la mujer. Una cruz de plata yacía en la nieve frente a ella, enganchada a la cadenita que rodeaba su cuello.

Henderson y Yuill hicieron guardia aquella noche. Me costó conciliar el sueño. Una sucesión de rostros macabros danzaba ante mí. Vagaba por calles desiertas. Tras cada esquina encontraba una nueva abominación que me despertaba sobresaltado, paralizado por un pánico indescriptible y mareado por unos pensamientos extraños y confusos a los que no veía ningún sentido. Sentía una opresión en el pecho. Apreté los dientes. Quería seguir adelante.

Pero al final debí de dormirme porque después me desperté. Me desperté y oí el arañazo de algún tipo de madera al rozar contra el suelo. Y gritos, y el rugido de un motor.

Se han ido

Parpadeé para adaptar los ojos a la luz del día. Bryce estaba de pie frente a mí y Richard se había asomado a la puerta. Grimes intentaba sentarse en su banco.

—¡Arriba! —bramó Bryce—. ¡Levantaos!

Murmuré algo y me puse de pie como pude. Grimes ya había salido.

—¿Qué ocurre? —dijo Harvey.

Bryce salió por la puerta como una bala y yo corrí tras él, al encuentro con el frío helador de la mañana. Volvía a nevar. El Land Rover no estaba; se alejaba a toda prisa hacia el sur entre las piedras y los cúmulos de tierra. Richard corría tras él por la calzada, pero empezaba ya a aminorar el ritmo, haciendo aspavientos con los brazos y las piernas. Se detuvo y se quedó en medio del camino, exhalando espirales de vaho con las manos en la cabeza. El Land Rover desapareció en la niebla del amanecer. Richard gritó algo que se perdió en el viento.

—De puta madre —renegó Bryce. Dio tres saltos, gruñendo cada vez que golpeaba el suelo con los pies, hasta que se quedó acuclillado agarrándose el pelo enmarañado con los puños.

—¿Quiénes eran? —pregunté, sin haberme terminado de espabilar todavía—. ¿Los habéis visto? ¿Dónde están Yuill y Henderson?

Bryce giró sobre sus talones y me miró como si yo fuera imbécil.

—¡Esos eran el puto Yuill y el puto Henderson! —berreó, señalando la carretera desierta. Se dio una palmada en la cabeza—. ¡Puto gilipollas!

Me escupió algún insulto más y cruzó aprisa la calle, derecho hacia un

pequeño Toyota que había sido aplastado por una roca. Lo pateó, aporreó el capó con los puños y golpeó las puertas y lo que quedaba de las ventanillas.

Sentí como si me hubieran sacudido con un bate en el estómago, y me quedé en medio de la nieve estremecido y paralizado, sin aliento. Los latidos de mi corazón me llenaban la cabeza de sangre y me sacudían adelante y atrás. Intentaba articular palabras, preguntas. Pero tenía la mente en blanco. Los labios me temblaban y se me contraían a causa del frío penetrante como si pretendieran elaborar un ensalmo mudo o alguna ecuación ininteligible.

Nos habían abandonado.

Oía a Grimes detrás de mí, respirando trabajosamente entre quejidos y gemidos como una niña esforzándose por no llorar. Se mantenía firme e inmóvil, vestida con su uniforme deshilachado y sucio. Tenía el pelo pegado a la frente y cubierto de copos de nieve. Dejó escapar el comienzo de un gruñido, apretando y relajando los puños junto a las caderas mientras le rechinaban los dientes.

Richard pasó junto a mí.

—Tenemos que comprobar los coches otra vez —dijo—. Necesitamos un coche. ¡Hay que marcharse!

—¡Están todos jodidos! —gritó Bryce, que seguía vapuleando el Toyota.

—¡Comprobadlos otra vez! —insistió Richard.

—¡Están todos jodidos! —repitió Bryce.

—Esperaremos —murmuró Grimes—. Esperaremos al helicóptero de rescate.

Richard se acercó a ella con los brazos extendidos hacia los lados.

—¡No hay ningún helicóptero de rescate! —bramó—. No va a venir nadie. Esos dos lo sabían, por eso nos han dejado tirados. ¡Estamos solos! —Se interrumpió, acaso estremecido por su misma rabia—. Estamos solos —repitió.

Grimes apartó la vista. Sus labios se comprimieron en una línea mínima.

Richard empezó a correr por la calle, comprobando el motor y el depósito de combustible de todos los vehículos, por muy aplastados, oxidados, rotos y destartados que estuvieran. Bryce lo siguió. Cerraron una puerta tras otra, gritando de pura frustración. Grimes parpadeó, consciente de que yo seguía mirándola.

—¿A usted no se lo dijeron? —le pregunté.

Negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Me di media vuelta y miré la carretera, ahora desierta y difuminada por la niebla. Solo distinguí el rastro que el Land Rover acababa de dejar en la nieve. Bryce y Richard regresaron.

—Nada —confirmó Bryce—. Como decía, están todos...

—Sí, ¡jodidos! —gritó Richard—. Ya lo sé.

Empezó a caminar frenéticamente de aquí para allá, sus largos brazos doblados por encima de él con las manos sobre la cabeza. Grimes volvió al interior del hotel.

—Regresaremos —organizó Bryce—. Regresaremos al cuartel, a Edimburgo.

—¿Para qué? —cuestionó Richard—. ¿Para enfrascarnos en una guerra con un ejército de matones? ¿Para robarles un par de latas de gasolina?

Harvey apareció en la puerta.

—Nos han dejado comida —anunció.

—Y un hornillo —agregó Grimes desde el bar del hotel—. Y agua.

—Genial, démosles una puta medalla —maldijo Bryce—. ¡Los condecoraremos con la puta Cruz Victoria!

—Deberíamos quedarnos aquí —propuso Grimes—. Mantener la hoguera encendida, esperar al helicóptero de...

—¡No habrá ningún rescate! —bramó Bryce golpeándose el pecho con

cada palabra que decía—. ¿Por qué no quiere verlo? ¡No va a venir nadie!

Richard profirió un último grito que retumbó en los muros de ladrillos abrasados que bordeaban la calle. Tomó aire lenta y entrecortadamente y se quedó callado.

—Vamos —dijo, y se encaminó hacia el hotel—. Veamos qué nos han dejado. Tenemos que decidir qué vamos a hacer.

Grimes abrió la caja de comida que Yuill y Henderson nos habían dejado. Harvey preparó té y repartió tazas para todos mientras los demás sacábamos y apilábamos paquetes de fideos, de arroz, de pasta y de judías.

Bryce rompió finalmente el silencio.

—Bien, no se me ocurre ninguna idea mejor —masculló dejando caer su taza vacía sobre la mesa.

Richard estaba sentado con el cuerpo inclinado hacia delante y sus largos brazos cruzados sobre las rodillas, mirando con solemnidad la comida deshidratada amontonada sobre la mesa. Uno de sus pies golpeteaba continuamente el suelo. Miró a Bryce e irguió el cuerpo, cruzó los brazos sobre el pecho y encogió los hombros. El pie seguía golpeando el suelo.

—No podemos regresar, no podemos quedarnos aquí. No tenemos coche. No nos queda ninguna otra opción.

Grimes se levantó.

—Entonces seguiremos adelante —dijo—. Nos llevaremos la comida y cargaremos con toda el agua que nos sea posible. Avanzaremos tan rápido como podamos, siguiendo la carretera hasta que encontremos un vehículo. —Miró a su alrededor—. ¿De acuerdo?

Bryce y Richard asintieron y se levantaron. Bryce cogió una mochila vacía y me la lanzó. La atrapé con una mano, derramando sobre mí parte del té que

sostenía en la otra.

—Ten —ordenó—. Llénala.

Guardamos la comida deshidratada en los macutos aprovechando el espacio al máximo y los cubrimos con mantas. Cada mochila incluía un depósito de hidratación de cuatro litros. Los llenamos hasta el tope y almacenamos toda el agua que pudimos en las botellas de plástico vacías que encontramos en un cubo de basura detrás de la barra. Metimos las botellas en los compartimentos libres de las bolsas y acoplamos el resto al exterior de las mochilas empleando las correas sueltas.

Cuando terminamos, nos subimos la cremallera del abrigo y nos echamos los macutos al hombro. Bryce se cargó el suyo como si fuera un saco de plumas. Yo intenté actuar como si no estuviera a punto de caerme hacia atrás por el peso del mío. Cuando todos estuvimos listos nos detuvimos formando un círculo, esperando algo. Pero ya no quedaba nada por hacer salvo empezar a caminar.

Gloria

Conocía bien esta carretera. Era la que Beth y yo tomábamos siempre que viajábamos al sur desde Edimburgo. Largos kilómetros de asfalto trazaban una línea más o menos recta que atravesaba los Borders escoceses, flanqueada por colinas suaves y extensas planicies de granjas y bosques. De vez en cuando el trazado formaba un recodo o se levantaba un monte, y de vez en cuando pasabas frente a una o dos casas. Solo había un puñado de aldeas y un lugar que podría llamarse pueblo. Por lo demás, la región estaba casi deshabitada, de manera que, cuando hacía buen tiempo, la ausencia de edificios y de accidentes geográficos destacables permitía que el cielo desplegara la inmensidad de su toldo azulado. Esto, en combinación con una carretera que se perdía en el horizonte, siempre me hacía imaginar que iba conduciendo por el medio Oeste americano, aunque no lo conociera.

Unos cincuenta kilómetros más adelante la calzada se conectaba a una autopista que ascendía describiendo curvas amplias y largas por una sierra, sorteando los ríos y tajando los páramos ocres y los pinares antes de ensancharse de nuevo y atravesar la frontera con Inglaterra.

Dejamos atrás Carllops a media mañana. La carretera se extendía ante nosotros, infinita y recta como había sido siempre, teñida de un apagado color blanquecino por efecto de la nieve sucia. No había ningún cielo inmenso, tan solo una masa de nubes turbias que parecían poder tocarse con los dedos. La niebla lo oprimía todo y nos aislaba aún más del mundo. La visibilidad no superaba los cincuenta metros en el mejor de los casos. No teníamos ni idea de qué había más adelante ni a los lados del camino.

Avanzábamos encerrados en una burbuja densa y opresiva.

Salimos del terraplén del cráter. A partir de ahí, nos adentramos en un territorio desconocido, siguiendo el rastro leve y cada vez más borroso que Yuill y Henderson habían dejado en su huida.

Richard consultó su reloj.

—West Linton queda a dos kilómetros de aquí —dijo—. Es más grande que Carlops. Puede que allí haya más probabilidades de encontrar un coche.

Grimes y yo caminábamos junto a Harvey. Marchábamos penosamente, con la cabeza gacha, sintiendo cómo la nieve frágil se quebraba a nuestro paso. Al cabo de un rato noté que Grimes me observaba.

—Se quedó atrapado en aquel sótano, ¿verdad? —dijo—. Debajo de todos aquellos escombros. Estábamos a punto de dar el trabajo por terminado aquel día, ¿sabe? El piloto no quería aterrizar, pero yo insistí.

Harvey la miró con interés.

—¿Cómo sabía que estaban allí? —le preguntó.

—Por los binoculares de visión térmica —reveló Grimes—. Casi no les quedaba carga, pero cuando realicé un último barrido por la ventanilla vi claramente que algo se había movido. —Me miró—. No habríamos vuelto a esa zona al menos hasta una semana más tarde.

Dejé que las preguntas mudas flotasen sin respuesta. Sabía que no habríamos sobrevivido otra semana en el sótano, tal vez ni siquiera un solo día más, y habría sido culpa mía. Grimes se limitaba a exponer los hechos, pero estos amenazaban con destapar una verdad que yo prefería mantener oculta.

«Estaba borracho. Me quedé dormido antes de poder avisar a mi esposa. Mi hijo me despertó; de no haber sido así, todos estaríamos muertos. Entre los víveres que amontoné en una caja en el último minuto había una botella de vinagre balsámico medio vacía. En el sótano encontré varias tuberías, pero

ignoraba lo que circulaba por ellas porque no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas en mi propia casa. Pensé que todo sería más fácil si contuvieran gas.»

—Tuvimos suerte de que nos encontraran —dije—. Gracias.

Miré a Harvey, con la esperanza de eludir la conversación.

—¿Y tú, Harvey? ¿Qué hacías en Edimburgo?

Sonrió y se señaló la boca.

—No te dejes engañar por el acento. He vivido aquí casi toda mi vida. Me mudé para casarme.

—¿Y tu mujer? —le pregunté.

—Murió hace años.

—Lo siento —lamenté, con ese sobrecogimiento inútil que se experimenta ante el dolor ajeno.

—Bah, no lo sientas —me animó—. En realidad, es mejor así; Mary habría odiado todo esto.

—Nos estaba esperando cuando lo encontramos, ¿verdad, Harvey? —dijo Grimes con una sonrisa—. En la calle, con la mochila preparada, la ropa limpia, peinado, como si fuese a salir de excursión en autobús.

—Los oí venir cuando estaban a dos kilómetros de distancia —admitió con una risita—. Además, cuando llegas a mi edad, prefieres estar preparado con antelación.

—¿Cómo sobreviviste? —le pregunté.

Meneó un dedo.

—Los viejos viudos siempre madrugamos —explicó—. Y comemos mucho de lata. —Articuló otra risita y voceó hacia atrás—. ¿Y tú, Bryce? ¿Cuál es tu historia?

Richard resopló. Él ya la conocía.

La historia de Bryce, según relató, era que todavía estaba despierto cuando

empezaron a sonar las sirenas de aviso. Regentaba un salón de tatuaje en Cockburn Street. La tarde anterior al incidente cerró el salón pronto y se fue al pub, donde engulló varias pintas de Caledonian 80 antes de irse a los bares del Grassmarket. Después de cuatro o cinco rondas más, disfrutó de algunos números privados en uno de los tres clubes de baile erótico que componían el Triángulo Púbico. Luego salió a la calle y se zampó dos kebabs con sus puños superpoblados de anillos mientras cruzaba la ciudad en dirección a un pub de Thistle Street. Había una fiesta privada, durante la que ayudó a otros dos o tres parroquianos a pulirse un par de gramos de cocaína antes de enrollarse con una rezagada de una despedida de soltera y llevársela a su piso de la Ciudad Nueva.

Según Bryce, las sirenas empezaron a sonar en mitad del polvo. Tras el proceso de iluminación por el que pasó todo el mundo durante esos momentos (esos momentos en los que yo estaba echando abajo la puerta de la tienda de la urbanización), la chica salió como alma que lleva el diablo de la casa de Bryce, dando gritos mientras se ponía sus vaqueros, sus zapatos de tacón y su camiseta rosa adornada con el rótulo de LA BIRRA ME PIRRA sobre la pechera. Bryce recorrió el piso para guardar algunos suministros, que metió a presión en una mochila antes de salir pitando en su motocicleta.

Cuando vio el Arthur's Seat partido en dos y comprendió que no conseguiría escapar, orientó la moto hacia el patio de una escuela, reventó las puertas de la entrada y se lanzó hacia el almacén subterráneo. El helicóptero de rescate lo encontró dos semanas después, rodeado de porquería, de bolsas de patatas fritas y de latas de gaseosa, todas vacías. Aquellas dos semanas y los meses que siguieron no sirvieron para devolverle las dimensiones de una persona normal. Seguía estando enorme.

—¿Tienes familia? —le preguntó Harvey cuando concluyó la historia.

Bryce aceleró el paso hasta que nos alcanzó. Detuvo los ojos en Grimes.

—Tenía un hermano. No nos veíamos mucho. Trabajaba en las plataformas petrolíferas. No creo que haya muchas esperanzas para los que se quedaron aislados en el mar del Norte. Mi padre se piró cuando éramos unos críos. Mi madre la palmó hace años. Así que no, no tengo familia. —Cambió el tono de voz—. ¿Y usted?

Grimes lo miró de soslayo.

—¿Qué la retiene aquí? —le preguntó.

—¿Disculpe? —dijo Grimes.

—¿No será que esos mamones se le han adelantado? ¿También está esperando la ocasión de irse a tomar por culo? ¿Es eso?

—Bryce —le advirtió Richard.

Grimes se paró y giró sobre los talones. Lo miró airada.

—Mi trabajo no consiste en irme a tomar por culo —le aclaró.

—¿Su trabajo? ¿Y cuál es su trabajo, entonces, muñequita? ¿Eh?

La soldado dio un paso hacia él. Inclino la cabeza hacia atrás mientras le sostenía la mirada.

—Mi trabajo consiste en protegerlos —le recordó—. A todos.

Bryce se rio.

—¿Quiere protegerme? Ah, es muy amable, muñequita, pero, sabe... — Acercó su cara a la de ella— no necesito su puta protección.

Grimes lo escrutó durante unos segundos.

—Eso lo veremos —respondió antes de darse media vuelta.

Bryce observó cómo se alejaba.

—¿Y qué hay de usted? —continuó él.

—Bryce, basta ya —lo aplaqué.

—¿Quién protege a la soldado Grimes? ¿Eh?

La militar volvió a pararse y a mirarlo.

—Yo tampoco necesito que me protejan —aseguró.

Bryce dibujó una sonrisa repugnante.

—¿De verdad?

Se acercó despacio a ella.

—¿Ni siquiera un poquito? Un poco de protección, entre usted y yo nada más. Podríamos protegernos el uno al otro, ¿eh, bomboncito? ¿Le gustaría?

Se inclinó sobre Grimes, sonriéndole. La soldado inspiró y lo miró de arriba abajo. Sus hombros descendieron según soltaba el aire.

—Usted no sabe lo que es la protección —le espetó—. No sabe lo que es que nadie te proteja. No sabe lo importante que es. Algo tan sencillo como cuidar de otra persona. Ponerte delante de otros. Decir que morirás por ellos, y decirlo en serio. No sabe lo que significa porque lo único que sabe hacer es cuidar de sí mismo.

Nos miró a Richard y a mí.

—No sabe cómo se sienten estos hombres ahora. Y no lo sabrá nunca. Nunca será padre de una criatura. Así que, sí, quizá tenga razón, quizá no necesite que lo protejan. Quizá no merezca la pena tomarse esa molestia por usted.

Se volvió y continuó caminando. La seguimos y dejamos a Bryce paralizado en medio de la carretera como un árbol muerto, la sonrisa desprendida de su cara.

Avanzamos en silencio un poco más. El asfalto y el rastro del Land Rover habían desaparecido por completo bajo la nieve. También se apreciaban algunos cambios en las cunetas. Empezaron a aparecer huecos en los setos, cada vez más bajos y apiñados hasta que desaparecieron del todo, dejando en su lugar una delgada hilera de hierbajos. En la distancia divisé una arboleda en medio de un campo, carbonizada y despojada de ramas. La tierra que la

sostenía también estaba abrasada. Se percibía un leve tufo a humo.

Al otro lado del camino distinguí unas formas imprecisas en medio de una colina. A medida que nos fuimos acercando, comprobé que se trataba de cinco o seis coches, volcados y calcinados de tal forma que solo quedaban sus bastidores. Por debajo de ellos la pendiente aparecía sembrada de fragmentos quemados de metal y de goma, igual que las tripas de un enjambre de moscas se esparcirían al aplastarlo con el puño.

Un par de kilómetros más adelante vimos unas siluetas en medio de la niebla. Edificios. Cuando nos aproximamos un poco más, comprobamos que la carretera viraba hacia la derecha, en dirección a un barrio levantado en medio de una colina.

—Aquí es —anunció Richard—. West Linton.

Bryce chasqueó la lengua.

—Ajá —afirmó—. La gran ciudad. Permaneced juntitos y tened cuidado con los carteristas.

—Busquemos un coche y reanudemos la marcha —murmuró Richard.

—Yo no albergaría demasiadas esperanzas —graznó Bryce al doblar la esquina.

A pesar de la niebla pudimos ver las casas un poco mejor. Antes eran construcciones altas, mansiones ostentosas que se erigían en avenidas empinadas lejos de la carretera. Los setos y los árboles que salvaguardaban su privacidad habían ardido hasta el punto de que solo se conservaban sus raíces, dejando expuesto el interior de las viviendas. Todas eran iguales: una estructura ennegrecida y sin ventanas que apenas se sostenía en pie. Sin tejado y casi sin paredes, podían verse las habitaciones, llenas de enseres destrozados y calcinados. Tan solo quedaba un frágil armazón de puntales quemados y mojados por la nieve derretida.

En todas las avenidas había un coche o dos, todos en el mismo estado que

las casas.

Nos adentramos en el pueblo poco a poco, avanzando con cuidado de una calle a otra, todas bordeadas de edificios quemados y vacíos. No había cadáveres, o al menos no los vimos. Casi todo lo que encontramos estaba tan descompuesto que resultaba imposible de reconocer. Pasamos por delante de una oficina de correos. El buzón de la entrada era ahora un muñón oxidado de bordes cortantes. La tapa había salido volando y dentro solo quedaba un montón de ceniza; el correo que se había asado en el interior del horno rojo. La esquina de un sobre sobresalía entre la nieve, como si esperase a que alguien lo recogiera.

—Todo este tramo debió de incendiarse —supuso Grimes—. Desde Carlops. Tal vez ardiese durante días, o incluso semanas.

—Podemos olvidarnos de continuar en coche —se lamentó Harvey—. ¿Qué distancia diríais que hay?

—Sabemos que hubo un gran impacto en Northumberland —dijo Grimes—. Puede que se produjeran otras colisiones menos violentas en los alrededores. Si la tormenta ígnea llegó a esta zona, podría haber afectado a todo lo que hay al sur de aquí, hasta Carlisle.

Richard se detuvo.

—Eso queda a casi doscientos kilómetros de aquí —calculó.

Grimes se volvió hacia él y asintió.

—A poco más de cien —corrigió ella.

—Un momento —intervine—. ¿Está diciendo que no encontraremos nada de aquí a cien kilómetros? ¿Qué distancia llevamos recorrida hoy?

—Cinco kilómetros —informó Richard mordiéndose el labio. Consultó su reloj—. Y ya es más de mediodía.

—Es una caminata de más de una semana —deduje.

—No sabemos hasta dónde está así —recordó Grimes—. No sabemos nada

sobre el estado del país al sur de este punto. Puede que esté bien.

—Bueno, al norte ya sabemos lo que hay —comentó Bryce mientras sacaba el tabaco y el papel de liar.

Grimes nos miró de uno en uno.

—Si alguien prefiere regresar —sugirió—, este es el momento.

Bryce encendió el cigarrillo.

—Regresar ¿adónde? —preguntó, entornando los ojos para protegerse del humo. Miró al frente, señaló hacia el sur con un dedo y echó a andar.

—Continuemos, entonces —dijo Grimes.

Dejamos atrás el pueblo y apretamos el paso. Intenté no pensar en el tiempo ni en la distancia, en lo lejos que me encontraba de Beth y los niños, en si estarían a salvo, en si seguirían en el país o si habrían salido de él en barco. Intenté no pensar en que teníamos que buscar un coche con gasolina, en cómo lo arrancaríamos y en qué haríamos cuando se acabase el combustible. Intenté no pensar en la cuchillada de pánico y desesperanza que me retorció las entrañas a cada paso que daba. Intenté no pensar en el frío, ni en la comida, ni en el agua, ni en lo mucho que deseaba que las cosas fuesen de otro modo. Intenté no pensar en nada.

Caminamos durante dos horas antes de detenernos junto a un arroyo seco para comer unas galletas. No pasamos por ningún otro pueblo, y de las escasas granjas y cabañas solitarias que dejamos atrás solo quedaban los mismos armazones quemados que habíamos visto antes. La niebla se había levantado y contábamos con un campo de visión más amplio. Ambos lados del camino presentaban un paisaje idéntico, en el que hasta el último árbol y seto, hasta la última brizna de hierba, se habían desintegrado, dejando atrás una planicie ondulada y estéril de nieve cenicienta sin más referencias que la

de algún tocón aislado.

Al oscurecer empezó a nevar. En cuestión de minutos caminábamos a través de una ventisca, lo que nos obligó a refugiarnos en un redil de tres paredes que había en un campo cercano. Conseguimos encender una hoguera y cocinamos un poco de pasta mientras las cortinas de aguanieve nos asediaban desde fuera. Pasamos la noche acurrucados los unos contra los otros en un rincón, con las capuchas caladas hasta el fondo.

Dejó de nevar por la mañana y pudimos volver a la carretera. Caminamos durante todo el día sin hablar demasiado. Por la tarde doblamos un recodo que precedía a una larga recta. Dos o tres kilómetros más adelante se levantaba una colina. Solo divisamos una foresta cercana a la cima donde los árboles no parecían estar tan quemados.

—Pronto será noche cerrada —previno Grimes—. Tendremos que pensar dónde vamos a cobijarnos.

—En aquella arboleda —señaló Richard—. Podríamos probar suerte allí.

—Es mejor que nada —aprobó Grimes—. Tal vez haya leña lo bastante seca para encender la lumbre y...

Nos detuvimos en seco. Como si de una señal se tratase, una fina columna de humo comenzó a elevarse desde detrás de los árboles.

—¿Será la hoguera de un campamento? —pregunté.

—Debe de serlo —opinó Richard—. Acerquémonos a echar un vistazo.

Nos encaminamos hacia los árboles. Era casi de noche cuando llegamos a ellos, lo que nos permitió ver unas llamas que titilaban en lo alto de la pendiente.

Nos detuvimos a observar junto a la cuneta.

—¿Yuill y Henderson? —susurró Bryce.

Grimes negó con la cabeza.

—A estas alturas tienen que estar mucho más lejos —aseguró—. Además,

no veo el Land Rover ni hay huellas de neumáticos por la pendiente.

—Aun así —insistió Harvey—. Podrían ser ellos. ¿A quién más hemos visto circular por esta carretera?

Enseguida nos llegó el olor del humo y oímos el crepitar distante de las llamas. No percibimos ningún otro ruido ni ninguna voz, y tampoco observamos el menor movimiento, salvo el parpadeo del fuego ambarino contra la penumbra del crepúsculo.

Nos abrimos paso con cautela por la cuneta y a través del seto arrasado. Nos mantuvimos junto a la fila de árboles a medida que ascendíamos, evitando las acumulaciones de nieve y el espacio abierto del campo. Noté que el calor del fuego se intensificaba. Nos detuvimos instintivamente antes de llegar a la cima y nos ocultamos entre las sombras. Me agaché junto a Grimes. Seguíamos sin ver señales de vida. La soldado me dio un toque en el hombro y señaló algo más allá de los árboles. Levanté la vista y a través del humo divisé las ruinas de un edificio. Las sombras de las paredes de piedra se agitaban a la luz de la lumbre. En el suelo, una alfombra de escombros y pizarra. Subimos un trecho más, hasta que casi podíamos tocar el fuego. El calor que sentí en la cara y las manos hizo que de pronto deseara gatear hacia la hoguera y quedarme dormido junto a ella; hasta ese momento no fui consciente de lo agotado que estaba.

Nos miramos los unos a los otros mientras nos hacíamos la misma pregunta en silencio: «¿Es seguro?». Nadie tenía una respuesta, pero el calor del fuego era difícil de ignorar. Richard se acercó primero. Se levantó, cruzó el último tramo cubierto por un palmo de nieve y se detuvo al borde del círculo de luz anaranjada. Bryce y Grimes lo siguieron, y después Harvey y yo, hasta que los cinco nos distribuimos por el perímetro. La fogata era pequeña y escupía las chispas que brotaban de los delgados leños. Al otro lado de las llamas había una silla de jardín de plástico blanco. Uno de los

brazos estaba ennegrecido y retorcido. Detrás, más cerca de las sombras, vimos con mayor claridad las paredes de piedra del edificio. Antes era la cabaña de una pequeña granja. Al igual que todas las demás construcciones, estaba carbonizada, hasta el punto de que la mitad se había derrumbado por completo. La otra mitad, sin embargo, parecía sostenerse firme, al abrigo de los restos del tejado. Una ventana se mantenía encajada en su marco.

Nos calentamos alrededor del fuego durante cinco minutos, tal vez más, sin olvidarnos del edificio de piedra del otro lado, de la silla solitaria ni del hecho de que la hoguera llevaba poco tiempo encendida. No tengo ni idea de por qué nos quedamos allí tanto tiempo. Ni de por qué nos lo permitió.

Oí un clic. Al principio pensé que habría sido un chasquido del fuego, pero se había producido más allá. No era un ruido de madera, sino metálico. Grimes quiso levantar los brazos para indicarnos que nos apartásemos de la lumbre, pero era demasiado tarde.

—Quedaos donde estáis —nos ordenó alguien desde la oscuridad del otro lado del fuego. Era la voz de una muchacha, contenida pero libre de cualquier traza de miedo. De entre las sombras asomó un cañón largo apuntando hacia nosotros.

—No dispaes —dijo Grimes—. No vamos armados.

—Lo sé —contestó la muchacha. Se había ocultado a la perfección en la oscuridad, de forma que solo alcanzásemos a ver la punta sólida y firme de su escopeta. No cabía duda de que ya había aplicado aquella táctica con anterioridad—. Las manos sobre la cabeza —indicó, en vano, puesto que ya las teníamos de esa manera—. Y acercaos a la luz. —Dimos un paso hacia la hoguera—. Quedaos ahí. Ahora, uno a uno, tirad las mochilas. Tú. —Dirigió el cañón hacia Bryce—. Tú primero. Despacito. —Bryce titubeó, furioso—. Vamos, grandullón —le ordenó, la voz suavizada e insinuante. Al momento, Bryce dejó que la mochila se le escurriera de los hombros y cayese a sus pies

—. Bien hecho. Ahora dale una patada hacia delante y arrodíllate con las manos en la nuca. Ahora los demás...

—Por favor —pidió Grimes, y avanzó un paso mientras los demás nos quitábamos la mochila poco a poco—. No queremos problemas.

El cañón rotó hacia la soldado a la vez que una silueta menuda y extraña se acercaba a la luz de la lumbre. Vestía un abrigo de lana negra y gruesa que le llegaba casi hasta los pies. Lo llevaba bien remangado para poder mover sin estorbos las manitas enguantadas. El interior del abrigo estaba acolchado con mantas y jerséis que sobresalían por todas las aberturas. Iba tocada con un gorro tosco de lana que encajaría mejor en el vestuario de un obrero, y se abrigaba la mitad inferior de la cara con una bufanda roja. Solo le veíamos los ojos, castaño oscuro y más propios de alguien mayor que ella.

—Demasiado tarde para eso —dijo acercando el cañón un poco más a Grimes—. Ahora callaos y haced lo que os digo.

Grimes retrocedió, tiró la mochila y la empujó con el pie para colocarla junto a las otras.

—De rodillas —ordenó, señalándole los pies con el cañón.

La soldado se arrodilló y entrelazó las manos detrás de la cabeza muy despacio.

La joven rodeó la fogata con cautela hasta que llegó junto a Bryce. Le dio una patada a su mochila.

—¿De viaje? —preguntó.

—Ajá —afirmó Bryce—. Habíamos salido de excursión ahora que hace buen tiempo.

—Ah, qué gracioso. —Empujó la mochila con el pie—. Ábrela. Despacio.

Bryce retiró la cubierta del macuto y desanudó el cordón. Varios paquetes de fideos deshidratados cayeron al suelo.

—Bien. ¿Qué más llevas ahí?

—Más de lo mismo —respondió Richard.

—No estaba hablando contigo —dijo la joven, que orientó el cañón hacia él, y enseguida de nuevo hacia Bryce—. ¿Qué más?

Bryce le sonrió.

—Más de lo mismo —repitió.

—Sácalo.

—Cariño, acabamos de conocernos —se burló Bryce, sonriendo todavía con los brazos extendidos.

La chica inclinó la escopeta y le asestó un culatazo en la frente. Bryce cayó de espaldas sin hacer ruido. Gruñó y se retorció en la nieve, y le vi patear bajo la luz de la hoguera.

—J... ¡Joder! —renegó cuando volvió a ponerse de rodillas. Se apretaba la frente con una mano. De debajo del guante escapaba un hilo de sangre que se le escurría por la mejilla.

La muchacha se acercó a él y volvió a apuntarle a la cabeza con el arma.

—Una broma más y estás muerto —le advirtió—. Ahora vacía la mochila.

Bryce no dijo nada; se limitó a mirar el cañón mientras se presionaba la frente y resollaba con los dientes apretados. La muchacha acercó la escopeta aún más a su cabeza.

—Despacio —insistió.

Bryce empezó a sacar el agua, las latas y los paquetes de la mochila con la mano libre.

La joven retrocedió, satisfecha.

—Parecen mochilas del ejército. Pero vosotros no parecéis militares. —Se fijó en nuestras caras—. No todos, al menos.

—No lo somos —dije—. Solo...

—No era una pregunta —me interrumpió, mirándome de soslayo y sin dejar de apuntar a Bryce. Este terminó de sacar los suministros que llevaba en

la mochila y se sentó en el suelo para mirarse la mano ensangrentada—. Más atrás —exhortó dando un paso hacia Bryce, que se apartó un poco más del fuego.

La chica se retiró la bufanda que le cubría la boca. Era incluso más joven de lo que me había parecido, tal vez no tuviera ni veinte años. Aunque la tez pálida le daba un aspecto macilento, conservaba los labios rojos y carnosos y los ojos redondos de una muchacha atractiva. Unos rizos rubios se descolgaban del gorro de obrero para enmarcar su mentón y rodear su largo cuello. La juventud seguía haciendo cuanto estaba en su mano, a pesar de todo.

Nos miró uno a uno y se arrodilló con la escopeta orientada hacia el cielo para inspeccionar el contenido de la mochila de Bryce. No dejaba de llevar los ojos de la comida a nosotros, cerciorándose de que siguiéramos en nuestro sitio.

—Así que de excursión —dijo—. ¿Adónde ibais?

«Ibais.» Tiempo pasado. Noté que la pregunta también había alarmado a Grimes y a Richard.

—Al sur —contestó este último—. A Cornualles.

La chica resopló por la nariz mientras examinaba un paquete de leche en polvo.

—¿Los barcos? —supuso.

—Sí —confirmó Grimes—. ¿Sabes algo de eso?

La chica estiró los labios en un gesto que no se asemejaba en absoluto a una sonrisa. Unos dientes grandes y blancos destellaron por la abertura de la carne grana.

—Sí —afirmó, dejando que el paquete cayera sobre el montón—. Algo sé.

—¿Qué sabes? —le preguntó Richard—. Por favor, cuéntanoslo. Tengo un hijo.

Se giró hacia Richard al oírle decir esto, entre compadecida e inquieta. Richard pareció darse cuenta y me miró a mí.

—Mi familia —le dije—. También está en Cornualles. Mi hija, mi hijo... Por favor, necesitamos llegar allí. Estamos buscando un coche, quédate la comida pero...

—Me la quedaré, gracias —me aseguró mientras volvía a levantarse y apuntaba a Bryce de nuevo.

—Por favor, déjanos marchar —le rogó Richard.

—Vale —dijo la chica, ignorándolo—. Daos media vuelta, seguid de rodillas.

—No —se opuso Richard.

Sentí un vacío en el estómago. Creo que me doblé hacia delante y que hice algún ruido. Vi que Bryce la miraba con ojos feroces, meneando su cabeza inmensa en la penumbra.

—No —repitió Richard, que intentó ponerse de pie—. No tienes por qué hacerlo, deja que nos...

—¡Abajo! —exigió la chica.

Richard volvió a dejarse caer de rodillas.

—Por favor —pidió Grimes—. Baja la escopeta. Solo queremos seguir nuestro camino.

—¡Todos de rodillas! —gritó.

Se acercó un poco más a nosotros y describió un arco con el arma ante nuestras caras. Me estremecí cuando impactó contra la mía. Quise decir algo y oí que también Richard intentaba protestar, pero en ese momento se oyó algo más, una voz que procedía del interior de la cabaña. La muchacha se quedó helada y miró hacia atrás de soslayo antes de volverse otra vez hacia nosotros. Sus ojos centellearon a la luz de las llamas. Miedo.

—¡Abajo! —nos ordenó—. ¡Daos la vuelta! ¡Seguid arro...!

Una vez más, ese sonido. Humano. Sin palabras, un simple gorjeo, agudo, quedo, trémulo.

La joven se detuvo y miró atrás de nuevo, ahora durante más tiempo. Fuera cual fuese el origen del ruido, le era imposible ignorarlo. La llamaba, llegaba a lo más profundo de su ser. Cuando volvió a girarse ya no se apreciaba en su rostro ninguna señal de calma o de control. Estaba casi de cuclillas y respiraba aceleradamente mientras nos apuntaba con la escopeta.

—¡Daos la vuelta! —repitió—. ¡Ahora! —De nuevo, echó la vista atrás.

Bryce y yo nos miramos.

—¿Qué ha sido ese ruido? —le preguntó en voz baja.

—¿Qué?

—Ese ruido —presionó Bryce—. ¿Qué ha sido?

Volvimos a oírlo, más alto, sostenido y ahora inconfundible; un gemido penetrante seguido de un lamento y un balbuceo. El llanto de un bebé.

—O, mejor dicho, quién ha sido —corrigió Bryce, que miró a la chica de arriba abajo mientras ella caminaba en círculos delante de nosotros.

Bryce pareció prepararse. Vi que Richard hacía lo mismo, separando las manos de la nuca de forma casi imperceptible. Deduje su plan y me dispuse a apoyarlos.

De pronto el llanto estalló en un chillido desatado. Las rodillas de la chica se doblaron un poco y el cañón de la escopeta descendió mientras giraba el cuerpo. Esta vez Bryce se abalanzó sobre ella.

—¡No! —gritó la joven al volverse, levantando la escopeta hacia la masa de pelo y carne que se le echaba encima.

Bryce tuvo el tiempo justo para darle un manotazo al cañón, cuyo disparo se perdió en el cielo mientras él descargaba todo su peso sobre ella. Richard, Grimes y yo lo seguimos hasta que la chica quedó gritando y lanzando patadas debajo de nosotros.

El tiro resonó en la cumbre oscura mientras forcejeábamos para soltar la escopeta de las manos nervudas de la muchacha. Se la apretó contra el pecho, la boca del cañón peligrosamente pegada al cráneo. Yo estaba seguro de que el arma se dispararía y desparramaría el contenido de su pequeña cabeza sobre las llamas. Richard y Grimes la obligaron a que dejase de dar patadas al tiempo que Bryce le oprimía los hombros y Harvey intentaba apaciguarla.

—Tranquila, muchacha, tranquila, cálmate, no queremos hacerte daño.

Intenté apartar sus dedos del metal. En un momento dado, la mano se me quedó atrapada entre el cañón y su cuerpo. Bajo las capas de ropa sentí el calor de un pecho hinchado y presionado contra mi muñeca, la tela mojada por la leche que rezumaba.

Mientras tanto, la criatura seguía proyectando su llanto desde la cabaña fría y oscura.

—Por favor —sollozó la chica. Tenía los ojos cerrados con fuerza—. Dejadme ir, mi hija, mi hija, está enferma, mi hija...

Cuando conseguí liberar la mano, la escopeta salió con ella. Caí de espaldas sobre la nieve mientras la chica se quitaba de encima a los demás y trastabillaba alrededor de la hoguera para regresar a la cabaña. Grimes me quitó el arma al instante y apuntó en la dirección por donde la joven había salido corriendo. Se apartó del fuego.

—Aléjense de la luz —nos indicó—. Podría tener otra escopeta.

Nos ocultamos en la oscuridad y aguardamos. Oímos que el llanto del bebé se aquietaba hasta que cesó por completo. Seguidamente, unos pasos que se acercaban por la nieve. La chica reapareció junto a la hoguera con el bebé colgado de su cuello en un chal marrón, succionando de uno de sus pechos. Miró a su alrededor para buscarnos, parpadeando a fin de ver mejor en la negrura. Parecía avergonzada, colérica, temerosa. Al ver a Grimes con la escopeta, su cara se relajó en un gesto de resignación. Bajó la mirada hasta su

hija; volvía a ser una niña.

—No tengo otra escopeta —dijo a media voz—. No voy armada. Lo prometo. —Un instante después repitió, casi a modo de súplica infantil—: Lo prometo.

Grimes volvió a dejarse alcanzar por la luz y bajó el arma.

—No hemos venido a hacerte daño.

—Lo sé —dijo la joven sin dejar de mirar al bebé que succionaba su pecho—. Ya lo sé.

Empezó a tararear una melodía improvisada y vacilante.

—Voy a bajar la escopeta —anunció Grimes; alejó con cuidado del fuego una de las mochilas y apoyó el cañón sobre ella—. Así.

Grimes nos miró y nos indicó con la mano que nos acercásemos. Caminamos despacio hacia el resplandor de la fogata y nos quedamos de pie frente a ella, al otro lado de las llamas. Harvey dio unos pasos más hasta que se detuvo a una distancia prudente de la chica.

—Me llamo Harvey —le dijo.

La muchacha miró al anciano.

—¿Cómo te llamas, cielo?

—Gloria —respondió.

Harvey asintió y le sonrió, un destello en los ojos, para después mirar al bebé que se estaba quedando dormido sobre el pezón.

—Precioso —susurró él—. ¿Te importa? —Estiró un brazo con cuidado. La chica se apartó recelosa, pero al ver que Harvey también se retiraba, tomó aire y se acercó a él, ofreciéndole la cabeza de la criatura. Harvey se la acarició dos veces.

—Y esta es Sofia —dijo ella.

—Odio ser descortés —intervino Bryce desde las sombras—, pero me estoy desangrando por la puta cabeza.

La voz fría

Richard y yo le vendamos la cabeza a Bryce lo mejor que pudimos. Seguramente necesitaba que le cosiéramos la herida, pero no disponíamos de material de sutura. Cuando terminamos, Bryce se reclinó sobre su mochila y fumó en silencio, la mirada perdida entre las llamas. No estaba acostumbrado a que una madre adolescente le abriera la cabeza.

Mientras lo atendíamos, Harvey y Grimes llevaron a Gloria de regreso a la cabaña. Supuse que intentaban convencerla de que no suponíamos ninguna amenaza, pero yo estaba seguro de que la chica ya lo tenía claro. Me preocupaba más lo que pudiera ocurrir si en algún momento recuperaba la escopeta.

Más tarde, Grimes tomó a Gloria del brazo y la llevó otra vez junto al fuego. Había desmontado de su chaqueta la capucha forrada de piel para dársela a ella. El bebé seguía durmiendo en el chal, ahora bien envuelto en una manta limpia. Harvey las seguía, cargado con dos cazuelas y una sartén que había sacado de la cocina. Colocó las cazuelas llenas de agua sobre la sartén y lo puso todo encima del fuego. Se entretuvo manipulando los paquetes de la mochila de Bryce mientras el agua se calentaba poco a poco.

—¿Seguro que no necesita protección? —le preguntó Grimes mientras lo rodeaba por detrás para sentarse junto a la hoguera.

Bryce la ignoró y proyectó una larga serpiente de humo hacia las chispas.

—¿Hubo más supervivientes aquí? —pregunté.

—¿Aquí? —repitió ella, y meneó la cabeza despacio—. No.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó, mirándome de soslayo.

—Tus padres, tu familia... —tartamudeé.

La joven puso los ojos en blanco lentamente y sofocó una sonrisa a la vez que resoplaba por la nariz.

—No soy de aquí —explicó. Acercó su cara a la de su hija—. No somos chicas de campo, ¿verdad que no, cariño?

—¿De dónde eres, entonces? —quiso saber Richard.

—De Glasgow. De un barrio de viviendas de protección oficial en Easterhouse.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Grimes—. ¿Dónde está el padre de Sofia?

Los ojos de Gloria brillaron como si no hubiera pensado en eso hasta entonces. Después pareció recordar algo de pronto y miró a Richard con el ceño fruncido.

—Caminando —contestó—. ¿Has perdido a tu hijo?

—No lo he perdido —le aclaró Richard—. Él ya ha llegado al sur, a Cornualles.

—¿Viajaba solo? —inquirió Gloria.

—No. Lo rescataron. Salió en helicóptero.

Gloria asintió despacio.

—Sí. Los vi. ¿Y por qué no te marchaste con él?

—No estaba allí en el momento del rescate.

Gloria hizo una mueca, como si la respuesta de Richard no tuviera ningún sentido.

—¿Que no estabas allí? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde estabas?

—Estaba... —Se interrumpió, me miró y se corrigió—. Estábamos en la ciudad, buscando...

—Pero ¿por qué lo dejaste? ¿Por qué lo dejaste solo? Es tu hijo. —Se

volvió hacia mí—. ¿Y tú? Tu familia. ¿Por qué no estabas con ella?

Nos miró alternativamente a Richard y a mí como si fuésemos escoria.

—Estábamos... —comencé—. Quiero decir, no es que nos...

Gloria resopló asqueada por la nariz y miró a su niña.

—Yo no me separaré nunca de Sofía —aseguró—. Estaremos siempre juntas. No le quitaré el ojo de encima en ningún momento. Tienes que cuidar de tus hijos. Es lo que hacían mis padres. De no ser por ellos, yo estaría muerta.

—Debías de estar embarazada cuando ocurrió —calculó Grimes.

Gloria asintió.

—De seis meses —confirmó.

—¿Y viniste caminando hasta aquí? ¿Tú sola?

La chica miró en todas direcciones, como si buscara algo.

—No sabía adónde me dirigía. Tan solo empecé a andar para alejarme del agua. Intenté seguir las carreteras, pero me costaba ver.

—¿El agua? —repitió la soldado. Durante la sesión informativa que convocaron en el cuartel sugirió que un tsunami podría haber anegado la costa oeste.

—Había llegado a todas partes —explicó Gloria—. Incluso cuando salí de Glasgow, el paisaje parecía el de un pantano en el que no crecía nada, ni siquiera la hierba. No había más que lodo y piedras. Llegué a unas colinas y me detuve a descansar en la cima de una de ellas para ver qué distancia había recorrido. La tierra estaba encharcada hasta donde alcanzaba la vista, pero al otro lado de la colina el terreno estaba más seco. También estaba más oscuro, y entonces recordé lo que mi padre me enseñó sobre el amanecer y el anochecer. El sol escala por el este porque «escala» empieza por «E». Se oculta por el oeste porque «oculta» empieza por «O». Así que supe que la parte más oscura era el este, y hacia allí me encaminé.

Gloria se permitió un asomo de sonrisa, satisfecha de sí misma, como una niña que hubiera respondido bien a una pregunta en la escuela.

—¿Y dónde está tu padre ahora? —se aventuró Grimes.

Gloria parpadeó.

—En el cobertizo de los contenedores. Allí es adonde mi padre nos llevó a mi madre y a mí cuando ocurrió. Mi padre era un hombre muy inteligente. Todo el mundo salió por piernas, gritando, pero él nos buscó un refugio. Tuve que marcharme por culpa del tufo. No creo que me lo tuvieran en cuenta.

De pronto el bebé se estremeció y articuló un gemido. Gloria se encorvó instintivamente sobre su hija y la arrulló para que volviera a dormirse. Nos miró.

—Al principio no sabía si se encontraba bien —continuó—. Pensé que podría estar... No sentía nada, ¿sabéis? Me puse a dar vueltas por la ciudad en busca de algún conocido, pero me perdí. Todo era distinto. No quedaba casi ningún edificio, todo era cielo, pero lleno de nubes negras. Me alegré de que estuviera oscuro. Había un montón de cosas flotando en el agua a las que sabía que era mejor no mirar. Después llegué a una calle en la que todavía quedaban algunos pisos, viviendas, ya sabéis, con escaleras. Uno de ellos parecía que estaba bien, que era seguro, aunque le faltase la parte de arriba. Me metí en una habitación que conservaba la mayor parte del techo, aunque ya no tenía pared frontal, así que podía contemplar la ciudad. Encontré una cortina antigua, me envolví en ella y me tumbé en el sofá. Me quedé allí tendida mirando hacia fuera hasta que me dormí. Era muy extraño, tanta agua por todas partes en lugar de carreteras y edificios, tan solo montones de piedras, y aquellos pequeños fuegos anaranjados. No sé si serían personas o qué.

—La comida está lista —anunció Harvey.

Llenó un cuenco para cada uno y los repartió. Gloria agarró el suyo con ansia y vertió el contenido directamente en su boca con la mano libre. La miramos mientras sorbía ruidosamente el caldo hirviendo y engullía la pasta sin masticar. Cuando hubo terminado, recogió los fideos que se había derramado en la cara, el cuello y el pelo y se los lanzó a la boca. Por último, lamió el cuenco y lo dejó caer ante sí.

—¿Quieres un poco más, cielo? —le preguntó Harvey mientras recogía el cuenco. Gloria afirmó con la cabeza y se lo relleno. Esta vez comió más despacio.

—¿Encontraste a alguien? —quiso saber Grimes.

El semblante de Gloria se ensombreció y cerró la boca. Dejó el cuenco a sus pies.

—A uno. Intentó pillarme en un supermercado.

—¿Intentó? —se extrañó Bryce.

—Casi había desistido, seguía sin sentir nada en la tripa. Me aplastó contra un estante, me agarró de las bragas. Sentí que me mareaba, como si estuviera flotando. El tipo olía como a perros.

Gloria arrugó la nariz.

—¿Qué sucedió? —indagué.

De pronto el rostro se le iluminó de alegría.

—Sentí una patada —explicó con una sonrisa radiante—. Un señor patadón. Fue como si me hubieran echado un cubo de agua fría encima. Abrí los ojos y de repente estaba hecha una furia. Despierta y furiosa. Dicen que lo ves todo rojo cuando te cabreas de verdad, y es cierto, empecé a ver rojo en la oscuridad, como si lloviera sangre por todas partes. De alguna manera, además, lo veía todo más claro, como si por fin hubiera enfocado la vista. Miré hacia arriba y vi una pila de esas sartenes enormes que usan en los restaurantes. Liberé un brazo y agarré una. El tipo gruñó y levantó la cabeza

en el momento justo para que se la estampase en la frente. Me impulsé hacia delante e hice un ruido que no sabía que pudiera hacer, como el de un lobo o algo así. Salté sobre él y empecé a aporrearle con la sartén hasta que el tipo cayó al agua conmigo encima. No dejaba de forcejear, intentando quitarse la sartén de la cara para levantarse, pero volví a arrearle con ella, de tal forma que le dejé la cara tapada, y entonces me puse de rodillas sobre la sartén. El borde le oprimía el cuello. Me sentí genial, como si me hirviera la sangre. Empecé a gritarle y apoyé todo mi peso sobre la sartén. El tipo comenzó a patear al aire, intentando agarrarme con las manos mientras su panza chapoteaba en el agua. Y durante todo ese tiempo oía una especie de gorgoteo que procedía de debajo de la sartén, cada vez más estridente, hasta que se convirtió en un mero graznido. No sabía que los hombres pudieran afilar tanto la voz. Por último, sentí que algo se partía por debajo de la sartén y el tipo se quedó inmóvil.

»Me quedé un rato allí arrodillada, todavía gritando y escupiéndole, aunque ya no se moviera. Después me bajé y me puse de pie. Noté que Sofia seguía dando patadas, una tras otra, como si también ella quisiera participar en la paliza. Me hizo reír. Me quedé allí plantada, riéndome y aguantándome la barriga mientras la sartén se alejaba flotando por el pasillo.

Miré a los demás. La hoguera proyectaba una sombra de incredulidad sobre todos ellos.

—Joder —dijo Bryce en voz baja. Se tocó la cabeza—. Ahora esto no me parece tan grave. —Se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó Gloria.

—A mear —gruñó él, y se dirigió a la cabaña.

—No vayas detrás de la casa —le advirtió—. No es seguro.

Bryce se detuvo, gruñó otra vez y cambió de dirección. Oímos una cremallera y un chorro que bañaba un árbol durante un buen rato.

—En ese momento entendí dos cosas —prosiguió la joven—. La primera es que podía sobrevivir. Podía cuidar de mí y de Sofia, siempre que nos mantuviésemos juntas. La segunda es que no podía quedarme en Glasgow. Tenía que buscar algún lugar seguro. Encontré un par de mochilas en un estante del supermercado y las llené con toda la comida que pude. Después me marché. No sé cuántos días pasé caminando, pero una tarde di con este sitio. Había unas cuantas ovejas muertas en el campo, nada más que huesos. Cuando vi la puerta abierta de par en par, di una voz, pero no obtuve respuesta, así que decidí entrar. No había nadie. Una de las puertas estaba fuera de sus goznes y las demás, completamente abiertas. Había cosas dondequiera que mirases, ropa y objetos desparramados por todas partes. Encontré una cama en la parte trasera de la casa con las colchas retiradas. Yo estaba agotada y el olor de la cama me recordó un poco a mi madre, de modo que me metí en ella y me dormí. No sé cuánto tiempo pasé durmiendo, puede que un día entero o dos.

»Al despertar, me moría de hambre. Todavía me quedaba algo de la comida que cogí del supermercado, pero cuando eché un vistazo en la cocina encontré una despensa con unos pocos paquetes y latas. Ya con el estómago lleno, inspeccioné la parte de fuera. La puerta del granero se había caído. Había dos cadáveres debajo, creo que eran de un hombre y de una mujer. Supongo que eran bastante mayores, pero la verdad es que no lo sé, había pasado mucho tiempo. La cabeza y los hombros les asomaban por debajo de la puerta y estaban boca abajo sobre la tierra, aunque mirándose el uno al otro. El hombre tenía una escopeta en la mano. —Le hizo un gesto con la cabeza a Grimes—. Esa. No los miré mucho más tiempo porque me recordaban a mis padres, así que cogí la escopeta, busqué una pala y empecé a echarles tierra por encima hasta que quedaron sepultados del todo. —Le besó y le acarició la cabeza al bebé. Bryce regresó con un poco más de leña,

que dejó caer sobre las llamas. Se sentó y empezó a fumar—. Decidí quedarme. Sabía que pronto empezaría a hacer frío, y necesitaría un lugar seguro para tener a Sofía. Desde aquí arriba se puede ver a gran distancia, y no hay mucho más en varios kilómetros a la redonda. Tenía cobijo, comida y había encontrado un arroyo que cruzaba la arboleda. De ahí es de donde saco el agua. Siempre la hiervo por si baja sucia.

—Y entonces, ¿para qué el fuego? —preguntó Bryce.

Gloria lo miró. Una sombra cruzó de pronto su rostro, la niña oculta de nuevo.

—Se me acabó la comida —confesó—. No quedaba nada de lo que cogí del supermercado, ni en la despensa. Estaba embarazada y no tenía qué llevarme a la boca. Empecé a comer corteza, madera, piñas, barro... Me ponía enferma cada dos por tres, me pasaba casi todo el día en la cama. Una tarde salí para recoger agua del arroyo. Me sentía como si me fuese a morir, y entonces vi algo en la carretera. Vi a un tipo que venía caminando. Era la primera persona viva que veía desde lo del supermercado. Estaba a punto de ponerme a hacer aspavientos y a dar voces, pero algo me detuvo. Sentí que algo me hablaba, algo dentro de mí que no era yo. A veces pienso que era Sofía. No sé explicarlo muy bien, pero me dijo una cosa: «No, no hagas señales. Enciende una hoguera».

»No sabía si el hombre venía en son de paz o no, ni si traía comida o no. Pero no tenía nada que perder. La voz que oía dentro de mi cabeza me insistía: «Enciende una hoguera». Así que eso hice. Encendí una hoguera donde el hombre pudiera verla y esperé, hasta que finalmente subió aquí. — Nos miró uno a uno, de nuevo el semblante ensombrecido—. Igual que hicisteis vosotros. —Tras una pausa, prosiguió—. No venía en son de paz. Pero sí que traía comida. Durante dos semanas pude alimentarme de lo que llevaba encima. Después, empecé a pasar los días preparando hogueras y

vigilando el camino. De vez en cuando recibía alguna visita. Unas eran amigables y otras no, pero siempre dejaban algo útil.

Durante unos momentos nadie dijo nada. Yo prefería no hacer preguntas. Me bastaba con que la escopeta estuviese donde estaba.

—Y Sofia —preguntó Grimes—, ¿cuándo nació?

—Hace tres semanas —dijo Gloria—. Extravió la vista entre las llamas y un leve gruñido de resentimiento le retorció el labio—. Este es el primer fuego que enciendo desde entonces.

—¿Cómo sabes lo de los barcos? —se interesó Richard.

—Algunos de los visitantes me hablaron de ellos —respondió la chica. Hablaba como si «los visitantes» fuesen cordiales viajeros que buscasen un sitio donde hacer noche, aunque tal vez en algunos casos sí que fuera ese su propósito. Volvió a mirarnos, todavía con los ojos llenos de desdén—. Debe de doler, ¿no?

—¿A qué te refieres? —preguntó Richard.

—El no tenerlos cerca. —Se expresaba con impaciencia, enfatizando cada palabra como si le estuviera explicando algo a un niño—. Debe de doler.

Richard y yo nos miramos con incertidumbre, sin saber muy bien hasta dónde debíamos llevar la conversación. Gloria ya estaba bastante nerviosa.

—Sí —le aseguré—. Por supuesto. Por eso estamos intentando reunirnos con ellos.

Gloria sorbió por la nariz con determinación, como si al menos eso la hubiera satisfecho.

—Tu hija estará molesta —dijo con los ojos clavados en mí—. Estará llorando, triste, preguntándose por qué su papá no está con ella.

Hice una mueca. Las palabras me pincharon como alfileres.

—¿Qué te contaron... los visitantes? —intervino Grimes.

—¿Qué? —se extrañó Gloria.

—Las personas que te hablaron de los barcos. ¿Qué te dijeron? ¿Quiénes eran?

—Una pareja. Un matrimonio, creo. Dijeron que había unos barcos listos para llevarse a la población a otro país donde las cosas no estaban tan mal. Me dijeron que pensaban regresar a la civilización y que yo debería acompañarlos para que tuviera a Sofia en un lugar seguro, donde pudiera atenderme un médico. —Resopló por la nariz—. ¿Para qué quiero yo la civilización? Aquí tenemos todo lo que necesitamos, ¿a que sí, cariño?

Acercó su cara a la del bebé dormido para arrullarlo.

—¿Qué más te contaron? —investigó Richard, que se había sentado con el cuerpo inclinado hacia el fuego.

Gloria se encogió de hombros.

—Poco más. Que zarpan el día de Navidad.

—¿El día de Navidad? —se alarmó Richard. Nos miró a los demás—. Solo faltan tres semanas.

—¿Gloria? —dijo Grimes.

—¿Sí? —canturreó la joven, de nuevo la expresión limpia de sombras.

—Necesitamos llegar a esos barcos. Vamos a pasar aquí esta noche y nos marcharemos mañana al amanecer. Necesitamos un vehículo. ¿Hay alguno en la granja? ¿Sabes de algún lugar cercano donde pudiera haber uno?

—¿Un vehículo? —repitió Gloria—. ¿Quiere decir como un coche?

—Sí —asintió la soldado—. Un coche, un camión, cualquier cosa que funcione con un motor.

—Hmmm... —Gloria levantó la vista hacia el cielo como si estuviera analizando un problema—. Puede que haya uno —dijo—. Hay un sitio cerca de aquí, al otro lado de la colina.

—¿Vive alguien allí? —le preguntó Grimes.

—Sí, una familia. He visto que allí hay una camioneta. Aunque no sé si

funciona, nunca los he visto conducirla. —Bostezó—. Tengo sueño. Creo que nosotras nos vamos a la cama.

—Gloria —dijo Richard—. Es importante. ¿De qué los conoces?

—¿A los Hamilton? —preguntó reprimiendo otro bostezo—. Los Hamilton y yo tenemos un acuerdo. Ellos no se cruzan en mi camino ni yo en el de ellos.

—Bien, tenemos que hablar con ellos —decidió Richard—. Tenemos que preguntarles si nos prestarían su camioneta. ¿Son amigables?

—¿Amigables? —repitió Gloria mientras se levantaba. Pareció darle vueltas a la palabra como si encerrase un significado extraño.

—¿Crees que estarían dispuestos a hacer un trato? —insistió Richard.

—No lo sé —admitió Gloria mientras se encaminaba hacia la cabaña—. Tendréis que arriesgaros. —Sin más, desapareció con su hija en la oscuridad.

Aquella noche montamos guardia, más que nada por si a Gloria se le ocurría intentar recuperar la escopeta. En la arboleda encontramos más leños con los que mantener encendida la hoguera. Yo hice el primer turno. Con la mirada fija en las llamas recordé los embarazos de Beth con Alice y Arthur, los nacimientos y los difíciles meses posteriores. Nuestra experiencia no se parecía en absoluto a lo que Gloria había vivido, así que ¿por qué se nos había hecho tan dura? ¿Por qué el proceso de traer una vida al mundo, aun en una cómoda burbuja de clase media, con atención médica y con una relativa seguridad, resultaba tan estresante? ¿Por qué exigía tanto de uno? ¿Por qué seguía perpetuándose y haciendo pasar por lo mismo a las sucesivas generaciones, una y otra vez? ¿Por qué la vida se tomaba tantas molestias?

Gloria había hablado de eso que oía en su interior, de cómo la voz fría de algo que no era ella tomaba el control y le transmitía su fuerza y su voluntad cuando a ella se le agotaban. Una vez leí que no somos más que un vehículo del que nuestros genes se sirven para propagarse, meros huéspedes de un

parásito con un plan mucho más trascendente que cualquiera de los nuestros. Tal vez fuese verdad.

Richard me despertó por la mañana con un apretón en el hombro y dejó una taza de té negro en el suelo, junto a mí.

—Saldremos pronto —anunció, y se arrodilló para preparar su mochila.

Harvey estaba limpiando los platos en la nieve. Al verme, me saludó con la cabeza y siguió frotando con un trapo los recovecos de una cacerola ennegrecida. Me incorporé, me quité la manta de encima y estiré la espalda. Bryce estaba frente a mí, quieto y erguido como una torre sobre las ascuas de la hoguera, fumando. El vendaje que llevaba alrededor de la cabeza estaba hecho jirones y teñido de granate.

—¿Has tenido dulces sueños? —Sonrió.

—¿Dónde está Grimes? —pregunté mientras me frotaba la cara.

—Dentro, con Ricitos de Oro —respondió—. Examinándola.

—¿Y la escopeta?

Richard la levantó para que la viera y continuó organizando su macuto. Me incorporé, me estiré un poco más y miré alrededor. Gloria decía la verdad: no había nada en varios kilómetros a la redonda.

—Tres semanas —lamenté—. Ochocientos kilómetros en tres semanas, y ni siquiera sabemos qué nos encontraremos por el camino. —Bryce contrajo la cara con una sonrisa y asintió, balanceándose sobre los dedos de los pies y expulsando el humo por la nariz. Me giré hacia Richard—. ¿Cómo vamos a conseguir esa camioneta? —le pregunté—. ¿Qué podemos darles a cambio?

—Si llevan cuatro meses sin utilizarla, no creo que vayan a hacerlo ahora, ¿no? Tenemos comida. Puede que la acepten. Si no...

Miró a Bryce.

—Si no, ¿qué? —dije.

—Se la quitamos —resolvió Bryce—. De todas formas, como dice Dick,

no es muy probable que vayan a usarla ahora.

—Puede que sea porque no les queda combustible —teoricé—. En ese caso, ¿qué?

—En ese caso, seguiremos como antes —se resignó Richard.

—Jodidos, quieres decir —precisé.

Richard me miró fijamente mientras terminaba de guardar sus pertenencias en la mochila y la cerraba.

—Tengo que mear —dije.

Tiré el té sobre las ascuas y me encaminé hacia la cabaña. Oí a Grimes y a Gloria hablando en el interior y rodeé la parte de atrás en dirección a las instalaciones de la granja. Al llegar al patio me detuve y vi el granero quemado y la puerta caída junto a un montón de tierra. Lo dejé atrás y rodeé la parte posterior de otro edificio de piedra que parecía hallarse en un permanente estado de ruina. Bordeé la pared caminando por el lodo hasta que llegué al final, donde me detuve y me bajé la bragueta.

Mientras me aliviaba, vi algo por el rabillo del ojo. La colina de mi izquierda bajaba hasta una carretera que corría paralela a aquella por la que habíamos llegado el día anterior. La loma era escarpada y estaba cubierta por una capa de nieve en la que solo destacaba algún que otro parche de barro, pero un poco más abajo divisé algo que sobresalía. Parecía un palo o una rama. Me subí la bragueta y empecé a descender hacia allí con cuidado. A medida que me aproximaba, vi más ramas que sobresalían de la nieve. Algunas parecían estar rotas, sus finas puntas inclinadas en ángulo recto.

Unas tímidas dudas comenzaron a surgir en mi cabeza mientras descendía. Mi cerebro no permitía que terminaran de manifestarse, pero estaban allí de todas maneras.

«¿Qué les ocurrió a las visitas de Gloria? ¿Qué les hizo?»

Me detuve trastabillando. Me encontraba lo bastante cerca para ver mejor.

No eran ramas; eran extremidades. Extremidades humanas que sobresalían de una pila de cadáveres sepultados bajo un manto de nieve y tierra. Durante unos instantes me quedé helado, desesperado por dar media vuelta y regresar, pero incapaz de moverme, y en ese momento las dudas espeluznantes se despejaron de golpe.

«Aquí están. Las visitas de Gloria. Esto es lo que les hizo. Esto es lo que la vida hizo que Gloria les hiciese.»

Finalmente logré darme la vuelta y subí la pendiente. Cuando llegué a lo alto, doblé la esquina y me topé de frente con Gloria en el patio. Sofía, que estaba despierta y erguida, iba sujeta a su pecho y miraba en todas direcciones con los ojos como platos. Gloria me escrutó meneando la cabeza.

—Os dije que no era seguro ir ahí detrás —me recordó, el gesto sombrío y grave.

La miré durante unos instantes, preparándome, convencido de que bajo la chaqueta ocultaba algún arma que emplearía para descuartizarme y tirarme al foso que quedaba a mis espaldas junto con las otras visitas. Pero después relajó la expresión y bajó la vista hasta sus pies. Dio un paso hacia su izquierda y me dejó continuar.

—Tenemos que marcharnos —dije en cuanto regresé a la hoguera. Recogí mi mochila y me la eché a la espalda—. Tenemos que marcharnos ya.

Cerdos

Sabíamos que la escopeta de Gloria nos habría sido de utilidad, pero a pesar de todo no nos parecía bien llevárnosla. Quizá hubiéramos actuado de otro modo de no haber sido por Sofia. El bebé necesitaba que lo protegiesen, solo tenía a su madre, y lo único que tenía su madre era esa escopeta. No servía de nada pensar mucho en ello, en la clase de mundo en el que dejamos que Sofia se criase. Es una cuestión que de hecho aflige a todos los padres, sin importar dónde vivan.

Gloria nos mostró dónde estaba la casa de los Hamilton, aunque no nos acompañó hasta allí. No cruzarse en sus respectivos caminos formaba parte del acuerdo que tenía con ellos. Esto debería habernos inquietado, pero después de la inusual noche que habíamos vivido, no le dimos importancia.

Hicimos un trato con Gloria. Nos llevaríamos la escopeta de camino a la casa. Cuando llegásemos a la carretera, la dejaríamos junto a la cuneta para que ella la recogiese, además de algo de comida para ella a cambio de la información. De nuevo, no nos parecía bien dejar a Sofia sin nada.

Bajamos la loma con cautela, rodeando el túmulo de Gloria, y dejamos el arma al pie del monte. Al mirar hacia arriba vimos su silueta recortada contra la granja calcinada y lúgubre. Levantó un brazo y volvió a bajarlo. Recorrimos dos o tres kilómetros en la dirección que nos había indicado. La carretera describía una sucesión de curvas pronunciadas que surcaban una colina. La foresta contigua a la cabaña de Gloria se extendía junto a nosotros colina abajo y el empinado cerro que se levantaba a la derecha conformaba un profundo valle que parecía haber actuado como escudo frente a los

incendios. De hecho, había brotes de hierba que asomaban entre la nieve y un arroyuelo de agua pura corría junto a nosotros. Era el primer escenario normal y natural que veía en mucho tiempo; al parecer, nos encontrábamos en un paraje que se había salvado de la catástrofe.

Por último, la carretera se allanó y nos condujo hasta una vieja casa blanca que se recogía entre los árboles. Una columna de humo salía de la chimenea y por una ventana se veía una luz tenue y temblorosa. Frente a ella había un patio y varios cobertizos pequeños. Aparcado en el patio, de cara a la verja, vimos un maltratado jeep naranja. Ni los edificios ni la camioneta parecían haber sufrido los daños de los impactos.

Nos detuvimos frente a la verja y Bryce se inclinó sobre ella.

—Ten cuidado —susurró Harvey—. No sabemos quiénes son.

—No creo que sean peores que la pastorcita —replicó Bryce señalando carretera arriba con el pulgar—. ¡Eh! —voceó.

Richard tiró de él hacia atrás.

—Deja que hable yo.

Bryce se apartó. Levantó las manos.

—De acuerdo, Dick —consintió—. Cómete el mundo.

Richard dio un paso adelante.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien?

Oímos un golpeteo y una puerta de madera que se cerraba en el patio. Un hombre salió de uno de los cobertizos y se detuvo frente a nosotros, boquiabierto. Tendría sesenta y tantos años, bien alimentado, con la cara redonda y la cabeza calva. Unos gruesos mechones de canas enmarcaban su rostro. Calzaba botas de agua y vestía unos pantalones de trabajo de color crema y una gruesa camisa de cuadros bajo un chaleco cerrado. Llevaba la camisa por fuera del pantalón y remangada, dejando al descubierto unos antebrazos anchos y robustos. En una de sus grandes manos portaba un cubo.

—Lamento haberle asustado —se disculpó Richard.

—Eh —dijo el hombre, que nos miró uno a uno. Sacudió la cabeza de pronto y sonrió, acercándose a nosotros con paso resuelto—. En absoluto. —Hablabas con un cálido acento de Yorkshire—. ¡Discúlpeme! —Puso una mano sobre la verja y se frotó la nariz dos veces—. No estamos acostumbrados a recibir visitas —susurró antes de desplegar otra sonrisa—. Y bien, ¿en qué les puedo ayudar?

Me sentí como si fuésemos un grupo de excursionistas que estuviera preguntando cómo se llegaba a alguna parte. Incluso parecía que el blanco de la casa resplandecía bajo la luz del sol.

—Nos gustaría hablar con usted —continuó Richard—. Agradeceríamos su ayuda.

El hombre nos evaluó en silencio, con el asomo de una sonrisa burlona, fijándose en nuestras mochilas y nuestra ropa. Miró a Richard y asintió.

—Claro. Pasen. —Mantuvo la verja abierta mientras entrábamos—. Adelante. Tomaremos un té. —Nos dirigimos al lateral de la casa y nuestro anfitrión nos abrió una alta puerta de roble. Una oleada de aire caliente nos dio la bienvenida—. ¡Ellie! ¡Visita! ¡Prepara té! Avisaré a los chicos —dijo mientras se alejaba aprisa por el lateral de la casa.

Nos quedamos en el recibidor y esperamos. Regresó al cabo de uno o dos minutos y nos guio a través de una arcada baja que daba a la cocina, de donde procedían la luz y el calor. Un farol colgaba de una toma eléctrica y una estufa de leña ronroneaba en una esquina. Junto a la estufa estaba parada una mujer menuda, que nos miraba con la misma cara de desconcierto que había puesto el hombre en el patio. Tendría unos veinte años menos que él.

—Mi esposa —presentó.

La mujer no habló.

—Vale, vale —gruñó el hombre—. Cierra el pico, niña, que se te va a

llenar de moscas. —La mujer miró a su marido, cerró la boca y volvió a clavar los ojos en nosotros—. ¡Venga, no te quedes ahí pasmada! —le ladró el hombre—. ¡Pon el agua a hervir!

La mujer se sobresaltó, meneó la cabeza y se centró en un hervidor de hierro que puso bajo el caño que sobresalía de la pared. Tiró de lo que parecía la palanca de un grifo de cerveza para permitir la salida del agua.

—Como les decía —nos recordó a media voz dirigiendo un pulgar hacia su mujer y ensanchando los ojos—, no estamos acostumbrados a recibir visitas. Siéntense, siéntense. —Retiró algunas sillas de debajo de la mesa y nos hizo un gesto para que las ocupásemos.

Sonreímos nerviosamente, nos quitamos las mochilas y ocupamos una cada uno. Nuestro anfitrión permaneció de pie junto a la estufa. Sentí que el calor de la lumbre comenzaba a acariciarme los pies y las piernas, los dedos de las manos y la cara.

—Me llamo Hugh —se presentó, y alargó la mano de pronto hacia nosotros.

Harvey se la estrechó primero.

—Harvey. Muy agradecido, amigo.

—Bryce.

—Richard.

—Ed. Edgar.

—Laura —dijo Grimes.

Los demás nos miramos sorprendidos. Hasta ahora no había revelado su nombre de pila.

—Y esta es Ellie —completó el hombre. La mujer asintió y forzó una sonrisa mientras ponía el hervidor de hierro sobre la estufa. De su interior comenzó a brotar un pausado rumor acuoso. Ellie apoyó el cuerpo contra el fregadero, con las manos a la espalda—. También tenemos dos hijos —

añadió. Acercó una silla para él y acomodó sus recios antebrazos sobre la mesa. Lanzó una mirada fosca a su esposa. Recuerdo que eso me inquietó, aunque me guardé mis impresiones—. Están fuera, con los cerdos, no tardarán en volver.

—¿Cerdos? —pregunté—. ¿Tienen cerdos?

El hombre enarcó las cejas y se permitió una sonrisa complacida.

—Ah, sí. Cerdos, y también gallinas. No es ni mucho menos tanto como teníamos antes, pero algunos animales sobrevivieron a lo peor. —Deslizó los dedos por el tablero de la mesa y se reclinó en la silla, con las manos a la espalda—. No nos va mal —dijo guiñando un ojo—. Nada mal, la verdad.

Miró a su esposa cuando el hervidor empezó a silbar. Ella dio otro brinco antes de comenzar a llenar la tetera y a distribuir tazas para todos.

—Sin leche, claro —lamentó Hugh—. Espero que no les importe. —Me incliné para coger la tetera y servir el té. El hombre me dio una palmada en la mano para que la apartase de la tetera—. Hay que darle tiempo —explicó—. Para que se disuelva.

Las teteras siempre me ponían nervioso. Sé que suena ridículo, pero es la verdad. Parecían representar algo que de alguna manera no se me permitía alcanzar. La preparación del té implicaba un ritual (calentar el agua, vigilar la temperatura, la colocación, la disolución, las manchas que quedaban en la tetera), un proceso delicado para el que nunca había habido un lugar en mi vida. Yo siempre preparaba el té echando la bolsita en una taza y añadiendo agua después, sin dejar pasar el tiempo necesario, vertiendo la leche antes de retirar la bolsita y exprimiéndola contra el interior de la taza con la cucharilla. Solo las parduzcas vetas que emergían aportaban un poco de sabor a un brebaje que sin ellas resultaría pálido y tibio. Sabía que mi solución no era correcta, que el té podía y debía prepararse con facilidad de una manera mucho más apropiada, y me lo recordaban cada vez que me invitaban a casa

de alguien. Pero las teteras no encajaban en mi vida. Lo sé, es absurdo, pero así es la realidad a veces. El acto por el que me acababan de reprender (intentar servir el té demasiado pronto), me pilló desprevenido. Me marcaba, me etiquetaba, me debilitaba. En aquel momento, existían dos tipos de personas: las que sabían preparar el té y las que no. Estaba claro a qué grupo pertenecía yo.

Me recliné en la silla.

—Bueno —continuó Hugh—. Ustedes dirán qué ayuda podría prestarles.

Richard carraspeó.

—Nos dirigimos al sur —comenzó—. A Cornualles.

El hombre enarcó las cejas y articuló una risa que sonó más bien como una tos.

—¿A Cornualles? —repitió, mirando primero a su esposa y después otra vez a Richard. Se apartó las manos de la cabeza y se cruzó de brazos—. ¿Por qué?

—Hay unos barcos a punto de zarpar —explicó Richard—. No sé si usted...

Hugh agitó una mano.

—Lo sé, lo sé —se adelantó—. Un tinglado, en mi opinión. ¿Quieren embarcar en ellos?

—Sí —afirmó Richard. Me señaló con la cabeza—. Tenemos familia. La cuestión es que no vamos a llegar a Cornualles a tiempo. Gloria nos ha comentado...

Hugh se inclinó hacia delante de pronto. Vi que su esposa se agitaba intranquila.

—¿Gloria? —repitió.

Richard hizo una pausa. Todavía no habíamos mencionado nuestro paso por la granja.

—Sí —dijo—. Venimos de la casa... Es decir... Del sitio donde vive Gloria.

—¿Se han quedado con Gloria? —se extrañó. Recorrió la mesa con los ojos, estudiándonos a todos con la misma mirada seria—. ¿La han conocido?

—Sí —asintió Grimes—. La conocimos anoche. Le preguntamos si sabía de alguien que tuviera un vehículo y nos dijo que podríamos preguntar aquí.

Hugh se reclinó despacio en la silla y volvió a cruzar los brazos. Asintió ligeramente, como si sopesase algo.

—Lo ha pasado muy mal —dijo—. Muy mal. Hemos intentado, bueno, hablar con ella, ya saben, asegurarnos de que se encuentra bien allí arriba, estando sola como está y todo eso. Yo he subido unas cuantas veces, pero no siempre... —Se interrumpió—. Digamos que no le agrada tener compañía.

—Nos hemos dado cuenta —confirmó Bryce, tocándose el vendaje con el dedo.

—Nos dijo que tenían un acuerdo —expuso Richard.

Una sonrisa aleteó en la cara de Hugh.

—Un acuerdo —repitió con un carraspeo—. Sí, podría llamarse así.

—¿Sabían que ha dado a luz? —inquirió Grimes.

De repente Hugh frunció el ceño en un gesto de preocupación.

—No, no, no lo sabíamos, ¿verdad que no, amor mío? —dijo mientras miraba a su mujer, que meneó la cabeza y se alisó el delantal—. ¿Se encuentra bien?

—Se puede decir que sí, dadas las circunstancias.

—Magnífico. Eso es magnífico. —Consultó su reloj—. ¿Dónde están esos chicos? —refunfuñó. Se inclinó hacia delante y sirvió el té, dedicándome una fugaz mirada de superioridad que recibí con una sonrisa laxa.

—Así que... —prosiguió Richard—, nos preguntábamos...

—Quieren mi camioneta —abrevió Hugh. Mantuvo los ojos fijos en las

tazas mientras las deslizaba hacia nosotros.

—Sabemos que es pedir mucho. Y no tenemos gran cosa que ofrecerles a cambio, aparte de algo de comida y unas mantas. —El granjero asintió e inclinó su silla sobre las patas traseras. Tomó un sorbo de té caliente y pareció solazarse al calor que la estufa producía a sus espaldas. Miró su reloj de nuevo. Richard continuó—. Es solo que... —Hundió un poco los hombros, los encogió y meneó la cabeza. Escrutó la cara de nuestro anfitrión—. Lamento tener que pedirselo, pero no nos queda otra opción.

Hugh frunció el ceño y asintió despacio, pasándose una mano por la barbilla áspera.

—Como les comentaba —dijo—, no nos va mal. Vivimos de lo que tenemos, como hacíamos antes, ya saben. No vamos a ninguna parte, no nos hace falta viajar, y desde luego no nos hace ninguna falta subir a bordo de ningún barco. —Escupió la última palabra y comprobó la hora de nuevo.

—Solo quiero reunirme con mi hijo —resumió Richard.

—Yo también tengo familia —lo apoyé—. Mi esposa, una hija y un hijo.

Hugh me miró de arriba abajo.

—La familia es importante —convino. De pronto se oyó a nuestra espalda un clic acompañado del chirrido de una puerta que se abría. Hugh miró más allá de nosotros—. Ah —dijo con una sonrisa—. Hablando del rey de Roma.

Miré hacia atrás. A nuestras espaldas había dos muchachos idénticos, de dieciocho años como mucho, vestidos con un mono de faena y calzados con unas botas altas cubiertas de estiércol. Tenían la cara ancha, los ojos pequeños y brillantes, y llevaban rapado el pelo castaño. Eran altos, corpulentos y habían heredado los brazos macizos de su padre, en los que sostenían sendas escopetas que apuntaban directamente hacia nosotros.

El hedor de la mierda de los animales se expandió por la cocina. Todos apretamos la espalda contra la silla, de modo que Bryce estuvo a punto de

volcar la mesa con su peso. Mi taza se hizo añicos al estamparse contra las baldosas y di un tumbo hacia atrás al resbalar con el té caliente. Hugh se había levantado, riéndose. Me agarró y me dio un empujón bestial para tirarme al suelo, a los pies de sus hijos. El que estaba más cerca de mí retiró la pierna para permitir que cayera de bruces sobre el rastro de excremento que la bota había dejado en el suelo.

—¿Qué cojones es esto? —oí rugir a Bryce mientras me levantaba, frotándome la mejilla.

—¡Chicos! —gritó Hugh—. Acompañad afuera a los invitados. Llevadlos a dar un paseo.

—¡Un momento! —protestó Richard, que dio un paso al frente—. ¿Qué...?

El gemelo que estaba más alejado de mí volteó su escopeta y alcanzó a Richard en el mentón con la culata. La cabeza de Richard se proyectó hacia atrás mientras él retrocedía dando tumbos contra Bryce, que lo cogió y lo ayudó a recuperar el equilibrio. Harvey quiso dar un paso al frente para decir algo, pero Grimes tiró de él para impedirselo. Richard se llevó un dedo al hilo de sangre que manaba de su boca y miró a Hugh.

—Quieren mi puta camioneta, ¿eh? —Su carcajada retumbó en la estancia—. ¡Vamos! —rugió—. ¡Fuera!

El gemelo que estaba más cerca de mí me cogió del cuello del abrigo y me empujó sin apenas esfuerzo hacia el recibidor a través de la arcada. Mis piernas giraron en un remolino caricaturesco por detrás de mí, pero logré mantenerme derecho antes de chocar contra la puerta de la entrada. El chico la abrió y me lanzó a la calle. Los demás salieron deprisa detrás de mí y nos quedamos apretados los unos contra los otros. Los dos adolescentes nos apuntaban en silencio desde las escaleras. Su padre se detuvo en medio, un escalón por encima. Ellie apareció a sus espaldas y nos miró como una niña cobijada tras la pierna de su padre.

—Bajad las armas —les pidió Grimes—. No tenéis por qué hacer esto. Nos marcharemos de inmediato y seguiremos nuestro camino.

—¿Cómo? —graznó Hugh—. Si acaban de llegar. Qué desconsiderados. —Le dio una palmada seca en el hombro a uno de sus hijos—. Enseñales los cerdos —le indicó.

—Las manos en la nuca —masculló uno de los gemelos. No había terminado de mudar la voz—. Vamos —nos urgió. Agitó la boca de la escopeta—. Dense la vuelta. Muévanse.

Había empezado a nevar de nuevo. Unos copos blandos caían pausados a nuestro alrededor mientras cruzábamos el patio como un rebaño, dejando atrás la camioneta y tropezando con los ventisqueros mientras nos aproximábamos al edificio principal.

—Alto —ordenó con ensayada voz monótona el gemelo que llevaba la voz cantante—. De cara a las puertas. Mantengan las manos en la nuca.

Cuando el otro gemelo abrió las puertas, estalló de pronto un coro de chillidos. Dentro del edificio había un recinto separado de la entrada por una barandilla y una malla metálicas. Cuatro cerdos enormes que chapoteaban frenéticamente por el suelo enfangado comenzaron a olfatear el aire y a frotar sus hocicos brillantes por la malla fina. Hugh se detuvo frente a la puerta y se inclinó hacia delante. Estiró una mano e hizo sonar sus dientes. El cerdo más pequeño corrió a su encuentro.

—Sí —dijo con despreocupación, como si ejerciera de guía para un grupo de escolares. Le rascó la oreja al cochino—. Claro que antes teníamos muchos más. Aquí estábamos más protegidos cuando ocurrió. Creo que ni por asomo lo pasamos tan mal como en otros sitios de los que hemos oído hablar. —Miró de soslayo a sus hijos, que ahora nos flanqueaban—. Aun así, nos llevamos un susto de cojones, ¿eh? —Les guiñó el ojo. Uno de ellos sonrió satisfecho. Hugh volvió a mirar a los cerdos—. Sufrimos algún que

otro incendio, perdimos algunos de estos hijos de puta. —Le dio una palmada cariñosa en el morro al puerco pequeño y se volvió hacia nosotros con los brazos extendidos sobre la barandilla—. Pero los fuertes sobreviven — aseveró. Se volvió hacia sus hijos—. ¿Verdad? ¿Eh?

Los gemelos murmuraron algo en respuesta mientras su madre los rodeaba con discreción y se situaba junto a su marido. Hugh le rodeó los hombros con el brazo.

—Como Gloria —dijo escupiendo en la tierra—. Quizá sea hora de hacerle otra visita, Ellie, para ver qué tal le va con la criatura, ¿no crees? Dicen que las primeras semanas son muy duras, que te dejan muy débil. —Estrechó los ojos—. Puede que por eso lograran salir de allí. Sí, puede que sea el momento de hacerle otra visita. Puede que sea el momento de darle una lección por esto. —Siseó al señalarse la cicatriz que tenía en la cara. Al cabo de unos instantes se rio y se apoyó relajado contra la barandilla—. Los fuertes siempre sobreviven. —Ladeó la cabeza y nos estudió durante un momento, mirándonos a la cara mientras se mordía el carrillo. Los cerdos chillaban y resollaban hambrientos a sus espaldas—. Aunque los cerdos necesitan alimentarse —reveló al fin—. Para mantenerse fuertes.

El corazón me dio un vuelco. Noté que el pánico también hacía presa en los otros cuatro. Bryce desplazaba el peso ansiosamente de una pierna a otra. Grimes y Richard se miraban. De pronto Harvey dejó caer los brazos y dio un paso al frente, mostrándole las palmas de las manos a Hugh.

—Escuche —le dijo con la voz quebrada y temblorosa—. Espere un mo...

Hugh miró a uno de sus hijos, que hundió con fuerza la culata de su escopeta en el estómago de Harvey. Sus pulmones se vaciaron con un afilado «aaah» mientras caía de rodillas sobre la nieve embarrada. Intenté ayudarlo, pero el otro gemelo tiró de mí para detenerme. Harvey se quedó de rodillas ante él, con las manos en la nieve, jadeando.

Hugh se apartó de la barandilla y se acercó a Harvey. Le tendió una mano. Harvey hizo una mueca y la apartó de un revés. Miró a Hugh a los ojos, se puso de pie y escupió en la nieve. El granjero puso los ojos en blanco y se acercó a sus hijos, agitando en círculos el dedo índice.

—Dense la vuelta —nos ordenó uno de ellos—. Apártense del cobertizo.

Nos obligaron a girar sobre los talones, de manera que formamos una fila de cara a la carretera. Yo ocupaba uno de los extremos, con los otros cuatro a mi izquierda. El corazón, que me latía cada vez más deprisa desde que estábamos en la cocina, aumentó su cadencia. Los cerdos seguían cerca de nosotros, chillando con apremio y frotándose contra la ruidosa malla metálica. La familia se distribuyó frente a nosotros, con los hijos a los lados de los padres. Hugh apretó el brazo izquierdo alrededor de los frágiles hombros de su esposa mientras acomodaba el pétreo puño derecho sobre la cadera. A sus espaldas, el humo salía de la chimenea de la casa blanca y ascendía hacia los pinos cargados de nieve.

Uno de los gemelos miró a su padre, que asintió. Los dos vástagos se apretaron contra el hombro las culatas de las escopetas.

Sentí que perdía el control de las rodillas, y el de la vejiga, y me asaltó el impulso irrefrenable y absurdo de volver la cabeza para no ver el disparo. Ahora el corazón me golpeteaba el pecho como un cuervo encerrado dentro de un cubo. Sentí que una explosión de sangre estaba a punto de reventarme el cuello y los ojos y me aferré a la esperanza de desmayarme antes de que todo acabase.

Oí gruñir a Bryce. Al mirar de soslayo vi a Richard con la vista clavada al frente, temblando. Grimes dejó caer los brazos y levantó la barbilla. Su labio aleteó una vez antes de endurecerse. A su lado, Harvey puso las manos a los lados y miró al suelo, meneando la cabeza.

«Rayos distintos —parecía decir—. Rayos distintos.»

No tengo ni idea de si todas las personas se comportan de la misma manera en situaciones como esta. Quizá sea algo previsible, quizá todo el que se enfrente de pronto a la muerte de esta forma, sobre todo si se trata de una ejecución, experimente la misma serie de reacciones básicas mientras su cerebro busca en vano los mecanismos adecuados para defenderse de lo inevitable. Quizá todo esté documentado en las revistas de psiquiatría, no lo sé. Solo puedo decir que, en mi caso, aquel trance no transcurrió como habría deseado, haciendo acopio de mis últimas fuerzas, llenándome de paz, comportándome con dignidad y todas esas cosas.

Creo que se me escapó algo de pis. Después perdí el control de los músculos faciales. Empecé a mover la boca de forma espasmódica, haciendo muecas, como si intentase masticar un bocado demasiado grande. Se me hacía imposible enfocar la vista. Notaba algo extraño en torno a las rodillas. La garganta se me secó por completo, de modo que una buena parte de los que serían los últimos momentos de mi vida los dediqué a investigar diferentes maneras de tragar saliva.

Mientras todo esto ocurría, algún pliegue remoto de mi cerebro emprendía un intento desesperado de encontrarle un sentido a una vida que estaba a punto de terminar, barajando distintas ideas y descartando las teorías a medio cocer, como un contable haciendo trizas unos documentos incriminatorios al oír las sirenas de la policía. Ninguna película se proyectó ante mis ojos. No me vi imbuido de ninguna sensación de calma, ni tuve la certeza de que todo saldría bien, de que todo era mejor así. Seguía sintiéndome tan confundido e incapaz de reaccionar como siempre, solo que ahora apenas disponía de unos milisegundos de margen.

Pensé en Beth, en Alice y en Arthur; y me pregunté si existiría una sola posibilidad de que descubrieran lo que había ocurrido; lamenté no poder verlos crecer, y me apené al pensar que acaso preferiría no saber lo que este

mundo les deparaba. Después sentí una profunda desilusión. Y creo que volví a hacerme pis. Luego oí dos disparos estruendosos.

Abrí los ojos y vi a los gemelos derribados boca abajo sobre la tierra. Hugh estaba de rodillas en la nieve, mirándolos. Un gesto de incompreensión torcía su rostro, como si no le salieran las palabras. Una mancha de sangre apareció en su hombro. La miró y observó cómo se extendía por su camisa. Ellie estaba de pie detrás de él. Tenía los ojos como platos y la boca apretada. Una fina lluvia de sangre cubría su tez pálida. Mantenía los brazos extendidos en diagonal hacia ambos lados, los dedos rígidos y separados, con la piel tensada en torno a los huesos. Miró a sus hijos y a su marido mientras respiraba entre jadeos entrecortados. Con los brazos extendidos aún, se giró hacia Gloria, que se encontraba de pie junto a la casa, mirándola desde el nacimiento del cañón todavía humeante de su escopeta. Sofía estaba erguida en el cabestrillo que rodeaba el pecho de su madre, los brazos y las piernas estirados en forma de estrella. Miraba a los cerdos, que seguían chillando y resollando en su pocilga. Juro que articuló una risita.

Ellie pareció tensarse hasta convertirse en una cuerda inflexible de hueso y músculos. Un ruido grave escapó de su garganta cuando echó a correr por el patio hacia Gloria con los brazos extendidos a modo de tenazas. El ruido se transformó en un estridente aullido de rabia que quedó acallado al instante por un tercer disparo de la escopeta de Gloria. La cabeza de Ellie se venció hacia atrás, como si estuviera atada por el cuello a una correa invisible que no diera más de sí. Se quedó inmóvil en el suelo mientras la nieve se teñía de rojo a su alrededor. Los cerdos parecieron apaciguarse. Hugh se llevó la mano a la herida. Se giró sobre las rodillas, todavía tambaleándose aturdido, mirando de soslayo con los ojos entornados. Gloria dejó atrás a Ellie y se detuvo ante él.

—Hola, Gloria —la saludó. Sofía les gorjeaba a los copos de nieve que

caían meciéndose plácidos a su alrededor—. Y hola...

—No la mires —le prohibió. Puso un pie sobre el costado de Hugh y lo hizo caer al suelo.

—Tranquila —se rio él.

Retorció la espalda e hizo palanca con los brazos hasta que quedó sentado. Suspiró y sonrió. Gloria levantó la escopeta y lo miró guiándose por el cañón. Hugh nos miró; nosotros seguíamos formando una fila, anonadados.

—Han hecho una amiguita, ¿eh? —se burló—. Qué interesante. —Tosió y se apretó el hombro con mayor fuerza. La sangre empezó a fluir más rápido entre sus dedos y a formar un río rojo que surcaba su antebrazo—. Qué interesante. —Volvió la cabeza hacia nosotros, como si se le acabase de ocurrir un chiste—. Los fuertes sobreviven, ¿eh? —dijo señalando a Gloria con el mentón. Se rio otra vez y volvió a toser antes de guardar silencio. Al cabo de unos instantes, preguntó—: Y ahora ¿qué? ¿Ahora qué, Gloria? ¿Me dispararás y os llevaréis mi camioneta?

—Yo no necesito tu camioneta —respondió la joven.

—¿Vas a dejar que se la lleven? —Nos miró—. Sí que os habéis hecho amigos, ¿eh?

La idea pareció divertirle y empezó a reír entre dientes. Gloria puso el pie en su hombro y volvió a derribarlo sobre la nieve. Su risa derivó en un acceso de tos mientras forcejaba con la pierna de ella. Gloria lo sujetó con el tacón hasta que Hugh cedió y quedó tendido de espaldas, mirándola con ojos fríos. Empezó a cantar a media voz.

Vi tres barcos arribar

En Navidad

En Navidad

Vi tres barcos arribar

En Navidad al alba

Gloria le apuntó a la cabeza.

—Ten cuidado, jovencita —jadeó—. No querrás que la criatura tenga pesadillas.

—Ya es tarde para eso.

Apretó el gatillo y aparté la vista en el instante en que la cabeza de Hugh quedaba reducida a una mancha en medio de la nieve. El disparo resonó en los pinares que coronaban la colina. Cuando Gloria se retiró, nos miramos los unos a los otros. Nadie dijo una palabra. Sentí el impulso de salir corriendo. No teníamos ni idea de lo que pretendía hacer a continuación.

Bajó la escopeta.

—Tranquilos —dijo en un tono amable. Miró alrededor del patio con un gesto apacible en el rostro—. No he venido a por vosotros.

La camioneta tenía dos filas de asientos y una caja abierta detrás. Arrancó a la primera, lo que hizo que Bryce rugiera complacido. Encontramos un bidón de gasóleo rojo en uno de los cobertizos y lo amarramos a la parte trasera. Nos preparamos para marcharnos. Bryce ocupaba el asiento del conductor, el motor ya en marcha, con Richard sentado junto a él.

—Gracias —le dije a Gloria cuando lancé mi mochila a la caja—. ¿Por qué has bajado?

Gloria mantuvo los brazos alrededor de Sofia mientras balanceaba las caderas con suavidad. Frunció el ceño un poco, como si yo no hubiera entendido bien algo.

—Tienes que encontrar a tu hija —se limitó a decir. Miró a Sofia, que empezaba a gorjear—. ¿Tienes hambre, cariño? —le preguntó a la pequeña a

la vez que se volvía y se alejaba por el patio sorteando los cuatro cadáveres
—. ¿Quieres comer? Creo que estos cochinitos también quieren comer.

Grimes y Harvey montaron en las plazas de atrás y dejaron la puerta abierta para mí. Bryce asomó la cabeza por su ventanilla.

—Me gustaría salir de aquí cagando leches, por favor —apremió.

Regreso

Condujimos rápido. Accedimos de nuevo a la carretera general y continuamos rumbo sur. La emoción de viajar a gran velocidad, de ver la carretera escurrirse bajo los neumáticos y el paisaje deslizarse por las ventanillas, en combinación con la adrenalina descargada tras acabar de zafarnos de la muerte, me provocó un subidón de esperanza. Sentí que teníamos una oportunidad de llegar a Cornualles, que reunirme con Beth, Alice y Arthur era una posibilidad real. La presencia de esa sensación me sirvió para darme cuenta de que hasta ese momento no la tenía. Había estado viajando sin creer de verdad que podía llegar a mi destino.

La última vez que circulé por esa carretera fue para visitar al hermano de Beth, Simon, y a su familia, que el año anterior habían dejado Londres para mudarse a Gales. Antes trabajaba para una multinacional en un edificio enorme, haciendo intangibles operaciones financieras mediante las cuales una buena parte del dinero iba a parar a su bolsillo, hasta que un día decidió olvidarse del estrés y de las horas interminables en la City y trasladarse al campo, tras vender su residencia de Hampstead y cambiarla por una finca con un extenso terreno, establos, caballos y vistas al mar.

Dedicamos el fin de semana a pasear por unas praderas cálidas y unas playas desiertas de longitud imposible. La primera velada la pasamos sentados fuera, en torno a una envejecida mesa de roble, viendo cómo sus tres hijas de bucles rubios llevaban a Alice a correr entre la hierba alta de su jardín mientras el sol se ponía. Cenamos una ensalada elaborada con verduras del huerto y pescado de la región en platos vetustos, y bebimos el vino frío y

caro de la bodega de Simon. Sentado en mi silla percibía la calidez y la paz natural de su hogar, dejando que me rellenasen la copa y embriagándome de amor y envidia. Por aquel entonces Beth estaba embarazada de Arthur y Alice tenía dos años. Yo no me hacía una idea siquiera de cómo llegar a llevar una vida semejante.

—Solo queríamos regresar a lo elemental —dijo la mujer de Simon, una noruega rubia de tez morena, increíblemente atractiva e ingeniosa. Me sentía culpable solo por estar sentado junto a ella—. Ya sabéis, volver a disfrutar de la naturaleza. Londres siempre está atestado y, en fin, ahora que las niñas son un poco mayores, pensamos, ya sabéis, que vamos a tomárnoslo con más calma.

Creo que eran muy pocos los que llegaban a plantearse algo así, el regreso a un estilo de vida más sosegado y sencillo que aquel al que se hallaban sometidos. Veían los programas de casas y de cocina que emitían en la televisión. Querían los prados; los árboles altos; las piedras; la madera; la lana; los tomates bulbosos que se cultivaban en sus propios invernaderos; las fiestas a la luz de las velas que se celebraban en los graneros de los pueblos, donde se tomaban copas de sidra casera extraída de toneles añejos; el violinista de la esquina; la ropa vieja; y las botas embarradas. Rodeados por la palidez confusa de su existencia como estaban, cuando veían estas cosas deseaban salir de todo eso. Llegaban a convencerse de que lo dejaban atrás. De que escapaban del sistema.

Sin embargo, no escapaban de ninguna parte. No era un regreso a un estilo de vida más sencillo; era un sucedáneo. Un sucedáneo que sustituía el cólera, la disentería, los inviernos heladores, las cosechas perdidas, los frecuentes abortos naturales, la violencia doméstica y el incesto por un suelo con calefacción, Sky Plus, paneles solares y un fideicomiso generoso. No era más que otro tipo de decoración, mera fachada, no un regreso.

Tal vez esté siendo cruel o tan solo tenga envidia. Pero, en serio, ¿cuánta gente podría haberse permitido vivir así?

Pensé en Gloria, en sus ojos desbordados de amor por su hija, mientras miraba maravillada alrededor del patio de su nuevo hogar como si un agente inmobiliario estuviera enseñándole la propiedad, mientras les echaba los cadáveres de los propietarios a los cerdos. Ella sí que había recuperado algo, y no era una fachada. Pensé en Cornualles, en la multitud de supervivientes para quienes escapar y retomar un estilo de vida más sencillo era lo mejor que podían hacer. Los imaginé abandonando el campo uno a uno, escapando de él para volver a la civilización. El lugar del que procedíamos, al que muchos ansiaban regresar, no era un sitio donde quisiéramos quedarnos de verdad.

Debía de ser mediodía cuando accedimos a la autopista. Contemplé el paisaje a medida que lo dejábamos atrás. Los cambios dramáticos que había sufrido se apreciaban por todas partes. Las colinas, tras haber implosionado, estaban allanadas; los campos y los bosques, asolados y marchitos. A medida que nos acercábamos a Carlisle, la carretera presentaba cada vez más daños, de forma que en algunos tramos teníamos que aminorar la velocidad para sortear los baches y los abombamientos del asfalto. Los pocos coches que vimos habían sido lanzados contra los campos, cuando no se encontraban extrañamente cruzados en la calzada después de haber frenado en seco.

Mientras miraba por la ventanilla, reparé de pronto en que Grimes estaba sentada a mi lado. Tenía los ojos puestos más allá de mi campo de visión. Seguí su mirada hasta Richard, que iba sentado delante. Cuando la miré a ella, se dio cuenta y apartó la vista al instante.

En ese momento, Bryce hundió el pedal del freno y la camioneta se detuvo a trompicones.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Por qué nos paramos?

—Allí —señaló Bryce—. Mirad.

—Joder —murmuró Richard.

Harvey, Grimes y yo nos inclinamos hacia delante para mirar por el parabrisas. Nos encontrábamos en medio de una pendiente ligera. Medio kilómetro más arriba, aparcado en la cima, había un Land Rover negro.

—¿Creéis que son ellos? —dije.

—Sí —aseguró Grimes—. Son ellos.

—¿Por qué se habrán parado? —se extrañó Harvey—. Nos llevaban por lo menos un día de ventaja.

—Puede que se les agotara el combustible —especuló Richard.

Grimes negó con la cabeza.

—En el depósito tenían de sobra para llegar más lejos, y llevaban mucho más de reserva.

—Entonces ¿qué? —preguntó Richard—. ¿Una avería?

Bryce se giró hacia Grimes.

—¿Usted qué cree... —dejó una pausa— Laura?

—Podría ser —asintió ella, ignorando la mofa—. O tal vez alguien los haya encontrado.

—Lo que significa que podrían encontrarnos a nosotros —razoné—. Lo que significa que podrían estar observándonos en este momento.

Miramos al frente, a la espera de que ocurriese algo, a que el todoterreno arrancara, a que los faros se encendiesen, a que alguna puerta se abriera o a que se produjese cualquier tipo de movimiento. No sucedió nada. Bryce movió la palanca de cambios y puso primera.

—Voy a subir —decidió.

Nadie se opuso mientras arrancaba.

La colina se allanó a unos cincuenta metros del Land Rover, lo que nos permitía ver más allá del vehículo. La razón por la que se había parado quedó de manifiesto al instante. A lo largo de casi un kilómetro por delante del

todo terreno había centenares de coches abandonados. Unos habían sido detenidos por los conductores, mientras que otros estaban volcados o apilados sobre otros vehículos; de los que estaban más lejos solo quedaban los almacenes calcinados. La carretera era intransitable. Aunque no lo hubiera sido, no habría servido de nada recorrer la escasa distancia. Más allá de los coches quemados, la calzada se elevaba en vertical hacia el cielo. Un labio de asfalto desprendido colgaba sobre los coches, coronado por las tuberías rotas y las vigas retorcidas que sobresalían de él como las venas y los tendones de un miembro cercenado.

—La carretera... —dijo Richard, estupefacto—. Está reventada.

Detuvimos la camioneta junto al Land Rover y lo inspeccionamos. Estaba vacío. No encontramos comida, ni agua, ni armas, ni munición.

—Se lo han llevado todo —comprobó Grimes al tiempo que cerraba el maletero—. Sigamos y echemos un vistazo más adelante.

Sacamos las mochilas de la camioneta y comenzamos a caminar. Bryce, el primero en llegar al tramo de carretera desgarrado, subió hacia el borde. Al llegar, retrocedió algunos pasos trastabillando hasta que recuperó el equilibrio sobre una tubería. Cuando fui a encaramarme a su lado, se dio media vuelta y, por primera vez desde que lo conocía, vi una expresión de verdadera sorpresa en su rostro. Parpadeó.

—Creo que tendremos que seguir a patita. Mira.

Me apoyé en la tubería y me asomé por encima del labio de asfalto. Por la otra parte se abría un foso gigantesco, de al menos diez metros de anchura, que atravesaba las dos calzadas. Ambas cunetas se habían convertido en un lodazal, saturadas por los coches que habían intentado rodearlo. Al otro lado del foso la carretera presentaba un estado todavía peor. Había quedado reducida a pedazos. Los coches estaban hundidos en las fisuras que separaban los fragmentos. Se extendía así hasta donde alcanzaba la vista. No era posible

acceder a ella.

Richard escaló hasta donde estábamos, miró por el borde y saltó hacia atrás, levantando los brazos de pura frustración.

—¡Joder! —Empezó a caminar en círculos, frotándose la cabeza con las manos. Después se detuvo y echó otro vistazo—. ¡Joder! ¡Joder! —renegó de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grimes cuando Harvey y ella nos alcanzaron.

—Estamos jodidos —resumió Richard—. Mirad.

Grimes y Harvey se asomaron.

—Oh —exclamó Harvey—. Oh, caray.

—No es posible continuar por ahí —determinó la soldado—. Deberíamos volver, buscar otra carretera.

Richard dejó de dar vueltas y oteó la carretera destruida que se extendía ante nosotros. Puso los brazos en jarras y espiró con rabia por la nariz.

—No hay más carreteras —aseguró a media voz—. Tendríamos que retroceder varios kilómetros para encontrar otra ruta, y aun así nadie nos garantiza que podamos acceder de nuevo a la carretera del sur, si es que no está en las mismas condiciones. —Se ajustó las correas de la mochila—. No queda otra opción que seguir a pie —resolvió—. Puede que más adelante la carretera esté menos dañada. Caminaremos hasta que encontremos otro vehículo.

Rodeamos la grieta siguiendo a Richard y caminamos por la carretera para llegar al otro lado sin dejar de mirar dónde pisábamos. Recorridos los tres primeros kilómetros, tal y como había supuesto Richard, la calzada presentaba menos daños. No obstante, seguía atestada de coches. Era una cadena de vehículos abandonados, aplastados y calcinados, un atasco espectral que se perdía bajo la niebla. Recordé la mañana de los impactos, cómo enseguida la carretera se llenó de coches, cómo la gente intentaba salir

de las ciudades a la desesperada, sin pararse a pensar que los daños serían los mismos en todas partes. El amanecer radiante y caluroso; el estrépito súbito de los cláxones; los chirridos de los neumáticos; los llantos de los niños; el ruido del metal contra el metal; la gente que se encaramaba a los tejados para ver cuál era la situación a lo lejos, que señalaba aquí y allá; los gritos furiosos de los conductores que intentaban rodear otros vehículos accidentados; sus miradas feroces confundidas de repente por lo que empezaba a aparecer sobre sus cabezas, un enjambre de luces humeantes que surcaban el resplandeciente cielo añil.

Pasamos la tarde comprobando los coches menos afectados, de los que descartamos los que se habían visto implicados en alguna colisión y los que contenían cadáveres. Inspeccionábamos sobre todo los que tenían las puertas abiertas, cuyos conductores se habían marchado para enfrentarse a la vida o la muerte que les esperaba después de los impactos. Encontramos algunos cuya batería aún funcionaba, pero tenían el depósito vacío. A otros sí les quedaba combustible, pero tenían la batería estropeada. Sacábamos las baterías que funcionaban, las instalábamos en otros coches que tenían combustible y los arrancamos, sin llegar a conducirlos más de unos pocos minutos antes de topar con otro obstáculo, seguir caminando un poco más y empezar de nuevo. Dimos con un 4x4 que funcionaba, lo sacamos de la carretera y recorrimos un kilómetro en él antes de que la tierra se abriera en una caída pronunciada. Nuestra única opción habría sido adentrarnos en el valle, pero allí abajo no había más carreteras y el depósito estaba casi vacío. Lo dejamos atrás y seguimos a pie.

A primera hora de la tarde se levantó un viento agitado y fétido que al anochecer se convirtió en un vendaval. Estábamos cansados y frustrados. La esperanza y la euforia que me embargaron cuando salimos disparados en la furgoneta yacían ahora hechas añicos al pie de una pared de ladrillo. Apenas

avanzábamos. Cada vez que encontrábamos un coche que funcionaba, solo nos servía para recorrer un breve trecho antes de que el camino quedase bloqueado por una montaña de obstáculos o por un foso abierto en medio del asfalto. Entonces desmontábamos y empezábamos a buscar otro vehículo. Aunque estaba oscureciendo, sabía que de haber mirado hacia atrás habría visto la primera grieta que nos cortó el paso.

Había surgido cierta fricción entre Bryce y Richard, agravada por el hecho de que el viento impedía que el uno oyese al otro. Creo que yo sabía que Grimes tenía algo que ver en ese conflicto, aunque no reparé en ello de forma consciente. Cuando oscureció demasiado para continuar, nos cobijamos en dos coches vacíos. No comimos. Los aullidos del vendaval rasgaban la noche, sacudiendo el chasis y esparciendo la chatarra, que se arrastraba por la carretera como una plaga de ratas metálicas. Ninguno consiguió dormir.

Por la mañana, el viento seguía soplando en rachas furiosas. Encendimos un hornillo dentro de uno de los coches, tomamos té y desayunamos pasta insípida a medio cocer. Después retomamos la marcha, comprobando un coche tras otro como el día anterior.

Al caer la tarde, detuvimos el Vauxhall rojo en el que viajábamos y nos quedamos mirando la serpiente de chatarra que cubría el siguiente tramo de carretera. Coches, camionetas y al menos una moto yacían amontonados los unos sobre los otros o se habían salido de la calzada dando vueltas. Frente a ellos había cuatro camiones articulados, doblados y retorcidos, con los cuellos enroscados entre sí, como cisnes inertes. Grimes iba al volante. Cuando apagó el motor, oímos como el escaso combustible se agitaba en el depósito mientras el viento continuaba bramando fuera.

—No podemos seguir así —dijo Richard—. Ya casi ha oscurecido y no hemos avanzado ni diez kilómetros. ¿Qué día es?

—El 5 de diciembre —contestó Grimes.

—Quedan más de setecientos kilómetros para llegar a la costa sur — calculó—. Lo que significa que tendríamos que recorrer una media de más de treinta kilómetros al día. —Abrió la puerta del pasajero y estiró las piernas—. A este paso, no habremos llegado ni a Manchester para Navidad.

Dio un portazo y se acercó a los restos de los vehículos. Se detuvo con los brazos en jarras y el cuello estirado hacia delante, estudiando el escenario como si fuese algo que debiera corregirse, a lo que hubiera que enseñarle una lección. Empezó a caminar entre la inmensa cadena de coches accidentados. Gritó algo que se perdió en el viento, se acuclilló y apoyó la frente contra sus largos brazos. Grimes se apeó y fue con él. Harvey la siguió. Por último, Bryce se revolvió en su asiento, abrió su puerta de una patada y cruzó también al otro lado con paso decidido. Arrastró el pie para apartar un tapacubos, que echó a volar describiendo un ligero arco a través de los dos carriles, hasta que rebotó en un poste indicador. Fuera cual fuese el rótulo que este mostraba antes, el fuego lo había borrado. Ahora no era más que una flecha gruesa que señalaba hacia el sur. Emitió un fuerte ruido metálico que poco a poco se redujo a un zumbido afilado. Bryce lo vio sacudirse y recuperar su inmovilidad y se sentó sobre el maletero de un Ford aplastado. Sacó el tabaco y empezó a liar un cigarrillo.

Yo me quedé en el coche, en medio del asiento trasero, con el cinturón de seguridad todavía puesto, mirando por la ventanilla mugrienta. Estaba mareado. Me sentía cada vez más vacío. La cuerda invisible que tenía anudada al pecho parecía tirar de mí con tal fuerza que temía que mis costillas estallasen de un momento a otro, que me arrancase mi agitado corazón y lo hiciera saltar fuera del coche. Bajé la mano, liberé el cinturón y desmonté con pesadez, cargando con la mochila.

Harvey se había sentado junto a Bryce. Grimes estaba con Richard, una mano en su hombro, intentando razonar con él.

—Estamos cerca de Carlisle —la oí decir—. Si retrocedemos unos pocos kilómetros, tal vez lleguemos a alguna salida que nos lleve a través de la ciudad. Puede que después las carreteras sean más transitables.

—Y luego ¿qué? —dijo él—. ¿Regresamos aquí? ¿Tomamos la ruta turística? ¿Qué?

—No lo sé —admitió ella—. Pero ahora estamos en la autopista. No vamos a llegar a ningún tramo más despejado.

Me miré las botas. El nudo del cordón izquierdo se había aflojado y deshecho en un ocho laxo. Lo miré durante unos instantes, hasta que me agaché y lo recogí.

—No puedo volver atrás —insistió Richard frotándose la frente. Se levantó.

—Tenemos que hacerlo —repitió Grimes—. Tenemos que intentarlo.

—¡Mi hijo está en la otra punta del país!

Nadie dijo nada. Agachado todavía, levanté la cabeza. Richard tenía el brazo extendido por encima de mí, recortada contra el cielo la silueta del largo dedo huesudo con el que apuntaba hacia el sur por la carretera cuarteada.

La escena adquirió un cariz onírico, supongo, aunque yo nunca había tenido un sueño tan claro. Los pensamientos y las acciones se producían despacio, todos y cada uno de ellos desvinculados del resto, como si el mundo se hubiera desprendido de mí con suavidad, por unos momentos, para mostrarme cómo funcionaban las cosas. «Ahora ocurre esto, ¿lo ves? Después esto otro, y luego esto, y a continuación haces así...»

Dejé que mis ojos tomaran la dirección del dedo nudoso de Richard y volví a ver el poste del rótulo quemado, que señalaba el mismo camino. Bajé la vista hasta el cordón que tenía entre los dedos. Pasé lentamente los extremos deshilachados por los ojales superiores de la bota.

Me enrollé el cordón a los tobillos y lo sujeté con un nudo doble. Desaté el cordón derecho y repetí la operación. Me levanté. Me ajusté la mochila y me subí la cremallera de la chaqueta, sintiendo cómo la lata de acero se apretaba contra mi pecho.

Pasé entre Richard y Grimes. Bryce y Harvey me miraron con curiosidad. El viento empezó a soplar con rabia a mi alrededor, como si hubiera comprendido lo que estaba a punto de hacer, aunque yo ni siquiera lo sospechase.

Tienes que entenderlo, ¿sabes?, no fue una elección meditada. No había sopesado las opciones, no había pensado en si era práctico o no, no había llegado a ninguna conclusión lógica. Lo que sucedió a continuación no fue algo que yo pretendiese hacer de forma consciente, porque hubiera dado con una veta oculta de coraje y determinación. Sucedió porque... En fin, no sabría decirte exactamente por qué sucedió. Tal vez ocurrió solo porque yo dejé que ocurriera.

Volveré a repetirlo: odiaba hacer ejercicio.

Me abrí paso entre la chatarra. Y empecé a correr.

Algunos recuerdos de mi infancia.

Tenía una colección de figuras de *Star Wars* con las que nunca me cansaba de jugar. Mis padres no podían permitirse comprarme tantas como las que tenían otros niños del pueblo, así que cada vez que me llevaban a por una nueva, me pasaba un montón de tiempo intentando decidir cuál me gustaba más de todas las que había expuestas en la juguetería. Dado que me faltaban los vehículos apropiados y las combinaciones de personajes necesarios para recrear las distintas escenas de las películas, ideé un nuevo universo en el que Yoda era un dictador vengativo, las Tropas de Asalto desertaban con

regularidad y Darth Vader ayudaba a Han Solo a superar la terrible desfiguración que había sufrido a manos de su perturbado *wookiee* y se unía a él en su incesante lucha contra el Kraken de plastilina en los mares infinitos.

Mi figura preferida era la del guardia gamorreano. Era una criatura verde de aspecto porcino con enormes colmillos curvados hacia arriba, dotada de una armadura de acero, ropajes de cuero y un hacha gruesa y pesada. En mi universo, era mucho más inteligente que los otros miembros del clan y cuestionaba el sistema al que pertenecía. Una noche, su decepción lo obligó a abandonar la guardia y a partir rumbo a las colinas arenosas de Tatooine, donde pasaría el resto de su vida en soledad. Era mi amigo y me acompañaba a todas partes.

Un sábado por la mañana iba de camino a casa para comer cuando me di cuenta de que se me había caído del bolsillo mientras jugaba en el arroyo que atravesaba el pueblo. Volví corriendo, aterrado, y comencé a vadear el arroyo arriba y abajo con mis botas de agua, rebuscando entre las piedras y los pequeños rápidos delante de los que había estado agachado. Cada vez estaba más desesperado, ya que a mis ocho años era lo peor que me podía pasar en la vida. Di tumbos de aquí para allá, dejando que me entrase agua en las botas mientras dragaba la fría corriente y revolvía los cantos sumergidos. No lo encontré. El agua se lo había llevado.

Para mí fue una pérdida lamentable, muy lamentable. Corrí a casa y me dejé caer en los brazos de mi madre con dos burbujas de mocos asomando de las fosas nasales mientras le explicaba entre sollozos lo que había ocurrido.

Nadie pudo consolarme aquel día ni durante buena parte del siguiente, pero el domingo por la noche, después del baño, encontré una bolsa de papel envuelta en mi pijama. En el interior encontré una nueva y reluciente figura del guardia gamorreano, acompañada de una breve nota de mi padre que decía: «¡Chisss! Papá».

Había un árbol en el pueblo, un tejo centenario y nudoso que se levantaba en medio de un pequeño prado junto a la escuela. Se podía escalar por él con facilidad y ofrecía un asiento natural y profundo por donde el tronco se dividía en sus dos ramas principales. Un día otros dos niños y yo encontramos una revista pornográfica escondida en el asiento. Como críos que éramos, no nos quedó otra opción que leerla. Estábamos llegando al final de un desplegable que mostraba a una pareja fornicando con las camisetas puestas cuando oímos un ruido procedente del camino. Al mirar abajo vimos que Amy nos estaba mirando. Amy tenía quince años y era sorda. Llevaba un pequeño perro blanco atado con una correa. Ignoro por qué sabía lo que estábamos haciendo, pero estaba claro que lo había averiguado. Empezó a hacer ruidos de enfado, los gemidos y gruñidos medio ahogados que hacen los sordos totales al expresarse y por los que todos nos burlábamos de ella. Al mismo tiempo, hizo aspavientos con las manos, gritando y gesticulando para que nos bajásemos. El perro empezó a ladrar. Uno de nosotros se echó a reír y yo me uní a él, hasta que bajamos del árbol de un salto y tiramos la revista a sus pies. Nos alejamos corriendo y aullando y ella se quedó allí dando chillidos. Recuerdo que miré atrás y la vi mirar con tristeza las páginas ajadas y mugrientas mientras el perro las olisqueaba.

Recuerdo cuando lanzaba una pelota de tenis contra la pared de casa y me inventaba reglas y puntuaciones enrevesadas que basaba en la cantidad de voleas y medias voleas efectuadas en cada intercambio, en la zona de la pared en la que la pelota impactaba, en la altura a la que la hacía rebotar, en los objetos que conseguía golpear con ella y en el orden en que los alcanzaba. Para obtener el mejor resultado final, corría como un poseso por delante de la pared de casa y adoptaba posturas a cuál más extraña con el propósito de realizar los lanzamientos más complejos y así ganar las mayores recompensas. A veces, de forma improvisada, algunos puntos adquirían la

condición de extraordinarios, en el sentido de que, por arte de magia, conllevaban la entrega de algún trofeo del mundo real. «Si haces más de cinco voleas, aciertas en el canalón con la sexta y recoges con la mano izquierda, Emily Turner estará por ti.» El reglamento no dejó de evolucionar en todo el verano, y solo yo lo conocía.

Recuerdo cuando bajaba las escaleras corriendo en cuanto olía el pastel de carne picada y oía los pitidos de la señal horaria de la radio.

Recuerdo cuando me lanzaba escaleras arriba para ir al baño en el momento en que empezaba el intermedio de *El equipo A*, que tiraba de la cadena cuando iba por la mitad y que salía pitando, que volvía a bajar las escaleras de un brinco, cruzaba el salón corriendo y saltaba sobre el sofá. Tenía que estar sentado antes de que acabase la música del primer anuncio o algo malo ocurriría.

Recuerdo cuando saqué al perro a pasear una mañana de noviembre antes de ir a la escuela y oí que mi hermana me llamaba desde el margen del campo, que volví corriendo con el perro a través de la niebla gélida porque Adam Ant estaba sonando en la radio.

Recuerdo mi noveno cumpleaños, cuando me dijeron que mirase en el cobertizo del jardín, hacia donde salí corriendo para encontrarme una reluciente BMX apoyada contra la pared del fondo.

Todas esas cosas quedan ya atrás. No solo porque sean cosas del pasado, sino porque ya no es posible que se repitan. Pero las recuerdo, recuerdo que solía correr, que iba corriendo a todas partes sin reparar en ello. Y, sin embargo, no recuerdo que me lo tomase como una actividad en sí. No recuerdo que me supusiera un esfuerzo. Recuerdo una sensación de ligereza, de velocidad, de elasticidad, como si la tierra fuese un globo colosal que pudiera enviar lejos con solo darle una patada con los pies descalzos. No recuerdo que notara las extremidades rígidas y pesadas y los pulmones al

límite, ni que los huesos se me estremecieran cada vez que pisaba el hormigón.

En algún punto de la historia, la gravedad había hecho presa en mí.

No llevaba ni un minuto corriendo cuando oí gritos a mis espaldas. No entendí lo que decían, pero primero distinguí la voz de Bryce, que articuló además una especie de risa fría, y después la de Richard y la de Grimes, entremezcladas. Al ver que no les respondía, rompieron el silencio con un murmullo de preocupación. Había enfilado un tramo largo y recto. La nieve se apilaba en las cunetas y cubría la devastación causada por aquello que hubiera ocurrido a ambos lados. Aún se veían los abultamientos y los baches del asfalto fragmentado, pero por lo demás, corría hacia el sur por una autopista desierta.

El dolor llegó de inmediato. Con independencia de lo que me hubiera empujado, o de lo que hubiera tirado de mí, ya se trataba del instinto, de mera desesperación o de una explosión de vigor, yo seguía siendo algo físico; seguía siendo mi cuerpo. Y mi cuerpo no quería aquello. Mi cuerpo lo rechazaba por completo. Cuando ya no oía los gritos a mis espaldas, empecé a sentir una opresión en el pecho. Apreté los puños, recogí los brazos y me di cuenta de que tenía que esforzarme por mantener la cabeza erguida para ver la carretera que se extendía ante mí.

Comenzaron a dolerme las piernas. Me sentía como si la tierra quisiera engullirme, como si fuese a doblarme de un momento a otro como una botella de plástico aplastada por el peso de todo un océano y a desaparecer bajo la nieve como una mota de polvo.

Continué corriendo. En mi cabeza seguía sin haber nada que pudiera equipararse a un pensamiento, tan solo dos impulsos mudos que orbitaban el uno en torno al otro como si de partículas opuestas se tratara.

«Seguir. Parar. Seguir. Parar.»

Me dio tiempo a tomar cierta conciencia de esto, y a darme cuenta de que la carretera por la que corría parecía estar cambiando, antes de oír algo detrás de mí. Pasos. Demasiado ligeros para que fuesen de Bryce, demasiado cortos para que fuesen de Richard. ¿Grimes?

Oí una voz a mi derecha, cálida y quebrada como la hojalata.

—No se hace así.

Lo miré de soslayo. Tenía a Harvey a mi espalda, corriendo liviano por la nieve. Me sonrió.

—¿Qué? —me extrañé entre jadeos.

—Digo que no se hace así.

Hablaba con naturalidad, sin esforzarse por tomar aire, como si estuviera dando un paseo. Se colocó a mi altura.

—¿A qué te refieres? —le pregunté intentando tragar, humedecer la garganta—. No pienso volver. Como ha dicho Richard, tengo que ir por aquí para reunirme con mi familia.

—Me refiero a que no es así como se debe correr —especificó Harvey. Señaló mis pies—. Dando esas zancadas, o intentándolo, al menos. Tus pies van demasiado por delante de ti.

—¿Qué? —balbucí.

—Fíjate. Vamos. Fíjate en tus pies y siente lo que haces con ellos.

Miré hacia abajo. Vi y sentí lo mismo que veía y sentía siempre que intentaba correr: una pierna estirada y un pie que dejaba caer con pesadez tan lejos de mí como me era posible. Mientras la fuerza del impacto me sacudía dolorosamente la espinilla, el muslo y la columna, la otra pierna se levantaba con laxitud, se enroscaba detrás y luego se tensaba al lanzarse otra vez hacia delante, repitiendo el proceso.

—Vas dando zancadas —me dijo—. Intentas empujar la carretera, pretendes hacer rotar la tierra con los talones. —Giré la cabeza hacia él.

Llevaba la mochila a la espalda, igual que yo. No se apreciaba el menor asomo de dolor en su cara ancha. Me sonrió de nuevo—. El planeta es mucho más grande que tú, hijo. No te servirá de nada. —Lo miré, incapaz de elaborar una respuesta lógica—. Escucha. Míralo de este modo: estás convirtiendo una carretera llana en una subida escarpada. Deberías convertirla en un descenso. Fíjate en mis pies. Nunca van más allá de mi cintura. Solo dan pasos cortos. Es como si fuese cayendo. ¿Lo ves? Correr no es nada más que eso, un descenso controlado.

Asintió satisfecho para sí mismo, como si acabara de llegar a una conclusión que lo convenciera. Respiró hondo por la nariz y continuó trotando a mi lado entre la niebla, sus pasos leves como plumas en contraste con mis martillazos torpes y aplastantes. No dejó de sonreír en ningún momento.

—¿Qué...? —jadeé, luchando aún por tomar aire, sintiendo cómo la gravedad se empeñaba en tirarme al suelo—. ¿Por qué sabes tanto sobre cómo se debe correr?

Harvey me ignoró y señaló la carretera con la cabeza.

—Hay un largo camino hasta Cornualles —se limitó a contestar—. ¿Cuánto había dicho Richard? ¿Setecientos kilómetros? ¿Ochocientos?

Los números se desplomaron sobre mí como losas. No porque me hubiera pensado mejor lo de atravesar el país a pie (como decía, no había considerado ni decidido nada), sino porque me recordaron lo lejos que Beth, Alice y Arthur estaban de mí. Sentí que la cuerda se tensaba de nuevo y me detuve trastabillando, con el cuerpo doblado.

—No pienso volver —repetí—. No hay nada... ahí atrás. —Me costaba articular las palabras.

—Relájate, socio —me aconsejó Harvey—. Cálmate, tómate tu tiempo.

—No queda tiempo —repliqué—. Ya no queda tiempo. De hecho, puede

que sea demasiado tarde.

—Entonces ¿por qué has empezado a correr?

En ese momento oí más pasos a nuestra espalda. Al mirar atrás vi a Bryce, a Richard y a Grimes corriendo hacia nosotros. A medida que se acercaban, advertí sus gestos de preocupación. Una preocupación atenuada por una pizca de otra cosa, de interés o, tal vez, de una especie de respeto desconcertado.

De pronto, Bryce liberó un rugido animal y cayó al suelo.

—¡Ah! ¡Joder! ¡Ah! —gritó apretándose la pierna.

Grimes y Richard se detuvieron al alcanzarlo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Richard, que se arrodilló a su lado. Grimes se quitó la mochila y empezó a rebuscar en su interior.

—El tobillo —indicó—. No vi el bache. Se me hundió el pie. —Se incorporó y estiró la pierna.

Grimes sacó una linterna y alumbró la bota de Bryce. Los copos de nieve bailaban frente al haz de luz.

—¿Está roto? —preguntó la soldado.

—No... —dijo él. Aflojó el cordón e introdujo los dedos para explorarse el tobillo—. No lo creo.

Grimes le tendió la mano y lo ayudó a levantarse. Bryce hizo una mueca al desplazar el peso sobre el pie, que meneó antes de probar de nuevo.

—Está en su sitio —diagnosticó—. Me encuentro bien, solo me lo he torcido. —Se giró para mirarme—. ¿De qué coño vas?

—Lo siento —me disculpé—. Actué sin pensar... Yo...

—Eso es formidable —me confió Harvey en un susurro—. Actuar sin pensar. Quizá deberías comportarte así más a menudo.

—Ed tiene razón —convino Richard.

—No, no la tengo. No tengo razón; como decía, actué sin pensar. Sencillamente me dejé llevar por el pánico.

—No, en absoluto —replicó Richard—. Hiciste lo que todos estábamos pensando. Es la única forma de llegar a Cornualles.

—¡Habla por ti! —balbuceó Bryce—. ¿Correr? ¿Se os ha ido la puta olla? Grimes extendió la mandíbula mientras sopesaba la situación.

—Es peligroso andar por la carretera de noche, ya hemos visto lo que nos puede pasar. —Señaló el tobillo de Bryce—. Incluso cuando sale el sol, las nubes son demasiado densas. No se puede ver bien hasta media mañana.

—Y también oscurece antes de que se ponga el sol —matizó Richard.

—Así que disponemos de cinco o seis horas de luz para movernos —estimó la soldado.

—Para recorrer treinta kilómetros en cinco horas, tendremos que hacer algo más que caminar.

—Alternaremos —propuso Richard—. Corremos durante unos kilómetros, andamos otros pocos.

Grimes asintió.

—Podría funcionar.

—¿Habláis en serio? —dije.

—En principio, tiene sentido —aprobo Grimes.

—Treinta kilómetros, cada día, durante tres semanas —musité.

—Más o menos —dijo Richard—. Ahora alejémonos de este montón de mierda y busquemos algún refugio. Durmamos un poco. Tenemos que descansar si vamos a...

—¿Correr hasta Cornualles? —estalló Bryce—. ¿Es eso lo que vamos a hacer ahora?

Nos miró de uno en uno, las palmas de las manos extendidas, a la espera de una respuesta.

—Solo para que me entere. ¿Alguien me lo aclara?

Richard lo miró durante unos instantes.

—Así es —le confirmó—. Pero ahora seguiremos andando.
Recogió su mochila y continuó hacia el sur.

Poco después llegamos a la siguiente colisión múltiple. Tardamos una hora en escalar el revoltijo de barro, piedra y metal y encontrar la calzada otra vez. Para entonces había oscurecido del todo, así que caminamos un poco más guiándonos con la linterna de Grimes, hasta que dimos con un camión volcado. El toldo rojo del remolque estaba medio desprendido y parte de la mercancía se había esparcido por la carretera. Abrimos algunas de las cajas, aunque nos llevamos una decepción al comprobar que contenían artículos de escritorio.

—Tendremos que apañarnos —se resignó Grimes—. Encenderemos una hoguera con los papeles. ¿Cómo van de agua?

—A mí casi no me queda —contesté.

—A mí tampoco —respondió Bryce.

—De acuerdo —dijo Grimes—. Ahí atrás había una señal que indicaba un área de servicio a unos dos kilómetros de aquí. Me adelantaré para ver qué hay. Puede que aún queden algunos suministros, o un poco de agua en las cañerías, al menos.

—La acompañaré —se ofreció Richard.

Grimes hizo una pausa.

—Bien —aceptó—. Ustedes tres pueden quedarse aquí e ir encendiendo la hoguera.

—Señor, sí, señor —se burló Bryce, que teatralizó un saludo militar mientras se sentaba en una caja de bolígrafos.

Richard y Grimes se pusieron en marcha. Harvey y yo exploramos el fondo del remolque en busca de papel seco y lo sacamos a la entrada. Golpeé el

suelo de madera con el pie hasta que se desprendió una tabla que después levanté haciendo palanca. Una rata salió disparada de debajo, chillando al tiempo que saltaba a mi brazo. Di un grito y caí al suelo de espaldas mientras la alimaña se escurría fuera del remolque.

—¿Estás bien? —me preguntó Harvey desde fuera—. Ah, hola, amiguita.

—Sí —dije—. Solo era una rata.

—¿Una rata? —repitió Bryce. Frunció el ceño y se atusó la barba. Enseguida supe lo que estaba pensando; yo también tenía hambre. Se levantó, pasó junto a mí y desapareció en la penumbra del remolque volcado.

Me puse de pie y seguí tirando de la tabla hasta que se partió; luego la arrastré hasta la hoguera que Harvey había encendido con el papel y el mechero de Bryce. Se levantó mucho humo, pero daba calor. Harvey y yo nos sentamos cerca mientras Bryce daba golpes y pisotones por dentro.

—Imagino que encontrarán algo —comentó Harvey—. Richard y Grimes. Meneé la cabeza.

—Lo dudo —confesé—. Unos tres kilómetros atrás pasamos por una gasolinera con una furgoneta atravesada en el tejado. Pude ver el interior. Estaba vacía, desvalijada.

Oímos gritar a Bryce, el estrépito de cosas que se caían; luego, una pausa, un silencio; y, por último, un fuerte golpe y un aullido triunfal. Al cabo de unos segundos, apareció con una sonrisa orgullosa y dos ratas enormes colgadas de su puño por la cola. Las tiró al pie de la hoguera y encendió un cigarrillo.

—La cena —anunció.

Nos comimos las ratas. No estaban buenas. Cuando terminamos, Harvey se levantó y entró en el remolque para buscar más papel. Esperé hasta que estuvo demasiado lejos para oírnos y me volví hacia Bryce.

—¿Crees que podemos hacerlo? —le pregunté—. Con Harvey, quiero

decir. ¿Crees que lo resistirá?

—Ya lo has visto hoy —respondió—. Prácticamente no ha sudado una gota. —Me miró de arriba abajo del mismo modo que cuando nos conocimos con unos vasos de whisky de por medio—. ¿Y tú? ¿Lo conseguirás tú?

Harvey regresó, sonriendo y cargado con varios paquetes de folios.

—Os he oído, ¿sabéis? —dijo dándose un golpecito en la oreja con el dedo—. No estoy sordo. —Echó un fajo de hojas a la lumbre y sus ojos refulgieron a la luz de las llamas crecientes—. ¿Alguna vez os he contado que antes trabajaba de cartero? —preguntó. Negamos con la cabeza. Nos miró, esperando a ver si lo habíamos entendido. Hizo el gesto de enviar una misiva—. Cartero, ya sabéis. El que se encarga de llevar las cartas y los paquetes.

Bryce frunció el ceño.

—Sí, hemos... hemos oído hablar de ellos, Harvey; continúa.

—Aquello fue cuando era joven, en Australia, en los sesenta. Soy originario de Nueva Gales del Sur. Vivía en el campo, al norte de Sidney. No era como en la ciudad, ya sabéis, con la furgoneta. El campo era inmenso, a veces las casas estaban separadas por varios kilómetros de distancia.

Se levantó y se dirigió a la cuneta. Al regresar, traía un palo corto. Se sentó y lo acercó al fuego para alisarlo con las manos. Cuando estuvo listo, lo empleó para atizar las llamas, retirando hacia atrás las hojas ennegrecidas de papel de impresora que se estaban escurriendo del montón.

—Tenía dos perras que llevaba conmigo —continuó—. Nos levantábamos a las cinco de la madrugada, salíamos al alba, nos pasábamos el día recorriendo el monte y volvíamos a casa por la tarde. Una buena vida, siempre en movimiento. Los compañeros y yo nos desplazábamos en motos todoterreno y las perras viajaban en la parte de atrás. Muchas veces, sin embargo, cuando tenía que subir una pendiente por la que sabía que iba a bajar después, dejaba la moto y subía corriendo con las perras. Era una

costumbre que empecé a poner en práctica cada vez más a menudo; debía de hacer unos treinta kilómetros casi a diario. Estaba muy en forma. Una buena vida.

Desplegó una sonrisa, pero luego ensombreció el gesto y arañó el asfalto con el palo.

—En cualquier caso —siguió Harvey—, si vives en el monte se puede decir que formas parte del cuerpo rural de bomberos. Algunos años son mejores que otros. Un año hizo un calor sofocante, un verano muy malo. Las ovejas de una granja cercana a la nuestra enfermaron y empezaron a morir. Los granjeros no sabían qué hacer con tantos cadáveres; no podían quemarlos, ya sabéis, por si se desataba un incendio. Pero después, de todas formas, se produjeron unos incendios atroces que se propagaron y devoraron varias casas. Pasamos dos o tres semanas intentando extinguirlos, todo se llenó de ambulancias que trasladaban a los heridos a Sidney. Apenas dormía. Las perras iban a todas partes conmigo, claro; no podía dejarlas en casa. Después todo el mundo empezó a ponerse enfermo, y también algunos de los animales. Agnes y Annie, en fin, también se pusieron enfermas. Muy enfermas. No pude hacer nada por ellas.

Bryce asintió despacio, arqueadas hacia abajo las comisuras de los labios.

—Perder a tus perros —intervino—. Es la peor putada. Mi abuelo murió cuando yo tenía doce años. Recuerdo que mi madre me lo dijo cuando volví de la escuela, pero habría hecho mejor en decirme qué había para cenar. No me importaba una mierda el viejo borracho de los cojones. Nuestro perro murió un año más tarde y me pasé una semana llorando. Es jodido. —Se dio un puñetazo en el pecho—. Más jodido que perder a una persona.

—Bueno —prosiguió Harvey. Bryce parecía haberle hecho perder el hilo de la narración—. La verdad, no sabría decirte. Solo sé que después de aquello no me fue demasiado bien. Los incendios terminaron por extinguirse,

pero mucha gente había perdido su casa. —Carraspeó—. Y algo más que eso, en algunos casos. Todo el mundo acabó agotado y nadie estaba particularmente feliz, pero, como digo, me avergüenza admitir que a mí me iba peor que a la mayoría, así que supongo que lo que hice a continuación tenía algo que ver con eso.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Bueno, un día, cuando todo se hubo calmado, me levanté a las cinco de la madrugada, como de costumbre, y salí a trabajar. Recorrí algunos kilómetros con la moto todoterreno, viré a la izquierda en el arroyo y me detuve en la cima de la colina. El sol estaba saliendo y podía ver la luz extendiéndose hacia el oeste por la planicie. La colina proyectaba una sombra sobre la llanura que tenía a mis pies. Aún salía humo de los matorrales quemados, y se veían los terrenos donde antes estaban las casas, cuadraditos negros cubiertos de escombros, donde ya no vivía nadie. Todo se recogía bajo aquella sombra negra. Parecía el fin del mundo. —De pronto levantó la vista y se rio—. Sí. —Señaló la oscuridad—. Poca cosa en comparación con esto, supongo, pero así lo sentí entonces.

»En cualquier caso, entre las casas calcinadas y los matorrales ennegrecidos pasaba una carretera recta que salía de la sombra y llevaba hacia el sudeste. No había recodos ni colinas, solo ese tajo fino que atravesaba toda aquella mierda y se alejaba hacia el horizonte. A medida que el sol ganaba altura, vi que el tajo se alargaba más y más, como si fuese una guía trazada para mí sobre un mapa. Era un paisaje de lo más sencillo. —Dio un pisotón en el suelo—. Aquí todo era oscuridad y muerte. —Apuntó con el palo hacia el otro lado de la lumbre—. Allí todo era luz y vida.

Nos miró con ojos nerviosos, como si esperase que hubiéramos entendido algo que intentaba explicar por primera vez.

—No había ningún camino por el que bajar hasta la carretera —prosiguió

—. Tiré la moto a un lado y descendí abriéndome paso hasta ella; me caí unas cuantas veces, recorrí la mayor parte de la pendiente patinando con el culo, hasta que me precipité sobre un montón de tierra que había al pie. Me levanté y llevé la vista carretera adelante. Y entonces... —Retorció el cuerpo un poco y se encogió de hombros—. Entonces, sin más, empecé a correr. —Mantuvo la mirada perdida entre las llamas largo rato, y después nos miró a nosotros como si acabara de acordarse de que estábamos ahí—. Lo sé. Una estupidez, la verdad.

Golpeteó el suelo con el palo, se rio por la nariz y volvió a extraviar la mirada en la hoguera, ensimismado.

Bryce levantó las manos y nos miró a los dos.

—¿Ya está? —dijo—. ¿Esa es la historia? ¿Saliste a correr?

—Ah, sí —afirmó Harvey—. Sí, solo eso, supongo. Salí a correr. Aunque corrí mucho, eso sí.

—¿Cuánto corriste, Harvey? —me interesé.

—Ah, en fin —respondió, rascándose el mentón—. Es difícil de calcular, la verdad; no llevaba mapa ni seguía ninguna ruta. Conocí a varias personas, ya sabéis, gente con la que me encontraba por el camino. Recuerdo a un par de tipos que viajaban en camioneta y se dedicaban a recorrer el país, bordeando la costa, siempre dando vueltas y vueltas. Me los crucé cinco o seis veces, si no me equivoco, ya que venían desde la dirección opuesta. Dormía donde podía, comía y bebía aquello que encontraba. Al final llegué a una bahía y vi un mar que no había visitado antes. Me detuve, me senté en una piedra y contemplé cómo las olas rompían contra aquellas rocas gigantescas. Podía oler la sal y sentir cómo se posaba en mi piel e impregnaba el aire que respiraba, podía saborearla cuando se adhería a mis labios. Me sentía bien, sentía que había llegado a donde el camino me llevaba, sentía que había encontrado mi costa.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Bryce.

—En el oeste, socio —dijo Harvey—. En Australia Occidental, en una ciudad llamada Kalbarri.

Bryce echó la cabeza hacia delante con la mandíbula descolgada.

—¿En Australia Occidental? —repitió—. Eso está en la otra punta del país.

—Exacto. Un lugar precioso, además. Dormí al raso en la playa durante las primeras semanas, hasta que un lugareño se apiadó de mí y me permitió quedarme con él una temporada. Encontré trabajo en un sitio donde cocinaban pescado.

Bryce aún tenía la boca abierta, una caverna en la que bailaban las sombras que la lumbre proyectaba.

—¿Y llegaste allí corriendo? —se sorprendió Bryce.

Harvey se rascó la cabeza, meciéndola a un lado y a otro.

—Es difícil precisar cómo llegué allí —confesó—. Un tiempo después, unos muchachos de la universidad se enteraron de lo que había hecho y quisieron hablar conmigo. Escribieron sobre mí en algún periódico. Les conté lo que sabía y les describí los lugares que había visto, y a partir de ahí intentaron reconstruir la ruta. —Trazó algunas líneas en la tierra con el palo—. Según sus estimaciones, corrí hacia el sur, zigzagueé por Victoria durante un tiempo, subí hacia Australia Meridional, donde me perdí entre los lagos y di varios rodeos, hasta que llegué a la costa sur y accedí a la Ruta 1, que atravesaba la llanura de Nullarbor, para después subir hacia el norte y perderme de nuevo antes de llegar a Kalbarri. Me dijeron que tendría que haber muerto en varias ocasiones. Lo cierto es que he olvidado muchos detalles, y puede que algunas de las personas a las que conocí no estuvieran allí en realidad. Alucinaciones, ya sabéis. Hacer algo así es muy peligroso, una estupidez, como yo digo. —Hizo una pausa y dibujó otra línea entre las que ya había trazado a sus pies—. Pero yo no lo elegí —declaró, y cruzó la

mirada conmigo con los ojos entornados—. Esa carretera. Yo no decidí correr toda esa distancia. La carretera lo eligió por mí.

Bryce escrutó a Harvey desde el otro lado de la lumbre. Al cabo de un rato, cerró la boca y meneó la cabeza.

—No me jodas —dijo mientras se levantaba—. Me pinchan y no sangro. ¡Ay!

—Cuidado, grandullón —exclamó Harvey, que se levantó para ayudarlo.

Bryce le indicó con un gesto de la mano que no lo hiciera.

—Estoy bien, solo voy a mear.

Bryce cojeó hasta la parte trasera del camión. Harvey me sostuvo la mirada unos instantes, hasta que la dejó caer entre las llamas.

—Entonces ¿qué es lo que recuerdas? —le pregunté.

Harvey estiró la mano, alcanzó otros dos paquetes de folios de la pila y los echó a la hoguera.

—Bueno —dijo—, teniendo en cuenta que de aquello hace casi cincuenta años, Ed, y que no recuerdo demasiadas cosas de aquella época... recuerdo... recuerdo que de alguna manera me sentía más ligero. No en un sentido físico, aunque perdí mucho peso. Mentalmente, tal vez. Cuando corría sentía que las cosas se volvían mucho más sencillas.

—¿Qué cosas? —indagué.

—Ah, ya sabes, las cosas. La vida. —Zapateó nerviosamente varias veces—. Ed, no tenía ningún motivo para hacer lo que hice. Sucedió sin más, y he visto que también te ha pasado a ti hoy. Cuando empezaste a correr así, no fue una decisión consciente, ¿verdad?

Asentí despacio, mordiéndome el labio.

—Supongo que no.

—Bien, así es como me sentía yo. Cuando me marché. Eso sí lo recuerdo. No tomé ninguna decisión, no actuaba por ningún motivo en concreto. La

principal diferencia es que tú sí tienes un motivo. Tu familia. —Extendió una mano hacia la oscuridad—. Mira toda esa mierda —añadió con enfado—. No podemos seguir buscando coches cada día. Están todos jodidos, las carreteras están jodidas, y si nos limitamos a andar también estaremos jodidos. No queda tiempo. Lo que has empezado hoy, es la única manera, estoy seguro.

Meneé la cabeza.

—Harvey —le dije—. No podemos correr esa distancia en el tiempo que tenemos, o al menos yo no puedo. Sencillamente no soy capaz.

Clavó en mí sus relucientes ojos azules.

—Ed —respondió—. No te haces una idea de lo que puedes llegar a hacer.

Bryce volvió y se sentó.

—Bien. Así que te cruzaste Australia corriendo y te pusiste a trabajar vendiendo pescado con patatas fritas.

—El pescado con patatas fritas no era la especialidad de la casa —lo corrigió Harvey—. En realidad, era más bien una especie de asador al aire libre.

—Ajá, suena de maravilla —celebró Bryce—. Pero entonces ¿por qué cojones terminaste en Escocia?

—Aaah, bien, ¿sabéis? Kalbarri es una ciudad preciosa, con unas playas de fábula. Con los años se convirtió en un hervidero de turistas. Llegaban clientes de todas partes del mundo, sobre todo en verano. En fin, una noche, unos cinco años después de que yo llegara, entró en el asador una chica que me llamó la atención. Yo siempre cocinaba el pescado delante de las mesas, ya sabéis, para que los comensales vieran el proceso. Se llamaba Mary, había venido de Edimburgo para pasar las vacaciones. Nos hicimos, ya sabéis, amigos...

Bryce sonrió.

—Ya me lo imagino, ya, pichabrava —murmuró.

—Aunque solo se quedó dos semanas, porque después tenía que volver a casa. Nos escribimos, pero todo aquello fue antes de que existiera el correo electrónico, Facebook y toda esa mierda. Teníamos que escribir las cartas y mandarlas de verdad, ¿sabéis?

—Sí, sí, Harvey, ya habíamos quedado en que sabemos lo que es una carta —le cortó Bryce—. ¿Qué pasó después?

—Al año siguiente, Mary regresó. Y también al siguiente. El tercer año decidí irme con ella. Nos casamos y me establecí aquí.

—¿Así sin más? —preguntó Bryce.

—Así sin más —confirmó Harvey con una palmada.

Bryce volvió a menear la cabeza con ademán incrédulo.

Oímos unos pasos que se acercaban por la carretera y enseguida Richard y Grimes aparecieron bajo el resplandor de la lumbre. Cada uno de ellos dejó caer una caja al asfalto.

—¿Todo bien? —preguntó Richard.

—Oh, sí —asintió Bryce—. Todo guay del Paraguay. —Señaló a Harvey—. Hemos cenado rata y aquí Forrest Gump nos ha contado la historia de su vida. ¿Qué traéis?

—Agua —dijo Grimes, que abrió una caja para sacar varias botellas—. No mucha, pero debería llegarnos para casi todo el día de mañana.

Rompí el sello de la mía y la vacié de un trago. Estaba helada y no pude evitar que se me escurriese un poco por la barbilla y me mojase la ropa.

—Espacio —me recomendó la soldado—. Nos tiene que durar.

Bryce tomó un sorbo de la suya.

—¿Y qué más? —preguntó.

Richard abrió la otra caja y dejó salir una catarata de paquetitos envueltos en un plástico de colores chillones.

—Fideos —anunció—. Montones y montones de fideos.

Todos nos reímos y en ese momento sentí que una vaharada de calor se propagaba alrededor del fuego.

Aquella noche volví a soñar con un rebaño de vacas. Estaban atrapadas en el corral de un granero en llamas, enloquecidas por el miedo. Yo las miraba desde algún lugar muy elevado, observaba cómo intentaban saltar las unas sobre las otras, presas del pánico, agitando de un lado a otro sus hocicos anchos, pringados de mocos. El alboroto se hizo más estruendoso y frenético, hasta que un lamento se elevó por encima del resto, un penetrante aullido canino. Me desperté.

Estaba tendido de costado dentro del camión, de cara a la abertura del techo que daba a la carretera. La escasa luz me permitía ver las cenizas sueltas de la hoguera arrastradas por la brisa. Al otro lado de la lumbre estaban la carretera resquebrajada y la chatarra quemada. Me senté y miré alrededor del remolque. Oí los ronquidos de Richard. No vi a Grimes ni a Harvey por ninguna parte. Me llegó un ruido de fuera, seguido de la voz de Bryce.

—¡Sí! ¡Ven con papá!

Me quité la manta de encima y salí. La cabina del camión no estaba del todo horizontal, ya que se encontraba apuntalada contra el costado de otra. La puerta del pasajero se abrió y Bryce saltó a la calzada. Se acercó a mí con una sonrisa, cojeando apenas. En la mano extendida traía una botella.

—Lástima que no se nos ocurriera mirar anoche, ¿eh? —dijo.

—¿Qué es?

—¡Vodka! —exclamó—. Media botella. No creo que al conductor le importe. —Señaló la cabina con el pulgar.

—¿Algo más? —pregunté.

Bryce introdujo la mano en el bolsillo y me mostró un grueso rollo de cinta adhesiva gris.

—Para el tobillo —explicó.

Abrió la botella, tomó cinco tragos sin apartársela de la boca, los ojos clavados en el cielo, espiró ruidosamente y me la pasó. Di una chupada, sentí que el licor me cauterizaba el pecho, di otra y se la devolví. Bryce eructó en el momento en que Richard aparecía, el pelo encrespado en dos picos que semejaban los penachos de un búho. Se frotó la cara y frunció el ceño al mirar al cielo con una mano a modo de visera.

—¿Hay más luz hoy o son imaginaciones mías? —comentó.

—Dick —saludó Bryce, pasándole el vodka.

—¿Qué es? —preguntó Richard mientras examinaba la etiqueta. Bryce se sentó y empezó a desatarse el cordón. Lo miramos mientras se quitaba primero la bota y después el calcetín—. No parece que esté inflamado —observó mientras le daba un trago a la botella—. Ni magullado.

Bryce se frotó la piel gruesa y vellosa del tobillo con las manos y movió el pie adelante y atrás.

—Ya os lo dije —nos recordó—. Estoy bien. Solo me caí encima. —Sacó la cinta adhesiva y arrancó cuatro tiras que puso en vertical a ambos lados, después se pasó la cinta alrededor varias veces y la cortó. Por último, volvió a ponerse el calcetín y la bota y se levantó—. Como nuevo —dijo antes de extender la mano hacia Richard—. No seas tímido, Dick.

Richard le pasó la botella.

—¿Alguno de vosotros ha oído ese ruido? —pregunté.

—¿Qué ruido? —dijo Richard.

—Parecía un animal. Una especie de aullido —expliqué.

—Sí —corroboró Bryce. Me pasó la botella—. Lo he oído. Perros, imagino.

—Yo no he oído nada —masculló Richard—. Estaba dormido como un tronco. ¿Dónde está Harvey?

—No —dije—. A mí no me pareció que fuese un perro. Sonaba de otro modo, como más, no sé, ¿humano?

—Un zorro, entonces —propuso Bryce.

—¿Creéis que puede haber zorros por aquí? —pregunté.

—Supongo que sí —estimó Richard. Se frotó las mejillas hirsutas—. Son carroñeros. Además, se mostrarán agresivos; deberíamos estar al tanto por si apareciera alguno. Habrá que asegurarse de guardar bien la comida por la noche.

Miró algo que había a mi espalda. Cuando me volví, vi a Grimes caminando hacia nosotros. Tenía el pelo húmedo, echado hacia atrás bajo un gorro de lana negra. Traía algo de ropa y una toalla que guardó en su mochila.

—Buenos días, Laura —la saludó Bryce—. Veo que ha disfrutado de un baño. ¿Está segura de que disponemos de agua suficiente para este tipo de lujos?

—Tenía que hacerlo —contestó Grimes—. Además, no consumo demasiada.

—Los caballeros y yo estábamos degustando un ligero desayuno —dijo él. Siempre que se dirigía a ella lo hacía del mismo modo, con afectación, como si tuviera clase, con la única intención de destacar el hecho de que carecía de ella. Ahora los motivos que lo llevaban a actuar así parecen obvios, pero no lo eran entonces—. ¿Tendría a bien acompañarnos? —le ofreció la botella. Ya solo quedaban los posos.

—No, gracias —rehusó la soldado. Miró su tobillo.

—Como quiera —aceptó él, apurando el vodka.

—¿Puede caminar? —le preguntó—. ¿Correr?

—Estoy perfectamente —aseguró Bryce—. No hay problema.

—Bien —asintió ella—. En cualquier caso, debemos tener más cuidado. No nos conviene lesionarnos si queremos... si vamos a...

—¿Correr hasta Cornualles? —terminó Bryce. Tiró la botella vacía entre las brasas de la hoguera—. Entonces está decidido que ese es el plan, ¿verdad?

Grimes se puso firme para mirarlo a la cara.

—Si tiene una idea mejor, compártala —lo instó.

En ese instante oí la voz de Harvey.

—¡Amigos! —gritó desde el otro lado del remolque—. ¡Venid, rápido! ¡Mirad! —Rodeamos el camión y vimos a Harvey encaramado al flanco de otro tráiler que había volcado sobre la cadena de chatarra—. ¡Subid! ¡No os lo vais a creer!

Trepamos hasta donde él estaba y seguimos la dirección de su dedo, que señalaba hacia el horizonte. Nos encontrábamos en lo alto de lo que antes era un puente, el comienzo de un paso elevado que llevaba a la ciudad. A nuestros pies se extendían las ruinas cenicientas de las calles, entre las que se levantaban unas pocas columnas dispersas y alguna torre semiderruida y solitaria, anomalías tridimensionales que destacaban en un mundo aplanado. Pero Richard tenía razón. Aquella mañana había más luz. A ras del horizonte natural de la Tierra, sin construcciones artificiales de por medio, un tenue disco luminoso flotaba tras las densas nubes turbias.

Por primera vez desde el día de los impactos, podíamos ver el sol.

—Si eso no es un buen augurio... —se regocijó Harvey.

Londres está reventado

Guardamos los fideos en las mochilas y rellenamos los depósitos de hidratación con el agua que Grimes y Richard habían encontrado. Tras el hallazgo de Bryce, decidimos echar un vistazo en las cabinas de los otros camiones estrellados. Encontramos un botiquín de primeros auxilios, otra linterna (sin pilas), una chocolatina, un mechero, un mapa del Reino Unido y un bate de críquet. Bryce se apropió de este último y lo afianzó bajo la cincha de su macuto.

—Zorros —dijo.

Tal vez hubiera más cosas, pero nadie quería pasar demasiado tiempo dentro de las cabinas.

Compartimos la chocolatina y nos pusimos en marcha, abriéndonos paso entre los restos de los coches hasta que encontramos la carretera. Iniciamos entonces el primer tramo de treinta kilómetros. Caminamos durante una hora y después empezamos a correr. Sabía que debía estar atento a los baches traicioneros, pero la vista se me iba hacia el frente, atraída por el sol, que todavía podía verse mirando con melancolía desde el otro lado de las nubes los campos devastados, desprovistos de la vida que una vez hiciera brotar de la tierra.

Finalmente desapareció de nuevo, aunque mis ojos seguían buscándolo en el cielo plomizo.

Corríamos hacia Carlisle por lo que antes era la autopista M6. La «columna vertebral de Gran Bretaña», como decía mi padre, con la barbilla levantada orgullosamente como si se refiriera a un héroe de guerra en lugar

de a una triste franja de asfalto de la que emanaban gases contaminantes. Esta columna vertebral, ahora fracturada, sería el camino por el que bajaríamos hacia el sur hasta que llegásemos a las Midlands. Trazamos una ruta general sirviéndonos del mapa que encontramos en el camión, y como primer objetivo nos propusimos alcanzar Penrith antes del anochecer. Penrith estaba a treinta y tres kilómetros de distancia. Yo nunca había corrido más de cinco seguidos en toda mi vida.

Harvey avanzaba en primer lugar, seguido de Richard y de Grimes, mientras que Bryce y yo cerrábamos la marcha. Me pesaba la mochila, aunque solo contuviera fideos y agua. También me costaba mover las piernas, como si las botas se hubieran vuelto de plomo. Apenas había dado unos pocos pasos cuando el cuerpo ya me estaba avisando de lo poco que le apetecía realizar esa actividad. Fuera lo que fuese aquello que creía estar haciendo, tenía que parar de inmediato, debía abandonar mientras tuviera ocasión.

No desistí; algo me impulsaba a continuar, pero aunque un asomo de voluntad me animase a dar aquellos primeros pasos, a recorrer aquellos primeros kilómetros, estaba seguro de que no sería suficiente. De hecho, ya me parecía inútil seguir adelante, aunque apenas había aminorado el ritmo.

Una cadencia inusual e imprecisa puso de acuerdo mi respiración, mi pulso y el pisar de mis botas en el asfalto. Esto pareció distraerme por un tiempo, hasta que Bryce me sacó de mi angustioso trance. Vi que tenía su gran cabeza inclinada hacia la mía.

—Tú no creerás todas esas gilipolleces, ¿no? —me tanteó.

—¿Qué gilipolleces? —jadeé.

Señaló a Harvey con el mentón.

—Esas gilipolleces. Lo de cruzarse Australia corriendo. —Arrastré los ojos hasta Harvey, que trotaba ágilmente por delante de nosotros—. El viejo está

un poco mal de aquí, ¿no te parece? —dijo dándose unos golpecitos con el dedo en la sien.

—No lo sé... —reconocí silabeando a duras penas—. Parece que se le da muy bien... correr.

—Eso no lo niego —admitió Bryce—. Pero no hay nada de extraño en que un viejo salga a correr. —Se inclinó otra vez hacia mí—. Siempre se les ve por ahí, ¿no? Cabrones pellejudos que renquean de aquí para allá en sus roñosos pantalones cortos con el badajo bamboleándoseles por dentro. —Imitó un par de campanadas con la mano e hizo un gesto de asco—. Aunque una cosa es eso y otra muy distinta es correr miles de kilómetros por el desierto, ¿no crees? En serio, no está bien de la cabeza.

De repente vio algo y miró por encima de mi cabeza.

—¡Gasolinera! —gritó a los demás—. A la derecha. ¿Echamos un vistazo?

—¿Cuánto tiempo llevamos en marcha? —preguntó Grimes.

Richard consultó su reloj.

—Poco más de dos horas —respondió.

—De acuerdo —aprobó Grimes—. Podemos parar cinco minutos.

Sorteamos el quitamiedos y entramos en la gasolinera. Estaba vacía. Descansamos un poco y continuamos.

La carretera y el paisaje cambiaron de nuevo. A nuestra izquierda vimos un grupo de cráteres que no dejaban de aumentar de diámetro según avanzábamos. Un cañón colosal se abría a la derecha. En el terreno que nos rodeaba se veían cada vez menos obras levantadas por el hombre. No había nada, no quedaban ni las ruinas de los edificios y, desde luego, no vimos un solo árbol. La tierra estaba más resquebrajada y los espacios entre los baches se habían reducido.

Encontramos cada vez más coches quemados, hasta que finalmente todos pasaron a ser idénticos armazones negruzcos, bajo algunos de los cuales

yacían cadáveres que parecían cerillas consumidas a punto de reducirse a cenizas con la próxima ráfaga de viento. Más adelante ya ni siquiera había coches. Al final, la carretera desapareció por completo, de modo que tuvimos que seguir corriendo por un pedregal cubierto por una capa de escarcha. El paisaje se volvió llano, monótono, purgado de vida. Daba la impresión de que el mundo se hubiera escindido en dos mitades lúgubres: la de la tierra parduzca y la del cielo gris.

Aún se podían ver algunos restos de lo que antes era la calzada, de manera que nos mantuvimos dentro de sus límites. Cuando el terreno empezó a descender, caminamos hacia un yermo poco profundo. Un banco de niebla terrosa se levantaba más adelante, como si el mismo suelo se estuviera evaporando, dejando escapar espectros de barro hacia la umbría que se extendía sobre ellos y oscureciéndolo todo a nuestro alrededor. Noté cierto alivio en las piernas, hasta que penetramos en la niebla y seguimos corriendo a ciegas por el terreno llano y seco.

—Me siento como si estuviera dentro de un pedo —reflexionó Bryce.

Apenas veía a Harvey, que ya no era más que una silueta difuminada por la niebla. El ruido de las botas contra la tierra y el de las mochilas agitándose sobre nuestra espalda se amplificaron, como si alguien hubiera cerrado la puerta del mundo. La imposibilidad de ver la carretera me proporcionó un inusitado descanso, como si ya no quedaran más kilómetros por recorrer, como si la carrera se limitase a aquella pequeña burbuja. Ya no existía ninguna inmensidad a la que enfrentarse.

El contorno de Harvey se disipó aún más cuando nos dejó atrás. Oí entonces un ruido, en la distancia, un punteo apagado que se entremezclaba con una voz tenue y afilada. El ruido cobró volumen poco a poco, hasta que comprendí que se trataba de una melodía, la voz de un hombre que cantaba discretamente al son de una guitarra. Las cuerdas sonaban metálicas, como si

fuesen de acero, aunque el aire humedecía su vibración; una escala baja tocada con sosiego entre un revoltijo de acordes luctuosos.

Unas notas ajenas a los acordes golpeteaban y arañaban los registros más altos como pájaros que luchasen enloquecidos contra un techo de cristal. La música desmigajada impedía adivinar lo que el hombre estaba cantando, pero cada una de sus palabras viajaba con una espiración que brotaba temerosa de su garganta y moría con un gorjeo, de modo que todas las notas sonaban como una mano que emergiera de un foso y tantease los bordes en busca de algo que quedaba fuera de su alcance, temblando antes de hundirse de nuevo.

Miré a Bryce.

—¿Oyes eso? —le pregunté.

—Ajá —dijo.

Habíamos perdido de vista a Harvey. Un instante después lo oí arrastrar las botas por el suelo hasta que se detuvo más adelante. Casi de inmediato apareció de nuevo, petrificado, la vista clavada ante sí. Grimes, que había tenido que esquivarlo, se giró hacia él. Siguió la dirección de su mirada.

—Cielo santo —se asombró.

—¡Cuidado! —avisó Richard, a la vez que yo tropezaba con su espalda.

—¡Joder, Harvey! —bufó Bryce al verse obligado a rodearlo—. ¿Qué...?

Cerró la boca cuando también él vio lo que Harvey estaba mirando bajo la mortecina bruma parduzca. Me puse derecho, contuve la respiración y entonces lo vi: un avión, derribado, retorcido e hincado de morro, las alas curvadas hacia arriba como las de una gaviota lisiada. La música de interrumpió de repente. Un eructo ruidoso resonó en la profundidad de la niebla.

—Hostia puta —boqueó Bryce.

—Aviones —dijo Richard—. Debía de haber... —Miró a Grimes—. ¿Cuántos cree que habría en el aire cuando ocurrió?

—¿En el Reino Unido? —preguntó la soldado—. Puede que entre cuatrocientos y quinientos. Puede que menos. La alarma obligaría a aterrizar a los vuelos nacionales. Los demás serían internacionales.

—Los grandes —deduje.

Nos acercamos a los restos. Según nos aproximábamos, la niebla desveló más detalles. La cabina estaba abrasada y unas vetas de alquitrán se extendían hacia atrás por el fuselaje, hasta una grieta dentada que se abría en medio de este. El relleno de los asientos y una amalgama de chatarra asomaban por la abertura. Mantuvimos la vista al frente; sabíamos que estaban ahí, pero preferíamos ignorar los cadáveres en descomposición que ya se vislumbraban a nuestro alrededor. Muchos de ellos habían sido medio devorados por la hambrienta tierra seca sobre la que yacían.

—¿Y en el mundo? —preguntó Richard.

Grimes meneó la cabeza. Miramos el amasijo de hierros.

—Miles.

Nos detuvimos. Junto a la grieta, sentado en una caja, había un hombre. Nos observaba a través de la cortina de niebla, esforzándose por vernos bien, el ceño fruncido, la boca abierta y el labio superior contraído en una especie de gesto desdeñoso. Tenía una densa barba castaña que le cubría la cara hasta las mejillas. Llevaba una sucia gorra de béisbol roja y una crucecita de plata que pendía de su oreja izquierda. Sostenía entre las manos una guitarra maltratada, con los dedos de la izquierda apretados aún entre los trastes del mástil mientras los de la derecha acariciaban la cuerda. Frente a él había un pequeño cazo humeante que se sostenía sobre un montón de ceniza.

—«Londres está reventado, la costa se ha desgarrado, Birmingham un hoyo en la tierra es» —cantó.

Tenía acento del sur de Inglaterra, aunque se expresaba con un deje que me hizo pensar que había vivido también en alguna otra parte. Las vocales se

enroscaban como el humo dentro de su boca. Nos estudió durante un momento, sin dejar de acariciar despacio con el dedo índice la cuerda. Una bobalicona sonrisa de Popeye saltó de pronto a su cara. Sus dos dientes delanteros recordaban a los de los conejos de los dibujos animados.

—Hola —nos saludó. Señaló el cazo con un dedo y enarcó las cejas—. ¿Salchichas?

Nos mantuvimos apartados de él. Al ver que no respondíamos, siguió tocando la guitarra, insistiendo en la misma canción. Repitió el verso que acababa de entonar:

—«Londres está reventado, la costa se ha desgarrado, Birmingham un hoyo en la tierra es.»

Cada vez que llegaba a la última palabra, paraba, reanudaba la escala y palpaba el mástil con las yemas de los dedos como si pretendiera realizar algún ajuste preciso. A continuación, empezaba de nuevo, más despacio o más rápido, más bajo o más alto, afinando más o menos, siempre de un modo distinto.

Finalmente, Grimes se dirigió a él.

—¿Está usted solo? —le preguntó.

El hombre levantó la cabeza, sonriéndole con serenidad, y siguió canturreando hasta que concluyó el verso:

—«... Birmingham un hoyo en la tierra es.»

De pronto borró la sonrisa de la cara, dejó que la guitarra cayese al suelo y cogió una brocheta.

—Sí —afirmó—. Estoy solo. ¿Por qué no os sentáis? —Tosió y escupió—. Perdón. —Señaló el cazo de nuevo, haciendo una mueca mientras tragaba—. ¿No os apetece una salchicha? —Empezó a remover el contenido del cazo y a rascar sus paredes—. Creo que son salchichas —dijo asomándose por encima del borde.

Grimes nos miró.

—Echaré un vistazo en el avión —anunció.

—Yo también —se sumó Bryce, que dejó caer la mochila—. Que os divirtáis.

Richard, Harvey y yo nos quitamos los macutos y nos sentamos mientras Grimes y Bryce trepaban por el montículo de chatarra para acceder al fuselaje.

—Las encontré ahí dentro —indicó el hombre. Frunció el ceño al atravesar algo con la brocheta—. En esos paquetes de papel de aluminio. —Extrajo la brocheta y la sostuvo con curiosidad ante sí, haciéndola girar bajo la luz. Examinó con recelo el trozo de carne bulboso y grasiento que humeaba ante él—. Estoy casi seguro de que son salchichas.

Nos miró uno a uno y extendió el brazo para ofrecernos aquella cosa. Cuando meneamos la cabeza, se encogió de hombros y le dio un buen bocado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté.

—¿Yo? —dijo frunciendo el ceño mientras amasaba los cartílagos contra un carrillo. Observó la carne temblorosa que todavía quedaba en la brocheta como si fuese a intentar huir de un momento a otro—. Pasaba por aquí. Llegué esta mañana, pensé que tal vez encontraría algo para desayunar. — Señaló el avión con la cabeza—. Ya he echado un vistazo yo. No había nada. —Se metió un dedo en la boca y se sacó algo de entre las muelas. Lo inspeccionó por un momento—. Nada salvo estas... salchichas —dijo a la vez que volvía a introducirse en la boca aquello que acababa de extraer. Engulló de un trago el resto de la carne y recuperó la guitarra—. «Londres está reventado, la costa se ha desgarrado, Birmingham un hoyo en la tierra es.»

—¿Lo que cantas es por algo que has visto, socio? —le preguntó Harvey.

El hombre enarcó las cejas y se ajustó la gorra.

—Sí, a decir verdad —aseveró—. Así es, pero ¿sabéis lo más divertido? — Se reclinó y levantó las punteras de las botas al tiempo que estiraba la espalda. Señaló la guitarra—. Es una letra que escribí antes de que ocurriera todo —aseguró. Nos miró con una radiante sonrisa de orgullo—. Antes tenía otro sentido, e incluso una melodía distinta. Ahora es una canción completamente nueva. —Volvió a inclinarse hacia delante, tragó saliva y eructó. Resopló y miró el cazo con pesadumbre—. Creo que no eran salchichas.

—No parece que seas de Penrith —lo evaluó Richard.

El hombre apartó los ojos del cazo y volteó la gorra de nuevo, agitándose en su asiento. Se movía con la rapidez nerviosa de un personaje de cine mudo, como si su vida se proyectara demasiado deprisa y él tuviera que ralentizarse para mantenerse en la misma escala temporal que el mundo que lo rodeaba.

—No —confirmó—. No, soy de abajo. De la costa sur.

—¿Cómo has llegado aquí arriba? —inquirí.

—Caminando. —Sorbió por la nariz y se pasó un dedo por las aletas—. No me quedó más remedio después de lo que ocurrió. A nadie le quedó más remedio. A nadie de los que sobrevivieron. Pero muchos se dirigieron a Londres, ¿verdad? ¿Por qué? Yo les dije que no se molestaran, ¿qué sentido tenía? ¿Qué iban a encontrar allí? —Nos miró; obviamente para él la pregunta no era tan retórica como nos había parecido a nosotros.

Oímos varios golpes y ruidos metálicos procedentes del avión conforme Bryce y Grimes se abrían paso por el fuselaje. El hombre bajó la vista, volvió a colocar las manos en el mástil y se quedó mirándolo con tristeza.

—Estúpidos —continuó—. ¿Por qué todo el mundo se va siempre a Londres? ¿Qué buscan allí? ¿Qué van a encontrar? Yo tomé otro camino. — Señaló con la palma extendida hacia su izquierda—. Me dirigí al este

bordeando la costa... Bueno, aquello en lo que se había convertido la costa.

—¿Adónde ibas? —dije.

—A Cornwallles —respondió, arrancando algunas notas de entre las cuerdas—. Tenía familia allí. Llegué en una semana. La ciudad estaba bien, mejor que la que había dejado atrás, pero también había mucho caos. Incendios por todas partes, hoyos en las calles, todo era distinto. No encontré a nadie de mi familia, así que busqué un refugio y me cobijé allí un tiempo. —Se interrumpió y se tapó la boca con el puño, exhalando por debajo una bocanada de gases intestinales—. Sí... definitivamente, no eran salchichas.

—De aquello hace ¿cuánto?, ¿tres, cuatro meses? —preguntó Richard.

El hombre asintió, todavía con la mano sobre los labios.

—Entonces ¿por qué has subido hasta aquí?

Expelió otro eructo y tomó aire.

—Así está mejor, puaj, perdón. —Agitó la mano frente a sí—. ¿Por qué he subido hasta aquí? Tuve que marcharme otra vez. Al final aquello estaba atestado, se volvió peligroso. Empezó a llegar gente de todas partes, y aparecieron unos tipos uniformados que llevaban armas y que pretendían imponer su orden, pretendían separar a la gente.

—¿El ejército? —supuso Harvey.

—No sé, no creo. Parecían de fuera, vestían de amarillo. Empezaron a construir un cerco enorme.

—¿Un cerco? —repitió Richard—. ¿Qué clase de cerco?

—No sé, no entendía lo que estaban haciendo. Por mucho que preguntaba, nadie respondía. En una ocasión vi que disparaban a alguien. A una chica. Ella también quería averiguar qué ocurría, pero no le hacían caso, así que cuando agarró a uno de ellos, el tipo se dio media vuelta y le disparó en el pecho. —Se dio una palmada entre los pectorales—. En pleno corazón. Cayó como una muñeca, muerta. —Sorbió por la nariz, escupió, movió la cabeza

—. Recogí mis cosas y me marché de allí, me alejé.

—¿Hacia Londres? —pregunté.

—Sí —contestó—. La gran ciudad. Ja. Pero ya no tenía nada de grande. — Nos miró—. No es broma —advirtió—. Tal como os lo digo. No queda nada de nada. Ni edificios, ni carreteras, ni gente. Después de cuatro días caminando, temí haber tomado algún desvío equivocado, ya me entendéis. Temí haberme alejado demasiado hacia el norte. Después encontré un agujero y cuando eché un vistazo por dentro, me topé con un montón de gente muerta, familias sentadas y apiñadas contra las paredes. Vi un letrero de metal en una de las paredes, y entonces caí en la cuenta de que estaba en una estación de metro, en el mismo centro de Londres. En serio, no quedaba más que humo y escombros. Después empecé a ver agua por todas partes y oí una explosión, así que pensé que lo mejor sería marcharme otra vez.

Me miró a mí y después a Harvey y Richard, escudriñando nuestra ropa y nuestros macutos. De improviso, se levantó y nos tendió la mano por encima del cazo.

—Me llamo Jacob, por cierto —se presentó. Cuando le hubimos estrechado la mano, regresó a su asiento agitándose espasmódicamente y cogió la guitarra—. Y bien, ¿qué os trae por aquí?

Richard enarcó las cejas y resopló por la nariz.

—Nos dirigimos a Cornualles —le reveló.

—Joder —dijo Jacob. Retorció el gesto y se rascó la mejilla con fuerza—. ¿Por qué?

—¿Has oído hablar de los barcos? —le preguntó Richard.

—¿De los barcos? Sí, alguien que conocí en Sheffield comentó algo sobre eso. Entonces ¿existen de verdad? Creía que eran invenciones.

Le contamos lo ocurrido en el cuartel con los helicópteros, con Yuill y Henderson, y con nuestras familias. Grimes y Bryce bajaron del avión de un

salto.

—Nada —confirmó la soldado.

—Ni siquiera hay priva —se dolió Bryce.

—Lo siento, amigo —dijo Jacob—. Esto es todo lo que quedaba. —Señaló el cazo—. Sírvete... Aunque yo no...

Bryce ya había pinchado un pedazo de materia bulbosa y la estaba masticando.

—Mmm —farfulló, eyectando un chorro de grasa entre los labios que goteó por su barba morena.

Jacob lo miró con una sonrisa incrédula en la boca abierta.

—Bueno —dijo al cabo de un rato, mientras jugueteaba con la gorra—. Si queréis llegar a Cornualles, seguid hacia el este, pero sin pasaros. Todo lo que hay al oeste de los Peninos es peligroso, demasiado inestable. Por allí solo hay fosos y peñascos. El agua ha penetrado hasta Manchester, así que tendréis que pasar por en medio. Allí todavía hay edificios, cobijo, agua y algo de comida. Pero también hay gente. —Contrajo un tanto el semblante—. Así que pasad tan rápido como podáis. Tendréis que salir de esta carretera cuando dejéis atrás el distrito de los Lagos y continuar hacia el interior; acercaos a Manchester por el norte, a menos que os apetezca daros un chapuzón.

—¿Cómo están las carreteras después de Manchester? —preguntó Grimes.

—Mejor. Podréis recorrerlas sin problemas, aunque estaréis muy expuestos.

—¿Expuestos? —me extrañé—. ¿Expuestos a qué?

—¿Qué hay de los coches? —continuó la soldado.

Jacob resopló con escepticismo.

—No quedan coches. Ninguno que funcione.

Richard miró su reloj.

—Deberíamos ponernos en marcha si queremos llegar a Penrith antes del anochecer —avisó.

—Penrith está bien —comentó Jacob—. Anoche me quedé en la estación de ferrocarril. Hay una taquilla que todavía conserva el tejado.

Recogimos las mochilas y nos dispusimos a continuar.

—¿Adónde irás ahora, Jake? —le preguntó Harvey.

—No sé —admitió Jacob—. Desde luego, a Manchester no. Allí no caigo bien. Había pensado en buscar una barca, a ver qué hay por ahí.

—¿Y tu familia? —dijo Harvey—. ¿Tus amigos? ¿Qué ha sido de ellos?

Jacob sonrió y asintió, como si acabaran de contarle algo en lugar de formularle una pregunta. Volvió a centrar su atención en la guitarra.

—«Londres está reventado, la costa se ha desgarrado, Birmingham un hoyo en la tierra es.»

Rodeamos como pudimos el morro del avión y nos adentramos en la niebla. Puse las piernas a trabajar de nuevo. Mi cuerpo protestaba como un viejo al que quisieran sacar de su sueño.

—Seguid hacia el este —nos gritó Jacob desde atrás—. ¡Y perdón por las salchichas!

De pie

Empecé a desfallecer poco después de despedirnos de Jacob. Apenas nos habíamos alejado tres kilómetros del avión cuando llamé a los demás para que parasen. Se distribuyeron en torno a mí, dando sorbos de agua y murmurando palabras de ánimo mientras yo boqueaba en busca de aire, postrado de rodillas. No les respondía, porque lo único que quería decir era que no podía continuar, que nunca me había sentido tan mal, que la carretera me había vencido sin percatarse siquiera de que yo la había pisado con mis pies débiles y temblorosos, que me había equivocado, que tenía frío y hambre, que empezaba a fantasear con la idea de rendirme, que tal vez llegarían más barcos, que casi aceptaba que mi familia se había ido para así poder refugiarme en la relativa comodidad de no dar un paso más. Que no me gustaba correr ni caminar, ni practicar ningún tipo de ejercicio. Que lo aborrecía. Que jamás llegaría a acostumbrarme.

No dije nada. Recobré el aliento. Seguí adelante.

A partir de ahí las paradas fueron cada vez más frecuentes, de modo que cuando llegamos a Penrith apenas me quedaban fuerzas para caminar y debía detenerme cada pocos cientos de metros.

«Sigamos adelante», decía siempre Richard. Después ya solo Bryce se paraba conmigo, sin decir nada, hasta que yo hacía acopio de mi escasa voluntad para continuar. No recuerdo bien el momento en que llegamos a la taquilla que Jacob nos sugirió, y no debí de tardar en dormirme una vez que la encontramos. Cuando desperté, vi a Grimes observándome, inmutable pero bondadosa, como una enfermera controlando a un paciente. Se arrodilló a mi

lado.

—¿Listo? —me preguntó a media voz.

Yo todavía no me había movido, pero notaba mis músculos asomados al borde de un precipicio extraño, como si ellos supieran mejor que yo lo que ocurriría cuando volvieran a estirarse o a contraerse. Probé a mover las piernas. En efecto, el dolor brotó de los tobillos y subió raudo por las pantorrillas, las rodillas, los muslos y las caderas. Hice una mueca y sentí renacer el murmullo de mi conciencia disociada.

«No puedes hacerlo.»

«Tu cuerpo no quiere saber nada de esto.»

«Tu mente no quiere saber nada de esto.»

—No puedo... —comencé, cerrando los ojos—. No puedo...

—Vamos —me animó ella, que me tomó del brazo para levantarme—.

Arriba.

—Pero...

—No hable. Tome. —Me tendió una taza de té negro—. Mueva las piernas despacio —me aconsejó—. Así.

Subió y bajó las rodillas, marchando con cuidado sin moverse y sin levantar los pies del suelo.

Mantuve los ojos cerrados mientras sorbía la infusión, moviendo las piernas un poco y notando que la vida y el calor regresaban a ellas. Sentí como si la gravedad hubiera duplicado su fuerza de la noche a la mañana. La idea de tener que emplear los pies para desplazarme con la mochila, aunque fuese un solo paso, me producía escalofríos.

Al abrir los ojos vi a Harvey sorteando los escombros de la taquilla. Me miró a la cara.

—La sensación es insoportable al día siguiente, ¿eh? —dijo. Echó un trago de una botella de agua casi vacía.

Lo miré con unos ojos que me costaba mantener abiertos.

«No puedo...»

—Es peor que una resaca, diría yo —comentó—. Peor que la peor de las resacas.

«No puedo hacerlo...»

—¿Sabes que es lo peor de tener resaca? —me preguntó. Se dio un golpecito con el dedo en la cabeza—. Esto. Toda la mierda que se mete aquí arriba. El dolor de cabeza, el dolor de estómago... Bah. —Agitó la mano—. Eso no es nada. Lo peor son las tonterías que te inflan la sesera. La ansiedad y la melancolía, la culpa y la aflicción. Toda esa mierda que en realidad no existe. Eso es lo que te hunde.

Harvey me hizo correr en cabeza con él aquel segundo día. Volvimos a empezar con una hora caminando para después comenzar a correr. Bryce, Richard y Grimes se mantenían a cierta distancia por detrás de nosotros. Tal vez se debiera a lo mal que me sentía, pero no los notaba en absoluto afectados por el esfuerzo del día previo y parecían moverse con ligereza mientras yo resollaba y avanzaba pesadamente junto a Harvey. Supe entonces que yo era el eslabón más débil de la cadena y me pregunté cuánto tardarían en decidir mi suerte por mí, antes de que me convirtiera en el lastre que les impediría llegar a Cornualles a tiempo.

Harvey se esforzaba por hacerme hablar. Cada vez que yo dejaba morir una conversación, él iniciaba otra, preguntándome por Beth, por los niños o por la vida que llevaba antes. Sentí sus ojos clavados en mí cuando nos aproximábamos a la cima de una colina. Yo llevaba un rato con la mirada perdida en el suelo, pensando en las cosas que quería decirle a Beth, repasando las discusiones, borrando algunas de las cosas que le había dicho.

—Sé lo que es echar de menos a alguien, socio —se solidarizó—. Te quema por dentro, te lleva a pensar cosas malas, a sentir cosas malas, a sentir

culpa, miedo, desesperación, a convencerte de que podrías haber hecho más o de que no tendrías que haber hecho nada. —Mantuve la vista clavada en el camino—. Hablé con tu Beth algunas veces. Te quiere, Ed. Y es una mujer muy fuerte. Protegerá a vuestros hijitos, créeme que lo hará. —Me dio una palmada en la espalda—. Tú no tienes la culpa de esto, lo sabes, ¿no?

—Sí —respondí.

—¿Eh?

—Sí, es que...

—¿Cómo?

—Es que me gustaría...

—¿Cómo dices, socio?

Harvey tenía una manía. Cada vez que me hacía una pregunta y yo empezaba a responderle, él me cortaba en seco con un «¿Cómo?», un «¿Eh?» o un «¿Cómo dices, socio?». De vez en cuando, en esos momentos raros en que me sumía en un trance, oía sus ladridos fuertes e interrogativos una y otra vez, sin que ninguna pregunta de verdad pareciera precederlos. Resonaban en mi cabeza, unas veces a la inversa; otras, con retardo y repetidos en atropellada sucesión, como una muestra de música *dance*. Después amainaban y me permitían seguir corriendo con normalidad con Harvey callado junto a mí.

En otras ocasiones dedicaba los ratos de actividad cerebral a imaginar que la conversación seguía un curso diferente, de tal modo que yo le dejaba muy claro lo mal que estaba por su parte pedirle a alguien que repitiera lo que estaba diciendo cuando apenas había empezado a hablar, que podría deducir las palabras que se le escapaban a partir del contexto que le proporcionaría el resto de la frase. Que era injusto que le exigiera una dicción perfecta a alguien que estaba sometido a semejante presión física. Injusto y descortés. Era algo de lo que debía ser consciente y que había que corregir para que

quienes se acercaran a él se sintieran a gusto.

A veces me perdía en los detalles de esa riña ficticia.

Nunca se me pasó por la cabeza que la carrera podría estar resultando tan dura para él como para mí, que su molesta costumbre podría deberse sencillamente al hecho de que era un anciano cansado que estaba corriendo una maratón a través de un país devastado. Hasta ese extremo llegaba mi preocupación por mi padecimiento.

—Tengo que parar —resolví.

Harvey me ignoró.

—Sigue hablando —me indicó con un guiño—. Y sigue corriendo. Mantiene la mente lejos de los lugares oscuros. Yo cantaba para mis adentros cuando corría. Antes de que existiera el walkman, el iPod y demás, ya sabes. Cantaba cualquier cosa: canciones inventadas, palabras inventadas, simples sonidos, en realidad. A veces escuchaba el golpeteo que producían mis pies al pisar la carretera y el murmullo con el que mi respiración lo arropaba, los combinaba para improvisar una palabra y me pasaba el día cantándola. Se convierte en una especie de mantra, muy relajante, hipnótico. Escucha, voy a intentar formar una para ti. *Shhhi... Shiii... Uah... Bah...*

—Harvey, tengo que parar.

Agachó la cabeza y empezó a hacer ruidos.

—*Shiii... Ua... Bah... Heh... Appa... Shef...* Sí, eso es. Aquí la tienes: *Shiiuabah hehappa shef... Shiiuabah hehappa shef... Shiiuabah hehappa shef...*

Recitaba la fórmula en tripletas, como un tren al deslizarse por la vía.

—Vamos —me animó—. Prueba conmigo.

—*Shiiuabah... Heh... Hehbaf...*

—*Shiiuabah hehappa shef... Shiiuabah hehappa shef*—me corrigió.

—*Shiiuabah... Hehappa shef... Shiiuabah hehappa shef.*

—¡Eso es! —Rio—. Muy bien. Esto te ayudará a seguir adelante todo el día, te lo aseguro. *Shiiiubah hehappa shef... Shiiiubah hehappa shef.*

—¿Qué guapa la cabra es? —gritó Bryce desde la retaguardia—. ¡Viejo verde!

—*Shiiiubah hehappa shef... Shiiiubah hehappa shef.*

Meneé la cabeza.

—¿De dónde sacas la energía? —le pregunté.

—*Shiiiubah hehappa shef... ¿La energía? —repitió Harvey—. Shiiiubah hehappa shef... La energía, bueno, no lo sé, estamos hechos de energía, Ed. Todo es energía. Tú eres como... un tipo de energía... Shiiiubah hehappa shef... Que viaja por otro tipo de energía... Shiiiubah hehappa shef... ¿No?*

—Me refiero a la energía de verdad, a la que hace falta para correr, para caminar, para hacer ejercicio. Las calorías que transporta la sangre, la glucosa y todo eso.

—Ah, bueno, eso también es importante, desde luego. Si no comes, te mueres, esa clase de cosas, sí, pero... En fin, cuando hablas de recorrer una gran distancia como hice yo, digamos que una vez que pasas de un cierto punto, no importa tanto lo que hay aquí. —Se dio un par de palmadas en la barriga—. Importa más lo que hay aquí arriba —dijo a la vez que se tocaba la cabeza. Dejó que la mano descendiese deslizándose despacio por el lado de su cara, como si hubiera palpado algo de lo que no quería separarse tan rápido—. Despeja la mente y todo se solucionará —me aseguró.

—Tener la mente despejada no basta para recorrer ochocientos kilómetros —escupí.

Harvey se encogió de hombros.

—Tampoco basta tenerla de otro modo.

Troté con pesadez un trecho más.

—Harvey, ¿de verdad te cruzaste Australia corriendo?

—Ah —dijo con una sonrisa—. Has estado hablando con Hagrid ahí atrás, ¿eh? —Señaló a Bryce con la cabeza.

—Me parece que no te cree —le confesé—. Y, para serte sincero, suena bastante a cuento.

—Lo sé —admitió—. Lo sé. Pero no dejes que nadie te diga lo que tienes que creer, hijo. Eso solo puede causarte problemas. Eh, ¿Ed?

—¿Qué?

—¿Todavía quieres parar? —me preguntó—. Ya ha pasado media hora desde que me dijiste que necesitabas un respiro. ¿Te lo puedes creer?

Permanecemos de pie.

Permanecí de pie.

Todos los días, nada más despertar, nos poníamos en marcha y comenzábamos con una hora caminando. Después corríamos unos pocos kilómetros, a continuación caminábamos un rato y seguidamente volvíamos a correr. Yo corría junto a Harvey a diario y apenas me fijaba en los demás ni en cómo lo llevaban. Seguía obligándome conversar con él, aunque en general mis respuestas se limitaban a un gruñido, o como mucho a un «sí» o a un «no». Correr se convirtió en el proceso más familiar y más extraño para mí. El dolor físico y el tormento espiritual se arremolinaban en torno a mí en mi esfuerzo por arrastrar una pierna tras otra, por hacer realidad cada paso. Todo lo que hacía encontraba algún tipo de resistencia. No se trataba solo de la gravedad o de la rigidez de mis músculos, sino más bien de algo que se antojaba muy real, una entidad agresiva que había permanecido latente durante décadas de inactividad física, pero que ahora había despertado, igual que una raya que se revolviere para levantarse del lecho marino, y se había alzado a mi alrededor, repugnada, indignada y furiosa porque su huésped

había decidido moverse.

«El cuerpo no quiere saber nada de esto.»

«La mente no quiere saber nada de esto.»

«La resistencia no quiere saber nada de esto.»

«Y, aun así... estás corriendo. ¿Quién eres tú?»

Cada contracción de mis músculos machacados y estremecidos parecía encontrar una oposición cuya fuerza superaba con mucho la suya propia.

Y, no obstante, seguía de pie.

En aquel momento no era consciente de ello. No tenía la impresión de que estuviera venciendo y no imaginaba que un día superaría los obstáculos físicos y mentales que el camino me ponía delante. A cada segundo quería gritar «¡basta!» y dejarme caer al suelo. A veces sentía que me faltaba tan poco para eso que me parecía que las piernas aminoraban el paso, que la cabeza se me hundía y que las manos se me descolgaban hasta las rodillas, e incluso experimentaba la nauseabunda combinación de vergüenza y alivio que me proporcionaría el abandono. Pero después comprobaba que las piernas se movían al ritmo de siempre, que todavía miraba al frente, que mis brazos seguían aleteando con laxitud a mis costados, y continuaba padeciendo el tormento, en medio del cual quería asomar con timidez una especie de asombro orgulloso.

En esas ocasiones me sentía como si hubiera salido de una vida alternativa, de otro universo en el que sí había abandonado y donde tendría que enfrentarme a un futuro distinto. En este, la marcha, el paisaje en movimiento, el sonido de mi respiración y de los pasos de Harvey, el dolor, el hambre y el agotamiento seguían existiendo, implacables.

Ya no ejercía ningún control sobre nada.

Harvey me reveló que la resistencia con la que lidiaba no era algo a lo que pudiera vencer. Como mucho podía aprender a luchar con ella día a día, a

pararla, a golpearla y a mantenerla a raya si primero comprendía su funcionamiento. Unos días ganaría ella y otros, perdería. Según me dijo, era algo que él aprendió por sí mismo mientras cruzaba la llanura de Nullarbor. Había perdido la cuenta de los días que llevaba bajo el sol, observando cómo su sombra se movía en torno a él a medida que el sol surcaba el cielo, enloqueciendo a causa del calor y del paisaje invariable y batallando contra su propia resistencia. Entendió que esta resistencia era como una sombra, y que cuanto más oscura se volvía, más brillante se hacía la luz. Formaba parte de mí y me acompañaría siempre. Cuando alcanzaba su intensidad máxima, cuando parecía que las cosas ya no podían empeorar más, era cuando se podía descubrir la mayor de las esperanzas.

Me aconsejó que aprendiera no solo a combatirla, sino, como a todo enemigo, a amarla.

La lucha

Avanzamos entre los restos resquebrajados de la M6 durante cinco días. Dormíamos en coches reventados, en gasolineras saqueadas y bajo desniveles derruidos. Todas las mañanas me despertaba después de tener el mismo sueño. Todas las mañanas pensaba que había oído un aullido. Todas las mañanas bebíamos té negro caliente y comíamos fideos, recogíamos y reanudábamos la marcha. De vez en cuando dábamos con un coche en el que había agua para rellenar los depósitos de hidratación. Algunos incluso tenían combustible y la batería cargada, pero sabíamos que no merecía la pena perder el tiempo con ellos. Hallamos varias bicicletas de montaña en una furgoneta y recorrimos algunos kilómetros con ellas, pero no servían para salvar los barrizales y los socavones de la calzada. Continuamos a pie.

Continué a pie.

Me salieron ampollas. Un dolor afilado y punzante me nacía alrededor de los talones y de los dedos de los pies, lo que me distraía de la fatiga de los huesos y los músculos. Por las noches me examinaba los pies y observaba el avance de las vejigas, preguntándome cuándo reventarían.

Se me agrietaron los labios, la sangre me martilleaba la cabeza, la espalda se me puso rígida. Hasta el último rincón de mi cuerpo me gritaba que parase.

Aun así, todos los días nos levantábamos, nos poníamos en marcha y seguíamos corriendo.

De alguna manera logramos recorrer más de ciento cincuenta kilómetros en cinco días. En ningún momento nos cruzamos con nadie y el paisaje variaba poco: colinas y páramos envueltos bajo una densa niebla y llenos de cráteres

que hacía tiempo que no nos llamaban la atención.

Vimos otros dos aviones derribados: uno entre los peñascos lejanos de un precipicio y otro junto a la carretera. En este último encontramos más agua. La comida se había echado a perder, pero Bryce llenó hasta el último hueco libre de su macuto con las botellitas de muestras espirituosas que descubrió, tras lo que se pasó el resto del día sonriendo como un demente.

Cada jornada se hacía más dura que la anterior. La quinta noche nos cobijamos en un vagón de tren descarrilado que había empezado a desaparecer bajo la maleza. Por suerte, estaba casi vacío, salvo por unos cadáveres que sacamos de allí. Me senté, me quedé dormido y me desperté un rato después, sediento y helado. Todavía estaba oscuro. Podía ver las siluetas de los demás, que dormían en sus asientos. En ese instante unas sombras se agitaron y oí un ruido procedente de la parte delantera. Richard estaba sentado en una plaza con mesa, con un vaso de plástico y una botella frente a él. Tenía la mirada perdida en la llama de una vela corta. Me levanté y me acerqué. Bryce soltó un ronquido y se puso de lado cuando pasé junto a él.

Richard gesticuló en silencio con la mano para que ocupara el asiento de enfrente. Me senté y examiné la botella. Era vieja y estaba pegajosa.

—¿Bacardi? —pregunté.

—Lo he encontrado en el coche bar. Era esto o chardonnay. —Arrugó la cara—. Ten.

Sacó otro vaso y lo llenó. Levantó el suyo y bebimos. El trago me ayudó a entrar en calor. Los dos contemplamos la llama durante un momento.

—Antes era buceador de salvamento —comentó al cabo de un rato—. Antes de casarme. Viajaba con mucha frecuencia. Indonesia, Singapur, Australia, Sudáfrica... cualquier parte donde hubiera trabajo. Por lo general actuaba en aguas poco profundas, y no siempre era interesante. A veces solo tenía que ayudar a retirar las partes utilizables de los barcos que se estaban

hundiendo poco a poco; otras, había que recuperar la mercancía valiosa de una nave que ya se había hundido. —Rellené los dos vasos. Richard arqueó el borde del suyo con la uña del pulgar—. Me gustaba. No solo por las zambullidas, sino también por la sensación de encontrarme en un sitio donde... donde en realidad no debería... estar. Ya sabes. En un sitio que tendría que ser otro. —Me miró—. Se tiene un extraño sentido de la perspectiva cuando ves un despertador bajo el agua. —Volvió a bajar los ojos hasta el vaso y se encogió de hombros—. Como te decía, en general no era muy interesante, pero de vez en cuando vivías algo especial. —Vacío su vaso y lo deslizó hacia mí—. En una ocasión me pidieron que me sumergiera para llegar a un avión que se había hundido en Filipinas. Un caza japonés de la Segunda Guerra Mundial que no sé qué revista tenía permiso para fotografiar. Se había hundido de morro. —Describió con la mano el descenso del avión mientras emitía un silbido—. ¡Splash! Terminó a unos treinta metros de profundidad, con la parte delantera clavada en un banco de arena. Una de las alas se había desprendido y había un agujero en el fuselaje. Yo estaba allí en calidad de guía y para dar indicaciones de seguridad, nada más. —Levantó la vista—. Está terminantemente prohibido manipular ese tipo de restos.

—¿Tumbas marinas? —supuse.

Asintió.

—Exacto. Solo se permite observarlas. Pero a veces... En fin, el fotógrafo tardaba mucho y no había nadie más con nosotros. Me aburría.

Richard acercó la botella y volvió a rellenar los vasos. Yo ya no tenía frío. El ron dulce me había ayudado incluso con la sed.

—Así que entraste —deduje.

—Sí. Nadé hasta el interior y eché un vistazo.

—¿Encontraste algo?

—No mucho en la parte de atrás. Algunas botellas, cajas y algo de

munición; nada interesante, por lo que me dirigí a la parte delantera. A la cabina. —Hizo una pausa para tomar un trago—. Nadé hasta colocarme tras su espalda. Estaba reclinado en su asiento, todavía con el uniforme puesto y las correas abrochadas. Tenía la cabeza caída hacia delante, con la barbilla apoyada contra el pecho. Las manos descansaban sobre las rodillas, ambas palmas hacia arriba. Como si estuviera meditando.

Se giró hacia la ventanilla y contempló la negrura sin dejar de jugar con el borde del vaso. La luz extendía sombras afiladas sobre sus rasgos aguileños y las cuencas oscuras de sus ojos.

—Sentí algo extraño —prosiguió antes de interrumpirse otra vez con el ceño fruncido—. Vértigo. —Pareció paladear cada una de las letras, como si fueran algo que saborease por primera vez—. Creo que esa es la palabra. Como un montañero que se encuentra de pronto en una cornisa y se asoma a un cañón insondable. Tenía ante mí sesenta años de quietud, una escena violenta que llevaba ahí desde antes de que yo naciera, que había permanecido oculta toda mi vida y que sin duda permanecería igual tras mi muerte.

—Puede que ya no —teoricé. Richard me ignoró.

—De su cuello pendía un relicario que preferí no abrir, pero en el bolsillo de la camisa llevaba unas gafas de sol. Las cogí. No sé por qué, ojalá no las hubiera tocado; sabía que nunca me las pondría. Un recuerdo de aquel momento, supongo, como esas fotografías que uno toma y después no mira nunca. —Sonrió, se encorvó y se inclinó sobre la mesa, la mirada puesta en su vaso—. ¿Sabes? Me gustaba bucear porque era una manera de evadirme un rato de la rutina. Las chicas, el dinero, la vida... Nada de eso existía bajo el agua. Pero cuando conocí a mi amigo allí, en aquel avión... Aquello era distinto, algo permanente. De pronto nada importaba en absoluto. Vi mi futuro, el futuro de todo el mundo.

Levantó la mano hacia la ventanilla agrietada que tenía a su lado. Un grueso hierbajo había entrado por un agujero de la esquina. Cuando lo frotó con el índice y el pulgar, una rociada de hojas secas se esparció sobre la mesa.

—Entropía —continuó—. Entropía y descomposición. Todo se convierte en polvo. Todo intenta constantemente regresar al polvo del que surgió. —Frunció el ceño y cogió su vaso. Su cara se retorció en un conato de sonrisa—. Entonces ¿por qué esta lucha? —se preguntó. Apuró el ron, se reclinó en el asiento y se pasó los dedos entre el pelo. La luz empezaba a colarse por la ventanilla—. No tardará en amanecer. Supongo que deberíamos dormir.

Se humedeció los dedos y los cerró sobre la llama de la vela. Se llevó su manta a un asiento, se tendió y se quedó inmóvil de inmediato. Yo permanecí sentado, viendo cómo los hilos de humo azul se disipaban en la luz polvorienta. Me di cuenta de que tenía entumecida la mano izquierda después de agarrar durante tanto tiempo la lata del cuerdífono de Alice bajo la chaqueta. La apreté un poco más contra mí y pensé en el crujido de la madera y en el desmoronamiento lento del hormigón en la profundidad del mar, hasta que yo también me quedé dormido.

La Mansión Bartonmouth

El día siguiente fue más oscuro. Las nubes eran cada vez más densas. Tan solo habíamos avanzado veinticinco kilómetros antes de que la falta de luz nos impidiera seguir adelante. Aquella noche dormimos bajo un puente y nos despertamos antes del alba en medio de la riada que se había formado con la lluvia. Con los macutos calados, dimos tumbos los unos alrededor de los otros mientras recogíamos. Reanudamos la marcha sin desayunar y corrimos bajo una tormenta que se prolongó durante todo el día, convirtiendo la nieve en un fango que nos empapaba las botas.

En un momento dado, por la tarde, llamé a los demás para avisarles de que necesitaba parar, me dejé caer al suelo y comprobé que no podía levantarme otra vez. Tenía calambres. Pasé una hora intentando ponerme en pie mientras los demás esperaban. Harvey y Grimes se turnaban para flexionarme y estirarme las piernas para frenar los espasmos. Yo los observaba, sus rostros ocultos bajo unas capuchas negras circundadas por un halo de lluvia, apenas conscientes de que sus esfuerzos eran contrarrestados no solo por mis músculos agarrotados, sino también por el alivio que para mí suponía estar tumbado. Al final, logré incorporarme y Richard me ayudó a ponerme de pie.

—Por hoy está bien —decidió sobre el estruendo de la lluvia—. Ed, ¿crees que podrás caminar hasta que encontremos un refugio?

—Creo que sí —respondí—. Lo siento.

—No te preocupes. De todos modos, solo quedan un par de horas de luz.
—Se apartó el agua de la cara—. Ahora salgamos de esta puta lluvia.

Bryce se había acercado a la cuneta para observar un valle.

—Creo que he encontrado el lugar perfecto —anunció señalando un amplio claro rodeado de árboles—. Allí, ¿qué os parece?

En medio del claro se levantaba una imponente casa solariega. No parecía estar muy dañada; las paredes de ladrillo rojo se mantenían derechas, el tejado seguía intacto e incluso se divisaban los bustos de los leones que remataban los pilares de la parte alta de unas escaleras de piedra que, supuse, antes descendían hasta los jardines.

—Magnífico —valoró Richard—. Vamos.

La bajada que partía de la carretera era pronunciada y cenagosa. A los pocos pasos, Bryce patinó y cayó de espaldas. Richard acudió en su ayuda, pero también él terminó en el suelo. Cuando nos quisimos dar cuenta, todos nos habíamos caído, y emprendimos un largo descenso por el barro resbaladizo. Intenté resistirme durante unos segundos, hasta que cedí, levanté la vista hacia la lluvia y dejé que la gravedad me llevase a donde quisiera.

A donde la gravedad quiso llevarme fue a unos matorrales desnudos y achaparrados que bordeaban un hoyo profundo. Me senté y empecé a sacarme las espinas de los pantalones; entonces oí un chapoteo y un gruñido detrás de mí; me volví a tiempo de ver a Bryce chocar contra mi espalda. El impacto nos hizo rodar a los dos entre los matorrales, de modo que caímos sobre un montículo del otro lado, mi cara hundida en el barro bajo el peso aplastante de su torso.

—¡Mmmf! —protesté.

Sentí que Bryce se agitaba sobre mí, hasta que se quitó de encima y me ayudó a levantarme. Me aparté los grumos de barro de los ojos y me limpié la cara, sintiendo los arañazos que las espinas me habían hecho en las mejillas. Bryce estaba de pie delante de mí como una montaña de fango,

carcajeándose. Sus dientes centelleaban entre el lodo.

Los otros tres llegaron más o menos de la misma manera. Yo ayudé a Grimes a salir de los matorrales mientras Bryce y Richard sacaban a Harvey del hoyo. Nos sacudimos el cieno y miramos a nuestro alrededor. Habíamos accedido a los jardines de la casa.

Nos encontrábamos en medio de una larga pendiente cubierta de maleza parda y salpicada de musgo y hierbajos agrisados. En el centro había un claro de grava dominado por una fuente resquebrajada y sucia de la que se derramaba el agua. La rodeaban cuatro testas de león talladas en piedra que vomitaban al suelo una lluvia turbia. Al otro lado comenzaba un trecho de tierra que conducía a un amplio tramo de escaleras que a su vez llevaba a la casa en sí, alargada e inhóspita. La puerta principal estaba cerrada. Unas ventanas altas delimitaban las dos plantas del edificio, reventadas en su mayor parte. El tejado plano estaba decorado con una variedad de torreones ennegrecidos.

Imagué lo que podríamos haber visto tiempo atrás: un césped tupido y bien cortado y arriates coloridos rodeados de exuberantes setos bien podados; una fuente majestuosa de la que manaría un agua cristalina, escaleras blancas e impecables paredes rojizas.

—¿Creéis que estará vacía? —preguntó Harvey.

—Solo hay un modo de averiguarlo —contestó Bryce. Dio un paso adelante. Se oyó un estampido y al instante una cortina de barro saltó a sus pies—. ¡Joder! —rugió dando un brinco para eludir la rociada de lodo—. ¿Qué coño ha sido eso?

—Allí —indicó Grimes señalando la casa—. Tercera ventana por la izquierda, planta superior.

Miré hacia arriba. Vi que algo se movía tras el cristal mugriento.

—¿Es una escopeta? —preguntó Richard.

Bryce levantó las manos.

—¡Eh! —gritó—. ¡No dispare! No queremos...

El cañón del arma asomó por un agujero de la ventana. Otro estampido y otra cortina que saltaba a sus pies, esta vez más cerca.

—¡Me cago en la puta! —exclamó—. ¡A cubierto!

Echamos a correr. El seto que había a nuestra espalda no aportaba la protección necesaria, así que nos dirigimos a la fuente. Se oyeron más disparos mientras dábamos tumbos hacia ella, cada uno de los cuales nos envolvía en un nuevo diluvio de barro, como si estuviéramos pisando todas las trampas de un campo de minas. Nos dejamos caer con la espalda apoyada contra la piedra, sobrecogidos todavía por el estruendo de los disparos. Uno de ellos acertó en una de las cabezas de león, que explotó en una nube de polvo. Después todo quedó en silencio, salvo por el murmullo de la lluvia y nuestra respiración acelerada.

—¿Ya está? —preguntó Harvey—. ¿Han dejado de dispararnos?

Estiré el cuello y me asomé por encima del borde de la fuente. Había alguien en la ventana, mirando en todas direcciones.

—Creo que sí —dije—. Al menos de momento.

Richard se volvió despacio y levantó las manos.

—¿Hola? —llamó. Vi que la persona que estaba en la ventana levantaba la escopeta de nuevo—. ¡No! —gritó—. ¡Por favor! No dispare. No somos peligrosos.

La silueta de la ventana se detuvo y se irguió un poco, pero al instante siguiente pareció pensárselo mejor y apuntó de nuevo en nuestra dirección. Richard se agachó, aunque no llegó a producirse el disparo. Cuando volvimos a mirar, no había nadie en la ventana.

—Cabrones —rabió Bryce. Se levantó poco a poco—. ¿Dónde están?

Harvey estiró el brazo y agarró el abrigo de Bryce por el dobladillo.

—¡Cuidado! —advirtió—. Puede que estén recargando.

—Bah, ya estoy harto —gruñó Bryce, que se zafó de Harvey y levantó los brazos—. ¡Eh! —gritó—. ¡Los de la casa! ¡Salgan a decir hola!

—¡Bryce! —siseé.

Él resopló y le dio un puntapié a la grava.

No sucedió nada. Permaneció parado frente a la entrada, con la lluvia resbalando por su rostro y nosotros escondidos detrás de la fuente, temiendo que le dispararan de un momento a otro. De pronto Bryce se agitó y retrocedió un paso. Oí un chirrido prolongado procedente de la casa al que siguió un ruido sordo. Bryce pareció relajarse y se irguió tanto como su estatura le permitía. Cuando miré atrás, vi que la puerta de la casa se había abierto. En la escalera había un hombre alto y delgado ataviado con un traje de tweed, botas de agua y una chaqueta encerada verde. Unos mechones de cabello plateado se descolgaban desde debajo de una boina, y lo que parecía ser un parche negro le tapaba el ojo izquierdo. Con el ojo sano nos observaba furioso desde detrás del cañón de la escopeta.

Los demás nos pusimos de pie lentamente y levantamos las manos.

—No buscamos problemas —le aseguró Richard.

—Silencio —ordenó el hombre—. Quédense ahí. —El peso de la edad hacía que las palabras fluyesen temblorosas. Carraspeó—. Quédense donde pueda verlos.

Bajó las escaleras de lado, el arma todavía apuntando hacia nosotros, y se acercó hasta detenerse a escasos metros de donde estábamos.

—¿Qué quieren? —preguntó. Su voz sonaba seca y guijarrosa.

Grimes dio un paso al frente y se quitó la capucha. La lluvia empezó a deslizarse por su rostro, dibujando riachuelos pálidos entre la tierra adherida a su piel.

—Solo queremos guarecernos —le aseguró, resoplando para desprenderse

del agua que quería colarse entre sus labios—. Estamos empapados.

El ojo del hombre se contrajo un poco. Parecía estar escaneándonos, mirando de arriba abajo nuestra ropa rota y embarrada y las mochilas caladas que traíamos.

—¿No vienen armados? —preguntó—. ¿No estarán tramando algo?

—No —le garantizó Grimes.

Todos negamos con la cabeza.

El hombre orientó la escopeta hacia Bryce.

—¿Y este? —inquirió—. ¿Piensa usted causar problemas, joven?

Bryce se quitó de la cara otro grumo de barro y se lo limpió en el abrigo.

—Soy muy modosito.

El anciano entornó el ojo.

—Deme su palabra —gruñó.

Bryce se llevó la mano al corazón.

—Lo juro por el Niño Jesús.

El hombre meditó un instante y articuló un leve ruido gutural. Bajó la escopeta a un lado.

—Está bien —asintió con sequedad—. Me llamo Bartonmouth. Bienvenidos a la Mansión Bartonmouth.

Los que corren hasta el fin del mundo

—Ahora procuro no encender mucho el fuego —explicó Bartonmouth. Estaba al fondo de la cocina, forcejeando con el picaporte de una voluminosa estufa negra que ocupaba casi la totalidad de la pared—. La leña se agotó hará un par de meses. Fuera todo está húmedo y se me están acabando los muebles. No queda mucho que quemar. Pero ya que tenemos invitados... Vamos, condenada...

La puerta se abrió con un chirrido y un clanc y Bartonmouth cayó de espaldas sobre la larga mesa de roble que había tras él.

—¡Te tengo! Así. Muy bien. —Se levantó, se frotó las palmas de las manos y se quedó parado con los brazos en jarras, mirando la puerta abierta—. Madera. Madera, madera, madera, madera, madera...

Se volvió hacia otra puerta que quedaba a su izquierda y desapareció a través de ella.

Nosotros estábamos de pie en el extremo opuesto de la cocina, tiritando y chorreando agua sobre las desgastadas baldosas rojas. Afuera, la lluvia caía en impetuosas ráfagas que embestían las ventanas y las hacían sacudirse en sus marcos altos. Agradecíamos encontrarnos a cubierto, pero dentro de la casa parecía hacer todavía más frío.

La cocina era como el resto de habitaciones y pasillos por los que Bartonmouth nos había hecho pasar, con el suelo alargado, el techo alto y prácticamente desnuda de objetos decorativos. Podían verse unas leves marcas rectangulares en las paredes de las que antes colgaban los cuadros. Debajo de cada una estaba su correspondiente obra, todas ellas retratos y

paisajes de marcados trazos oscuros que ahora yacían desprotegidos y arrugados en el frío suelo.

Se oyó un estruendo a lo lejos seguido de una sucesión de taconazos. Momentos después Bartonmouth reapareció con un libro forrado en lona azul y un montón de madera astillada. Unos extraños jirones de tela estampada colgaban de ella como una estela de algas. Introdujo casi todas las astillas en la estufa y dejó el resto en una pila. Cogió el libro, le arrancó las páginas y las metió dentro también. A continuación, se palpó los bolsillos, mascullando, hasta que dio con lo que buscaba. Se produjo un tintineo y un destello y se oyó el tímido suspiro de una llama que brotaba. El anciano se arrodilló para encender la estufa, cerró la puerta y se levantó.

—Eso es —aprobó mientras cerraba la tapa del encendedor y se volvía hacia nosotros—. Por lo general, la cocina se caldea enseguida. Pronto debería haber agua caliente también. Imagino que necesitarán tomar un baño. Se instalaron varios colectores de aguas grises antes de... ya saben... la cosa, para que toda el agua empleada procediera de la lluvia. Beneficioso para el medio ambiente y todo eso. Muy beneficioso para nosotros ahora mismo, además. Aunque en principio no se debería beber, ya no queda otro remedio. No les importará tomar un poco de agua de lluvia, ¿verdad? Estupendo, estupendo.

Se mantuvo en el mismo sitio, las manos a la espalda, balanceándose sobre los dedos de los pies. Finalmente levantó la vista del suelo y dio un respingo.

—Bien, siéntense —nos invitó—. Siéntense. —Acercó varias sillas a la estufa—. Dejen aquí las chaquetas, si no les importa. Las botas también; no tardarán en calentarse.

Colgamos los abrigos mugrientos de un perchero pegado a la estufa, arrinconamos las botas debajo de ellos y nos sentamos en silencio. El agua seguía desprendiéndose de mi ropa gota a gota. El cristal de la puerta de la

estufa dejó escapar un resplandor ambarino mientras un rugido amortiguado ascendía por el humero que se fugaba por el techo. Sentí que el calor comenzaba a extenderse por mis piernas y olí el humo de la madera que impregnaba el aire gélido y húmedo. Bartonmouth ocupó la silla de la cabecera y apoyó las manos en el desgastado tablero de roble. Era un hombre mayor, tal vez octogenario, con la tez surcada por profundos pliegues y venas azules. Su boca colgaba abierta en un tembloroso arco sonrosado mientras su ojo sano saltaba entre nuestros rostros. Arrugó la frente en un gesto interrogativo.

—Bien —dijo—. ¿Quién empieza?

Richard le habló del cuartel y de los barcos, y después, uno tras otro, le contamos lo que nos había ocurrido. Nos escuchó atentamente, el semblante tenso de emoción, sin decir más que «cielos», «Dios bendito», «increíble» o «qué horror, qué horror» cuando correspondía. Una vez que terminamos, se dio media vuelta para echar más astillas a la lumbre, meneando aún la cabeza y riendo discretamente por algún comentario de Bryce.

—¿Sabía lo de los barcos? —le preguntó Grimes.

—¿Lo de los barcos? —repitió Bartonmouth mientras regresaba a su asiento—. Sí, sí, había oído hablar de esos barcos. —Agitó la mano para desestimar la idea—. De nada le serviría a alguien como yo. Además, no podría dejar la casa abandonada. No después de tanto tiempo. —Se reclinó en la silla y cruzó los brazos mientras recorría las paredes con la mirada—. Mi familia ha vivido aquí siempre. Desde hace siglos. Quedan pocas casas como esta... Muy pocas, supongo. Se abrió al público hace algunos años, por supuesto, hubo que hacerlo; la vieja no estaba muy convencida, pero yo le hice entrar en razón. Ya no nos quedaba dinero, ¿saben?, había volado.

—¿La vieja? —dijo Harvey—. ¿Se refiere a su señora?

—Sí —afirmó Bartonmouth con una sonrisa—. A mi señora, sí. Ya

fallecida, claro, por desgracia. Hace un par de años. —Golpeteó la mesa con un largo dedo pulgar—. Ahora solo quedo yo.

—Lamento oírlo, socio —se compadeció Harvey—. Sé cómo se siente.

—¿Solo queda usted? —se extrañó Richard—. ¿Vive solo en esta casa?

—Lo sé —admitió Bartonmouth—. Una estupidez. Absurdo. Demasiado grande. Pero no me quedaba elección, ¿entienden? Demasiada historia. Demasiadas... —Agitó una mano por encima del hombro—. Demasiadas vivencias.

—¿Y los empleados? —indagó Richard—. ¿No tenía cocineros? ¿Sirvientes?

—¡Ah! —exclamó Bartonmouth. Se rio y sacudió la mano hacia Richard—. Bien visto, bien visto. No podía permitirme todo eso. Antes tenía un cocinero, pero se marchó. Y también un jardinero; ni idea de qué habrá sido de él. —Se frotó la barbilla y miró por la ventana con incertidumbre, estirando su delgado cuello para ver entre las cortinas de lluvia—. Me gustaría salir y comprobar si puedo adecentar los arriates, limpiar el césped y todo eso. Puede que me ponga a ello en primavera. En fin, los empleados. Los demás no eran de verdad. Eran actores. Los puso la empresa que organizaba las visitas, ¿saben? Las doncellas, los mayordomos y demás. Todo de cara al público. Vivían en otra parte. Nunca volví a verlos después de, ya saben, la cosa. Desaparecieron todos. Se esfumaron. Puf. ¿Les apetece un trago?

—Sí —aceptó Bryce—. Sí, por favor.

—Buen muchacho. —Bartonmouth sonrió y se levantó de la mesa—. Vuelvo en un santiamén.

Salió por la misma puerta por la que había desaparecido para traer la leña. Oímos sus pasos alejándose por un pasillo de tablas chirriantes. Bryce movió el pulgar hacia atrás para señalar la puerta.

—¿Sabrá lo que ha pasado?

—¿Te refieres a «la cosa»? —dije—. Tiene que saberlo. Es imposible que no se enterase.

—Puede que no sea consciente del verdadero alcance —planteó Grimes—. Si ha estado viviendo aquí él solo, sin teléfono ni internet. Es un anciano.

—Es un tipo agradable —opinó Harvey—. Me cae bien. No hay por qué molestarlo.

—Aun así —añadió Richard—. Puede que tenga familia en alguna parte. Tenemos que cerciorarnos de que lo sabe.

Oímos los pasos lentos de Bartonmouth por el pasillo y el tintineo de la cristalería. Cuando regresó, traía una bandeja de plata con vasos para todos y una botella de grueso cristal ocre con la etiqueta agrietada. Aunque le temblaban los brazos, fruncía el ceño en un gesto de concentración. Bryce se levantó deprisa.

—Permítame ayudarlo, amigo —se ofreció, guiando la bandeja con delicadeza hasta la mesa e inspeccionando de soslayo la etiqueta de la botella durante el proceso.

—Fabuloso, muchas gracias —dijo Bartonmouth. Se sentó, levantó la botella a la altura de su ojo y examinó el elaborado texto del costado—. Nunca he sentido especial predilección por el escocés. Soy más de coñac. Pero hay que tratar bien a los invitados y todo eso. —Miró a Bryce, a Richard y a Grimes. Después inclinó la botella hacia Harvey y hacia mí—. ¿Les, eh... importa, caballeros?

Meneé la cabeza.

—Coñac, whisky, cualquier cosa estará bien —agradeció Harvey.

—Excelente —se alegró Bartonmouth—. Permítanme servirles, entonces. —Llenó los vasos con generosidad y los distribuyó—. Salud —dijo alzando el suyo.

Los demás levantamos también el nuestro y bebimos. Tomé un trago excepcionalmente largo. Sabía a gloria, a pura ambrosía. Estando como estaba, calado hasta los huesos y muerto de frío, una cucharadita de ron de garrafa habría servido, pero aquello era algo especial. Lo saboreé al instante, como si una puerta que no había visto hasta entonces se hubiera abierto de sopetón para permitirme el paso a un vasto paisaje de bosque, tierra y mar; de altos pilares de piedra cubiertos de salmuera y algas; de cielos fríos y estrellados; de habitaciones antiguas a la luz de las velas; de ojos profundos; de vidas fugaces y promesas susurradas. Sentí como si alguien me hubiera llenado la cabeza con mil años de recuerdos secretos y recónditos.

—Vaya —murmuró el anciano—. Vaya, a decir verdad, está muy rico.

—¿Qué whisky es? —le pregunté.

—Veamos. —Bartonmouth volvió a consultar la etiqueta—. Mor... Mort... Mortlach, creo que pone. Mil novecientos... ¿Puede leerlo, señor?

Le pasó la botella a Richard. Este parpadeó. Su mandíbula se descolgó poco a poco.

—Mil novecientos treinta y ocho —dijo—. Tiene más de setenta y cinco años.

—Vaya, casi tantos como yo —calculó Bartonmouth. Dio otro sorbo—. Bien, ¿quién me lo iba a decir? ¡Puede que al final sí que sea más de whisky!

Continuamos bebiendo en silencio. Bryce parecía estar particularmente emocionado. Al cabo de un rato, Grimes se inclinó sobre la mesa.

—Lord Bartonmouth —empezó.

—Rupert, por favor.

—Rupert —volvió a comenzar la soldado—. Sabe... Sabe lo que sucedió, ¿verdad?

El anciano gesticuló con frustración, como hacen las personas mayores cuando se les formula una pregunta demasiado ambigua.

—¿Cómo dice? —solicitó.

—Me refiero a si está al tanto de lo que pasó el verano pasado. A nivel nacional. Mundial.

Bartonmouth detuvo la mirada en Grimes durante unos instantes. Arrugó la frente al comprender y se reclinó en la silla.

—La Mansión Bartonmouth fue levantada en un valle —rememoró—. El primer lord Bartonmouth, mi tata... lo que fuese... la hizo construir para su esposa. A ella le gustaban los ríos, ¿saben?, de modo que él decidió ubicarla junto a uno, en el corazón del valle. Colinas al sur, colinas al norte. Un lugar resguardado, ¿entienden? Aquí no nos vimos muy afectados. Lo oí todo, por supuesto; vi cosas, sabía que había incendios. Pero Bartonmouth... —Dio un pisotón sobre el suelo de piedra—. Es sólida. Firme. Estaba protegida.

Tomó la botella y me miró con una ceja enarcada. Le tendí mi vaso, lo llenó e hizo lo mismo con el resto.

—Supe que estaba ocurriendo algo cuando la radio dejó de funcionar —continuó—. Lo siguiente fue la luz y después, el teléfono, aunque tampoco es que lo usase mucho antes. Luego llegaron todas esas nubes y tormentas, cuando estábamos teniendo un tiempo tan espléndido. Me quedé dentro de la casa; por si acaso, dejé de salir. Cerré la puerta con llave. Durante semanas no sucedió nada, no apareció nadie. Se me ocurrió que podría dar una vuelta con el coche. Hay un pueblo a unos veinticinco kilómetros al oeste; pensé que podría pasarme por allí, a ver cómo estaban las cosas. Pero entonces... entonces llegaron unos visitantes.

Dio otro trago, posó el vaso en la mesa y cruzó los brazos.

—¿Qué visitantes? —preguntó Harvey.

Rupert combó hacia abajo las comisuras de la boca.

—Una gente muy grosera —dijo—. Rufianes, jovenzuelos, muchachos en su mayoría, pero también algunas chicas. Desde luego, de damas tenían poco,

eso se lo puedo asegurar. Entraron por el acceso principal cuando me disponía a salir, unos veinte en total, y se plantaron delante de mí con chulería sin decir ni hola siquiera. Muy maleducados. Uno se me acercó, un individuo aborrecible a más no poder, repugnante e impertinente, y me dijo que pensaban quedarse aquí. En mi casa. En Bartonmouth.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Les dije que se largaran, qué si no. «Fuera de aquí», les exhorté, «marchaos por donde habéis venido». Entonces el impertinente empezó a burlarse de mí, a insultarme, hasta que todos se echaron a reír. Aquello no me gustó nada, se lo aseguro. «Escúchame, jovencito», le dije, «si no salís de mi propiedad ahora mismo, os echaré los perros». Por supuesto, hacía tiempo que no veía a los sabuesos, no tenía ni idea de dónde se habrían metido, pero eso no se lo iba a decir a él. El gamberro se rio todavía con más ganas, y me dedicó otra sarta de insultos. «¡Llamaré a la policía!», le advertí. —El anciano frunció el ceño ligeramente y se revolvió en la silla—. Aquí las cosas se pusieron muy feas, me temo. No había mucho que pudiera hacer. Me resistí como buenamente pude, les solté algún puñetazo, les hice probar un par de ganchos de izquierda y eso, pero, en fin, eran demasiados. Demasiados. Me zarandearon, me obsequiaron con esto —explicó, llevándose un dedo al parche del ojo—. Me arrastraron adentro, se adueñaron de la casa. Lo dejaron todo hecho un desastre. Un desastre. Empezaron a revolver los armarios y los cajones, a beberse mis botellas, a rapiñar la comida, a destrozar cosas, a usar los dormitorios para Dios sabe qué.

—¿Cuánto tiempo se quedaron? —preguntó Grimes.

—Casi una semana. Fueron unos días infernales. Me obligaron a hacer cosas... —Nos miró y de súbito se inclinó hacia delante—. No de ese tipo, entiéndanme; un hombre tiene sus límites. —Volvió a reclinarsse—. Solo, ya saben, a servirles, a cocinarles, a limpiar su porquería, a obedecer sus

órdenes. Les seguí el juego, pensando que, si aguantaba un poco, terminarían por aburrirse y me dejarían en paz.

—¿Y le dejaron en paz? —insistió Grimes.

Rupert suspiró.

—Un día andaban todos holgazaneando en el salón, bebiéndose mi Pétrus, y entonces uno de ellos coge un jarrón y lo tiende hacia mí. «Baila», me ordena. «¿Qué?», respondo. «Baila», insiste, «o rompo el jarrón». Le advierto: «Lo que tienes en las manos es mi madre. Déjala donde estaba de inmediato». El malnacido me mira con socarronería. «Baila o la estampo contra el suelo», me amenaza. «Baila. Baila.» Entonces todos se ponen a decir lo mismo, a coro, dando palmas. «¡Baila! ¡Baila! ¡Baila!», también esas muchachas insufribles, todos carcajeándose y mirándome con desprecio, como una maldita hinchada de fútbol o algo parecido.

—Gamberros —renegó Harvey entre dientes—. ¿Qué hizo, socio?

—Me mantuve firme, eso hice. Ya estaba bien, ¿no les parece? Lo miré a los ojos, y le avisé: «Deja a mi madre en su sitio o lo lamentarás». Se lo dije con el mayor énfasis, levantando la voz tanto como pude. Eso los hizo callar. Dejaron de corear y el salón se quedó en silencio. Entonces el bellaco lo deja caer. Deja caer a mi madre. A mis pies. Se desparramó por el suelo, claro; por las tablas, por la alfombra.

—Cielos —dijo Harvey—. Yo le habría dado una buena tunda.

—Ganas no me faltaron, Harvey, ganas no me faltaron. Pero me contuve; sabía que no era lo más conveniente dadas las circunstancias. Solo habría conseguido que volvieran a lastimarme.

—Entonces ¿qué hizo? —se interesó Richard.

—Bien, en el salón hay un silencio sepulcral, su grupito no da crédito a lo que acaba de suceder. Una muchacha que observa desde un rincón, una joven detestable, empieza a reírse como una tonta. El desgraciado mira al suelo, ve

el estropicio que ha causado y da un paso adelante para ponerse encima, para pisar a mi madre. Zapatea unas cuantas veces, esparciendo a mi madre en una polvareda con sus enormes botas inmundas, y dice: «Será mejor que limpies esta porquería, viejo». Agita una mano hacia mí y me ordena: «Espabila, trae un recogedor», o alguna impertinencia parecida.

Rupert se inclinó hacia delante y repartió entre los vasos el resto del whisky.

—No lo haría —esperó Harvey—. No le obligarían a recoger las cenizas de su madre delante de ellos, ¿verdad?

Rupert se levantó y abrió la estufa. Una arremolinada ráfaga de calor se propagó por la cocina mientras echaba a la lumbre la leña restante.

—Giré sobre mis talones y salí del salón. Rompieron a reír. Podía oír sus mofas y rebuznos según me alejaba por el pasillo, cruzaba el vestíbulo, pasaba por delante de los retratos de mi madre y de mi padre, colgados junto al comedor, e incluso mientras salía por la puerta de la cocina. El día que llegaron, varios de ellos dieron con la sala de caza y se apropiaron de las armas y de la munición. Supongo que pensarían que les harían falta allí a donde decidieran ir después. La cuestión es que no sabían que también estaba la escopeta de papá. La que uso yo.

—La que empleó para dispararnos —entendió Bryce.

—Sí. Sí, lo siento —se disculpó Rupert. Bryce agitó la mano para quitarle importancia—. En fin —prosiguió—. Había guardado la escopeta de papá en el cobertizo de los botes, junto al río, la última vez que salí de caza. Esos miserables nunca se habían acercado allí, se quedaron dentro todo el tiempo. Así que bajé a por ella, cogí un par de cartuchos y los cargué mientras volvía a subir. Seguían riéndose cuando regresé al salón. Eso sí, cuando me vieron, se quedaron mudos. No se oía una mosca. No dijeron nada. Ni pío. Levanté la escopeta y apunté al mastuerzo que seguía pisoteando a mi madre. Me miró,

pero ya no se reía. Creo que quiso decir algo, pero no oí el qué. Apreté el gatillo. Bam. Sin más.

—¡Cielo santo! —se horrorizó Harvey, los ojos como platos—. ¿Lo mató?

—Me temo que no podría haber ocurrido de otro modo al dispararle con una escopeta a bocajarro. Voló de espaldas contra la pared y cayó a plomo. Repartí unos cuantos perdigonazos más entre algunas de las sabandijas que lo rodeaban.

—¿Qué hicieron? —quiso saber Richard.

—Dejarse llevar por el pánico. Se desata un jaleo tremendo. Empiezan a correr de aquí para allá. Una de las muchachas se acerca al cadáver y empieza a gritarme: «Lo has matado, viejo hijo de puta», a lo que le respondo: «Y os mataré a todos si no os largáis en este mismo instante. ¡Fuera de aquí!». Por supuesto, temía que contraatacasen de alguna manera, que sacaran sus armas y me disparasen. No podría haber hecho mucho más en esa situación cuando solo me quedaba un cartucho, pero no opusieron mayor resistencia. Imagino que estaban demasiado conmocionados. Además, probablemente nunca habían disparado a nadie.

—¿Se marcharon? —preguntó Grimes.

—Ya lo creo que se marcharon —aseguró Rupert—. Les faltó tiempo. Salieron corriendo, muchos todavía gimoteando, chillando o terminando de vestirse. No he vuelto a verlos. Desde entonces me ando con cuidado, me fijo más en las cosas. Pero ni me he marchado ni nadie ha vuelto por aquí. —Nos miró—. Hasta que han aparecido ustedes, claro está.

—¿Cómo lo sabía? —le preguntó Bryce—. ¿Cómo sabía que nosotros no éramos peligrosos?

Rupert ensartó en él su brillante ojo sano.

—Me dio su palabra, ¿no? —respondió.

—Sí, pero...

—Si ya no puedes fiarte de la palabra de un hombre, apaga y vámonos. No merece la pena. La civilización puede darse por muerta. —Dio un puñetazo en la mesa y gruñó satisfecho para sí—. Además, reconozco a un malandrín cuando lo veo. Y ustedes no son unos delincuentes.

Se volvió hacia Grimes.

—Sé lo que ocurrió, querida. Puede que sea un viejo, pero no estoy senil. —Miró en torno a la mesa—. Vivimos en una roca. Una roca que vuela por un lugar lleno de rocas a su vez. Era cuestión de tiempo, ¿no? Tantos años preocupados por lo que le estábamos haciendo, fregando las latas para reciclarlas e instalando trastos para recoger el agua de lluvia... —Volvió a mirar por la ventana. Las vetas de luz cenicienta empezaban a oscurecerse, pero la lluvia continuaba castigando el cristal—. Creo que tendríamos que haber dedicado menos tiempo a preocuparnos por el jardín. Y más a buscar la puerta.

—Amén a eso —asintió Bryce alzando su vaso.

El anciano realizó una aspiración larga y temblorosa por la nariz y nos sonrió.

—Bien —dijo con el ceño fruncido—. De modo que se dirigen a Cornualles. Queda un buen trecho desde aquí. ¿Cómo piensan desplazarse?

—Corriendo —respondió Richard.

Rupert se atragantó.

—¿Disculpe?

—Vamos corriendo —repitió Richard.

—¡Ja! —exclamó el anciano con una sonrisa radiante—. ¡Me encanta! ¡Es cierto que van corriendo! —Echó la cabeza hacia atrás y elaboró una carcajada sostenida y estentórea. No se advertía en ella burla alguna. Sencillamente la idea le divertía. Cuando se quedó a gusto, nos miró y asintió—. Así que el mundo se acaba y ustedes deciden salir a correr. Brindo por

ello.

Bryce levantó su vaso y los demás le imitamos.

—Por el fin del mundo —propuso.

—Por los que corren hasta el fin del mundo —festejó lord Bartonmouth.

Telescopios estropeados

Rupert preparó dos baños en dos habitaciones separadas, uno a cada extremo del pasillo que recorría la parte trasera de la casa. Uno era para Grimes y el otro, para los hombres. No había bastante agua caliente para renovarla después de cada turno, de manera que echamos el orden a suerte y a mí me tocó entrar el último. Bryce me guiñó el ojo cuando nos cruzamos en la puerta. Me tendí en la alargada bañera de marfil y di gracias por que solo una vela alumbrase el agua en aquella habitación donde no se veía nada más.

El elegante cuarto de baño carecía de muebles. La bañera estaba junto a un par de largas cortinas azules que colgaban abiertas al fondo. La ventana se agitaba y golpeteaba al son del viento que seguía envolviendo la casa, y la lluvia trazaba dibujos angustiosos sobre el cristal negro, arroyuelos que se perseguían incansables entre sí, uniéndose, escindiéndose, transformándose y deshaciéndose en una suerte de romance frenético y vano. No había nada al otro lado, ni luces, ni formas que distinguir en la negrura. Me sentí protegido, pero por algo que podría ceder y derrumbarse en cualquier momento. Lo que había fuera, la tormenta helada, la vastedad, los restos de un país que ahora yacía hecho trizas, tal vez también aquello que emitía el aullido animal que seguía oyendo cada amanecer, era demasiado inmenso y demasiado aplastante para mantenerlo a raya. Sentía que el agua, abundante y caliente, me aliviaba los músculos. Habría estado bien refugiarse en esa casa antigua, quedarnos a beber el whisky de un anciano lord y a descansar al calor de sus muebles quemados, pero sabía que tendríamos que reanudar la marcha por la mañana.

Cerré los ojos y solté las riendas de mis pensamientos, que corrieron a recordar a Beth. A Beth haciéndome ojitos, en la cocina, la mañana siguiente al día en que le pedí que se casara conmigo. A Beth tendiendo al sol la ropa de bebé. A Beth sentándose con urgencia en el inodoro mientras yo me duchaba, mirándome y haciendo una mueca mientras vaciaba la vejiga. A Beth ensimismada en uno de sus chistes, en cosas que pensaba que solo tenían gracia para ella y que por tanto no compartía conmigo, pese a mis protestas. A Beth metiéndose desnuda en la bañera conmigo una noche, cuando empezaba a notarse la barriga en la que traía a Alice, estirando los brazos, tomando mi cara entre sus manos y acercando sus labios a los míos...

Debí quedarme dormido, porque de pronto me encontré mirando hacia arriba a través del agua. Me senté, escupiendo y agarrándome a los bordes de la bañera. El agua se había entibiado y la vela ya no era más que una plasta mantecosa de cera derretida junto a los grifos. Me froté la cara y me miré el pie derecho. Lo saqué del agua poco a poco y lo giré bajo la luz lánguida. Una ampolla enorme dominaba el empeine. Al apretarla sentí que el líquido presionaba la pared gruesa del callo. Sabía que la piel no tardaría en desgarrarse, dejando la herida en carne viva y añadiendo otro dolor a la colección.

Me incorporé y me levanté, afirmando mis piernas debilitadas; salí de la bañera y me quedé quieto, chorreando agua sobre las baldosas frías.

Rupert nos buscó algo de ropa para que nos la pusiéramos mientras la nuestra se secaba junto a la estufa. Aprovechó para enseñarnos parte de la casa a la luz de una vela. Pasó sin hacer ningún comentario junto a una puerta cerrada, la cual supuse que daría al salón donde disparó al ingrato invitado. No tenía ni idea de cuántas personas habrían pasado por sus estancias a lo largo de los últimos siglos, pero muchas parecían permanecer en la memoria de los armarios, aún llenos de vestidos, trajes, túnicas, uniformes y zapatos

antiguos. En un pequeño guardarropa colgaba una hilera de uniformes escolares verdes, idénticos salvo por la talla, que aumentaba a lo largo del perchero de izquierda a derecha.

Encontró un atuendo para mí en un dormitorio ubicado al fondo del pasillo de arriba, cubierto de libros y papeles tirados. Eligió unos gruesos pantalones de lana, una chaqueta a juego y una camisa de color hueso con los puños todavía arrugados por haber estado mucho tiempo remangados hasta los codos. También sacó con mucho cuidado unos calzoncillos marrones y unos largos calcetines de tenis de una cómoda contigua al guardarropa, así como un par de zapatos de cuero marrones de debajo de la cama.

Me vestí casi a oscuras. La diferencia entre mi edad y la de aquella ropa podría haberse calculado en términos de guerras y funerales, no solo en décadas, pero los tejidos eran fuertes al tacto y, de alguna manera, incluso lujosos, a pesar de los bordes raídos y del olor rancio. Cuando terminé de atarme los zapatos, cogí los restos de la vela, salí al pasillo y lo recorrí guiado por el murmullo de unas voces que procedían de una amplia habitación cercana a la cocina.

La estancia estaba bien caldeada. Un montón de fragmentos de tablas minuciosamente talladas crepitaban y chisporroteaban en un hogar gigantesco; Rupert seguía quemando los muebles. Un bosquecillo de velas rodeaba la lumbre y bordeaba la repisa. Harvey y Richard estaban sentados junto a ella en un sofá alargado. Ambos sostenían una copa de vino. Richard estaba tendido con las piernas cruzadas y un largo brazo apoyado sobre el respaldo. Rupert le había buscado un traje de caza de tweed, que vestía con la misma naturalidad que si lo hubiera sacado de su propio armario. Harvey, que llevaba un grueso suéter para salir a navegar y unos pantalones de pana roja, permanecía sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, los codos apoyados en las rodillas y la copa suspendida mientras contemplaba las

llamas.

Bryce se había acomodado en un sillón de enfrente con una pierna debajo de la otra. Su pelo colgaba en húmedos tirabuzones morenos y su barba brillaba bajo la luz anaranjada. Sus dimensiones habían dificultado a Rupert la búsqueda de ropa para él. Después de darle muchas vueltas, el lord concluyó que solo había un armario que podría contener prendas que le valiesen. El mueble había pertenecido a su cuñada, una mujer de gran corpulencia que vivió con ellos durante sus últimos años. Así que Bryce vestía un holgado camisón rosa decorado con caracteres chinos negros y dibujos de golondrinas. Por debajo parecía llevar unos calcetines altos de paseo que le llegaban por encima de las rodillas. Quién sabía qué podría encontrarse más arriba. Los tres levantaron su copa cuando me vieron aparecer.

—Muy elegante —dijo Harvey. Dio una palmada en el asiento de al lado —. Ven a sentarte, hijo.

Me acomodé y Richard me sirvió una copa de la botella que estaba calentándose junto al fuego.

—Te has tomado tu tiempo —observó Bryce. Me miró agitando las cejas con una sonrisa—. No es fácil, ¿verdad?, en el baño de otro. A veces las cosas no salen, ya sabes, a la primera.

Richard se inclinó hacia delante y me tendió una copa.

—Bryce... —le avisó.

—Pero al final salen, ¿eh? —Me guiñó un ojo asintiendo—. A mí, desde luego, me han salido.

Harvey frunció el ceño y agitó la mano ante sí.

—¡Ya basta, Bryce! —le exigió.

—¡Joder, Bryce! ¿Cómo se te ocurre? —le recriminó Richard.

—Bah, estoy de coña, mamones —se defendió Bryce—. ¿De verdad creéis

que iba a hacerme un pajote en el agua donde se ha bañado otro hombre? ¿Después de que hubierais pasado vosotros dos primero? No me jodáis, con todos esos vellos púbicos de viejo flotando por ahí. —Se reclinó en el sillón—. Ni de coña me pongo palote yo ahí dentro.

Me guiñó el ojo otra vez y bebió de su vino.

—¿Dónde está Grimes? —pregunté en un intento por sacarme esa imagen de la cabeza.

—Todavía no la hemos visto —respondió Richard.

—Su señoría está preparando algo de comer —informó Harvey.

—Sí, una idea cojonuda —celebró Bryce—. Me muero de hambre.

De pronto caí en la cuenta de lo hambriento que estaba yo también. Llevábamos todo el día sin probar bocado; la lluvia nos lo había impedido. Se oyó un tintineo de platos cuando Rupert entró. Traía otra bandeja, esta vez mucho más grande. Le ayudé a depositarla con cuidado en la mesa situada frente a la lumbre.

—La cena está servida, caballeros, la cena está servida —anunció mientras se ponía derecho.

La bandeja venía cargada de cuencos de porcelana llenos de un guiso canela humeante. Al fijarme de cerca reparé en la presencia de unos cubos de carne grisácea encapsulados en una gelatina transparente. Se esparció por la estancia un penetrante tufo a despojos que me hizo apartarme.

—¿Es...? —empezó a preguntar Harvey.

—Me temo que las despensas quedaron prácticamente vacías cuando los visitantes se marcharon —se lamentó Rupert—. Toda la comida fresca había desaparecido, hasta las latas. —Señaló la botella de vino—. También dejaron muy mermadas las reservas de clarete añejo. Lo único que no tocaron fue, eh, la comida de los perros. Siempre la compraba al por mayor, así que hay un montón. Es casi lo único que como ahora. Sabe mejor si se calienta. —Nos

miró nerviosamente—. Espero que les parezca bien.

Se secó la palma temblorosa en la camisa, intentó arreglarse el cuello con el dedo, titubeó y dejó caer la mano. Al ver aquel gesto sentí una lacerante sensación de pérdida e impotencia y noté que las lágrimas afloraban a mis ojos. Quise acercar el cuenco, vaciarlo y decirle que no pasaba nada porque nos ofreciera comida de perro, que era un buen hombre porque nos había dado cobijo, que no merecía vivir solo en una vieja mansión ruinoso sin su mujer. Me contuve, sorprendido por semejante profusión de emociones, y me pasé el dorso de la mano por los ojos.

Creemos que el lenguaje nos une, que nos acerca, pero en ocasiones me pregunto cómo de lejos estamos en realidad los unos de los otros. El movimiento que un hombre mayor hace con la mano puede llevarnos a elaborar miles de suposiciones, la mayoría de las cuales serán probablemente erróneas. La única guía con la que contamos es la que nos ofrece la ventana sesgada desde la que observamos el mundo. Somos como ermitaños que viven cada uno en el altillo de una gran cabaña levantada en lo alto de una colina y se observaran los unos a los otros por medio de telescopios estropeados.

—Por mí está bien —aceptó Bryce.

Se inclinó hacia adelante, cogió el cuenco y se llevó una cucharada a la boca. De pronto dejó de masticar, con un carrillo preñado de carne, y clavó la mirada en la puerta. Grimes acababa de entrar.

Se había puesto un vestido de terciopelo carmesí que llegaba hasta el suelo. El tejido se ceñía desde los muslos, acentuando las caderas, hasta la voluptuosidad de su abdomen. Su cabello desarreglado caía en bucles alrededor de sus hombros pálidos, más allá de los cuales unos rizos delgados se aventuraban hacia un escote breve e indefinido.

—Vaya... —se admiró Rupert—. Si me permite, está muy guapa.

Deslumbrante.

Grimes paseó una mirada tímida por la habitación. Noté que la posaba en Richard más tiempo que en los demás. Ahí fue cuando finalmente lo entendí, y me pregunté cómo no me había dado cuenta antes. Ya cuando estábamos en los barracones noté que con él no se comportaba igual que con los demás hombres. Quizá diese por hecho que se debía a la natural autoridad militar de Richard, o a su innato don de mando, pero ahora lo veía claro: Grimes sentía algo por él. Cuando lo comprendí, miré a Bryce, vestido con su camión rosa y la mejilla todavía hinchada. No había movido un músculo. Lo oí tragar la cucharada de comida de perro y volver a dejar el cuenco en la mesa. Entonces se dio cuenta de que yo lo estaba mirando y apartó la vista.

—Me queda algo justo —admitió Grimes, que se retorció un poco—. Su esposa debía de tener una figura espléndida.

—Así es —afirmó Rupert—. En su día, sí, sí que la tenía. Muchísimas gracias, querida, estaba deseando que alguien volviera a lucirlo.

—De nada —respondió Grimes—. Es un alivio ponerse algo que no sea el uniforme, para variar. —Sonrió y miró la bandeja de cuencos humeantes—. Qué bien. ¿Qué hay para cenar?

Engullimos la comida de perro deprisa y en silencio. Sabía mejor que la rata que asamos junto al camión de artículos de escritorio y, de hecho, el hambre voraz que tenía aplacaba las náuseas que me inundaban la garganta a cada trago. Cuando terminé, apuré el vino y me enjuagué la boca con él para deshacerme del regusto, aunque sospechaba que me acompañaría durante días.

Rupert se llevó los platos a la cocina. Cuando regresó, traía en las manos el cuerdífono de Alice. Me levanté dando un respingo instintivo y tuve que contenerme para no quitárselo de las manos.

—He encontrado esto —dijo Rupert—. Se lo había dejado en el cuarto de

baño. ¿Entraña algún, eh, valor para usted?

Sentí que los demás también me miraban. Nos habían visto hablar con él a Alice y a mí en los barracones, pero nunca les había contado que me lo llevé cuando nos marchamos.

—Es de mi hija —aclaré—. Se lo olvidó. Lo utilizo para... hablar con ella.

Rupert enarcó las cejas.

—¿Para hablar con ella? —repitió mirando las latas y la cuerda deshilachada mientras les daba vueltas entre las manos. Después asintió, como si me comprendiera—. De niño también jugaba a esto. Con mi hermano mayor, Godfrey. Empleábamos unas cuerdas tan largas que cruzaban el jardín. Nos lo pasábamos de maravilla. De maravilla.

Asintió de nuevo y me entregó las latas.

—¿Las has llevado encima todo el tiempo? —me preguntó Richard.

—Colgadas del cuello —afirmé—. Me ayuda. Puedo sentir las, me traen recuerdos.

—Eso está muy bien, socio, pero que muy bien —aprobó Harvey, que me puso una mano en el hombro. Miró a los demás—. Eh, deberíamos firmarlas, poner nuestras iniciales en ellas o algo así, ¿qué pensáis?

Grimes y Richard asintieron.

—¿Te parece bien, Ed? —dijo Richard.

Encogí los hombros a la vez que afirmaba con la cabeza.

—Un momento —solicitó Rupert. Salió por la puerta y regresó instantes después con una navaja de cocina—. Está un poco roma, pero debería valer —comentó mientras me la tendía.

Miré a los otros.

—Usted primero —me animó Grimes.

Afiancé la punta de la navaja entre el pulgar y el índice y grabé mis iniciales en la base de una de las latas. Richard las rubricó a continuación.

Bryce, que se había mantenido en silencio, se limitó a mirarme, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, hasta que las latas y la navaja llegaron a su regazo. Firmó y se inclinó hacia mí para ofrecérmelas. Cuando las cogí, él las retuvo un momento y acercó su cara a la mía.

—Al final me vas a caer bien —me susurró antes de soltarlas.

Después cogimos una borrachera de órdago. Rupert subió de la bodega una botella de vino tras otra, más tarde pasó al oporto, luego sacó más botellas de whisky añejo y, por último, más vino. Nos habló en detalle de los buenos tiempos de la mansión, de su infancia, de las fiestas suntuosas y de los invitados célebres que se habían alojado bajo su techo. Cada vez que la conversación comenzaba a desviarse hacia el tema de los asteroides, alguien se encargaba de darle otro rumbo. Era como si el tema en sí fuese un amigo que se había tomado una copa de más y al que no convenía dejar hablar por si se le ocurría recordar algo que a nadie le apetecía oír.

En un momento dado, Rupert mencionó los barcos y la atmósfera se enfrió.

—¿Hacia dónde creéis que partirán? —preguntó Harvey.

—¿Qué más da adónde vayan? —solté—. Yo no pienso subir a bordo.

Todos se volvieron hacia mí.

—¿A qué te refieres con que no piensas subir a bordo? —inquirió Richard.

—No voy a viajar en ellos —insistí—. ¿Para qué? Me reuniré con mi familia y me la llevaré de allí.

Richard posó la copa.

—¿Qué? —se atragantó—. ¿Adónde crees que vais a poder ir?

—En el cuartel estábamos bien —dije—. La vida era sencilla, teníamos cuanto necesitábamos. Protección, techo, comida, agua. Lo único que hay que hacer es aguantar hasta que todo vuelva a la normalidad. Ya hemos visto que el sol empieza a asomar entre las nubes, lo que significa que pronto volverán a crecer las plantas. Podríamos sembrar hortalizas, construir invernaderos...

—Espera, espera, espera —intervino Bryce. Se había parado a un lado de la chimenea. Inclino el cuerpo y me miró con los ojos entornados sin conseguir guardar el equilibrio del todo—. ¿Hortalizas? ¿Invernaderos? ¿Ahora eres un apasionado de la agricultura? ¿Cuál es tu plan? ¿Piensas...? ¿Piensas fundar una puta comuna o algo así?

Hablaba con la voz pastosa de los borrachos. Resopló y se tambaleó sobre los talones, apoyándose en la chimenea para no caerse sobre las llamas.

—¿Y? —respondí—. ¿Qué tendría de malo? ¿Por qué tenemos que abandonar el país? ¿Adónde iríamos? ¿Qué hay de maravilloso en otra parte? ¿Internet? ¿Televisión? ¿Centros comerciales? ¿Comida rápida?

Richard se echó hacia adelante y empezó a contar con los dedos.

—Medicamentos, agua potable, servicios de saneamiento, obstetras, carreteras, transportes, todas esas cosas que le pusieron fin a la Edad Media y con las que el mundo dejó de ser un lugar salvaje y cruel. —Formó unas comillas con los dedos—. ¿Crees que «regresar a los orígenes» hará de tu vida algo más placentero? Eres un soñador, Ed, y un egoísta. ¿Qué hay de tus hijos y de tu esposa? ¿Te parece que estarían a gusto? ¿De verdad piensas que podrías mantenerlos y protegerlos? No creo ni que pudieras mantener vivo un cactus, menos aún sustentar a tu familia con un huertecito.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estoy diciendo que la sociedad ha avanzado, Ed. Hay un buen motivo por el que ya no es como en el pasado; antes era una mierda y la gente las pasaba canutas para seguir viva. Enfermábamos y moríamos a diario. A menudo los nacimientos terminaban con la muerte de la criatura, de la madre, o de ambas. Había sufrimiento, porquería, hambre y guerra en todas partes, y podías considerarte afortunado si llegabas a los treinta sin que te hubieran apuñalado, disparado, torturado, decapitado, ahorcado, destripado y descuartizado, quemado en la hoguera o encerrado en una mazmorra hasta

que te pudrieses. La gente no vivía en una utopía dichosa donde todos tenían su parcelita y cuidaban del prójimo. De hecho, nos matábamos los unos a los otros porque estábamos famélicos y aterrorizados día sí y día también. Durante los últimos doscientos años hemos concebido, desarrollado y levantado sistemas e infraestructuras que nos aportan salud y felicidad. Podemos sumergirnos hasta el fondo del mar, volar alrededor del mundo, saltar hasta la Luna, hasta Marte, más allá aún. Y tu única aspiración es volver a las cavernas. No tenemos por qué vivir en la maldita miseria, Ed. No vamos a hacerlo. —Dicho esto, cogió su copa y se levantó—. Que no piensa subir a bordo de los putos barcos —masculló. Me miró con ojos furibundos por un momento antes de perder la mirada entre las llamas—. Absurdo.

—Podría sembrar hortalizas si quisiera —murmuré mientras rellenaba mi copa.

Bryce empezó a reírse.

—Vale, chicos, vale —dijo—. Un momento. Ed, no digas tonterías. Y Dick, bájate de la tribuna, que parece que aspirases... yo qué sé... a la presidencia de... joder... Bah... Qué más da. Rupert, amigo, colega, ¿no tiene... algo... no sé... algo para animar este guateque?

Rupert lo miró con complicidad.

—Me alegro de que me lo pida —admitió—. Tengo justo lo que hace falta.

Media hora después yo estaba sentado junto a Bryce en el sofá, haciendo como que escuchaba su monólogo sobre tatuajes. Rupert había traído un antiguo gramófono de cuerda que estaba alimentando con una nutrida colección de elepés. Mientras sonaba *The Lark Ascending*, de Vaughan Williams, mis ojos desenfocados apenas me permitían distinguir a Grimes bailando con Richard. Ella tenía la cabeza apoyada en su pecho. Me di cuenta de que Bryce se había callado y también los observaba. Vi que Grimes subía la mano despacio por la nuca de Richard e intentaba acercar la cabeza de él a

la de ella. Richard se la retiró y se volvió hacia la lumbre, dejándola sola de pronto en medio de la sala. Ella cuadró los hombros y apretó los puños a la altura de las caderas; era la misma postura que la vi adoptar cuando Yuill y Henderson nos abandonaron en Carlops.

Se giró y le dijo algo a Rupert mientras la música se disipaba en el crepitar de la aguja sobre el viejo vinilo.

—Desde luego, querida, desde luego. Puede dormir aquí. —Rupert señaló una puerta de dos hojas que daba a una habitación contigua—. Hay un sofá y he sacado algunas mantas. Por lo general esa estancia se caldea con el calor que sale de aquí.

Grimes le puso la mano en el hombro, se retiró a toda prisa y cerró las puertas. Rupert nos miró.

—Creo que es hora de que también yo los deje por hoy, caballeros, si no les importa. Aquí debería haber sitio para todos. Allí hay dos sofás, aquí tienen otro y... Ah, bien. —Miró el sillón, donde Harvey se había quedado dormido. Cogió una manta de la pila que había junto a la puerta y le tapó con ella—. Buenas noches, socio —le deseó—. Buenas noches a todos.

Le devolvimos el saludo con la mano y seguidamente Richard, Bryce y yo nos llevamos una manta cada uno a nuestros respectivos sofás. La comodidad de la manta gruesa y de los blandos cojines de terciopelo era el mayor lujo que había conocido en casi un año. Extravié la mirada en el techo, consciente del paso del tiempo y evitando pensar en el amanecer, cuando tendría que levantarme, salir al frío y seguir corriendo. Después lamenté tener esa actitud renuente cuando todavía estábamos tan lejos de Cornualles, sentimiento de culpa que derivó en un impulso perentorio y en la necesidad repentina de ponerme en marcha y reencontrarme con Beth, Alice y Arthur.

De pronto, un torrente de miedos me inundó la cabeza: el espanto de la separación, lo inverosímil de la reconciliación, el rechazo físico ante la tarea

que teníamos por delante, el horror que seguía causándonos el hecho de que lo que había pasado había pasado (el mundo había sido hecho pedazos), la frialdad aberrante e insólita de la situación. Los pensamientos se arremolinaban como impelidos por un motor atascado en la velocidad máxima. El corazón me martilleaba el pecho, desesperado, ensordeciéndome con el siseo de la sangre en su curso febril. Tensé los músculos, luchando por controlarme, hasta que finalmente sucumbí a una especie de sensación latente de ruina.

Poco a poco mi corazón también se aplacó, y maldije aquel rasgo de la evolución humana que permitía este tipo de piruetas emocionales. Reflexioné sobre lo que Richard había dicho. Tal vez sí que fuese un soñador. Tal vez fuese un inútil. Tal vez no supiera cuidar de mi familia. Al fin y al cabo, si ya antes de que se acabara el mundo se me daba mal, ¿por qué iba a ser de otra manera ahora?

Creo que empezaba a dormirme cuando oí chirriar un muelle. Un instante después vi que Bryce cruzaba la sala de puntillas con una vela. Se detuvo frente a la puerta de dos hojas que comunicaba con la habitación contigua donde dormía Grimes y miró de soslayo a Richard, que roncaba sonoramente en el otro sofá. No pareció percatarse de que yo lo observaba. Se volvió de nuevo hacia la puerta, llamó dos veces, con discreción, y entró. Los oí hablar entre susurros al otro lado; Grimes le dijo algo con amabilidad, pero con firmeza, aunque la voz de Bryce sonaba distinta, entre juvenil y entrecortada, impotente. A continuación, silencio, y después unos pasos que se acercaban a la puerta. Cerré los ojos cuando las hojas se abrieron y volvieron a cerrarse, conteniendo la respiración hasta que oí chirriar otra vez los muelles del sofá que había detrás de mí bajo el peso de Bryce.

Me desperté con el lejano aullido animal. Las cortinas estaban descorridas y la sala, llena de sombras apagadas. Fuera todo estaba tranquilo; la tormenta había amainado. Richard y Bryce aún dormían en sus respectivos sofás, pero el sillón de Harvey estaba vacío.

Me levanté y me acuclillé junto a la chimenea para calentarme las manos con las brasas mientras disfrutaba del olor del hollín y la piedra. Debería haberme encontrado peor, teniendo en cuenta lo mucho que había bebido la noche anterior, pero el único vestigio de la velada se reducía a un ligero latido en las sienes. Notaba la cabeza despejada, los músculos más relajados gracias al baño, e incluso me sentía descansado. Me había sumido en un profundo sueño poco después de que Bryce volviera de la visita a la habitación de Grimes, mientras pensaba en las muchas cosas que podrían haber ocurrido allí dentro, pero consciente de que en realidad solo había pasado una. Sabía que no estaba bien regodearse en ello, pero lo hice de todos modos. Los problemas de los demás, incluso los de tus amigos, son una forma tan eficaz como lamentable de olvidarte de los tuyos.

Tenía sed, así que crucé el pasillo penumbroso en dirección a la cocina. Allí encontré a Harvey, echando a la estufa parte de la leña que había sobrado la noche anterior.

—Buenos días, Ed —susurró—. He pensado que estaría bien encenderla pronto. Espero que a Rupert no le moleste. ¿Te apetece una taza de café? He encontrado un poco en esta jarra de aquí; parece que lleva un tiempo hecho, pero huele bien.

—Gracias —acepté.

Nos acercamos a la ventana y tomamos café a la luz del alba. Vimos emerger poco a poco los detalles del paisaje como pinceladas de acuarela que empapasen el lienzo: los árboles, los campos, las colinas, las cercas... Todos los elementos tradicionales de un sinuoso paisaje inglés. Bajo las sombras

cenicientas, todo parecía uniforme e intacto, tanto que bien podríamos haber incurrido en el error de pensar que quizá la devastación terminaba ahí. Quizá, más allá de las colinas que nos rodeaban, la gente siguiera viviendo con normalidad, el sol siguiera acariciando la tierra, las flores siguieran creciendo, las ciudades siguieran prosperando. O quizá, incluso, lo que había ocurrido no hubiera ocurrido nunca en realidad. Pero entonces el día se iluminó un poco más y vimos reaparecer la realidad tenebrosa: hoyos pedregosos en el suelo, colinas partidas por la mitad, bosques arrasados y zanjaz negruzcas que desembocaban en ocultas cuevas de fango. Me invadió una indescriptible sensación de pérdida. Un profundo pesar por algo que nunca había experimentado, por una época y un país que solo podía esperar conocer a partir de las vivencias de otros, jamás de primera mano.

—Veo que la tormenta ha pasado. —Me volví y encontré a Rupert junto a mí, mirando a través del cristal—. Puede que hoy sea un buen día para ocuparse del jardín.

Los demás aparecieron uno a uno. Primero salió Grimes, ya vestida con el uniforme seco; después, Richard; y, por último, Bryce, que barritó un «¡buenos días!» como si no hubiera ocurrido nada. Lo vi pasar junto a la soldado sin mirarla y servirse una taza del café que había sobre la estufa. Grimes evitó la mirada de Richard y se unió a Harvey y a mí junto a la ventana.

—Perdóname, Ed —se disculpó Richard desde la mesa que había a mis espaldas—. Por lo de anoche. No tenía derecho a decir lo que dije. Estaba, ya sabes... un poco borracho, enfadado, supongo.

—No pasa nada —le dije—. Puede que tuvieras razón.

—No, no, no la tenía. Es tu decisión, tu vida, tu familia. Debes hacer lo que consideres necesario. Yo no soy quién para decirte lo que está bien y lo que está mal. Es solo que... Es solo que echo de menos a mi hijo. —Suspiró

—. Lo siento. —Me ofreció la mano desde el otro lado de la mesa. Se la estreché y sonrió—. Sin rencores.

—Ninguno —le aseguré.

—Aaah, ¿no es...? —comenzó Bryce. Pero se calló cuando vio que Grimes lo miraba, entornando los ojos y meneando la cabeza con sequedad. Bryce carraspeó, se humedeció los labios y dejó la taza en la mesa.

Grimes se volvió hacia nosotros.

—De acuerdo —dijo la soldado—. Cuando terminen con los abrazos, ¿podemos reanudar la marcha?

Nos pusimos la ropa seca y unas botas que Rupert nos había buscado. Las mías debían de tener unos treinta años, pero se conservaban mejor que el par con el que salí de los barracones. Nos buscó algunas vendas y esparadrapos para que los añadiéramos al botiquín de primeros auxilios y rellenamos los depósitos de hidratación con el agua de lluvia que salía del grifo de la cocina. Le dimos las gracias a Rupert por su hospitalidad, le estrechamos la mano uno a uno al salir por la puerta trasera y nos alejamos por el sendero del acceso. Al echar la vista atrás, lo vi dirigirse a un cobertizo, del que salió momentos después con un rastrillo y una pala. Cruzó el patio, pasó primero el rastrillo y después la pala; seguidamente sacó ambos utensilios de la grava y se los llevó al jardín. Me tragué los mismos sentimientos que me habían estremecido la noche anterior y seguí a los demás hacia la carretera general.

Aquel día recorrimos unos cincuenta kilómetros, pasando de correr a caminar y viceversa cada quince minutos y realizando tres paradas de media hora para estirarnos, comer y beber. Acampamos en una gasolinera, donde encontramos una caja de barritas de Mars sin abrir escondida en un rincón de un almacén vacío y una máquina expendedora que contenía tres latas de

Coca-Cola. Lo festejamos con una ración doble de fideos, compartiendo las Coca-Colas y comiendo tres barritas de Mars cada uno antes de llenar las mochilas con el resto.

Al día siguiente hacía un tiempo parecido que nos permitió avanzar casi al mismo ritmo. En algún momento de la tarde noté el calcetín mojado y decidí parar. La ampolla había reventado, dejando expuesta la carne roja y brillante de la herida alargada. Me la vendé lo mejor que pude con uno de los apósitos de Rupert y seguí adelante. El escozor no era tan terrible como me temía.

Empezó a parecer que conseguiríamos nuestro propósito. Hacía frío, pero nos manteníamos secos. La carretera estaba despedazada, pero era transitable, limpia de grandes obstáculos. Salvo por la relación incómoda que ahora mantenían Grimes y Richard, la noche que pasamos en la Mansión Bartonmouth parecía habernos unido un poco más. Nos dolían las articulaciones y los músculos, pero las molestias eran llevaderas. Nos sentíamos bien y marchábamos a buen paso. Estábamos estableciendo nuestra cadencia.

Una cadencia que seguramente nos habría permitido llegar a Cornualles de no haber sido por Jenny Rae.

El campo de Jenny Rae

Nos atuvimos a las indicaciones de Jacob, avanzando hacia el interior y rodeando los valles de Yorkshire, hasta que, tres noches después de Bartonmouth, llegamos a un pueblo y acampamos en una zanja. Aquella noche divisamos una fogata en una colina y decidimos montar guardia por turnos, como hicimos en Carlops. Al día siguiente observamos que se formaba un resplandor inusual sobre el horizonte del oeste, que resultó ser un manto de agua. Poco después aparecieron unas siluetas rectangulares entre la niebla que se levantaba ante nosotros. Eran edificios, los bloques de viviendas y oficinas de Manchester. El último edificio que superaba las tres plantas lo habíamos visto hacía más de tres meses, con los ladrillos a punto de desmigarse. Resultaba chocante volver a contemplar estructuras levantadas por el hombre tan apiñadas; la esperanza y la tristeza nos embargaron por igual.

Nos encaminamos hacia el agua. A media tarde comprobamos que la orilla había avanzado hasta la franja oeste de la ciudad. Incluso llegaban pequeñas olas que lamían las parcelas de tierra de los polígonos industriales y se batían contra los tejados de las casas sumergidas. Optamos por parar y quedarnos al norte de la ciudad en lugar de adentrarnos en ella cuando empezaba a oscurecer. Nos apartamos de la carretera y encontramos una cueva natural que se había formado en un herboso arcén hundido. Allí teníamos cobijo y unas buenas vistas de la ciudad, de modo que acampamos y encendimos una hoguera.

La sorpresa que nos llevamos en un principio al ver lo que creímos que era

una ciudad intacta se disipó cuando nos fijamos en los detalles. Muchos edificios se mantenían en pie, pero ya no eran como antes. Estaban incompletos; faltaban las azoteas, que habían dejado tras de sí una corona de irregulares desgarrones diagonales. A las plantas inferiores se les habían desprendido las ventanas y buena parte de las paredes de las esquinas. Miré el manto de agua que ondeaba hasta los límites de la ciudad, fuera de lugar, como si no supiera si quedarse en su nueva orilla. Vi unas diminutas motas blancas, gaviotas que volaban en círculos sobre las olas y que aleteaban con torpeza para posarse en los alféizares elevados, los acantilados urbanos en los que anidaban ahora. Había comenzado un proceso de erosión, el cual, supuse, daría lugar a una playa si se prolongaba durante el tiempo necesario. La arena estaría compuesta de huesos, de tarjetas de crédito, de frigoríficos, de coches y de muelles de sofá. Se formarían dunas en las que crecerían matas de hierbajos. Tal vez el sol terminaría por volver a brillar sobre ellas, un niño podría jugar a deslizarse por su pendiente, riendo, rodando sobre los trillones y trillones de fragmentos de escombros y detritos, sobre el polvo molido a partir de la vida de quienes un día caminaron por el lecho del mar agitado en el que él chapoteaba. Los vivos retozarían entre las cenizas de los muertos, como siempre había ocurrido.

Harvey se encargó del fuego y Grimes preparó el cazo. Bryce buscó un asiento separado de nosotros y se quitó las botas para masajearse los tobillos. Se le notaba ausente.

Richard sacó el mapa y lo estudió.

—Creo que estamos aquí —dijo señalando un paso elevado ubicado a unos cinco kilómetros al norte de la ciudad. Deslizó el dedo por un nudo de carreteras que se extendía hacia el sudeste, mirando hacia el litoral inquietante para tomarlo de referencia—. Tal vez no deberíamos acercarnos por esa zona. De modo que tendremos que dirigirnos hacia aquí. —Señaló

una carretera que pasaba justo por el corazón de la ciudad—. Podríamos llegar al otro lado en un día, seguir hacia el sur y retomar la M6 en otros dos o tres días... —Siguió la carretera con el dedo y lo clavó—. Aquí.

—Eso significa que estaríamos en Birmingham para el día 16 —calculé—. Nueve días para recorrer los últimos quinientos kilómetros.

Se hacía extraño decir algo así con tanta seguridad. Semanas atrás, semejante afirmación me habría hecho reír o desesperarme. Pero ¿qué había cambiado? ¿Mi cuerpo? ¿Estaba en mejor forma? Quizá un poco, pero desde luego no tanto, llevaba menos de una quincena en marcha. Lo que había cambiado era mi perspectiva. Cuanto más avanzábamos, más factible parecía nuestro objetivo. Cada kilómetro que conquistaba era uno menos por sufrir. Cada noche y cada mañana recortaban otras veinticuatro horas del tiempo que faltaba para que me reuniera con Beth y los niños. Cada loma que escalaba era otro reto que el hombre que estuvo a punto de dejar que su familia se durmiera al llegar el fin del mundo creía que no podría superar. Y, sin embargo, lo superaba. Por fuera no había cambiado nada, pero por dentro todo era distinto.

—Concentrémonos en atravesar Manchester —determinó Richard—. Después ya veremos dónde estamos.

Cocinamos unos fideos y contemplamos la ciudad mientras anochecía. A medida que las sombras reptaban hacia nosotros por el este, vimos que una estela de luces anaranjadas titilaba en su seno; por toda la ciudad aparecieron más hogueras como la nuestra.

Harvey distribuyó los platos. Vacié el mío en tres cucharadas y lo incliné para beberme el caldo insípido que había quedado en el fondo. Bryce tomó el suyo, les dio algunas vueltas a los fideos con la cuchara y lo tiró al suelo con un gruñido.

—¡Putos fideos! —Se apartó de nosotros, se tumbó de lado con los brazos

cruzados y hundió la cabeza con fuerza en su mochila—. ¡Quiero carne! — gruñó.

Por la mañana me sorprendió comprobar que era el primero en despertarme. Aunque aún no había amanecido, se podían contemplar los efectos de la salida del sol tras la nube. Una delgada franja luminosa resplandecía sobre el horizonte acuoso. Me levanté, me estiré y aspiré el aire fétido. Nos habíamos acostumbrado al tufo que nos acompañaba allí a donde fuésemos, pero su intensidad parecía haberse multiplicado ahora que nos acercábamos a una ciudad, y la presión que ejercía la nube que teníamos encima no servía de ayuda. Sabíamos a qué se debía.

Me sentía bien, mejor que la noche anterior. La rigidez de las piernas y la espalda, así como el dolor agudo de las rodillas y las caderas seguían ahí, pero era como si el torniquete que constreñía todo mi cuerpo se estuviera aflojando poco a poco. Solo se soltaba un poco cada día que pasaba, lo suficiente para permitirme caminar con mayor libertad, para que acusase la fuerza de la gravedad un poco menos que la jornada anterior. La esperanza rebrotaba en mí con cada tenue amanecer, y cada brote me hacía sentirme un paso más cerca de Beth y los niños. Cuando corría, me pasaba el tiempo fantaseando con el momento en que me reencontrase con ellos. Con el olor y la calidez de su piel. Con la voz de Alice. Con nuestra nueva vida. La esperanza se convirtió en mi droga.

Rasqué un puñado de nieve del borde de la cueva con una cazuela y encendí el hornillo. Me senté y observé cómo ardía la agitada llamita, disfrutando del hecho de ser el único que estaba despierto para variar. El hornillo irradiaba calor y una promesa de agua caliente. Intenté no darle más vueltas, temeroso de que mi buen humor fuese demasiado frágil y huyera

espantado como una mariposa que se sintiera acechada.

El agua empezó a hervir y la luz del día alcanzó el borde. Preparé el té y lo serví para todos. Grimes fue la siguiente en despertarse.

—Buenos días —le dije.

Se levantó dolorida del suelo pétreo y se apartó la gorra que le tapaba la cara. Me miró, confundida. Tenía la tez pálida y los ojos hinchados por el sueño, arqueadas hacia abajo las comisuras de la boca.

—Buenos días —murmuró—. Lo veo... bien.

Le ofrecí una taza.

—Parece sorprendida.

—No estoy sorprendida. Estoy orgullosa. Sabía que sería capaz.

Los demás también se despertaron. Tomamos el té y reanudamos la marcha, con un Bryce abatido que se limitaba a expresarse por medio de gruñidos. Richard repasó la ruta y nos guio de nuevo hacia la carretera y la ciudad. Yo iba corriendo junto a Harvey, como de costumbre. Recorrido el primer kilómetro, me miró de arriba abajo.

—¿Qué te pasa hoy? —me preguntó.

—Nada —respondí sin más—. Tal vez sencillamente hoy sea un buen día. No lo era.

El norte del extrarradio de la ciudad estaba formado en su mayor parte por polígonos industriales incendiados. Los exploramos en busca de suministros y dimos con un supermercado que había sido saqueado por completo. No quedaba nada, ni siquiera en los almacenes. Aquello no era obra de unos asaltantes oportunistas; no quedaba nada de nada; el suelo estaba limpio, no había una sola botella caída que aprovechar. Las cajas registradoras habían sido forzadas y vaciadas. El edificio había sido desvalijado con minuciosidad

por alguien que sabía muy bien lo que hacía.

En todas las construcciones que continuaban en pie observamos el mismo fenómeno. Todavía no habíamos visto a nadie, pero por dondequiera que pasábamos se percibía una presencia humana que actuaba de forma disciplinada y metódica.

La sensación se intensificó cuando nos adentramos en el área urbanizada. En menos de tres horas llegamos al centro. Cruzamos el río, ahora un profundo barranco por cuyo lecho tan solo fluía un arroyuelo, y nos detuvimos al llegar a una plaza.

—Necesitamos agua —dijo Richard. Miramos sorprendidos a nuestro alrededor cuando su voz rebotó en las paredes de los edificios vacíos y mudos—. Deberíamos echar un vistazo en aquellas oficinas —sugirió, ahora murmurando—. Puede que todavía quede un poco en las cañerías o en las máquinas expendedoras.

—¿Por qué susurras? —susurré.

—No lo sé —respondió.

Miró en torno a la plaza. Los edificios estaban gravemente dañados y calcinados; algunas paredes se habían caído por completo, dejando a la vista pilares puntiagudos como alfileres y vigas dentadas como pirañas. La mayoría de las ventanas estaban rotas; las puertas, abiertas; y en las tiendas faltaban tanto los cristales de los escaparates como todo lo que antes protegían estos. No quedaba nada. No había coches en la carretera. No se veía basura esparcida por las calles. Daba la impresión de que hubiera pasado una plaga de langostas.

—Qué raro, ¿no os parece? —comentó Richard—. Es como si... como si estuviéramos...

—Expuestos —completó Grimes—. Miren allí arriba.

Señaló la tercera planta de lo que antes era un centro comercial, con el

interior ahora al descubierto. Levantamos la vista a tiempo para percatarnos de un movimiento, de algo que se ocultaba aprisa tras un muro.

—Nos están vigilando —advirtió—. Vamos.

Nos llevó más cerca de una de las paredes de la plaza, la cual bordeamos al trote hacia el flanco sur, de donde partía una calzada sencilla que se alejaba del espacio abierto. Oímos que algo se arrastraba por encima de nosotros.

—¡Cuidado! —avisó Grimes.

Un bloque de ladrillos se estampó contra el suelo y se deshizo en una nube de polvo rojizo ante nosotros. Cuando miramos hacia arriba vimos la silueta de alguien que nos espiaba. Se escondió al otro lado de una ventana.

—Vamos —nos urgió la soldado—. Tenemos que avanzar más rápido. —Oímos más movimientos y arañazos en las alturas—. ¡Aprisa!

Echamos a correr. Oímos voces, una algarabía de aullidos y gritos procedente del otro lado de la calle. Entonces los vimos: un grupo de seis jóvenes asomados por el borde de una habitación de la segunda planta, agarrados a las paredes derruidas mientras llamaban a los del edificio de enfrente.

Cruzamos una calle lateral en dirección a otro edificio con aspecto de haber sido un centro comercial en el pasado. Las puertas de cristal y las ventanas habían desaparecido. Se oían gritos procedentes del interior y pasos que batían un suelo de metal. En la profundidad de la penumbra divisé unas escaleras mecánicas por la que se escurría un riachuelo de sombras.

—¡Cruza la plaza! —grité, tirando de Harvey hacia el espacio abierto.

Corrimos por el suelo de hormigón, una zona peatonal repleta de estatuas, ahora despedazadas y rociadas de hollín, y de bancos, de los que ya solo quedaban los armazones de hierro, sin el menor rastro de los asientos de madera.

Cuando volví a mirar hacia el centro comercial vi a tres muchachos

parados en la entrada. Se oían gritos procedentes de todas partes, se veía movimiento allí donde mirásemos. En el momento en que los jóvenes situados detrás de nosotros gritaron algo, vimos que otros cinco se descolgaban de la primera planta del edificio al que nos dirigíamos. Corrieron unos pasos hacia nosotros y nos detuvimos, retrocediendo un poco.

—Putos Conejos —gruñó Bryce entre dientes.

—Por aquí —indicó Grimes.

La seguimos por una calle que desembocaba en una sucesión de escaparates georgianos destrozados. El clamor parecía perseguirnos, volviéndose más estrepitoso a cada paso que dábamos. Las tuberías resonaban dentro de los edificios y el eco de los chillidos nos rodeaba. Un nutrido grupo de Conejos pareció derramarse por una pared derruida para bloquear la calle de más adelante. Nos dimos la vuelta, giramos hacia la izquierda y nos vimos atrapados. El cordón de jóvenes se mantuvo inmóvil, sin avanzar hacia nosotros, pero sin permitirnos continuar.

—Tenemos que buscar algún sitio más abierto —dijo Richard mientras volvíamos a retroceder—. Algún sitio donde podamos intentar zafarnos de ellos. —Señaló con la cabeza hacia una empinada calle lateral—. Aquí. Creo que por aquí se llega a una carretera general.

Subimos corriendo la pendiente curva y salimos a una larga carretera asfaltada. Un grupo de muchachos nos esperaba, acercándose despacio por la derecha. Dos de los grupos de más atrás se habían unido y nos seguían pendiente arriba.

—Ahora —nos conminó Richard—. A la izquierda. Corred.

Salimos a toda velocidad, con Grimes muy por delante, pero no podíamos mantener el ritmo de su esprint. Nos seguía ahora un grupo de por lo menos quince muchachos. Venían muy por detrás, en silenciosa actitud amenazante, guardando las distancias con un trote pausado.

—¿Por qué no nos alcanzan? Tienen pinta de poder rebasarnos sin esfuerzo.

—Mierda —dijo Grimes, que levantó la mirada hacia el cielo a la vez que desaceleraba de súbito—. Porque no nos están persiguiendo.

—¿Qué? —se extrañó Richard cuando nos situamos a su altura—. ¿Por qué se para? ¡Vamos!

—No nos están persiguiendo —repitió la soldado. Nos detuvimos a su lado—. Nos están guiando. Quieren que vayamos por este camino. —Se llevó las manos a las rodillas mientras recobraba el aliento. A nuestra espalda, el grupo avanzaba al paso. Ya no hacía el menor ruido—. Fíjense —dijo señalando con la cabeza a derecha e izquierda.

Vi algunos jóvenes más escondidos en los huecos sombríos de las tiendas y los bancos vacíos que antes conformaban la calle. Nos escrutaban con los ojos entornados. Grimes miró al grupo de atrás, que ahora se había detenido para formar una línea recta que cruzaba la calle. Uno de los chicos, alto y enjuto, cubierto con la capucha de una sudadera roja, se plantó delante, con las piernas separadas y las manos a los lados. Grimes se volvió y dio unos pasos hacia él, pero el chico de la capucha roja levantó un dedo a modo de advertencia. Meneó la cabeza dos veces y señaló con el dedo más allá de nosotros. Grimes espiró y apoyó las manos en las caderas. Se dio media vuelta hacia nosotros.

—Sigan caminando —nos dijo.

—¡A la mierda! —exclamó Bryce, que intentaba sacar el bate de críquet que encontró en la cabina del camión—. Peleemos.

—Son demasiados —lo disuadió Richard, con el cuerpo inclinado hacia delante para recuperarse—. ¿De qué serviría?

—Al menos podemos cargarnos a unos cuantos —insistió Bryce, pero Grimes, de regreso junto a nosotros, le puso una mano en el brazo con

delicadeza. Bryce se detuvo y la miró. La militar negó ligeramente con la cabeza. Él volvió a guardar el bate.

Caminamos en silencio por la ciudad durante dos horas, cabizbajos, las hordas detrás de nosotros. De vez en cuando otro puñado de ellos aparecía por la izquierda o por la derecha y girábamos obedientes en la dirección opuesta. No nos daban indicaciones, no nos decían nada.

Finalmente aparecimos de nuevo en el extrarradio. El olor a sal y a vegetación se mezclaba con el hedor a podredumbre.

—Nos conducen hacia el mar —dedujo Richard.

Recorrimos un largo tramo de calles que poco a poco se fundían con un inmenso y negro páramo, asolado, abrasado y cubierto de plásticos, de bicicletas retorcidas y de montañas de escombros. Vimos más hogueras encendidas. Había una familia sentada alrededor de una. El padre me miró con ojos angustiados mientras se calentaba las manos con las llamas. Su esposa estaba sentada frente a él, sosteniendo entre los brazos a su hija, que jugaba con los restos de algún juguete.

Las hordas nos pastorearon sin prisa hacia unos edificios que se levantaban en la distancia. Empezaba a oscurecer según nos aproximábamos a ellos, lo que me recordó que el día se terminaba y que lo habíamos desperdiciado sin hacer ningún progreso. Sentí el impulso de salir disparado. Debí de ponerme tenso o de retorcerme, o tal vez Harvey sencillamente intuyó lo que estaba pensando, porque alargó la mano y me agarró del brazo para que me calmase.

—Tranquilo, socio —me recomendó—. No pasa nada. Saldremos de esta, ya lo verás.

Llegamos al otro extremo del páramo y nos encontramos en lo que parecía una urbanización. Las casas estaban medio desmoronadas y las contadas

plantas que habían sobrevivido en los pequeños arriates ralos de las entradas y entre las verjas herrumbrosas crecían descuidadas y silvestres. Vi gente asomada a las ventanas. Unos niños escuchimizados y tapados con abrigos y gorros de invierno interrumpieron su juego para mirarnos cuando nos cruzamos con ellos en la acera.

Ahora las hordas nos seguían de cerca. Nos encauzaron por una calle estrecha y después por otra, en cuyas aceras había otros adolescentes reunidos en corrillos. Cuando uno de ellos nos vio, se apartó de la pared contra la que estaba apoyado. Llevaba la cabeza afeitada, tenía la cara limpia y lucía un tatuaje debajo de un ojo. Se escurrió hacia nosotros, la vista puesta en mí. Le sostuve su mirada furiosa según se acercaba, hasta que alargó la mano y me sacudió el hombro izquierdo. No estaba preparado para el empujón, y me tragué un grito de dolor cuando los tendones se contrajeron a causa de la súbita presión. Seguí caminando, el ceño fruncido del chico pegado a mi cara a la vez que me empujaba con el pecho.

Nos agrupamos y seguimos avanzando despacio por el centro de la calzada. Por el otro lado de la calle apareció una chica que se acercó a nosotros con aires de superioridad. Llevaba la cara cubierta por una gruesa capa de maquillaje y bajo su larga trinchera azul asomaban unas sebosas piernas desnudas. Nos miró con desdén y subió la mano con violencia hacia la cabeza de Richard; sus pulseras de plástico resonaron cuando chocó con el brazo extendido de él.

—¡Caaaray! —boqueó Harvey—. ¡Un momento!

Bryce se agitaba detrás de mí. Aunque el muchacho seguía pegado a mi cara, la chica gorda dio un paso atrás, sonriendo, con las manos levantadas por encima de la cabeza, invitándonos a seguir adelante. Se formó un coro de abucheos y silbidos, y dos jóvenes de unos dieciséis años aparecieron ante nosotros con las manos en los bolsillos. Se mordieron el labio e inclinaron la

cabeza mientras tasaban a Grimes, a la que estudiaron de arriba abajo mientras se apretaban la entrepierna. Uno se frotó contra ella y empezó a olerle el pelo. Oí que un retumbo nacía de la garganta de Bryce.

—¡Apartad! —rugió, abriéndose paso entre Richard y yo, descargando la palma de la mano contra la cara del que yo tenía al lado y lanzándose hacia el chico que miraba con lascivia a Grimes.

El adolescente aulló al notar una mano gruesa en torno a su cuello y otra cerrada sobre sus pantalones. Bryce lo alzó, lo arrojó a la cuneta y fue a por su amigo, que huía calle abajo. Cayó a los pies de cuatro camaradas mayores y delgaduchos, que lo levantaron y se encaminaron hacia Bryce, retorciendo los hombros mientras lo retaban con los ojos. Estalló una algarabía de protestas y risas entre la turba, que se preparó para ver lo que ocurría.

Un silbido afilado se proyectó desde el otro extremo de la calle, haciendo que los muchachos que se dirigían hacia Bryce se detuvieran en seco y diesen media vuelta. Junto a la puerta de una de las casas había una mujer corpulenta con el cabello rapado, los pies separados y los puños enguantados hundidos en sus caderas carnosas. Medía alrededor de un metro ochenta y llevaba puestos cinco o seis cárdigans holgados, uno encima de otro, un vestido largo de color morado y unas botas negras que llegaban hasta sus rodillas fofas.

Un pequeño terrier Jack Russell permanecía sentado con paciencia a sus pies, y tras ella cinco hombres fumaban indolentes. Uno de ellos dio un paso adelante. Aunque tenía la boca desdentada de un viejo, algo me decía que no era mucho mayor que yo. Vestía una chaqueta vaquera sin mangas que dejaba al descubierto unos brazos largos y fibrosos. La mujer miró con satisfacción el tumulto que nos rodeaba y dio dos palmadas por encima de su cabeza como si estuviera espantando a una manada de chuchos.

—Ya está bien, chicos —ordenó—. Ya está bien. —Se acercó a nosotros, fulminando con la mirada a la chica que había atacado a Richard cuando pasó

junto a ella. La chica se retiró a la acera—. Esa no es forma de tratar a las visitas —la amonestó al situarse entre Bryce y los cuatro jóvenes. Los reprendió igualmente con la mirada y se apartaron despacio, los ojos clavados todavía en Bryce. Este sonrió con dulzura y se despidió de ellos agitando grácilmente los dedos. La mujer se volvió hacia Bryce y lo miró de arriba abajo—. Les pido disculpas —dijo tendiéndole una mano enorme. Unas profundas y huecas vocales de Lancashire resonaron por toda la calle. Bryce estudió con recelo la mano detenida ante él, así como el tronco que la mujer tenía por brazo—. Me llamo Jenny —se presentó, con la mandíbula sobresaliendo de su rostro risueño—. Jenny Rae.

Bryce cerró la mano poco a poco en torno a la de ella.

—Encantado —respondió mirándola de soslayo.

La mujer le apretó la mano con firmeza, pero sin sacudirla. Asintió una vez y examinó su cara, en busca de algo; después le soltó la mano y se volvió hacia nosotros. Me sentí como un crío que hubiera vuelto a casa cubierto de barro.

—Siento que los hayan recibido así, lo siento mucho —aseguró—. No puedo permitir que nadie se pasee sin más por aquí. Es peligroso, ¿saben?, no sé quiénes son. —Caminó despacio a nuestro alrededor, fijándose en nuestras botas y mochilas. Al completar la vuelta, resopló con satisfacción por su nariz rechoncha—. Parecen muy cansados. Y hambrientos. Acompañenme y permitan que los atendamos.

La mujer se dio media vuelta para que la siguiéramos, pero Richard la interrumpió.

—Señora Rae —dijo.

La aludida se detuvo en seco y volvió la cabeza hacia atrás con el ceño fruncido.

—Señorita —especificó.

—Señorita Rae —se corrigió Richard—. No entiendo muy bien por qué nos ha traído ante usted, y le agradecemos su invitación, pero lo cierto es que hemos de seguir nuestro camino. Tenemos muy poco tiempo. Si fuera tan amable de dejarnos marchar, nos iremos por donde hemos venido.

Jenny Rae terminó de darse la vuelta para colocarse de cara a nosotros. Miró a Richard de reojo, molesta, alojó la lengua en el carrillo y miró al cielo.

—Pronto oscurecerá. Demasiado peligroso. Esta noche se quedarán aquí —comunicó, resuelta—. Cenarán y se marcharán por la mañana.

Hizo una señal a dos de los muchachos que tenía cerca.

—No lo entiende —intervine. Sus ojos se estrecharon al deslizarse hacia mí—. Ya llegamos tarde, tenemos que ponernos en marcha cuanto antes.

—¿Tarde? —repitió la mujer—. ¿Tarde para qué? —Separó los pies, estiró el cuello y meneó las caderas mientras hacía una mueca ridícula—. ¿Tienen una cita? —preguntó con sorna, provocando una algarazara burlona entre los críos de la calle.

—Los barcos —expliqué—. Tenemos que llegar a los barcos.

Sus ojos se ensancharon mínimamente al oír esto. Sacudió el brazo hacia abajo con violencia para acallar las risas.

—Así que los barcos, ¿eh? —dijo escrutándome con la barbilla levantada, las piernas todavía distanciadas en su postura cómica—. El otro día conocí a otros como ustedes. —Nos estudió con suspicacia—. Me pregunto si sabrán de quiénes hablo.

Aunque no dijimos nada, todos pensamos en Yuill y Henderson. No habíamos vuelto a ver rastro de ellos desde que encontramos el Land Rover abandonado antes de llegar a Carlisle. ¿Habrían tomado la misma ruta hacia Manchester y se habrían encontrado con los mismos acompañantes, que los habrían llevado también ante Jenny Rae?

Tras unos instantes de silencio, resopló indignada.

—Los barcos —repitió—. De acuerdo. Este es el plan: hoy hacen noche con nosotros y mañana a primera hora los llevaremos fuera de Manchester, para que recuperen algo de tiempo.

—¿Nos llevarán fuera? —se sorprendió Grimes—. ¿Tienen un coche?

—¿Un coche? —repitió Jenny Rae, la cara petrificada en un gesto jocoso—. ¡Ja! Cariño, no se hace una idea de lo que tenemos aquí. Vamos, les enseñaré el lugar.

Seguimos a Jenny Rae a lo largo de la calle hacia un círculo cerrado de achaparradas casas municipales construidas en ladrillo rojizo, que rodeaban una pequeña parcela que acaso un día estuvo alfombrada de césped. Ahora no era más que una extensión de tierra helada y salpicada de nieve. En medio, hincado en el suelo endurecido, se levantaba un poste de madera de unos tres metros de alto. Unos niños que jugaban al fútbol en torno a él se detuvieron al vernos pasar; un crío con el pelo mal afeitado retuvo el balón entre las manos y se quedó viéndonos caminar detrás de Jenny.

—James... —le dijo ella, un grave tono de advertencia en la voz. El niño apartó la vista de nosotros y volvió a lanzar el balón al campo—. He vivido aquí siempre —comentó mientras recorríamos el perímetro del círculo—. Me crié en aquella casa. —Señaló una puerta de color verde deslavado—. Después, cuando me casé, me mudé a esa otra más grande.

Vimos más gente asomada a las ventanas a medida que caminábamos, familias que nos observaban a través de los cristales resquebrajados y las cortinas mugrientas.

—Nunca se me ha pasado por la cabeza marcharme de aquí —dijo con orgullo—. Es mi hogar, siempre lo ha sido y siempre lo será. He criado a mis hijos aquí, y ahora también es su hogar. —Se volvió hacia nosotros—. Pocos

pueden decir lo mismo hoy en día —aseguró, tras lo que se quedó pensativa durante un instante y liberó una risotada espantosa—. Bueno, sobre todo ahora, ¿eh?

Rio para sí un poco más mientras nosotros cinco nos mirábamos. No teníamos ni idea de con qué clase de persona estábamos lidiando. Cuando sofocó la risita, señaló el cielo y siguió hablando:

—Antes de que ocurriera, ya saben. Antes de que aquellas cosas cayeran no se podía ver el cielo. No tanto, al menos. —Con una sonrisa, llevó el dedo por el contorno de la redondeada nube negruzca que colgaba permanentemente sobre nosotros—. Varias torres. Una, dos, tres, cuatro, cinco. —Señaló con el dedo distintos puntos por encima de los tejados—. Estábamos rodeados por completo, nos robaban la dichosa luz. A mí no me importaba demasiado, no conocía otra cosa, pero a mi padre sí. —Formó un megáfono con las manos en torno a su boca—. ¿Verdad, papá?

Señaló a un hombre mayor que se estaba peleando con la cerradura de una puerta al otro extremo del círculo. Llevaba una bolsa de plástico enrollada en el brazo. Nos miró y murmuró algo, meneó la cabeza y siguió intentando hacer girar la llave. La mujer agitó la mano, dejándolo a lo suyo.

—Más sordo que una tapia —comentó. Una niña con un plumífero rosa pasó junto a nosotros en bicicleta. De pronto realizó un giro brusco en nuestra dirección, lo que obligó a Harvey a apartarse de un brinco—. ¡Ten cuidado, Danni! —la reprendió Jenny Rae mientras la niña se alejaba dando pedaladas y riendo entre dientes—. En general, son buenos chicos. Tenemos nuestros problemas, como en todas partes, pero nos apañamos.

—¿Cuánta gente vive aquí? —le preguntó Harvey mientras se ponía derecho.

Jenny Rae encogió los hombros.

—Es difícil de calcular, el número varía a diario, la gente viene y va. Sobre

todo, viene. Aquí habrá unas doscientas personas, más o menos, y otras trescientas al otro lado del campo. Otras cien en...

—¿El campo? —la interrumpí.

—Ajá, así lo llamamos. El campo. Hoy es tierra de nadie. —Sus ojos centellearon de pura resolución—. Pero un día dejará de serlo. Se lo prometo.

Más caras asustadas, de algún modo fuera de lugar tras los visillos grisáceos. Nos llevó hasta la pared del extremo opuesto del círculo, hacia un túnel que atravesaba las casas. En la boca del pasaje había tres adolescentes que fumaban acurrucados.

—Jenny —la saludó uno de ellos, desplegando una amplia sonrisa de satisfacción mientras nos miraban de arriba abajo.

—Chicos —respondió Jenny Rae—. Avisad al número 73 de que esta noche tendrán visita.

—De acuerdo —respondió el mismo chico.

—Llevad también su equipaje —indicó.

—No será necesario —rehusó Grimes.

Bryce refunfuñó.

—Insisto. —Ensartó a Grimes con la mirada.

Los chicos se acercaron. Grimes dejó caer su mochila. Los demás hicimos lo mismo, a regañadientes. Los chicos recogieron los macutos y nosotros seguimos adelante. Cuando uno de ellos masculló algo, los otros dos rompieron a vomitar esas carcajadas repulsivas y chirriantes que solo una garganta adolescente puede articular. El túnel era largo y de techo bajo. Afuera, la oscuridad se imponía deprisa, y yo no paraba de pensar en el tiempo que estábamos perdiendo. Otro día desperdiciado, un día más lejos de Beth.

—Cuando ocurrió, creí que había llegado nuestra hora —prosiguió nuestra anfitriona—. Aparecieron todas aquellas luces, muy bonitas, la verdad, pero

cayeron muy rápido. Vi un par de ellas, pequeñas, supongo, que impactaron contra el Fresno.

—¿Qué es el Fresno? —preguntó Grimes.

—El edificio Fresno. Una de las torres. Fresno, Haya, Roble, Espino y Sauce. —Las contó con los dedos y los levantó ante nosotros—. Vi saltar por los aires la azotea del Fresno. Después recibió otro golpe más abajo, que provocó el desmoronamiento. Ahí fue cuando corrí adentro. Creía que moriría aplastada. Creía que todas las torres se desplomarían sobre nosotros y que quedaríamos hechos papilla. Abracé a mis hijos y agaché la cabeza, procuré ignorar las explosiones y los gritos que se oían fuera. Recé, e hice que los críos rezasen también. ¡Era la primera vez que rezaba en toda mi vida! ¡Ni siquiera había llevado a los niños a misa jamás! Al cabo de unas horas, cuando ya no se oía ningún ruido, salí y vi el cielo iluminado por el resplandor de los incendios y cubierto al mismo tiempo por el humo negro. Las torres habían desaparecido, pero de alguna manera... de alguna manera seguíamos estando bien. Todo esto seguía en pie.

Salimos del túnel y pasamos a otra carretera bordeada por una alta valla metálica. Por detrás se levantaba un pequeño almacén y más allá se extendía el páramo abrasado que habíamos atravesado antes.

—Quiero decir, fíjense —señaló—. ¿Habíamos salvado el culo o qué?

Articuló una risa. Una carcajada profunda que resonó como un rebuzno, demasiado prolongada y estridente.

Siguió riendo mientras recorríamos la carretera hacia un breve tramo de casas adosadas hechas de ladrillos rojizos que se alzaban al fondo de los jardines pequeños y sin hierba de sus respectivas entradas. Todas estaban orientadas hacia el terreno baldío que se extendía por detrás de la valla. Se detuvo y señaló las vistas, admirándolas como una granjera que contemplase un campo bien arado. En la distancia, los edificios del centro de la ciudad se

erigían por encima de la niebla. A lo largo del margen del páramo vi los bloques derrumbados, lamidos por el nuevo mar. Nos encontrábamos en la costa, separados de la ciudad por un amplio pantano urbano.

Al otro lado de la valla, dos hombres abrigados con chaquetas negras caminaban en círculos. Llevaban armas. Uno de ellos levantó la mano al ver a Jenny y esta le devolvió el saludo.

—No sé cómo sería en su caso —dijo, apenas capaz de contener su regocijo—, pero aquí los incendios se prolongaron durante semanas. Seguíamos dándonos por muertos, temiendo que se propagasen hasta aquí y nos quemaran vivos, pero eso no llegó a pasar. Después empezaron las peleas, peleas interminables. La ciudad no acabó tan mal, ¿saben? Estaba hecha un desastre, hubo montones de muertos, pero no acabó tan mal como otros sitios de los que he oído hablar, Londres y demás, ya saben. El extrarradio se llevó la peor parte. Los que sobrevivimos, los de la clase obrera, los de la clase media, los que tenían terrenos y los de las zonas más bonitas, todos corrimos hacia el centro en busca de comida. Todo fue un caos durante mucho tiempo. La policía, o lo que quedaba de ella, intentó mantener el control, pero los disturbios se prolongaron durante días y días. Provocaron más daños en el centro de la ciudad que los como diablos se llamen esos.

»Al principio, la gente guapa, la de clase media, como usted —dijo mirándome—, se refugió en la policía, pensaba que la protegería. —Se echó a reír otra vez, inclinando el cuerpo hacia atrás—. ¡Los muy cerdos no sabían lo que estaban haciendo! Solo querían salvar su culo. Todo era un absoluto caos. Fusiles, granadas de gas, escudos antidisturbios, todas esas payasadas. —Se frotó un ojo—. Aquellos hombres y mujeres, los que siempre van con traje y con tacones altos, los que siempre van con prisas y llevan a sus críos a las escuelas más caras, no tenían ni idea de qué hacer, corrían de aquí para allá e intentaban ocultarse en las tiendas quemadas. No estaban

acostumbrados a sentirse desprotegidos, en peligro.

»Era imposible no sentir lástima por ellos —comentó. Frotó la suela de la bota contra el borde de la acera y se miró el tacón—. Pero después sucedió algo muy curioso. —Levantó la cabeza, como si el recuerdo la hubiera sobresaltado—. Empezaron a acudir a nosotros, a pedirnos ayuda, comida, agua para sus hijos. ¿Se lo pueden creer? ¡Acudían a nosotros!

Otra risotada. Cuanto más tiempo perdíamos escuchándola y cuanto menos quedaba para que se pusiera el sol, más me impacientaba. Sabía que los otros también empezaban a desquiciarse. Quería marcharme de allí, escalar la valla, franquear el páramo extenso, salir de la ciudad y seguir mi camino. Quería correr.

Cuando terminó de carcajearse, resopló, tosió, escupió y amasó la flema en la tierra con el tacón. De pronto se oyó el ruido de un motor en la distancia y al fondo de la calle se encendió una luz ambarina en una ventana. Grimes giró en redondo.

—¿Eso es...? —empezó a preguntar la soldado—. ¿Tienen electricidad?

Jenny Rae sonrió satisfecha.

—Una vez —dijo— oí contar una historia sobre cómo sería el futuro. —Se metió las manos en los bolsillos—. El futuro de entonces, ya saben, no el futuro de ahora. La gente que sabía cómo funcionaban las cosas, la gente con carrera, la que sabía fabricar ordenadores, tostadoras y demás, se iba a vivir a las colinas, protegida por una valla electrificada. Los demás tenían que vivir y morir entre la mierda. —Nos miró—. Ya no nos necesitaban, ¿saben?, ya no les hacía falta nuestro dinero. —Una segunda luz se encendió en otra casa que había más cerca—. Lo que son las cosas, ¿verdad? —añadió—. Bueno, ¿quién tiene hambre? —Se giró hacia Bryce—. ¿Usted qué dice, grandullón? ¿Qué le apetece? —Le dio un par de palmadas en la barriga—. ¿Balti? ¿Madrás? ¿Vindaloo?

Jenny Rae nos llevó hasta el final de la calle, desde donde continuamos hacia la izquierda, bordeando la valla. En casi todas las casas había al menos una lámpara encendida, pero un poco más adelante se veía una luz blanca más potente que escapaba de la pared acristalada de un local. Por la puerta salía una cola que se perdía en la calle. De las ventanas brotaban volutas de vapor y humo. Percibí el aroma de las especias y un desacostumbrado olor acre a carne.

Bryce estuvo a punto de trastabillar. Articuló un jadeo breve.

—¿Eso es una tienda de... comida para llevar? —se asombró, la voz ahogada de rabia, esperanza y júbilo.

—Ajá —confirmó Jenny Rae, como si le hubiera preguntado una tontería—. ¿Qué sería de nosotros sin el curri?

Según nos acercábamos al local, Bryce apretó el paso.

—Tranquilo, socio —murmuró Harvey entre dientes—. ¿Qué crees que estarán cocinando ahí?

—Nunca me he hecho esa pregunta —respondió Bryce, que olfateó el aire como un sabueso que siguiera un rastro. Realizó una aspiración profunda—. Y no pienso hacérmela ahora.

Cuando llegamos al escaparate de la tienda comprobamos que la cola se extendía por la calle penumbrosa. Un grupo de adolescentes engreídos vestidos de chándal que fumaban, aullaban y se empujaban por la espalda, varios hombres y mujeres mayores que llevaban sillitas de paseo y latas de cerveza y algún que otro corrillo de gente callada nos miraron desde la fila. Mirada ensombrecida, tez pálida y gesto asustado. Ropa que no era la suya. Mantuvieron la cabeza gacha. No era de allí de donde venían.

—Discúlpenme —dijo Jenny Rae cuando llegamos a la entrada. Obediente,

la cola abrió un hueco y nuestra anfitriona nos llevó hasta el reluciente mostrador de aluminio.

Miré de reojo en todas direcciones bajo la brillante luz de los fluorescentes, sabedor de que estábamos siendo observados por la gente que esperaba a nuestro alrededor, apoyada contra las paredes alicatadas y el cristal sucio de detrás. Si no corríamos peligro allí en medio era tan solo por la mujer que nos acompañaba.

Dos indios atendían el mostrador. Uno dio una voz hacia la cocina, donde se oía el chisporroteo de la carne y el golpeteo metálico de las sartenes. El otro deslizaba una cartilla por el mostrador hacia el hombre que Jenny tenía al lado.

—No vale —rechazó al tiempo que meneaba la cabeza—. No puedes llevar más hasta el próximo mes.

El hombre, un septuagenario de complexión fornida, denso cabello corto y cano y rostro hirsuto, retiró la cartilla despacio del mostrador y se la guardó bajo su grueso abrigo de lana negra. Cuando se disponía a marcharse, Jenny Rae le puso la mano en el antebrazo.

—Dele lo que quiere, Abdul —se impuso—. Solo por hoy.

El anciano la miró a los ojos.

—Gracias —le dijo—. Muchas gracias, Jenny.

Abdul se encogió de hombros.

—Lo que usted diga —transigió, tras lo que pasó la comanda a la cocina dando otra voz. Se volvió hacia Jenny Rae, estudiándonos con nerviosismo—. ¿Y qué le pongo a usted, señorita?

—Cinco especiales, por favor, Abdul —pidió Jenny Rae—. Póngame una bandeja de patatas fritas y todo eso.

—No hay problema —respondió el indio, que volvió la cabeza para gritar el pedido—. Diez minutos.

Nos retiramos a un rincón apartado del mostrador mientras Jenny Rae daba una vuelta por la tienda, charlando con la gente que entraba y salía. No nos quitaban el ojo de encima. Incluso Bryce los evitaba, aunque tal vez fuera porque le prestaba más atención al olor de la carne cocinada. De vez en cuando gritaban un número y un miembro de la multitud que esperaba se acercaba al mostrador y recogía la voluminosa bolsa de plástico anudada que contenía su comida.

—Qué extraño —murmuró Richard, enfatizando cada palabra—. ¿Cómo demonios han conseguido poner en marcha una tienda de comida para llevar?

—Y eso qué importa —respondió Bryce—. Pienso comerme cualquier bazofia que venga en las bandejitas de aluminio esas.

Cuando llegó nuestro pedido, Jenny nos llevó fuera de la tienda, mientras a ella la saludaban y a nosotros nos escrutaban desde la cola. Jenny se comió sus patatas fritas por el camino.

—¿Lo ven? —dijo—. Aquí nos va bastante bien. Tenemos luz, agua, comida, alcohol, todo racionado, claro, pero no hicimos mal trato.

—¿Trato? —preguntó Grimes.

—Tuvimos que repartirnos el territorio, que estaba destrozado, los suministros, ese tipo de cosas —explicó.

—¿Con la policía? —inquirí.

Jenny se detuvo en seco y articuló un ruido gutural. Me miró incrédula, congelada ante su boca una patata bañada en kétchup, hasta que inclinó la cabeza hacia atrás.

Otra carcajada. Me encogí avergonzado mientras dejábamos que se sofocase.

—¿La policía? —dijo finalmente mientras se limpiaba la saliva y la grasa que se escurrían por su barbilla—. ¿La policía? La dichosa policía ha desaparecido. ¡Vencimos!

—¿Vencieron? —se extrañó Richard.

—Ajá, vencimos. Cuando las peleas y los disturbios. —Retorció la boca en una mueca orgullosa—. Nos unimos. Les ganamos.

Se echó la patata frita a la boca, se giró y siguió caminando calle adelante. Al fondo estaba más oscuro; había menos casas con luces encendidas.

—Éramos pocos, ¿saben?, de varias partes de la ciudad, de los distintos barrios que se habían salvado. Teníamos lo que llamábamos un trato, un acuerdo. Bastante amistoso, en el fondo. Todo el mundo tenía su territorio, sus propiedades, claro, aparte de algún que otro trocito de la ciudad donde sabíamos que había suministros, como polígonos industriales, supermercados, centros comerciales que no habían ardidido, ese tipo de cosas. Después nos distribuimos las calles y las distintas zonas de la ciudad. —Se volvió hacia nosotros y sonrió. Sus dos incisivos superiores emitieron un destello dorado bajo el resplandor tenue que procedía de las casas—. Y ustedes han aparecido en una de las mías. —Enarcó las cejas—. Por suerte para ustedes.

—Y la policía —indagó Richard—, ¿dónde está ahora?

Jenny lo miró inexpresiva y se encogió de hombros. Se hurgó entre las muelas con la lengua.

—Eso ya no es un problema —contestó—. Bueno, ya hemos llegado.

Dirigió un silbido afilado hacia la valla, ahora casi oculta en la oscuridad. Oímos un ruido metálico seguido de unos pasos cuando uno de los guardias cruzó la carretera hacia nosotros. Era alto y fornido, de la estatura de Bryce, el típico animal de gimnasio, supuse. Una profunda cicatriz atravesaba su mejilla derecha hasta desembocar entre el labio superior y la nariz. Nos miró fríamente de arriba abajo antes de volverse hacia nuestra anfitriona.

—Jenny —saludó.

—Unos invitados van a quedarse en el número 73 esta noche —le anunció.

Que nos llamase «invitados» me inquietó aún más. No teníamos ningún motivo para sentirnos como tales—. Que no les moleste nadie, ¿de acuerdo?

—No hay problema —acató el guardia. Se acercó a la verja de la casa junto a la que estábamos.

Jenny la cruzó y se dirigió hacia la puerta, a la que llamó tres veces con contundencia. Instantes después se abrió una rendija por la que asomó una mujer delgada de ademán tímido abrigada con un cárdigan holgado. Nos miró nerviosa a nosotros y a Jenny.

—¿Sí? —dijo—. ¿George? —llamó en voz baja mirando hacia atrás. Oímos que alguien bajaba despacio por las escaleras que tenía a sus espaldas.

—¿No les han avisado los chicos? —preguntó Jenny Rae, en voz alta y firme.

La mujer meneó la cabeza.

—No.

Un hombre apareció detrás de ella, pálido y preocupado. Se quitó las gafas y dejó que colgasen del cordón que rodeaba su cuello, los ojos puestos en nosotros.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Hablaba con una dicción clara, redondeando las vocales y perfilando las consonantes.

Jenny Rae chasqueó la lengua y liberó un resoplido áspero.

—Estos chicos. Mira que se lo dije. —Se giró hacia nosotros, meneó la cabeza y puso los ojos en blanco a la vez que sonreía—. Cualquiera día de estos los mato. Lo siento, señora Angelbeck —se disculpó, meneando todavía la cabeza—, pero esta noche tienen visita.

La pareja nos escudriñó, esforzándose por disimular su rechazo.

—Pero ha... —empezó a decir la mujer.

El hombre le puso la mano en la muñeca para interrumpirla.

—No pasa nada, cariño —se apresuró a añadir—. Por supuesto, señorita

Rae. No hay ningún problema, ¿verdad? ¿Verdad que no, cariño?

La mujer lo miró atribulada. Él pareció apretarle el brazo con más fuerza.

—No —convino al cabo—. No, por supuesto que no, no hay ningún problema, eh... Por favor, adelante. —Abrió la puerta un poco más.

—Aaah, gracias, señora Angelbeck, es muy amable —dijo Jenny Rae—. Será solo por esta noche. Pueden acomodarse en el salón. No les importa dormir apretados, ¿verdad? —Nos sonrió—. Bien —dijo sin esperar a que le respondiéramos.

Entramos en la casa, atestando de inmediato el pequeño recibidor e inundándolo con nuestro hedor y el de la comida con la que cargaba Bryce.

—Estupendo, entonces —celebró Jenny Rae, girándose sobre los talones para marcharse—. Les dejo para que se organicen. Esto... —Se detuvo para mirar atrás, tendiéndole la bandeja de las patatas fritas, ahora vacía, a la mujer—. Tírela al cubo, ¿le importa? —La señora Angelbeck miró atónita la bandeja y la tomó entre sus manos temblorosas—. Es usted un amor —le agradeció. Miró al hombre—. ¿Nos vemos mañana, George? A primera hora.

George se balanceó nervioso sobre las puntas de los pies y le ofreció un saludo breve.

—Cuenta con ello, señorita Rae —respondió con una sonrisa—. A primera hora.

Una risa fría se escurrió del rostro del Jenny Rae cuando se volvió para marcharse. Richard la llamó.

—Necesitaremos ponernos en marcha tan pronto como sea posible.

—No se preocupe —le dijo Jenny Rae levantando una mano—. Vendrán a recogerlos.

—¿Y nuestras mochilas? —preguntó él.

—Me cercioraré de que estén a buen recaudo —respondió nuestra anfitriona—. Disfruten del curri. Que descansen.

Perforó la noche gélida con una carcajada y se alejó calle arriba. Nos quedamos inmóviles en el recibidor sin saber qué hacer, mudos, impregnado el aire frío por el tufo del curri. El hombre nos evaluó mientras mordía la patilla de las gafas.

—George —le dijo la mujer un momento después—, me haces daño.

—¿Qué? —Él se sobresaltó—. Ah, lo siento mucho, cariño. —Le soltó el brazo y se llevó la mano al pecho, flexionando los dedos. Volvió a mirarnos—. Me llamo George Angelbeck —se presentó al tiempo que nos tendía la mano—. Y esta es mi esposa, Susan.

La mujer asintió y se masajeó la muñeca.

—Les traeré unos platos —dijo pasando junto a nosotros en dirección a un cuarto iluminado del final del pasillo—. ¿Abigail? ¿Puedes poner la mesa, por favor, cariño?

Gaviota al *vindaloo*

En la cocina de los Angelbeck, alargada y estrecha, había una mesa pequeña colocada contra una pared. Susan Angelbeck la había extendido por completo, de tal modo que, si bien ocupaba casi todo el espacio, había sitio para cuatro comensales. Encendió una vela y la puso en el centro mientras su hija, Abigail, una chica que estaba a punto de descubrir lo que era llegar a la pubertad en una comunidad postapocalíptica donde a todas luces estaba fuera de lugar, como delataban sus modales y su ademán, sacaba todos los platos de los armarios y los repartía por la mesa junto con los cubiertos.

George Angelbeck se acopló en un rincón para observarnos, chupando la patilla de las gafas mientras nos repartíamos el espacio. Al principio, nadie quería sentarse, de forma que todos nos quedamos de pie y en silencio, apretados contra los armarios, mirando la mesa vacía, a la deriva en un mar social que seguramente todavía estaba por cartografiar.

Finalmente, Bryce rompió el estancamiento liberando un profundo suspiro de frustración y ocupando el sitio que le quedaba más cerca. Empezó a deshacer los nudos de las bolsas de plástico calientes y a distribuir por la mesa los envases de papel de aluminio. Susan nos ofreció los demás asientos. Grimes y Harvey ocuparon uno cada uno, mientras que Richard y yo permanecimos apoyados contra el fregadero. George le dio un empujoncito a su hija para que se sentase en la última silla.

Bryce rasgó la tapa de cartón del último envase y la tiró dentro de una bolsa de plástico, junto con los demás restos. Por un momento nos quedamos mirando los remolinos de vapor, que se elevaban lentamente de la comida

gelatinosa y amarronada como el humo arrojado por una ciénaga primigenia, mientras la luz de la vela proyectaba sombras repulsivas entre los grumos enigmáticos que se asomaban a la superficie.

De nuevo, Bryce fue incapaz de resistirse y tras un breve instante de espera, acercó un cuenco y empezó a llenarlo de pegotes de arroz y curri. Cuando ya no cabían más, cogió un tenedor, titubeando un momento antes de cargar una porción y llevársela a la boca.

Lo observamos con atención mientras masticaba, la vista fija en la pared de enfrente. Tragó estremeciéndose un poco y miró el corrillo de ojos que lo rodeaba.

—No está tan mal como parece al principio, ¿verdad? —comentó George desde el rincón.

—He probado cosas peores —le aseguró Bryce.

—Abi, cariño, coge un plato —le dijo Susan a su hija.

—No tengo hambre, mamá —declinó la chica.

Miró acongojada a Bryce cuando este procedió a deglutir una segunda porción e incluso una tercera.

—Está bien, vayamos a acostarnos entonces. Dejemos que nuestros... invitados... cenén tranquilos.

Susan tomó a su hija de los hombros para llevársela de la cocina, lanzándole una mirada a su marido mientras salía.

—Buenas noches, papá —se despidió la chica.

—Dulces sueños, cariño —le deseó George mientras se retiraban. Las oímos intercambiar susurros cuando subían las escaleras—. ¿Les importa si...? —preguntó señalando el asiento libre.

—En absoluto —respondió Richard—. Es su casa, al fin y al cabo.

George se sentó y miró a Richard con una ceja enarcada.

—Ah... Eh, sí, así es —afirmó mientras echaba un poco de arroz en un

cuenco—. Nuestra casa. Así es.

—No pretendo ser grosero —dijo Harvey—, pero no parece que su familia y usted sean de por aquí.

George arropó el arroz con una cucharada de salsa y tres lonchas de carne.

—Bueno, últimamente hemos tenido que adaptarnos, desde luego — admitió con jovialidad. Parecía referirse a algún tipo de revés económico sin importancia en lugar de a la destrucción casi total del país. Nos miró—. Como todos, imagino. —Se llevó una cucharada de curri a la boca—. Por favor —nos animó señalando la mesa con la cuchara—. Coman.

El reloj de la pared hacía tictac y la vela ardía, consumida ya hasta la mitad. Empecé a agitar las piernas y a golpetear en el suelo con el tacón. Observé cómo, uno tras otro, Grimes, Richard y Harvey acercaban un cuenco y lo llenaban con la excusa de que la comida se estaba enfriando. Se movían con desesperante lentitud, como si vadeasen un profundo lodazal. La mandíbula de Bryce trituraba un bocado tras otro. El chapoteo viscoso que el caldo producía dentro de su boca parecía cobrar intensidad por momentos.

El reloj de la pared hacía tictac. La vela ardía.

—Ed, deberías comer —me recomendó Harvey.

—No...

—¿Eh? —me interrumpió.

Apreté los dientes.

—No tengo hambre —dije. Clara, deliberadamente.

—Bobadas —gruñó Bryce, que bamboleaba la cabeza sobre el cuenco como un cerdo que hozase en el abrevadero—. Sienta el culo ahí.

—Estoy bien, de verdad, es que no...

Grimes sorbió ruidosamente algo que tenía alojado en el labio.

—Siéntese, Ed —dijo sin levantar la vista del cuenco.

—¿No tienes hambre? —se asombró Harvey—. Hoy apenas hemos

probado bocado.

Di un puñetazo en el fregadero.

—¡Hoy apenas hemos dado un paso! —exclamé, sorprendido por el repentino tono atronador de mi voz. Todos guardaron silencio—. ¿Qué estamos haciendo aquí? —grité—. ¡Tenemos que ponernos en marcha! ¡Ahora!

George me arponeó con los ojos. Se levantó de la silla y dio una larga zancada hacia mí para situar su cara frente a la mía. Estaba temblando, asustado.

—¡Baje la voz! —me exigió con un susurro. Señaló hacia la calle—. Hay un guardia fuera de la casa. No debe oírle decir estas cosas.

—¿Por qué no? —inquirí—. Además, ¿qué es este sitio?

—¡Silencio! —me exhortó—. Silencio.

Alguien llamó a la puerta. George se quedó helado, los ojos como platos. Al momento siguiente, giró sobre los talones y salió de la cocina.

—¿George? —preguntó su mujer con la voz contenida desde arriba—. ¿Qué ocurre?

—¡Silencio, Susan! Yo me encargo.

—Buena la has hecho, Ed —me felicitó Bryce por encima del hombro. Oímos abrirse la puerta.

—¿Hola? —saludó George—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Va todo bien? —preguntó el guardia—. He oído gritos.

—¿Gritos? —repitió George—. No, no, serían solo, eh... risas, estábamos disfrutando de la cena.

Transcurrió un instante de silencio.

—Claro —dijo el guardia—. Risas. La próxima risa que oiga, llamaré a Jenny, ¿entendido?

—Entendido, por supuesto —le aseguró George.

La puerta se cerró y George regresó despacio a la cocina. Richard dejó en la mesa el cuenco aún por vaciar.

—¿Qué es exactamente lo que está ocurriendo aquí, George? ¿Y quién es esa mujer? —le preguntó.

George meneó la cabeza, barriendo frenéticamente el suelo de la cocina con la vista.

—Jenny Rae es una mujer... bondadosa —se obligó a contestar—. Ha levantado una comunidad sólida, nos ha dado un hogar, protección, trabajo, comida... Gracias a ella seguimos vivos. —Miró a Richard a los ojos durante un momento antes de apartar la mirada—. Pueden dormir en el salón — indicó—. Me voy a la cama.

Salió de la cocina. Lo oímos subir las escaleras con paso abatido, hasta que se oyó el chirrido y el clac de una puerta al cerrarse. Bryce echó a la pila la última bandeja vacía del *vindaloo* misterioso. Nos quedamos sentados, viendo cómo la vela se consumía hasta apagarse.

Me despertaron en plena noche unas voces procedentes de arriba. La oscuridad era total y ya no se oía el zumbido distante del generador. No había electricidad. No había luz. No había calefacción. Solo frío y negrura. Estaba hecho un incómodo ovillo en un sillón, con la cabeza apoyada sobre un cojín viejo y duro. Los demás dormían en los sofás y sillas con los que habíamos atestado el pequeño salón de los Angelbeck.

Me incorporé para destapar ambos oídos, despegando despacio del brazo el lóbulo de la oreja. Las voces procedían de la planta superior; susurros, una riña. A pesar del silencio helado, no distinguía lo que decían, solo el murmullo afilado y frenético de Susan Angelbeck, acallado por el rumor sereno de su marido.

Después oí un siseo. Y otro a continuación. Finalmente se hizo el silencio y una puerta se cerró. Me levanté, me acerqué a la ventana y descorrí los visillos. Solo distinguí la silueta del guardia que vigilaba la casa. Una voluta de humo escapó de su boca y se disipó en la noche. Dejé que los visillos se desplegasen otra vez y volví a recogerme en el sillón.

Todavía era de noche cuando me desperté de nuevo. Richard estaba levantado y vestido.

—Pronto amanecerá —dijo.

Todos estábamos ya despiertos y preparados cuando oímos pasos por las escaleras y ruidos en la cocina. Al entrar nos encontramos con George Angelbeck sentado a la mesa, frotándose la frente mientras tomaba una taza de té negro. Al vernos, levantó la cabeza y sonrió.

—Buenos días —saludó—. Hay té en la jarra.

—¿Cuándo va a venir Jenny? —pregunté.

George articuló una risita.

—La señorita Rae suele presentarse muy temprano. Estoy seguro de que no tardará en llegar. Por favor, tómense un té mientras esperan, siéntense.

Permanecí de pie, apoyado contra el fregadero. Harvey me tendió una taza de té caliente y aceitoso que vacié de dos tragos. Susan Angelbeck entró en la cocina con su hija, que llevaba puesto un uniforme escolar gris.

—Buenos días, cariño —la saludó George. Se levantó, le dio un beso a su esposa y apoyó una mano en el hombro de su hija—. Bueno, tengo que irme —anunció. Apuró el té y dejó la taza en el fregadero; descolgó un abrigo del perchero y abrió la puerta de atrás—. Hasta luego.

—Supongo que nos habremos marchado cuando usted vuelva —comentó Richard—. Así que muchas gracias.

George se detuvo y miró nervioso a su esposa.

—No hay de qué —respondió. Contrajo la mejilla—. Ha sido un placer.

Adiós.

—Desayuna algo, cariño —le pidió la señora Angelbeck a su hija cuando su marido cerró la puerta—. Sé buena chica.

—No tengo hambre —se excusó la joven, la mirada escondida en sus gastados zapatos de plástico.

—Está bien —suspiró la señora Angelbeck. Me dolían las mejillas solo de ver su boca estirada en una sonrisa permanente—. Bien, vayámonos ya a la escuela, entonces. —Cogió dos abrigos del perchero que colgaba de la pared de la puerta y le puso uno a su hija mientras sostenía el otro en un puño prieto. Nos miró—. Ahora nos vemos —se despidió.

Cuando salieron por la puerta de atrás, las oímos alejarse con presteza por el sendero. Bebimos más té. Bryce había empezado a registrar los armarios en busca de algo que comer cuando sonó el timbre de la puerta principal.

—Larguémonos ya de aquí —dije. Crucé el pasillo y abrí la puerta.

Jenny Rae me dirigió una sonrisa inerte.

—Buenos días —saludó. Arrugó la cara y desvió la mirada con embarazo—. Malas noticias, me temo. La camioneta se ha averiado. No hay forma de arrancarla.

—No se preocupe —le dije—. Gracias de todas formas, saldremos por nuestra cuenta. En cuanto recojamos nuestras mochilas.

Jenny Rae asentó una mano fuerte y rolliza sobre mi hombro. Miré al guardia que seguía controlando la verja.

—Eh, eh, calma —me aplacó. Sonrió satisfecha y enarcó una ceja—. No he dicho que la avería no tenga arreglo, ¿verdad? Mis muchachos están trabajando en ella, debería estar reparada para el mediodía. Quédense aquí y desayunen. Después nos aseguraremos de que puedan seguir su camino. —Asintió resueltamente y se dio media vuelta para marcharse.

—Las mochilas —le recordé.

—Enviaré a alguien con ellas —gritó, tras lo que se detuvo en seco y volvió la cabeza—. Ah, y pueden salir a dar un paseo si les apetece. Pero por el momento manténganse a este lado de la plaza. Por su seguridad, ya me entienden. —Inclinó el cuerpo hacia delante—. La gente de aquí lo ha pasado muy mal y a veces les cuesta tratar con desconocidos. Podrían no entender que son nuestros invitados, ya saben. Podrían hacerse una idea equivocada.

Nos miró con preocupación. Después sonrió y se marchó, intercambiando una mirada con el guardia al cruzarse con él en la verja. En ese momento oímos que se abría la puerta de atrás. Regresamos a la cocina, donde encontramos a Susan dejando las llaves sobre la mesa y quitándose el abrigo.

—¿Era ella? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí —contestó Grimes—. ¿Qué sucede, señora Angelbeck? ¿Adónde tenía que ir su marido esta mañana?

—¿George? —trinó con una sonrisa indecisa—. A trabajar, ¿dónde si no? —Su rostro fue palideciendo y vaciándose según pasaba frente a nosotros, evitando mirarnos, y colgaba su abrigo—. Ahora, si me disculpan, tengo algunas cosas que hacer arriba. Por favor, sírvanse una taza de té.

Susan Angelbeck salió de la cocina y subió. Nos miramos.

—Gilipollecés —sentenció Bryce—. Vayamos a dar una vuelta.

El guardia nos permitió salir con esa condescendencia de la que se inflan los gorilas cuando son ellos quienes te dejan pasar: la barbilla en alto, los ojos observándote desde su atalaya, los labios tensados en un comedido arco desdeñoso.

—A este lado de la plaza —nos recordó mientras nos alejábamos, repitiendo las indicaciones de Jenny Rae.

Caminamos calle adelante, sin separarnos. Aunque todavía era temprano y no se veía mucha gente, sentía que nos miraban desde todas partes. A veces se percibía algún movimiento tras las ventanas de las plantas superiores,

cortinas que se agitaban. Había guardias apostados a intervalos regulares a lo largo de la alambrada de nuestra izquierda. Todos se levantaban o rotaban hacia nosotros en cuanto nos veían aparecer, sin quitarnos ojo hasta que pasábamos al sector del siguiente.

—Gilipollecés —repitió Bryce para sí, situado en la vanguardia del grupo, con las manos hundidas en los bolsillos y el abrigo ceñido al cuerpo—. Gilipollecés, gilipollecés, gilipollecés.

Comenzó a lloviznar. Cuando encontramos el túnel desde el que se llegaba a la plaza principal, llovía a cántaros. Hicimos un alto y nos resguardamos bajo el saliente, apoyados contra la pared mientras contemplábamos el lúgubre círculo de casas rojizas, con sus tejados de pizarra, sus jardines desgredados y sus cercas desvencijadas. El elevado poste de madera seguía clavado en el centro como una especie de mayo antiguo al que el viento hubiera despojado de cintas años atrás.

—¿Para qué creéis que sirve ese poste? —pregunté.

De pronto se abrió una puerta del túnel que quedaba a nuestra espalda y una mujer salió con su hijo. El pequeño también llevaba un uniforme escolar y cargaba una pila de libros apretada contra el pecho. Al vernos, se detuvieron y después la mujer, sin decir palabra, le indicó al niño que siguiera caminando y saliese a la lluvia. Los vimos cruzar la plaza mojada, la madre protegiendo de la lluvia la cabeza del hijo con un ala de su cárdigan, hasta que se adentraron en el túnel de enfrente.

—Tienen escuela, entonces —observó Grimes—. Es alentador.

—Depende de lo que les enseñen en ella —opinó Richard.

Grimes frunció el ceño en un gesto furioso y lo miró.

—¿Eso qué significa?

Richard parecía desconcertado. Balbució y parpadeó.

—Significa lo que significa —concluyó—. ¿Cree que se atienen a algún

tipo de currículo? ¿Que les hacen exámenes? ¿Que los preparen para superar la media nacional? —Liberó un resoplido burlón y se acercó un poco más a la entrada del túnel, cruzándose de brazos—. De hecho, la mayor parte de esta gente no ha pisado una escuela en su vida. ¿Por qué iban a hacerlo ahora?

La soldado entrecerró los ojos. Lo siguió y lo miró con la cabeza ladeada.

—¿Esta gente? —repitió. Por lo general, Grimes se expresaba con un acento bastante dulce, definitivamente escocés pero difícil de ubicar cuando hablaba con normalidad. Ahora, no obstante, las vocales definidas y la contundencia de las consonantes te decían cuanto necesitabas saber. Era de Glasgow—. ¿Y qué sabe usted de esta gente?

Richard volvió la cabeza para mirarla y resopló otra vez.

—Sabe muy bien a qué me refiero —dijo—. Estos niños seguramente sabían más de cómo aprovecharse del régimen de subsidios que de álgebra o de gramática.

El ceño de Grimes se comprimió un poco más. Enseñó los dientes.

—Ah, claro, son todos unas sanguijuelas de los subsidios, la escoria de la humanidad, los desperdicios del espacio, vulgares criminales. No encajan en la sociedad. No merece la pena salvarlos. —Su labio aleteó apenas mientras lo taladraba con los ojos—. No hay ni una sola niña que intente hacer los deberes en el retrete porque su hermano la ha echado de su dormitorio para vender droga en él, o que cuando va a la escuela tenga que pasar por delante de su padre, que está tirado junto a los cubos de la basura durmiendo la mona.

Richard la miró con embarazo.

—No digo que no haya excepciones, por supuesto, es solo que...

—No son como los agradables niños de clase media, ¿verdad? —porfió Grimes—. No son como su gente.

—No he dicho eso —se defendió Richard—. Solo...

—¿Y usted? —le espetó la militar, aguijoneándolo con el dedo—. ¿Qué

me dice de usted? ¿A qué se dedicaba antes de que ocurriera esto? ¿Cómo pagaba su casa de la colina? ¿Cuál era esa labor con la que tanto beneficiaba a la sociedad? ¿Se dedicaba a los seguros? ¿Al petróleo? ¿A la banca?

Richard cedió a un estremecimiento mínimo.

—A la banca, entonces —dedujo Grimes—. Está claro.

—Sí —admitió Richard, que se colocó de cara a ella—. Sí, ganaba dinero. Ganaba dinero para mi familia y para mí, y sabe Dios que me costaba ganarlo. Eso es lo que hacía: trabajar. Trabajar como un condenado. Algo que la mayoría de esta gente no concibe. —Agitó una mano hacia la plaza vacía—. Me merecía lo que ganaba porque era el sudor de mi frente. ¿Por qué demonios debería sentirme culpable por ello?

Grimes lo miró desafiante a sus ojos furibundos.

—Hay gente que se desloma como usted no lo ha hecho nunca y que no gana ni una fracción de lo que se merece. Créame, sé de lo que hablo. Y hay gente que no da un palo al agua y que, seguramente, gana más de lo que usted ha tenido jamás. —Le dio la espalda y se apoyó contra la pared—. No tiene nada que ver con el trabajo.

—¿Quiénes sois? —se oyó preguntar por detrás de nosotros.

Nos dimos la vuelta y vimos a un niño parado en el otro extremo del túnel. Era pequeño, tendría siete u ocho años, llevaba unos vaqueros demasiado largos enrollados por los tobillos y un anorak rojo y sucio. Su pelo era un matorral rubio que colgaba sobre sus ojos.

—¿Quién eres tú? —lo desafió Richard, todavía sulfurado tras el asalto de Grimes.

El niño retrocedió un paso y metió las manos en los bolsillos.

—Me llamo Brian —se presentó.

—¿No tendrías que estar en la escuela? —le preguntó Richard, que miró a Grimes con gesto sarcástico para demostrarle su argumento.

—La escuela de los pequeños es los martes, los jueves y los sábados. La escuela de los mayores es los lunes, los miércoles y los viernes —explicó el pequeño como si recitase una lección—. Hoy es miércoles —le recordó a la vez que sorbía por la nariz.

Grimes contraatacó a Richard con el mismo semblante, tumbando su ofensiva y entrando otra vez en el túnel.

—Hola, Brian —lo saludó ella, su voz cantarina de nuevo—. Yo me llamo Laura. ¿Dónde vives?

—¿Sois soldados? —preguntó el niño, que miró de arriba abajo el uniforme de Grimes y después nos estudió a nosotros, confundido.

Grimes sonrió.

—Yo sí —afirmó ella, que se cruzó de brazos y, con la boca tapada con una mano, murmuró—: Pero ellos no.

Una sonrisa tímida brotó en la cara del niño.

—¿El grandullón tampoco? —susurró él.

Grimes recurrió a su mirada más incrédula y meneó la cabeza.

—Él menos que nadie —le dijo.

Brian nos escrutó durante un momento. Finalmente, su sonrisa se apagó.

—¿Sabe Jenny que estáis aquí? —preguntó.

—Sí —le dijo Grimes. Parecía estar evaluando al pequeño—. Jenny sabe que estamos aquí. ¿Qué te parece Jenny? ¿Te cae bien? —El niño frunció el ceño y apartó la vista de Grimes como si esta estuviese a punto de cruzar un límite que él preferiría que no rebasara. La soldado pareció percibirlo y desanduvo sus pasos—. Solo estamos dando un paseo —le dijo—. ¿Te gustaría ser nuestro guía?

Al niño se le iluminó la cara.

—Sí, vale —aceptó.

La lluvia había vuelto a dejar paso a una llovizna que nos acompañó

mientras Brian nos mostraba la plaza. Señaló las casas de la gente que conocía, nos habló de la tienda de comida para llevar y nos enseñó la escuela, que parecía una guardería en ruinas. Lo dejamos caminar por delante de nosotros, parloteando, dando patadas a las piedras y haciendo resonar las vallas al escurrir los dedos por ellas.

—Jenny dijo que había un coche —comentó Grimes aprovechando un descanso que Brian hizo en su explicación de lo que consideraba interesante.

—¿Un coche? —repitió el niño—. Hay un taller donde tienen coches. ¿Queréis verlo?

—Sí, por favor —asintió Grimes.

El niño dio un brinco y echó a correr, invitándonos a seguirlo por una calle lateral y un callejón angosto hasta una zona llana de suelo pedregoso. Se paró. Al otro lado del recinto había otro tramo de valla; la misma que, según comprobamos en ese momento, rodeaba toda la comunidad. En un extremo había una verja. Dos guardias armados la vigilaban por fuera, la vista puesta en la niebla. En el otro extremo se levantaban tres edificios de ladrillo plano con ventanas de postigos metálicos. Una de ellas estaba abierta y nos permitía ver a varios hombres vestidos con mono de faena que pululaban por dentro bajo el resplandor amarillo de una lámpara. El chisporroteo metálico de una melodía enmarañaba sus voces.

—Allí —señaló el niño—. Ese es el taller. Ahí es donde arreglan los coches.

—Donde se tocan la barriga, más bien —dijo Bryce—. Me acercaré a saludarlos.

Se disponía a salir, pero se detuvo cuando Grimes estiró el brazo hacia él. La soldado no necesitó más que rozarlo. Ahora Bryce comía de su mano.

—No nos conviene atosigarlos —advirtió Grimes—. Volvamos a casa de los Angelbeck y esperemos allí. ¿Es por aquí, Brian?

—¿Los Angelbeck? —dijo el pequeño, llevándonos de nuevo por el callejón. Miró hacia atrás de reojo—. Ahí es donde vive Abi. ¿Puedo ir?

De pronto Brian se topó con la inmensa panza de Jenny Rae, que había aparecido al final del callejón flanqueada por dos guardias. El niño jadeó, retrocedió dando un tumbo y la miró conmocionado. Jenny se le echó encima y lo agarró de ambos brazos, poniéndolo derecho y atenazándolo con sus ojos exánimes. Después se volvió para mirarnos a nosotros.

—Creía haberles dicho que se quedaran al otro lado de la plaza —renegó.

—No es culpa del niño —lo defendió Grimes—. Él no sabía nada. Deje que se vaya.

Jenny Rae se volvió hacia el niño aterrorizado.

—¿Qué te tengo dicho de los desconocidos, Brian? ¿Eh? —lo reprendió. El pequeño se zarandó indefenso, presa de la mujer—. ¿Eh? —repitió más alto. Levantó el brazo y le asestó un manotazo en la cabeza.

El niño cayó al suelo sin protestar, apretándose la oreja.

Se produjo un momento de pasmo durante el que nadie se movió ni habló. Titubeé con el cuerpo en tensión mientras dejaba transcurrir los últimos segundos. Finalmente, Grimes lanzó un grito de protesta y corrió a ayudar al crío. Respiré hondo y la seguí.

—Quítenle las manos de encima —nos ordenó Jenny Rae.

Grimes la ignoró, ya acuclillada junto al pequeño lastimado y susurrándole palabras de consuelo. Yo me detuve cuando uno de los guardias me apretó el pecho con el cañón del fusil, obligándome a retroceder con los demás.

—Vamos —urgió.

Le hizo un gesto al otro guardia, que dio un paso adelante y apartó a Grimes de un tirón. La soldado cayó de espaldas en los brazos de Bryce y levantó las manos cuando el guardia la apuntó desconfiado con el fusil.

—Levántate —bufó Jenny Rae. Brian se esforzó en silencio durante unos

segundos, apretándose la cabeza todavía, resbalando en la tierra—. ¡Levántate, niño! —Lo arrastró hasta ponerlo de pie y lo empujó hacia la plaza—. ¡Y vete a casa! —gritó mientras el niño corría, cabizbajo, las piernas hechas un torbellino. Se giró hacia nosotros con los brazos en jarras.

—¿Por qué ha hecho eso? —gritó Grimes—. Solo es un niño, ¿no ha hecho nada malo!

—Devuélvanos las mochilas —demandó Bryce—. Abra las verjas y déjenos marchar.

El primer guardia avanzó otro paso hacia donde estaban él y Grimes. El segundo se le unió, balanceando lentamente el fusil con el que nos apuntaba a los demás. Jenny Rae levantó una mano para detenerlos.

—Muy bien —cedió Bryce con un gruñido—. Quédense las mochilas. Larguémonos de aquí.

Se volvió hacia la verja, sujetando todavía a Grimes. Otros dos guardias aparecieron por el extremo opuesto y levantaron sus armas.

—Tengan por seguro que dispararán —nos advirtió Jenny Rae.

Bryce se detuvo y bajó la vista hasta sus pies, resollando por la nariz como un toro acorralado.

—Deje que nos vayamos —los apoyé—. No hemos venido buscando problemas.

Jenny Rae entornó los ojos y se acercó a mí.

—Creo que por ahora es mejor que se queden dentro —denegó—. Me parece que es lo más seguro para todos.

Regresamos custodiados a la casa de los Angelbeck, donde otro guardia se unió al que ya estaba apostado ante la verja.

—Mandaré que los avisen en cuanto la camioneta esté reparada —dijo

Jenny Rae, cuya sonrisa artera se esfumó al alejarse de la residencia.

Pasamos el resto del día tomando té en la cocina de los Angelbeck. Nadie tenía demasiadas ganas de hablar. Finalmente, me acomodé en el salón y cerré los ojos; decidí que, ya que no nos permitían salir de allí, al menos podía descansar. Me sumí en un profundo sueño del que desperté cuando la estancia estaba ya más oscura. Bryce se hallaba tendido en el sofá, que ocupaba por completo, con los ojos cerrados y los gruesos brazos anudados como los cabos de un buque sobre el pecho. Richard permanecía de pie ante la ventana, observando pensativo a los guardias entre los visillos. Me dirigí a la cocina, donde encontré a Grimes y a Abigail leyendo un libro en la mesa. Harvey las observaba desde una silla de la esquina. Susan Angelbeck estaba en el pequeño hueco que quedaba frente a la cocina, sacando cazuelas ennegrecidas y utensilios baratos de los armarios.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Grimes levantó la vista.

—Está atardeciendo —respondió.

—¿Qué? ¿Y todavía no se sabe nada de la camioneta?

Grimes meneó la cabeza.

—Laura me está ayudando con los deberes —comentó Abigail.

Asentí, furioso conmigo mismo por haber dormido tanto tiempo. Otro día que se nos escapaba de las manos.

Se oyeron pasos en las escaleras y a continuación George Angelbeck apareció en la entrada de la cocina.

—Buenas tardes —saludó.

—George, necesitamos irnos de aquí —le dije—. Ya.

—Estoy de acuerdo. —Me giré y vi a Richard en la puerta, detrás de George—. Esos guardias están ahí para retenernos aquí dentro. No creo que Jenny Rae tenga ninguna intención de permitirnos salir. Señor Angelbeck,

por favor, ¿puede explicarnos qué está ocurriendo? ¿Por qué viven en esta casa? ¿Qué trabajo hace para esa mujer? ¿Por qué se empeña en que nos quedemos aquí?

La señora Angelbeck dejó caer ruidosamente una cazuela sobre la cocina.

—Calma, calma —lo sosegó George—. No saquen conclusiones precipitadas. Estoy seguro de que la señorita Rae los sacará de aquí antes de lo que creen. No resulta fácil, ya saben, reparar un vehículo, no en estas circunstancias. No es que puedan pedir todos los recambios que se les antojen. —Soltó una risita y extendió la palma de una mano en ademán conciliador—. Ahora las cosas llevan más tiempo que antes, estoy seguro de que lo entienden. Relájense y verán que cuando quieran darse cuenta, estarán fuera de aquí. Mientras tanto, tranquilícense, descansen, pónganse cómodos.

—No quiero descansar —repliqué—. Quiero seguir mi camino. Ya deberíamos haber dejado Birmingham atrás. ¡Se nos agota el puto tiempo!

Descargué el puño patéticamente contra la mesa, intentando frenarme en el último instante al cruzar la mirada con Abigail. Sus lápices rebotaron y crepitaron en el plástico.

—Por favor —pidió George—. Cállese.

—¡Que no quiero calmarme, joder! —grité—. Nos han hecho prisioneros, ¿o es que está ciego? —Miré a Abigail—. Lo siento —añadí cruzando los brazos.

—Señor Angelbeck —intervino Grimes—. Exactamente, ¿qué labor hace para Jenny Rae?

Se produjo otro golpetazo sobre la cocina.

—La, eh... —titubeó George—. Bueno, pues, eh, ya saben...

—¡Por amor de Dios, George, díselo de una vez! —Susan Angelbeck se dio media vuelta y miró con ojos furibundos a su marido. En una mano blandía una espátula—. ¡Díselo!

George Angelbeck dejó de balbucear y miró a su esposa. Su garganta se infló y desinfló al tragar. Soltó un suspiro largo y tembloroso y se sentó.

—De acuerdo —aceptó. Rebuscó en el bolsillo de la camisa y sacó una gamuza gris, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas—. De acuerdo. —Suspiró de nuevo—. Antes trabajaba como consultor de la industria química. Era experto en plásticos... De hecho, sigo siendo experto en plásticos. Cuando llegamos aquí, a este... lugar... ella, Jenny Rae, quiero decir, nos preguntó uno a uno lo que sabíamos hacer, ya saben, de qué manera podíamos colaborar. —Volvió a ponerse las gafas y se reclinó en la silla—. Buscaba gente que reparase las cañerías, que montase sistemas de recogida de agua, que pusiera en marcha un generador, médicos, mecánicos, ingenieros... militares.

Su voz se apagó mientras perdía la mirada a ras de la mesa. Volvió la cabeza de pronto hacia su mujer, como si se le acabase de ocurrir algo.

—Cariño, ¿te importa si...? —Sacó una cajetilla de tabaco y miró a la señora Angelbeck. Cuando esta apartó la vista, George encendió un cigarrillo y dejó la cajetilla sobre la mesa—. Oh, por favor, cojan —nos invitó. Meneamos la cabeza mientras él liberaba una temblorosa nube de humo—. Vale, vale, bueno, a los que podían arrimar el hombro se les permitió quedarse y se les alojó en las casas de la comunidad que habían quedado vacías tras la muerte de sus propietarios. Los que no podían ayudar tuvieron que marcharse y guarecerse en otro sitio. —Miró la valla por la ventana y después se volvió hacia Abigail. Sonrió—. La ciudad era un lugar peligroso entonces, y lo sigue siendo ahora, sobre todo para los niños. Muchos tuvieron que buscarse la vida en el páramo.

Recordé a la familia que vi cuando salimos de la ciudad, acurrucada alrededor de la lumbre, sin esperanzas de sobrevivir.

—Esto nos puso en un aprieto. —Nos miró—. Un experto en plásticos no

es de gran utilidad cuando la prioridad es conseguir agua corriente, ¿cierto? Así que mentí. Les dije que era experto en explosivos. A decir verdad, no sé por qué elegí ese oficio en concreto, tal vez porque de joven me interesaban esas cosas. Me apasionaba la historia militar, ¿saben?, leí bastantes libros sobre el tema de las bombas y demás. Como tenía experiencia en el campo de la química, pensé que quizá podría... improvisar, ya saben.

Tamborileó en la mesa con los dedos y nos miró en busca de un gesto de comprensión, se retiró el cigarrillo de los labios y se pasó una mano por el pelo.

—Funcionó —aseguró—. Jenny Rae permitió que nos quedásemos, nos asignó esta casa. Ahora tengo un empleo. Trabajo para ella. A modo de remuneración, recibimos comida, luz, protección, educación para Abi, todo lo que una vida en sociedad puede proporcionarnos.

—Todo menos libertad —dijo Bryce, que había aparecido en la puerta—. Imagino que no le permitirán marcharse así como así, no ahora que forma parte del «equipo».

—¿Explosivos? —se interesó Grimes—. ¿Qué clase de explosivos? ¿Qué trabajo desempeña para ella?

George volvió a suspirar y cerró los ojos.

—Díselo, George —lo alentó Susan Angelbeck—. Diles lo que tienes que hacer.

El rostro de George se descolgó en una mueca laxa. Se inclinó sobre la mesa.

—Minas terrestres —confesó al cabo—. Colaboro con ella en la fabricación de minas terrestres.

—¿Qué? —se horrorizó Harvey—. Joder, socio, ¿para qué quiere esa mujer fabricar minas terrestres?

—Los acuerdos, ¿les habló Jenny Rae sobre ellos? ¿Cuando los disturbios

terminaron? —nos preguntó George. Asentimos—. Bien. Las relaciones no eran tan amistosas como esperaba Jenny. Algunas de las otras comunidades no estaban del todo satisfechas con el reparto. Sigue habiendo conflictos territoriales, se siguen organizando asaltos nocturnos. Tememos que se produzca otro cualquier día de estos. Jenny quiere blindar la comunidad colocando minas al otro lado de la valla.

—¿Para qué tiene ahí a esos tarugos armados? —preguntó Bryce—. ¿Por qué Jenny no se limita a disparar a quien intente entrar?

—A su modo de ver, las minas terrestres lanzan un mensaje más claro. Es un modo de avisarles de que nosotros estamos organizados. De que somos peligrosos.

—¿Nosotros? —dijo Richard—. Sí que se ha integrado en el equipo, ¿eh, George?

Miró nuestros semblantes de asombro, hasta detener la vista en el de su esposa.

—No es algo que yo quiera hacer, ¿entienden? No me queda otra opción. Es una mujer muy muy persuasiva. Ustedes habrían hecho lo mismo.

—¿Seguro? —cuestionó Richard—. ¿Y si alguna de las personas que hay ahí fuera pisara uno de sus simpáticos experimentos? Una madre, por ejemplo. O un niño.

—Saben que no les conviene acercarse demasiado —adujo un George inexpresivo.

—Espera que lo sepan —matizó Richard—. Solo lo espera.

George se levantó, expulsó una bocanada de humo y miró a Richard. Se señaló la cara con el dedo.

—Ahora me escucharán ustedes a mí. Hago cuanto puedo por mi familia bajo unas circunstancias imposibles. ¿Qué harían ustedes? ¿Se aferrarían a sus principios? ¿Pondrían a su esposa y a su hija en peligro? Todo ha

cambiado, ¿no se dan cuenta? Ahora todos tenemos que hacer cosas que nos repugnan. Antes dedicaba los domingos a rellenar crucigramas de mierda. Antes le añadía leche al té. Antes construía maquetas de aviones, escuchaba música clásica en la radio y sacaba a pasear al maldito perro. ¡Jamás imaginé que acabaría fabricando minas terrestres en el culo del mundo para una puta psicópata! —Se apartó de Richard y se apoyó contra la encimera—. Creía que no sería capaz —añadió mientras encendía otro cigarrillo—. Pero no tenemos ni idea de lo que podemos llegar a hacer. Ni idea.

Nos quedamos en silencio unos momentos. El humo del tabaco de George había formado una nube tenue sobre la mesa. Susan permaneció inmóvil, con los brazos apuntalados a ambos lados de los fogones, como si la encimera fuese a cerrarse de golpe si la soltaba.

—¿De dónde obtienen los materiales con los que fabrican las minas? —le preguntó la soldado.

—De la ciudad —reveló—. Principalmente de los polígonos industriales.

—¿Es ahí a donde ha ido hoy? —insistió Grimes.

—Sí —contestó el señor Angelbeck—. Salimos en la camioneta y encontramos algunos cables en unas oficinas.

Bryce se tensó y cruzó los brazos.

—Lo sabía —resopló.

—¿En la camioneta? —repitió Grimes.

George no pareció darle importancia al desliz.

—Sí, en la camioneta —admitió—. No hay ninguna camioneta averiada. Tenemos cuatro camionetas y todas funcionan a la perfección. —Apagó el cigarrillo—. Me temo que están en lo cierto. Jenny Rae no tiene ninguna intención de dejar ir a ningún combatiente adicional cuando una comunidad rival planea asaltarnos.

Bryce se adentró un poco más en la cocina atestada.

—Pues yo no pienso luchar por ella —advirtió—. Si me ponen un fusil en las manos, será a ella a quien dispare.

—Jenny Rae encontrará el modo de hacerle cambiar de opinión —dijo George hastiado—. Siempre lo consigue. Escuchen, lamento que las cosas sean así, pero no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlas.

—Seguro que puede ayudarnos de alguna manera —insistió Grimes—. ¿No hay algún túnel que pase por debajo de alguna valla? ¿No se puede hacer algo con los guardias, aprovechando los cambios de turno?

—No existe forma alguna. Y si existiera, lo siento, pero no pondría a mi familia en peligro revelándosela a ustedes. Ahora, si me disculpan, creo que esta noche me acostaré pronto.

—George —dijo Susan—. ¿Y la cena?

—No tengo hambre, cómete mi ración.

Cogió el tabaco de la mesa y arrastró los pies hasta la puerta de la cocina. Se detuvo al situarse frente a Bryce y perdió la mirada en su pecho hasta que este se apartó. Salió con aire apesadumbrado y subió las escaleras. Susan volvió a afanarse en la cocina y al rato nos sirvió una sopa en la que no se apreciaba traza alguna de carne ni de verduras. La tomamos en silencio, tras lo que Susan se retiró también con su hija, dejándonos de nuevo a solas en la cocina.

Oscuridad

En lo último que pensábamos era en dormir. Nos quedamos en la cocina iluminada por la vela y discutimos entre susurros las distintas formas que teníamos de escapar de allí. Bryce se decantaba por esperar, por seguirles el juego hasta que se produjera el asalto que según Jenny Rae se estaba fraguando, y entonces fugarnos aprovechando la confusión. Pero no teníamos ni idea de cuánto faltaba para eso. Ya llevábamos mucho retraso y la distancia que todavía nos faltaba por recorrer se antojaba más insalvable a cada minuto que pasaba. Harvey propuso simular un ataque al corazón, seguro de que lo llevarían a la consulta de un médico y de que podríamos escapar por el camino. Insistía en que no era necesario que él también huyese, en que se quedaría allí si hacía falta. A ninguno nos terminó de convencer la idea.

La estrategia de Richard consistía en tenderles una emboscada a los guardias. Nos armaríamos con lo que hubiera en la cocina y montaríamos jaleo para atraerlos al interior de la casa, entonces podríamos reducirlos y apropiarnos de sus fusiles y luego abrírnos paso a tiros hasta dejar atrás a los guardias de la valla. No parecía haber muchas probabilidades de que saliera bien, pero era lo más sensato que se nos ocurrió. Estábamos debatiendo los detalles cuando oímos un crujido en las escaleras.

Interrumpimos la conversación al instante y nos volvimos hacia la entrada de la cocina. Se oyeron unos pasos ligeros por el pasillo y al momento Abigail apareció en la puerta. La pequeña vela que sostenía proyectaba un resplandor anaranjado sobre su rostro, dejando en sombras unas mejillas que

deberían haber estado redondeadas por unos mofletes rollizos. Quise decir algo, pero se llevó un dedo a los labios.

—La ventana de mi dormitorio da al saliente de la fachada de atrás —dijo. Hablaba con una voz monótona y franca, la que emplean los niños cuando exponen un hecho con cuidado—. Si caminan por el saliente, pasarán al techo de un túnel. Si siguen por el techo, llegarán a un callejón que les llevará hasta el tramo más bajo de la valla. Está rota. Con un poco de suerte, los guardias no los verán. —Nos miró uno a uno—. Sígueme —susurró—. Y no hagan ruido.

La seguimos escaleras arriba, sin apartar los ojos del pequeño círculo luminoso que se cernía sobre nosotros. Cuando llegamos al rellano, señaló una puerta abierta que daba a una reducida habitación oscura. Nos siguió adentro, sosteniendo la vela cerca de la ventana mientras la abríamos. Grimes quiso despedirse, pero Abigail volvió a taparse los labios con el dedo.

Nos costó mucho salir por la estrecha ventana, sobre todo a Bryce, que saltó en último lugar y provocó un golpetazo sonoro al impactar contra la superficie alquitranada de abajo. Se apretó el tobillo y recogió la cabeza entre las piernas para reprimir el dolor. Lo ayudé a levantarse y seguimos a los demás hacia el túnel.

—¿Ha sido en el mismo tobillo? —susurré—. ¿Puedes caminar?

—Sí —dijo—. Cállate.

Se quitó mi brazo de encima con una sacudida y se llevó la mano al bolsillo. Oí un tintineo cuando sacó una botellita de licor. Retiró el tapón y la terminó de un trago.

Richard se giró.

—¿No puedes mantenerte sobrio por un puto segundo? —gruñó.

—¡Silencio! —siseó Grimes—. ¡Los guardias nos van a oír!

Bryce le hizo un corte de mangas a Richard y se guardó en el bolsillo la

botellita vacía. Cuando miré hacia la ventana de Abigail, vi cerrarse la cortina. Levanté la mano a modo de despedida, sin ver nada al otro lado del cristal.

Caminamos por el techo, casi a ciegas entre la negrura opaca. Solo se veían las luces lejanas de las hogueras que ardían en el páramo y los escasos rayos de luna que se filtraban entre las nubes.

—Ahora ¿qué? —preguntó Richard cuando llegamos al final.

Oímos un ruido, los pasos de alguien que doblaba la esquina y se detenía al otro lado de una valla. El haz de una linterna se deslizó por el suelo para registrar la carretera del interior.

—¡Abajo! —avisó Grimes.

Nos tendimos sobre el techo, ocultos tras el borde de ladrillos rojizos mientras el haz pasaba inofensivo por encima de nosotros. Después regresó y planeó a nuestro alrededor durante unos instantes, hasta que descendió y se apagó. Se oyeron otra vez los pasos del guardia, que se alejó para reanudar la patrulla.

—Por los pelos —dije. Hice ademán de levantarme, pero Grimes me sujetó del brazo y me echó al suelo de nuevo.

—Espere —me indicó—. Quédese agachado.

Me asomé sobre el borde del muro. Oímos pasos otra vez. Ahora los de dos guardias. Se detuvieron y orientaron los haces de sus linternas hacia las paredes de las casas que quedaban debajo de nosotros. Cuando uno me cegó por un instante, escondí la cabeza.

—Mierda —lamenté—. Creo que me han visto.

Oí hablar a uno de los guardias. Dijo algo sobre unos perros.

—Joder —maldijo Richard—. Atrás. Volvamos por donde hemos venido. Seguid agachados.

Reptamos por el techo impulsándonos con los codos.

—Saca tu cara de mi culo —le exigió Bryce a Richard.

—Créeme, no quiero tenerla ahí —le aseguró este.

—¡Silencio! —ordenó Grimes.

—Más rápido, bola de se...

Oímos unos ladridos junto a la valla, seguidos de una sacudida metálica y unos arañazos en la tierra.

—¡Ah, mierda! —dijo Richard—. Mierda, mierda, mierda.

Los ruidos de los perros se hicieron más fuertes: resuellos, jadeos y dos ladridos potentes y feroces, el tamborileo disciplinado de las patas, primero contra el asfalto y después contra los ladrillos, al tiempo que los ladridos cesaban y los animales intentaban encaramarse a la pared de debajo de nosotros.

«Aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, están aquí.»

Vi los haces deslizarse por la pared que quedaba a nuestra espalda.

—Levántense —nos ordenó uno de los guardias desde abajo—. Las manos sobre la cabeza.

Nos levantamos despacio, cegados por las luces enfocadas hacia nuestra cara.

—Jones —dijo uno de los guardias—. Ve a despertar a Jenny.

Esperamos de pie durante unos minutos bajo el resplandor de la linterna del segundo guardia. Al cabo de un rato oímos pasos, voces y el maullido repugnante e inconfundible de la risa de Jenny Rae. Se detuvo debajo de nosotros, aunque no podíamos verla. Liberó el suspiro de una institutriz que sostuviera entre las manos un bote vacío de pintura en spray.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué hago yo ahora con ustedes, eh?

—Déjenos marchar —propuso Richard—. Solo queremos salir de aquí y

seguir nuestro camino.

—Claro... Claro... —respondió ella con aire distraído, reducida a una voz disuelta en la oscuridad. Oí un taconeo—. Claro... ¿Qué hora es?

—Medianoche pasada —informó el guardia.

—Bien, bien —continuó Jenny Rae. Otro taconeo—. Mark, reúne a algunos hombres y trae dos camionetas a la plaza. Jones, tú te vienes conmigo y estos muchachos. Atadlos primero.

Nos ataron las manos a la espalda y nos llevaron carretera adelante, cegados por las linternas, rodeados por el olor y los ruidos de los enormes perros. Llegamos a lo que, por los chirridos que hacía, debía de ser una verja. Nos hicieron cruzarla y nos condujeron por un callejón. Entonces vi dónde estábamos. Dimos unos pasos más y nos detuvimos detrás de Jenny Rae mientras esta aporreaba la puerta de los Angelbeck.

—¿Señor Angelbeck! —gritó—. Señor Angelbeck, sé que está ahí dentro. Baje, por favor.

La puerta se abrió y George nos miró con los ojos entrecerrados mientras manipulaba las gafas.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué está pasa...?

—¿Quiere explicarme esto, George? —le pidió Jenny Rae—. ¿Quiere explicarme cómo es posible que cinco personas eludieran a mis guardias?

La luz blanca de la linterna alumbró el gesto de espanto de George Angelbeck. Nos miró a Jenny Rae y a nosotros. Susan apareció también en el recibidor oscuro. Vi la cara de Abigail junto a su madre. Me miró, la frente ya arrugada de puro pánico.

—¿George? —dijo Susan—. ¿Qué? Oh...

—Estoy esperando, George —insistió—. ¿Cómo han conseguido salir estos chicos? ¿Eh? Puse dos guardias en la entrada y otros dos en la parte de atrás. Ninguno vio nada. ¿Qué ha sucedido? ¿Excavaron un túnel? ¿Salieron

volando por el tejado? ¿O tal vez...?

Susan Angelbeck no necesitó más que una fracción de segundo para ver que Jenny Rae tenía los ojos puestos en su hija, ejecutar una espeluznante voltereta mental hacia atrás y dar un paso al frente.

—Fui yo —se culpó Susan—. Yo les dejé salir por el techo de atrás. Desde la habitación de Abigail, mientras la niña estaba en el aseo. Fui yo. Yo lo hice.

Apoyó una mano firme y bondadosa en el hombro de su hija y miró a Jenny Rae con resolución. George seguía balbuceando aturdido.

—¿En serio? —dijo la enorme mujer con los ojos clavados en la señora Angelbeck—. ¿Es eso cierto? —Zapateó de nuevo y resopló—. De acuerdo, como quieran. Venga conmigo. —Echó el cuerpo hacia delante, agarró a Susan del brazo y la sacó de la casa a tirones.

Susan bajó el escalón trastabillando y dando gritos.

—¡George! ¡Oh, por el amor de Dios! ¡George! ¡Ayúdame!

Jenny Rae me miró a los ojos mientras se llevaba a Susan a rastras, con la bata desabotonada y ondeando tras ella.

—Sígueme —ordenó—. Quiero enseñarles algo.

Los guardias nos llevaron a empujones calle adelante.

—¡Mamá! —gritó Abigail—. ¡Papá! ¡Páralos!

—Pero ¿qué...? ¡Susan! —George pareció reaccionar y echó a correr detrás de nosotros—. ¡Santo cielo, quítenle las manos de encima a mi esposa!

Uno de los guardias lo sujetó del brazo. Otro sacó a Abigail, deshecha ahora en gemidos y sollozos, a la acera.

—¡No pasa nada, cariño! —gritó Susan desde el otro extremo de la calle—. ¡Mamá está bien! ¡No llores!

—¡Despertad! —bramó Jenny Rae según pasábamos frente a las casas—. ¡Despertad todos!

Después, aquella risa, una vez más aquella risa espantosa. Los guardias pasearon los haces de las linternas por las ventanas y las puertas. La gente empezó a salir de las casas, parpadeando para protegerse de las luces. Cruzamos el túnel y salimos a la plaza. Había dos camionetas estacionadas con los motores en marcha, los faros encendidos con las luces dirigidas hacia el poste del centro.

—Quítadle eso. Atádlala ahí —indicó—. Mirando al frente. —Susan gritó aterrorizada cuando dos de los guardias le sacaron la bata, la empujaron al otro lado de la calzada y empezaron a amarrarla al poste con las manos por encima de la cabeza. Jenny Rae se encaminó hacia una de las camionetas, dando voces por la plaza—. ¡Despertad!

—¿Qué cojones está haciendo? —dijo Richard.

—Cállese y observe —graznó un guardia. Le asestó un culatazo en la cara con el fusil, obligándolo a postrarse de rodillas.

Bryce fue a ayudarlo. Un perro gruñó mientras otro guardia sacudía a Bryce con su arma y le hacía caer de bruces al suelo de piedra. El guardia le aplastó el cuello con la bota.

—¡Mire!

A Grimes, a Harvey y a mí nos empujaron hasta el borde de la acera. Las puertas se abrieron, el vecindario salió a la calle. Se formó una multitud en torno a la plaza. Susan colgaba del poste, parpadeando y arañando el suelo con los pies. Exploró la muchedumbre con la mirada hasta que dio con nosotros. Abigail sollozaba detrás de mí. Una sonrisa de desconcierto aleteó en el rostro de Susan cuando vio a su hija.

—¡No! —gritó George, que forcejeaba con la presa del guardia—. ¡Dios bendito, no! ¡Susan! ¡Suéltela, malnacida!

Oí otro crujido y George empezó a toser.

Jenny Rae rebuscó en la caja de una de las camionetas y se acercó al poste

de nuevo.

—¡Esto es lo que les ocurre a quienes me traicionan! —gritó, con un tablón orientado hacia la multitud— ¡A quienes actúan a mis espaldas! —El murmullo del gentío se extinguió cuando Jenny Rae lo miró asintiendo y sacó el mentón para emitir un gruñido salvaje—. ¡Esto es lo que les ocurre! —Miró la espalda temblorosa de Susan Angelbeck, cubierta por un camión de algodón—. ¡Esto es lo que les ocurre!

—¡Dios, no! —gritó George Angelbeck por encima del llanto de su hija.

Jenny Rae alzó el tablón sobre su cabeza y lo estampó contra las nalgas de Susan, que contrajo el rostro en un gesto de dolor mudo. Sus ojos se hincharon de espanto cuando liberó un alarido escalofriante. El tablón golpeó otra vez, con más rabia, forzando a Susan a emitir un grito agónico cuando impactó de pleno contra la parte de atrás de sus muslos. Después golpeó otra vez, y otra, y otra más. Cada azote le arrancaba un aullido más desgarrador, hasta que finalmente se quedó en silencio, jadeando y retorciéndose contra el poste, revolviendo la tierra lastimeramente con los pies, encorvando el cuerpo en un intento vano de esquivar los sucesivos golpes.

—Lo que son las cosas, ¿verdad? —gritó Jenny Rae para nosotros—. Lo. —Otro tablazo—. Que. —Y otro—. Son. —Y otro—. Las. —Y otro—. Cosas. —Y otro...

No sabría decir exactamente qué sucedió a continuación. Era consciente de que Bryce se retorció bajo la bota del guardia, de que Richard tenía la cara hundida entre las manos, de que Grimes apretaba los dientes y de que Harvey meneaba la cabeza con la mirada caída al suelo. Susan dejó de sacudir los pies y surgió un murmullo de disconformidad entre la muchedumbre.

Los azotes cesaron por un momento cuando Jenny Rae se volvió para escuchar las protestas. Su rostro irradiaba una dicha feroz, como la de un sabueso que sacara el hocico de entre las tripas de su presa. Sentí un vacío en

el estómago, una náusea, un deseo de hacer algo. Jenny Rae torció el gesto, dio un paso atrás y descargó el tablón, que produjo un crujido enfermizo al golpear la espalda inmóvil de Susan. Eché a correr. Corrí hacia ella ciego de cólera. Antes de que llegase al poste, Jenny Rae me vio y miró más allá de mí. Al instante siguiente sentí un estallido de dolor en la sien. No recuerdo el momento en que caí al suelo.

Apenas seguía consciente. Oí la voz de Jenny Rae.

—Cacheadlo.

Forcejeos y gruñidos en medio de la nave.

—Ni me toque, amigo —dijo alguien. Un hombre.

—Limpio. —Un guardia.

—Adelante, entonces —indicó Jenny Rae—. En marcha.

Olvido.

Recobré de nuevo unas hebras de consciencia, esta vez con la sensación de haber terminado una escalada imposible bajo una niebla densa y de haber coronado una cima en la que no quería estar. Me rodeaba una oscuridad plena, una quietud plena, un silencio pleno. La silla era dura, las cuerdas me cortaban las muñecas y los tobillos. La venda me apretaba los ojos y la tela olía a otras personas. Seguía haciendo un frío helador. Tosí. La cabeza se me inundó de dolor.

—¿Quién hay ahí? —preguntó un hombre de voz profunda situado frente a mí.

—¿Bryce? —pregunté.

—No —respondió el hombre—. Ah, joder. —Percibí que una sonrisa se

dilatada entre las palabras—. Son ustedes.

Después, una vez más, olvido.

La oscuridad ejerce un efecto extraño en uno. Cuando te quedas ciego, los demás sentidos compensan la ausencia de la vista. Incluso cuando estaba inconsciente, percibía a los demás, los ruidos que hacían al forcejear con las nuevas ataduras, al retorcerse en sus sillas, al comprobar la tensión de las cuerdas que les abrían la piel, al estirar el cuello para desprenderse de la venda frotando la cara contra el hombro. Después los ruidos se concretaron en imágenes: la boca menuda y firme de Grimes; las mejillas de Bryce, que se endurecían cuando gruñía; el ceño de Richard; la sonrisa de la que Harvey no se desprendía ni cuando se revolvía para soltarse.

Al recobrar el conocimiento, supe que ellos también estaban en la nave, despiertos. Y que había alguien más.

—Son ustedes, ¿verdad? —repitió el hombre.

Los ruidos cesaron. Los gestos se tornaron pétreos.

—Henderson —deduje.

Un jadeo y un silencio que brotó a modo de sonrisa me confirmaron que estaba en lo cierto. La atmósfera se tensó en torno a mí. Después, ruidos distintos, renovados quejidos de frustración, centrados ahora en la sexta silla de la nave. Juro que recuerdo la cara de Grimes, aunque no pudiera verla. La recuerdo contraída en una máscara colérica, los ojos decididos a saltar a través de la venda, los labios apretados en una especie de puño menudo.

Estaba junto a mí; su respiración se tornaba más acelerada y profunda por momentos, estremecida de ira.

—Usted —boqueó Bryce—. Voy a matarlo.

No cabía duda de que Henderson estaba sonriendo. No sé por qué estaba

seguro; tal vez por los ruidos que hacía con la boca, aunque todavía no hubiera dicho nada.

—Nos dejaron tirados —dije—. ¿Dónde está Yuill?

Otro jadeo, sin renunciar a la sonrisa. Ahora sí empezó a hablar; las palabras fluían lentas de izquierda a derecha a medida que meneaba la cabeza.

—¿Cómo cojones han llegado hasta aquí? —se extrañó.

Grimes seguía temblando, exhalando deprisa, con rabia, y agitando las extremidades de un modo tan frenético que temí que se le fracturaran. Las patas de su silla arañaban y golpeteaban el suelo de cemento. Bryce seguía llenando la nave con sus blasfemias, hasta el punto de quedarse sin ideas para maldecir a aquel hombre que nos daba por muertos.

—Alguien los ha traído, ¿verdad? —supuso sin inmutarse. Se dirigía a mí, ignorando el alboroto y los bufidos de rabia que se oían por toda la nave—. Sí, seguro que alguien los ha traído. Es imposible que hayan llegado aquí de otro modo. Aaah, amigo, ¿los ha traído un helicóptero? ¿Los recogió uno de esos helicópteros? No me lo digan, no me lo digan, no me lo digan... Se estrelló, ¿verdad?

Articuló una carcajada, profunda, abombada, que se intensificó como si hubiera echado la cabeza hacia atrás. Ahora Grimes parecía estar sometida al exorcismo más salvaje.

—¿Dónde está Yuill? —insistió Richard—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién es esta gente?

—Entonces, es así. Se estrelló, ¿no? —continuó Henderson, que seguía dirigiéndose a mí. Creí vislumbrar el destello blanco de su dentadura en medio de la oscuridad. Grimes había dejado de temblar y ahora empezaba a gruñir; ya no agitaba la silla, sino que golpeaba el cemento repetidamente con ella.

—Henderson —dije—. Tenemos que salir de aquí. Díganos qué está pasando. ¿Por qué está aquí? ¿Qué sucedió?

La silla de Grimes se movía.

—Ah —resopló el cabo—. Averígüelo usted mismo. No pienso... Pero ¿qué...? ¡Aaargh!

La voz profunda de Henderson se elevó cuatro registros de un salto hasta transformarse en un falsete ensordecedor. La voz de Grimes se enzarzó con la de él, un murmullo de rabia prieto y tembloroso en el que se advertía algo más: una especie de chupeteo, algo húmedo, como si la soldado tuviera los dientes al descubierto.

—*¡Quinmla! ¡Quinmla! Quinmla... Aaahhh... Quinmlaquinemla... ¡Quinmestahijaputaelacara!*

Con un último aullido, Grimes se desenganchó y dio un tumbo hacia atrás, articulando un grito cuando cayó al suelo con la silla. Se retorció un momento, hasta que se quedó inmóvil, jadeando.

—¡Hija de puta! ¡Me ha arrancado la mejilla de un bocado!

Estaba aterrado, con una respiración sibilante salpicada de saliva.

Bryce empezó a carcajearse y no paró hasta pasado un buen rato.

—Será mejor que nos diga lo que sabe, gilipollas —le recomendó—. Porque si no, le juro por Dios que buscaré el modo de ayudarla a levantarse.

—Está bien, está bien —accedió Henderson entre gruñidos de dolor—. Dios bendito, putos lunáticos, está bien. —Escupió, resopló, volvió a escupir, blasfemó, tosió y escupió. Reanudó el proceso y tomó aire tres veces lenta y agitadamente—. Doy por hecho que han conocido a Jenny, ¿no? —. Ahora su voz sonaba distinta, más alta, más oscura, más urgente, ajena a cualquier tipo de sonrisa—. Es la que organiza este sitio, como habrán comprobado. Pero está chalada.

—Sí, sí, sí, ya lo sabemos todo sobre ella —lo apremió Bryce—. Nos basta

con que nos diga dónde estamos.

—En el taller —respondió Henderson. Escupió otra vez—. Cerca de la verja.

—¿Cerca del garaje? —preguntó Richard.

—Sí, exacto.

—Tiene que haber algo en este lugar lo bastante afilado para cortar las cuerdas —supuso Bryce.

—No malgasten sus fuerzas —nos aconsejó Henderson—. He explorado toda la nave, palmo a palmo. No hay nada.

Bryce renegó y dio un pisotón en el suelo.

—¿Qué le ha ocurrido a usted? ¿Y a Yuill? —insistí.

Percibí que un nuevo gesto de desdén le estrujaba la cara. Escupió varias veces más.

—Tuvimos que bajar del Land Rover, seguimos a pie. La carretera estaba destrozada, no se podía circular en coche.

—Lo sabemos —dije—. Lo encontramos abandonado. Nosotros también hemos llegado aquí a pie.

—Una mierda —graznó—. No me lo creo.

—Crea lo que quiera —le dije—. ¿Qué ha sido de Yuill?

—Qué más da. Nos alejamos demasiado hacia el oeste. La tierra estaba encharcada, empantanada; tuvimos que dar media vuelta. Empezó a gimotear, a decir que nunca tendríamos que haberlos dejado atrás, que debíamos regresar. Me estaba retrasando.

—Entonces lo mató —aventuré.

—No —respondió Henderson—. Estábamos vadeando una ciénaga, en busca de alguna carretera. Avanzaba demasiado despacio, no dejaba de pararse. Lo oí llorar como un bebé por detrás de mí, suplicándome que lo ayudara. Cuando me volví, vi que estaba hundido hasta la cintura, que no

podía moverse. Así que lo dejé allí.

—Lo mató. Lo dejó morir.

—Mírelo así, si quiere. Me da igual, me estaba retrasando. Llegué a Manchester, conocí a Jenny y a su gente, me peleé con ellos y acabé con una venda en los ojos y encerrado aquí. Después aparecieron ustedes. No sé qué harían, pero estaban helados cuando los trajeron. Intenté hablar con ustedes, pero no han empezado a reaccionar hasta ahora.

Grimes pataleó contra el suelo, furibunda.

—¿Cuándo nos trajeron aquí? —le preguntó con los dientes apretados.

—Anoche —contestó Henderson.

—¿Anoche? ¿Qué hora es ahora? —pregunté.

—¿Y cómo voy a saberlo? —se indignó Henderson—. Tarde, imagino, empieza a oscurecer.

—Mierda —protesté—. Eso significa que llevamos tres días aquí.

—¿En serio? —se asombró Henderson—. ¿Han llegado aquí a pie en tan poco tiempo? —Lo ignoré. Dio un resoplido—. No, imposible —decidió.

Nadie añadió nada durante el minuto siguiente. Solo se oía a Grimes resollando en el suelo.

—¿Cree que la mató? —le pregunté a la oscuridad.

—¿A quién? —dijo Henderson.

—A la señora Angelbeck —especificó Grimes—. No sé. Cuando la desataron no se movía.

—No —desveló alguien desde un rincón más alejado de la nave—. No está muerta.

—¿Señor Angelbeck? —dije—. ¿George? ¿Qué hace usted aquí?

—Está muy malherida —declaró. Su voz sonaba débil y plana—. Ya vieron lo que ese monstruo le hizo. La llevaron al centro médico. Es un chamizo, en realidad, pero conozco al doctor. La atendió. Estuvo inconsciente

un tiempo, pero no está muerta. Abi también está allí. Sufrió una conmoción.

—¿Por qué está aquí, George? —le preguntó Richard.

—La fui a buscar. A esa mujer. —Noté que George arrugaba la cara según hablaba—. Cogí un escalpelo del centro médico y salí en su busca. Pensaba matarla por lo que le había hecho a Susan. Pero no conseguí acercarme lo suficiente. Una y otra vez, intenté asestarle un tajo, ¡pero esas putas bestias tuyas volvieron a reducirme!

Empezó a gruñir y a forcejear. Su silla comenzó a vibrar y a golpetear contra el suelo. Dio un grito y se quedó quieto de pronto, jadeando de pura frustración.

—Soy un imbécil —se acusó—. Un maldito imbécil. Ahora estoy aquí encerrado. ¿Qué va a ser de Abi?

—Hizo lo que cualquier marido y padre habría hecho —le aseguré—. Yo habría hecho lo mismo. —Oí que Grimes, Richard y Bryce resoplaban por la nariz. Los imaginé levantando las cejas—. ¿Qué significa eso? —pregunté.

—¿El qué? —dijo la soldado.

—Os he oído. Habéis resoplado por la nariz. ¿Por qué?

—No digas tonterías —respondió Richard.

—Sé lo que he oído, lo que...

—Ed —me interrumpió Bryce—. Es que... No te lo tomes a mal, pero no se puede decir que te hayas ganado el premio al padre del año, ¿no crees?

—¿Qué? —dije, disociado de cuanto tenía en la cabeza—. ¿Y eso qué significa?

Sabía muy bien lo que significaba.

—Pues eso mismo —reiteró Grimes—. Me fijé en usted, en los barracones, todos nos fijamos. Todos los padres y madres se pasaban el día con sus hijos, cuidando de ellos, compartiendo su tiempo con ellos. En su caso... en cambio... parecía como si eso no fuera con usted. Solo participaba en las

misiones de abastecimiento para no tener que encargarse de sus hijos.

—Un momento —intervino Harvey—. Dadle un respiro al chico, ¿queréis? Vale, puede que no fuese el padre más comprometido...

—¡Joder, Harvey! —exclamé.

—... pero ser padre es duro, ya sabéis, sobre todo después de, ya sabéis, lo que ocurrió.

—Ah, claro —intervino Bryce—. ¿Y qué sabrás tú de eso? ¿Te vas a inventar una familia, como cuando dijiste que te fuiste de maratón por el país?

Percibía la sonrisa de Henderson, la sentía desplegarse, igual que sentía mis entrañas envenenadas de culpa. Una ancha hilera incorpórea de dientes blancos.

—Déjalo en paz, Bryce —le exigió Richard—. No eres más que un asqueroso borracho gordinflón, y no tienes ningún derecho a hablarle a...

—Me tienes harto, payaso —rugió Bryce—. En cuanto me vea libre, te voy a reventar a hostias.

La atmósfera se llenó de un griterío airado, lacerante, de los chirridos de las sillas al rozarse contra el cemento y de los arañazos de las cuerdas al hundírseles en la piel. Y mientras tanto, la sonrisa de Henderson, alargada de oreja a oreja como la del gato de Cheshire, rasgaba la oscuridad, al otro lado de mi venda, sin que pudiera verla, de alguna manera tan estruendosa como la propia algarabía.

—¡Sé que soy un mal padre! —grité sin pretenderlo—. Es cierto. Lo sé. —El vocerío se extinguió—. Nunca quise tener hijos —admití. Golpeé el suelo con el pie atado—. Sé cómo suena eso. Sé en qué me convierte. Sé lo que la gente piensa de mí. Estaba aterrorizado cuando Beth se puso de parto. Es verdad, le pasa a todo el mundo, pero yo estaba aterrorizado porque sabía que en teoría tenía que sentir algo. Cuando cogí a Alice por primera vez, en teoría

tenía que haber sentido una descarga eléctrica. «Nada te prepara para algo así», me decían todos los demás padres. «Tu vida cambia, en ese instante, cuando los ves por primera vez, lo cambia todo, es como una patada en las pelotas, el corazón se te derrite, tus prioridades cambian.» Sandeces, nada más que una sarta de sandeces amables y empalagosas. Estaba aterrorizado porque sabía que eran sandeces, porque sabía que a mí no me pasaría.

Un completo silencio se adueñó de la nave. Sentía que los demás me buscaban con los ojos, a través de las vendas harapientas, en la oscuridad, guiándose por la procedencia de mi voz.

—No me malinterpretéis —continué—. Hice todo lo que en teoría tiene que hacer un padre. Abracé a Beth con fuerza cuando me anunció que estaba embarazada; sonreí, le dije lo feliz que me sentía, lo emocionado que estaba, lo perfecta que sería nuestra vida... Y no le mentí, no exactamente. Sentía de verdad todas esas cosas, en serio, pero... no... Cuando Alice llegó, cuando me la pusieron en las manos, cubierta de sangre, de mierda, de sudor, mientras Beth seguía aullando, intentando apretarme la mano, cuando la sostuve entre mis brazos, me la quedé mirando. No dejaba de mover los ojos de aquí para allá, intentando enfocar la vista, detenerla en algún lugar, hasta que al final la detuvo en mis ojos, y supe que ese era el instante, el instante en el que en teoría debía sentir que las piernas se me volvían de mantequilla y en el que debía romper a llorar. Ahí fue cuando en teoría yo tendría que haber cambiado, pasado a otro nivel, dejado atrás la infancia, cuando tendría que haberme convertido en el hombre, en el padre. Lo sabía, pero no lo sentía así.

Giré la cabeza en la oscuridad, orientando las orejas en busca de algún sonido.

—Tampoco es exactamente así —seguí—. Sí que sentía algo. En ese mismo momento empecé a quererla, sentí que me embargaba un amor vertiginoso por ella, pero era una especie de resaca que me arrastraba hacia

otra cosa. Hacia... Hacia algo antiguo. Algo que llevaba ahí demasiado tiempo. Fue como... Cuando aquellos ojos enormes, húmedos y ciegos se encontraron con los míos y se detuvieron por un segundo, sentí que algo decía: «¿Ya? ¿Otra vez? Vamos a empezar otra vez, ¿verdad? Otra criatura. Otra vida. Otra vuelta de tuerca. Otra lucha». —Tomé aire en medio de un silencio pétreo y frío—. Mirad —proseguí—. Sé que no soy ningún gran padre. No... No pasaba el tiempo suficiente con ellos, no me esforzaba bastante, pero eso no significa que no quiera a mi familia. No significa que no la eche de menos. Joder, si hasta llevo estas dos latas colgadas del cuello, y le susurro a una de ellas por las noches, por si Alice pudiera oírme.

Silencio. Experimenté un extraño vacío en torno a mí, no percibía a nadie cerca, no sentía que nadie se moviera ni respirase; la sonrisa de Henderson ya no flotaba en medio de la oscuridad.

—He terminado —dije, a la escucha—. Podéis seguir peleándoos. —Mudez. Inmovilidad. Oscuridad transparente a mi alrededor—. ¿Hola?

—Las latas —se interesó finalmente Grimes, tirada aún en el suelo. Su voz volvió a llenar de sonido la nave, como una ráfaga de aire cálido que se propagase de pronto por un salón frío.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunté.

—Ha dicho «estas dos latas».

—Sí, eso he dicho, ¿y qué?

—¿Las lleva encima ahora?

Retorcí los hombros para que las latas cayeran a mi regazo y balanceé la silla con la inclinación necesaria para que rodaran al suelo.

—Tienen los bordes romos —avisé—. Retiré los filos cortantes para que Alice no se hiciera daño.

—Tendrá que romperlas —me indicó Grimes—. Aplástelas con los pies para que se partan.

Titubeé.

—Pero...

—Hágalo —me urgió Henderson.

—Es nuestra única oportunidad, Ed —apuntó Richard—. Alice lo entenderá.

Giré la silla hasta que toqué el metal con la punta del pie izquierdo y levanté el talón hasta ponerlo casi encima. La lata se escurrió y chocó con la otra.

—No puedo levantar el pie lo suficiente —dije—. La cuerda está demasiado prieta.

—Entonces levante la pata de la silla —me sugirió Grimes—. Emplee su peso.

Arrastré la silla siguiendo el ruido de las latas hasta que di con ellas. Coloqué la pata delantera izquierda de la silla junto a una de ellas y me mecí ligeramente hacia un lado. Me incliné sobre dos patas hasta casi caerme y volví a apoyarme, dando al otro lado de la lata.

—Mierda —mascullé.

—Inténtelo de nuevo —me instó Grimes.

Oí que arrastraba su silla hacia la mía. Volví a mecirme, volví a inclinarme demasiado, me corregí y asenté la silla aplastando la lata.

—Ya está —dijo la soldado—. Ahora sáquela de debajo. —Liberé la lata y oí a Grimes rebuscar en el suelo entre gruñidos amortiguados y arañazos metálicos—. Bien. La ha roto. Ahora sí corta. —Articuló algunos gruñidos más—. Mmm. *Mmmbrrrryce. Levtme.*

—¿Eh? —dijo Bryce.

—*¡Levtme!*

—Levántala —descifró Richard—. Quiere que la levantes por detrás de Edgar para que ella pueda cortar la cuerda de él.

—¡Mmm! —gimió la soldado.

—Ah —comprendió Bryce—. Vale.

Bryce se arrastró hasta donde Grimes estaba tirada. Oí resoplidos y más gruñidos, y después el resuello de Bryce, hasta que por último sentí la cabeza de Grimes contra mis manos.

—*Sostgme* —dijo.

—¿Qué?

—*¡Sostgme!*

—¡Sostenle la cabeza, Ed! —gritó Richard.

Eché los dedos hacia atrás y le sujeté la barbilla. Bajo la resbaladiza capa de sudor noté cómo los huesos de pajarillo de su mandíbula se desplazaban sobre mi palma mientras ella movía la lata. Trabajamos así, Bryce aguantándola de alguna manera, yo sujetándole la cara y Grimes apoyada sobre un codo e inclinando la lata de todas las formas imaginables con la boca a fin de cortar la cuerda con el borde afilado. Perdí la cuenta de las veces que se le cayó y tuvimos que empezar de nuevo, de las que me cortó en la muñeca y de las que gritó al cortarse los labios. Insistimos durante aproximadamente una hora, hasta que de pronto sentí alguna presión en la parte exterior de la muñeca y un tirón cuando la cuerda se enganchara. Así una vez y otra, a medida que el metal cortaba las hebras.

Sentí que la cara retorcida y lastimada de Grimes se endurecía para engancharse y empezar a serrar, oí el frufú de la cuerda al deshilacharse una vez y después dos, y por último sentí que las manos se me liberaban al tiempo que Grimes se dejaba caer exhausta al suelo.

La lata tintineó sobre el cemento.

—¿Se ha soltado? —masculló.

—Sí —afirmé, haciendo una mueca mientras retiraba las manos de la espalda poco a poco y flexionaba los dedos.

Grimes articuló un gemido apagado. Oí a Bryce susurrarle algo, a Harvey reír entre dientes, a Richard suspirar aliviado. Estoy convencido de que incluso oí silbar a Henderson. Me quité la venda, pero no noté diferencia alguna. No había ninguna fuente de luz, ni siquiera un resplandor tenue que se filtrara por alguna rendija o bocallave. Nos encontrábamos rodeados por una negrura completa; atrapados en una nave a oscuras y envuelta por una noche lóbrega sin estrellas. No veía nada.

Y, sin embargo, los sentía cerca de mí. Sí. Los sentía, estaban allí; siempre estaban allí.

La cuerda de las piernas estaba anudada con fuerza, pero conseguí liberarlas. Retiré las ataduras de Grimes y la ayudé a levantarse, e hice lo mismo con Harvey, con Bryce, con Richard y, por último, con George. Ya de pie, estiramos las extremidades y los dedos.

—Entiendo —dijo Henderson—. Piensan dejarme atado, ¿verdad? Piensan fugarse sin mí. Pues que tengan suerte. —Su sonrisa había vuelto, descolgada entre las sílabas, con sus invisibles perlas blancas engarzadas en alquitrán.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Harvey.

—La puerta está por aquí —dijo Richard a nuestra espalda—. Se puede palpar la cerradura.

—¿Cuántos guardias hay ahí? —inquirió Grimes.

—¿Me lo pregunta a mí? —supuso Henderson—. ¿Por qué debería decírselo?

Grimes me rozó al acercarse a la silla del cabo.

—Respóndame y punto —le ordenó—. Respóndame o tumbaré su silla de una patada y le arrancaré la garganta a mordiscos, se lo juro.

—Dos —informó Henderson—. Siempre hay dos. Son los de la verja,

reconozco sus voces.

—Bien —dijo Grimes—. Llamaremos su atención, esperaremos junto a la puerta y les partiremos la crisma con las sillas, ¿entendido? Ya habrán abierto la verja por la que se sale de la comunidad.

—Cojonudo —aprobó Bryce.

—¿Y los perros? —apunté yo.

—Serán los primeros en entrar —imaginó Richard—. Necesitamos distraerlos con algún cebo.

Silencio.

—Olvidenlo —exigió Henderson.

Arrastramos la silla de Henderson a fin de orientarla hacia la puerta, tan lejos de esta como pudimos. El cabo forcejeaba con sus ataduras mientras lo desplazábamos.

—No se preocupe —lo tranquilizó Richard—. Harvey y Ed permanecerán a su lado. Interceptarán a los perros antes de que estos se abalancen sobre usted.

—Ah, entonces todo controlado, cuento con un vejestorio y un cabrón zampabollos para protegerme de dos pastores alemanes hambrientos. ¡Quítenme las putas cuerdas!

—¡Silencio! —siseó Grimes—. ¿Bryce?

—Ajá —contestó este. Oí el chasquido de la madera. Me pasó la pata de una silla y a continuación le entregó otra a Harvey—. En la garganta —indicó—. Tan fuerte como podáis. Retorcedlas.

—De acuerdo —aprobó Grimes—. Richard, Bryce, colóquense conmigo y con George en la puerta. ¿Preparados?

—¿No te importa? —le susurré a Harvey.

—¿A qué te refieres, socio? —dijo.

—Matar a un perro —especifiqué.

—Ah, no, ya he matado perros antes —reveló—. No pasa nada.

—¿Qué? Pero...

—¿Están preparados? —preguntó Grimes.

—No —dijo Henderson—. A la mierda, a la mierda con todo esto...

—Bien, hagamos un poco de ruido.

Bryce empezó a pegar voces.

—¡Eh! ¡Eh, cretinos! ¡Los de ahí fuera! ¡Inglesuchos de mierda! ¡Escoria inglesa!

Richard se sumó al griterío y comenzó a aporrear el suelo con los pies. Todos nos unimos al coro de alaridos y berridos, castigando el cemento, ahogando las protestas de Henderson.

—¡Ey! —grité, incapaz de pensar en algo más original—. ¡Ey! —Cada vez más alto, la vista anclada en la negrura de la puerta, confiando en que al otro lado hubiera alguna luz, en que pudiéramos verla abrirse, en que pudiéramos ver quién o qué entraba por ella.

Entre los berridos de Bryce, los abucheos de Richard, los chillidos de Grimes y los amortiguados gruñidos de disconformidad de Henderson oí algo más, algo que me resultaba familiar, un aullido que comenzaba a elevarse por detrás, más sereno que los demás. Sonaba en parte animal y en parte humano, lobuno, primitivo. Un aullido que llevaba despertándome a diario desde nuestro paso por Carlisle. Tenía la impresión de que yo era el único que lo oía. Comprendí que procedía de Harvey.

Al advertirlo, volví a percibir las siluetas en la oscuridad. Noté que Harvey me miraba, que el aullido se aquietaba mientras los demás seguían alborotando. De alguna manera, entendí que se dirigía a mí en voz baja, una voz, sin embargo, más enérgica que el estrépito en sí, como si la oyera a

través de unos auriculares. Sentí su rostro, su frente apretada, y aquellos ojos brillantes que me observaban con una fijeza imposible.

«¿Lo pillas ya, socio? —parecía decirme—. ¿Lo pillas ya?»

Apenas había tomado conciencia de esto cuando oímos unos ladridos fuera. Volví la cabeza hacia la puerta justo a tiempo para ver cómo se abría de golpe y permitía que el haz de una linterna alumbrase la nave. Dos perros entraron a la carrera, salivando, derechos a por Henderson. Los vi saltar y vi que Harvey se echaba hacia delante con la pata rota de la silla. El segundo perro consiguió pasar y hundió los colmillos en la rótula del cabo, dejando la garganta desprotegida. Henderson profirió un alarido. En el momento en el que el animal deslizó sus ojos enrojecidos hacia mí, me lancé hacia él y le abrí el cuello con la estaca puntiaguda. Sentí el paso de la madera a través del pelo y de la piel, oí gritos y golpes en la entrada, dos disparos, oí el gañido del perro al descolgarse de la pierna de Henderson, hundí la pata un poco más y la retorcí en la garganta del can mientras este pataleaba y arañaba el cemento en vano. Se agitó un par de veces entre espasmos y liberó un gemido lento hasta que, por último, deslizó una garra estremecida por la piedra y se quedó inmóvil.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta y cuando miré, vi a Bryce montado a horcajadas sobre uno de los guardias, que tenía una cuerda en torno al cuello. El guardia permaneció tendido boca abajo, quieto, y Bryce se levantó, echándose hacia atrás las lianas de cabello húmedo y lacio que tenía adheridas a la cara.

Richard estaba de pie, mirando hacia abajo, al otro guardia, con una silla astillada y ensangrentada en la mano.

Harvey había caído de espaldas contra la pared de atrás, su perro ensartado y gimiendo a los pies de Henderson, la mandíbula cerrada aún en torno a su espinilla.

—¡Quítenmelo! —gritaba el cabo mientras lanzaba patadas contra el hocico del animal—. ¡Quítenme a esta bestia de encima!

Bryce apartó al perro. Este gruñó y reanudó el forcejeo, laxamente, cuando Bryce hundió un poco más la pata de la silla en su costado y la retorció hasta que también el animal pereció con un aullido.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Richard.

Henderson aulló.

—¡Mi rodilla!

—¿Están muertos? —dije—. ¿Los guardias?

—El mío sí —afirmó Bryce con voz sombría.

—El mío desde luego también —añadió Richard, que inspeccionó el extremo de su arma antes de dejarla caer al suelo—. Joder, nunca había...

—¿Dónde está Grimes? —preguntó Bryce—. ¿Grimes? —Cogió una de las linternas que se les habían caído a los guardias—. ¿Grimes?

—¡Mi rodilla! —gritó Henderson de nuevo.

Grimes no respondió. Poco después se oyeron unos resuellos débiles procedentes de un rincón. Corrimos hacia ella.

—¿Grimes? Oh, no —se alarmó Bryce—. Oh, joder.

Estaba hecha un ovillo sobre un costado, apretándose el estómago con las manos. Unos hilos de sangre reluciente se escurrían entre las yemas de sus dedos y comenzaban a formar un charco en el suelo. Tenía la cara lívida y salpicada por la sangre de los cortes que se había hecho con la lata en torno a la boca.

—Uno de los guardias abrió fuego —explicó—. Me alcanzó.

—Vale —dijo Bryce—. Vamos, la levantaremos.

Ayudé a Bryce a sentarla de forma que la soldado pudiera descansar sobre la rodilla de él. Harvey se acercó a rastras.

—La sacaremos de aquí, cariño —le aseguró—. Se va a poner bien.

Henderson jadeó entre dientes.

—Mi rodilla —se lamentó—. Mi rodilla... Creo que está desencajada.

Richard cogió la segunda linterna.

—Silencio —indicó mirando a Henderson, como un padre distante que se dirigiera a un niño malcriado. Se acercó al círculo que habíamos formado alrededor de Grimes y se agachó. Las sombras puntiagudas que proyectaban sus facciones crecían hasta alcanzar unas dimensiones caricaturescas bajo el haz amarillo—. ¿Puede caminar? —le preguntó—. ¿Puede ponerse de pie?

Grimes jadeó. La comisura de su boca se contrajo al tiempo que negaba con la cabeza. Una de las radios de los guardias emitió un siseo. Grimes la miró.

—¿Estás ahí, Gav? —crepitó una voz—. ¿Qué ocurre? Cambio.

—Tienen que marcharse —nos apremió Grimes.

—¿Gav? Cambio.

Se oyó un ruido a lo lejos. Un portazo. Un motor.

—Ya —insistió la soldado.

Henderson seguía farfullando entre dientes, haciendo mecerse la silla.

—¡Desátenme las cuerdas! —gritó—. ¡Desátenmelas!

—Usted se viene con nosotros —le dije a Grimes—. Podemos llevarla.

Me miró con el ceño fruncido.

—No, no pueden —rechazó—. Apenas les...

—La llevaremos con nosotros —zanjó Bryce. Deslizó las manos bajo los brazos de Grimes y la cargó sobre su hombro.

Fuera vimos deslizarse las luces de una camioneta que recorría una curva por el fondo del claro y se detenía. El motor rugió dos veces y a continuación las luces empezaron a crecer cuando la camioneta se embaló hacia nosotros.

—Ahí vienen —anunció Richard—. Una camioneta. Jenny está con ellos, oigo su voz. ¿Qué hacemos?

—Esa mujer —masculló George. Cogió una escopeta de las manos de uno de los guardias muertos—. Hay que pararle los pies de una vez. Apártense. —Nos hizo un gesto—. Aléjense de la puerta.

Nos recogimos en la oscuridad del taller cuando la camioneta se hizo a un lado para detenerse. Jenny Rae desmontó, flanqueada por dos guardias, y se paró bajo la luz de los faros. Su mole proyectaba una sombra achaparrada sobre la tierra mientras contemplaba la escena con creciente ira.

—Usted —bufó, señalando a Henderson con un dedo. Pero, antes de que tuviera ocasión de proseguir, se oyó un disparo ensordecedor que hizo saltar chorros de sangre de sus rodillas.

Los guardias orientaron sus armas guiándose por el estruendo de la escopeta, pero George Angelbeck ya había recargado. Disparó a uno sin perder tiempo y después al otro. Los dos cayeron inertes al suelo mientras George se dejaba alumbrar por los faros para acercarse a Jenny Rae, que se revolcaba en la tierra entre aullidos de dolor.

Salimos tras él, Grimes apenas consciente sobre el hombro de Bryce. El motor de la camioneta ronroneaba al ralentí y la verja estaba abierta al páramo.

—Les sugiero que se vayan —nos instó—. Ya. Antes de que aparezca nadie más.

—¿Y usted? —dijo Harvey—. ¿Qué va a hacer usted?

—No se preocupen por mí —respondió George—. Me ocuparé de la señorita Rae. Tenemos una cuenta que saldar, ¿verdad, Jenny? —La mujer se retorció a sus pies. Me pareció distinguir un resuello de asentimiento entre sus gemidos. George nos miró—. Vamos, márchense.

Bryce tendió a Grimes en el asiento de atrás, la acomodó sobre su regazo y la abrigó con la frazada de los perros. Harvey montó a su lado y yo ocupé el asiento del acompañante, junto a Richard.

—¡Eh! —nos llamó Henderson, atado aún a la silla mientras se desangraba entre los perros muertos—. ¿Y yo?

—Buena suerte —le deseó Richard, que dirigió la camioneta hacia el otro lado de la verja.

Oscuridad. La oscuridad seguía imperando a nuestro alrededor, envolviéndolo todo, amplificando cada jadeo trémulo que brotaba de nuestra garganta, cada latido atronador que nos sacudía el pecho, imponiendo su cerrazón. Estaba desorientado, no sabía a qué distancia nos encontrábamos de la ciudad. No veía nada salvo los triángulos amarillos que los faros de la camioneta proyectaban sobre la tierra infértil y pedregosa mientras el motor rugía.

Oía a Bryce. Percibía su corpulencia oscura en el asiento de atrás, a mi izquierda. Lo oía sorber por la nariz, gruñir, sollozar.

Se oyó algo por detrás de nosotros; los guardias de Jenny, supuse, pero enseguida dejaron de perseguirnos. El sol salió cuando llegamos a la ciudad. Durante unos breves segundos, volvimos a vislumbrarlo, un disco ígneo empeñado en hacerse ver a pesar de las nubes, aunque no tardó en desaparecer como la otra vez, dejando que sus llamaradas se dispersaran lentamente.

Encontramos unos edificios. Circulamos por las calles desiertas. Vi cómo Richard apretaba los dientes y se inclinaba sobre el volante, confiando en que la camioneta no se averiase, en que las carreteras nos sacaran de allí sanos y salvos. Más adelante dimos con un desvío que nos orientó hacia el sur. Oí los lamentos de Bryce e intenté ahogar los míos, que era lo único que podía hacer. Seguimos adelante y salimos aprisa de Manchester en dirección sur mientras el día se iluminaba a nuestro alrededor.

Iglesia

Debía de ser mediodía cuando Bryce anunció que Grimes había dejado de respirar. Lo miré por el espejo. Seguía acunándola en su regazo, acariciándole el cabello. Su cara parecía la de otra persona, limpia de arrogancia y desdén. Detuvimos la camioneta para cerciorarnos. Tenía los ojos y la boca abiertos. Ya no le latía el pulso.

La enterramos. Quisimos pronunciar unas palabras, pero no había nada que decir, de modo que seguimos adelante. Poco después la camioneta se quedó sin combustible. Dejamos que rodase a trompicones hasta que se detuvo y nos apeamos sin decir palabra. Había una pequeña bolsa de lona en la parte de atrás donde guardamos la frazada de los perros y un mapa que encontramos en la guantera. Había también una botella de agua medio vacía. Y echamos a correr.

No recuerdo mucho más de aquella jornada. Solo nos detuvimos para rellenar la botella en un arroyo turbio y medio seco. No dijimos nada.

Ignoro si lo que sucedió guardaba alguna relación con esto, pero aquel fue el primer día en que tuve el convencimiento de que correr tenía algún sentido para mí. No diré que me gustaba, aunque empecé a intuir cómo sería disfrutar con ello. Me tragué el dolor y descubrí unos resortes en mis músculos cuya existencia desconocía. En ocasiones tenía que contenerme, tenía que dominar el impulso de subir las colinas a saltos o de dar zancadas más largas para alcanzar a Harvey.

«De modo que es por esto —pensé—. Esto es por lo que la gente lo hace.»
Ojalá no hubiera sido así. Ojalá hubiera descubierto esa sensación en algún

parque soleado, o mientras trotaba pendiente arriba por alguna colina en invierno, con vistas a una bahía y con una familia y una hoguera esperándome en casa. Ojalá la hubiera descubierto en alguna situación idílica y no cuando me veía arrastrando los pies por la tierra desnuda de un país abrasado, muerto de hambre, ciego de sed y de frío, huyendo de la muerte de una amiga. Pero así es como la descubrí. Y, sí, me sentí culpable por ello, pero, sí, me sentí bien.

Observamos que el agua se adentraba por nuestra derecha. Al atardecer divisamos una extraña playa de tierra, hierba y ladrillo. El nuevo mar estaba moteado de islas, de torres y de garras metálicas que se alzaban hacia los cielos. Un archipiélago artificial se extendía hasta perderse en el horizonte brumoso. Antes aquella región conformaba el noroeste de Inglaterra, la frontera con Gales, el comienzo de las Midlands, y ahora estaba sumergida en agua salada.

Nos detuvimos en lo alto de una colina. En lontananza vislumbramos una hilera de llamas que reptaban despacio junto al mar. Salían de un pequeño edificio negruzco y llegaban hasta la orilla. Nos apartamos de la carretera y nos acercamos caminando; oímos las olas romper contra la maquinaria y el hormigón destrozados, iniciando su lenta transformación en arena. Percibimos una música, un sonido distante y hueco que retozaba por la bahía procedente del edificio. Era el órgano de una iglesia.

Encontramos una cresta alfombrada de hierba y nos sentamos a descansar. Las llamas eran las antorchas que los fieles portaban en procesión desde la iglesia hasta la orilla. Todos iban vestidos de blanco. Vi niños, familias enteras que desfilaban con la vista hundida en la tierra. Una mujer cayó al suelo, levantó la cabeza y gritó, tras lo que se puso de pie penosamente e intentó abandonar la formación, pero enseguida otras dos personas la sujetaron por los brazos y la condujeron a la fila; siguió avanzando, la

cabeza gacha, entre sollozos.

La música consistía en un himnario pausado y monótono; las flautas profundas y el reverente contrapunto de madera buscaban una melodía por encima. Tres hombres vestidos de negro se habían adentrado en el mar hasta la cintura. Dos de ellos sostenían sendas antorchas, más grandes y mucho más altas que el resto. El tercero sostenía un libro frente a ellos. Uno a uno, los miembros de la procesión acudían a su encuentro, momento en que él los tocaba en la frente, leía algún pasaje del libro y les pasaba la mano alrededor de la cabeza antes de sumergírsela con amabilidad en la asquerosa salmuera. Seguía leyendo el libro mientras los mantenía así. Un bautizo, supuse. No obstante, el hombre no retiraba la mano de la cabeza, que mantenía sumergida hasta que el vestido blanco empezaba a aletear bajo el resplandor de las antorchas y el agua se alborotaba alrededor. De vez en cuando, los portadores de las antorchas grandes se acercaban para ayudarlo con los forcejeos más violentos. El cuerpo se sacudía de forma espasmódica y, por último, quedaba tendido e inmóvil en la superficie y se alejaba flotando tras los demás hacia el horizonte ceniciento, momento en que se llamaba al siguiente.

Observamos el acto durante al menos una hora. Horrorizados, al principio; después, confundidos, furiosos, entristecidos; y, por último, inquietos, ya que la falta de luz nos recordó que debíamos buscar un cobijo seguro para pasar la noche. La apatía siempre se presenta muy rápido.

—Imbéciles —masculló Bryce. Era la segunda vez que alguien hablaba en todo el día—. Vamos.

Regresamos a la carretera general y seguimos corriendo hasta que dejamos de oír la música espantosa y el batir del oleaje. Había oscurecido cuando llegamos a las afueras de un pueblo, donde encontramos un aparcamiento de varias plantas que, aunque a duras penas, aún se mantenía en pie.

Encendimos una fogata en el segundo rellano de las escaleras aprovechando la madera de una puerta medio quemada. No teníamos comida. En un bache del suelo de hormigón se había formado un charco profundo. Hervimos un poco de agua en la lata intacta del cuerdífono de Alice, la compartimos dando sorbos y hervimos un poco más. Se encendió un enjambre de hogueras a lo lejos. Eran pequeñas, así que no nos preocupamos, pero de todos modos aquella noche montamos guardia. Yo hice el primer turno. Bebí otra lata de agua hervida y me abrasé los labios con el metal para mitigar el picor seco. Tras cada sorbo, le susurraba unas palabras a la lata. Extravié la mirada en la lumbre y en las otras hogueras que ardían en torno al pueblo demolido y reflexioné sobre la gravedad, sobre el modo en que lo atrae todo, incluso las cosas que no pesan, como los pensamientos, los sueños, el amor. También a las llamas les cuesta huir de ella. Todo se somete a su ley. Todo se precipita hacia el mar. Todo se mantiene a raya.

Pasada la medianoche, desperté a Richard para que me relevase. Me dormí pensando en cómo sería correr a través de la noche.

No hay profetas blancos

Me desperté antes de ser consciente de que lo había hecho; aunque había abierto los ojos, mi cerebro iba muy rezagado. Harvey estaba al fondo del aparcamiento, desde donde le aullaba a la neblina plomiza de la mañana. Ya sabía que era a él a quien había estado oyendo. Él era el origen del aullido animal que llevaba despertándome a diario desde que salimos de Edimburgo. Lo vi levantar la barbilla, extender los brazos hacia atrás para estirar el pecho y proferir dos alaridos ahogados y ásperos. La piedra mojada no tardó en apagar los ecos, aunque algunos lograron escapar y elevarse hacia el cielo bajo. Me senté para que me viera observándolo cuando se girase. En efecto, se apercibió, pero no dijo nada; me dirigió una sonrisa breve y se agachó ante el charco.

Bebimos toda el agua sucia que pudimos, llenamos la botella, recogimos y nos adentramos en un nuevo amanecer sombrío. Harvey intentó iniciar alguna conversación, pero Bryce y Richard se negaban a participar en ella. Se mantuvieron distantes, separados el uno del otro, empleándonos a Harvey y a mí como si fuéramos muro.

—Tenemos que comer —se limitó a decir Bryce.

Nadie tenía una respuesta que darle.

Nos abrimos paso por las calles apagadas y vacías de aquel anónimo pueblo arrasado, de nuevo hacia el sur. La inusitada ligereza que experimenté y que mantuve en secreto la jornada anterior se había esfumado. Sentía y oía articularse los huesos de las caderas, de las rodillas y de los tobillos. A cada zancada que daba, las piernas y la espalda me avisaban a gritos de que la

siguiente sería una proeza imposible. La cabeza me latía abotagada de hambre y deshidratación.

La neblina se aposentó en torno a nosotros. Poco a poco el asfalto empezó a presentar una fragmentación mayor y nos dimos cuenta de que ya no corríamos por las ruinas de una autopista, sino por una carretera secundaria en la que se sucedían las curvas cerradas. Nos detuvimos al encontrar los restos de un coche en la cuneta. Lo habían utilizado para remolcar una caravana que se había soltado y deslizado hasta un campo en el que ahora yacía volcada. Evitamos el coche (parecía haber una familia dentro) y exploramos el remolque, en el que encontramos una caja de galletas integrales, ya revenidas y medio desmigadas, que nos comimos en un círculo silencioso. Vertimos el contenido de las tuberías de la caravana en varios vasos de plástico y nos lo bebimos. En el retrete quedaban restos de agua sucia. Los apuramos también y reanudamos la marcha.

La neblina se tornó cada vez más densa, hasta transformarse en niebla. Richard, Bryce y Harvey se convirtieron en espectros ante mis ojos.

Me resulta difícil concatenar los recuerdos de aquellos días. No estoy seguro de qué hechos ocurrieron primero y cuáles después, de dónde dormimos ni de qué carreteras seguimos. Nos costaba aclararnos. Muchas veces no tenía ni idea de dónde estaban los demás. Pasaba largos períodos de tiempo sin ser consciente de que estaba pensando o corriendo. Después caía en la cuenta súbitamente de que continuaba moviéndome y respirando, y de que había perdido a los otros. Ignoraba si iba por delante de Bryce o a su lado, si me había descolgado o si me había alejado de la carretera y avanzaba en la dirección equivocada. Llegaba a recorrer kilómetros y kilómetros resignado a la idea de que los había perdido. Después, cuando vislumbraba una silueta difusa, esprintaba hacia ella sin perderla de vista y determinado a no desconcentrarme de nuevo. Los pensamientos fluían intangibles e

incongruentes. Surgían como explosiones de ceniza. Una vez que emergían, me acompañaban solo durante unos momentos antes de disiparse, como si no hallasen un asidero, un armazón sobre el que asentarse. Al final siempre volvía a sumirme en el mismo trance profundo e inconsciente donde no existían el dolor, ni los pensamientos, ni los recuerdos.

A menudo nos deteníamos a descansar de improviso. A veces, sin darme cuenta, inclinaba el cuerpo hacia delante y dejaba que la humedad de la neblina me escurriese por el cuello y por las mejillas encendidas. Otras veces me entraban arcadas u oía las de alguno de los demás. Durante una de las paradas, me quité la bota derecha y vi que el dorso del talón se había revestido de una dureza pulposa y blanca. Al apretarla, se desprendió un grueso pellejo que dejó en carne viva un verdugón sonrosado. Fue un dolor candente, pero también distante y momentáneo. Era como si, al igual que mis pensamientos, este tampoco encontrase nada a lo que anclarse, nada que lo mantuviera vivo.

En una ocasión abrí los ojos y me di cuenta de que estaba tendido en el suelo, junto a una zanja. Había estado durmiendo. Me invadió un cierto pánico, pero no me moví. Al mirar alrededor, distinguí una de las botas de Bryce tirada en el suelo cerca de mí, y después vislumbré las siluetas de Richard y de Bryce, que yacían desgarrados en la tierra. Me pregunté vagamente si estarían muertos. Centré la atención en una mata de hierbajos que el viento agitaba frente a mí. Era áspera y parduzca, un amasijo de vida obstinado y feo que se empeñaba en resistir. Advertí un movimiento más allá; levanté la vista y divisé un grajo corpulento posado sobre un muro de piedra. Ladeó la cabeza y emitió un sonoro graznido. Extendió las alas negras, dio un brinco y planeó hasta posarse cerca de mi cabeza. Agitó la testa de izquierda a derecha, evaluándome con las alas plegadas. Yo lo miré con la misma curiosidad. Por un instante pensé que iba a hablarme. Tal vez fuese una

bendición, un ser enviado en mi auxilio. «Levántate —me diría—. Levántate y corre.» Pero entonces me lanzó un picotazo a la cara. Movi6 con rapidez su pico grisáceo, y yo tardé demasiado en cerrar el párpado derecho. El pinchazo lacerante se me clavó en el cerebro y terminó de despertarme. El grajo porfió en sus picotazos, contra el mismo ojo, esta vez manteniendo la cabeza baja y el pico cerca. Levanté la mano izquierda y la descargué sobre el ave, oprimiéndole el cuello contra la tierra. Agitó y retorció las alas hacia atrás, y estuvo a punto de escapárseme, pero me incorporé, desplazé el peso sobre la mano y me ayudé también del otro brazo hasta que me coloqué de rodillas y pude echarme sobre ella. Movía los ojos frenéticamente en todas direcciones y abría y cerraba el pico sin emitir ningún sonido. La sangre que manaba de la herida del ojo se me escurría por la cara y goteaba sobre sus plumas lustrosas. Lo estrujé con fuerza. Se oyó una sucesión de chasquidos hasta que el grajo se quedó inmóvil, las alas contraídas en un último espasmo antes de enrollarse despacio como pergaminos chamuscados.

Me puse de cuclillas para recobrar el aliento mientras miraba los restos fracturados del pájaro. El flanco izquierdo de mi campo visual se había empañado con una mancha oscura. El dolor me apuñaló de manera irregular cada vez que parpadeaba, como si el espíritu vengativo del grajo se hubiera levantado para reanudar el picoteo desde el más allá. Me llevé la mano a la cara y me levanté. Me crujieron las rodillas y la pelvis. Desperté a los demás y les conté lo que había ocurrido. Harvey arrancó una tira de tela y me la enrolló en la cabeza de forma que me tapase el ojo.

Nos comimos el grajo. De habérselo comido crudo, creo que habría sido el fin para nosotros. Creo que habría sido demasiado. Una cosa es comer carroña y otra muy distinta meterse en la boca un puñado de plumas y de tendones cálidos, una experiencia que habría terminado de secar el poso de esperanza y de voluntad que todavía conservábamos. Lo cocinamos.

Encendimos una hoguera sirviéndonos del mechero de Bryce y de un poco de leña seca que encontramos al pie del muro, lo desplumamos y destripamos. Estaba malísimo, aunque los riñones tenían un sabor fuerte y sustancioso. No podía considerarse un plato en condiciones, pero el hecho de encender la lumbre y de llevarse algo a la boca pareció devolvernos las energías necesarias para ponernos en marcha de nuevo. Esperamos a que el fuego se extinguiera y seguimos adelante.

Advertí su existencia poco después de que nos comiéramos el pájaro. Comprendí que hacía tiempo que sabía que él estaba ahí, aunque no lo hubiera admitido. Llegados a este punto, tenía la impresión de que mi consciencia se hubiera segmentado en varias capas independientes, en incontables láminas de conciencia, frágiles, etéreas, cada una de las cuales funcionaba sin el conocimiento de las demás. Yo no era ninguna de ellas en concreto. Me limitaba a brincar de una a otra como una mota de polvo que revolotease entre los rayos del sol.

Él era una presencia, apenas una persona, solo la sensación de que alguien corría junto a mí, alguien que no era Bryce, Richard ni Harvey. Se mantenía siempre tras mi hombro izquierdo, en el margen de mi campo visual. Aunque yo avanzara despacio, él parecía desplazarse a gran velocidad, la vista al frente, esbelto y salvaje como un lobo que corriese camuflado entre la espesura del bosque. Si me giraba, desaparecía. O, mejor dicho, se difuminaba. Era como una estrella remota que solo pudiera observarse al desviar la mirada hacia la negrura insondable que la rodeaba.

Iba y venía. Unas veces estaba cerca y otras, inconcebiblemente lejos.

—¿Cuánto tiempo llevamos corriendo en la niebla? —pregunté.

—Más de cuatro horas —calculó Richard.

—¿Estás seguro de que seguimos yendo en la dirección correcta?

—No —admitió—. No estoy seguro de nada.

La niebla siguió haciéndose más densa hasta empaparnos la ropa y el pelo. Lamí las gotas de agua que se me escurrían por la cara, suplicando que llegase la siguiente cada vez que capturaba una.

—Empiezo a pensar que esto ya no es niebla —comentó la voz incorpórea de Harvey, que avanzaba por delante de nosotros.

—Y entonces ¿qué es? —le preguntó Bryce con hosquedad.

—Creo que es una... que es una... Mierda.

Sentí un palazo de luz y calor en la cara. Me protegí el ojo, y estuve a punto de caer de espaldas. Oí que los demás hacían ruidos, nada inteligible, los que hace la gente cuando se queda sin palabras.

Muy poco a poco, aparté la mano y dejé que mi ojo sano se adaptara a lo que teníamos delante.

Azul. Azul y amarillo. Cielo y sol.

Azul, cielo cristalino y un resplandeciente sol amarillo. La totalidad del horizonte desplegada ante nosotros, en sus ciento ochenta grados.

Caminamos sin decir palabra. Percibimos la calidez del sol de diciembre en el rostro, paladeamos el aire limpio, sentimos que la mente se nos inundaba de color, «azul, azul, azul», notamos el descenso de la presión en los oídos. El corazón me dio un vuelco y mis sentidos saltaron desbocados. Creí que me moría. Pero no, asimilamos la impresión y al final solo éramos cuatro hombres que caminaban bajo el sol, atónitos.

—Era una nube —dijo Harvey—. Estábamos corriendo a través de una nube. Mirad. —Al darnos media vuelta, vimos la nube de la que acabábamos de salir. Levantó un dedo y señaló al frente—. Pero eso ¿qué es? —preguntó.

Casi a un kilómetro de distancia, el lodo reluciente por el que caminábamos se cortaba en seco y se transformaba en una masa blanca. A

medida que nos aproximábamos, comprobamos que no dejaba de prolongarse, hasta el punto de que la totalidad del terreno que teníamos por delante se convirtió en un manto esponjoso y amorfo.

Nos detuvimos en el límite. El suelo desaparecía bruscamente a nuestros pies.

—Otra nube —dijo Bryce—. Por debajo de nosotros, otra nube. Esto es un cañón.

Miramos el interminable manto blanco que se extendía a nuestro alrededor y ante nosotros.

—Una nube muy grande —puntualizó Harvey.

Richard se acuclilló. El mapa arrugado colgaba laxo entre sus manos.

—Caballeros —dijo—. Bienvenidos a Birmingham.

Nos sentamos un rato en el borde del cañón, intentando secarnos al sol, todavía maravillados por su luz, aunque cada vez más conscientes del hecho de que no tardaríamos en despedirnos de él.

—Tenemos que bajar —dijo Richard.

—¿Y qué tal si buscamos un camino que lo rodee? —propuso Harvey.

—No tenemos ni idea de lo extensa que es esta cosa —recordó Richard—. Podríamos desviaros varios kilómetros de nuestra ruta antes de encontrar un camino por el que rodearla.

—¿Cuántos días faltan para Navidad? —pregunté.

—Cinco —respondió Richard.

—No queda tiempo —dije—. No queda tiempo. Tenemos que bajar.

Miré el sol por última vez y me dejé resbalar por el borde.

—¡Ed! —gritó Harvey—. ¡Espera!

La pendiente era mucho más escarpada de lo que imaginaba; si bien no se

abría en vertical (aunque estoy seguro de que una parte de mí esperaba que así fuese), sí que tendía peligrosamente a los noventa grados de inclinación. Me caí, gateé, di tumbos, me golpeé con las piedras y la rocalla y procuré deslizarme sobre la espalda. A veces me separaba del suelo por completo, todas ellas convencido de que aterrizaría en brazos de la muerte, aunque al final siempre caía con brusquedad sobre el lodo y la grava que se escurrían por debajo de mí.

Sentí que algo impactaba contra mi mano y oí un crujido. Replegué las extremidades, cerré el ojo y dejé que la gravedad me arrastrase hacia las fauces del foso. Oí a los demás por encima de mí, llamándome, y después gritando cuando también ellos cayeron. Seguí precipitándome, cada vez más abajo, hasta una profundidad que se antojaba imposible. Finalmente topé con el hombro contra algo duro, rodé y me detuve boca arriba en un tramo llano, desde donde vi una alta lámina del color de la pizarra.

Parpadeé. Oí varios golpetazos, gritos y voces que formaban ecos rápidos en la distancia.

—¿Ed? ¿Ed? ¿Dónde estás?

—¿Ed! ¿Dónde coj...? ¡Aaah, mierda!

—¡Edgar!

Intenté responder, pero no conseguí más que articular un jadeo en forma de A. Sentía un dolor punzante en el hombro derecho y notaba la mano que tenía debajo entumecida y rara. No sin esfuerzo, me apoyé sobre el codo izquierdo y me la examiné.

El dedo índice estaba inclinado hacia atrás y me señalaba directamente. El pulgar se había girado del revés y colgaba flácido de la articulación como una babosa muerta. El dedo corazón no se veía, oculto casi en ángulo recto bajo el anular y el meñique, encogidos de miedo ante la suerte de sus hermanos, como dos párvulos que acabaran de presenciar la matanza de su familia.

—A... Aquí —conseguí decir.

—¿Ed? ¿Eres tú? —oí preguntar a Harvey.

—Aquí —contesté más alto.

—Espera ahí —dijo Richard—. Iremos a por ti.

Las voces rebotaban y reverberaban como muelles que se lanzasen contra una pared de hormigón. Me tendí de espaldas y volví a mirar hacia arriba. Las altas paredes negruzcas se elevaban hacia la nube, rascacielos de barro y piedra. Unas se erigían independientes, otras se agrupaban en bloques alargados. Tenía la impresión de estar en una ciudad, pese a encontrarme en las entrañas de la corteza terrestre.

Oía a los demás resbalar y maldecir en la distancia. Creo que me quedé dormido. Al menos, sentía que el tiempo transcurría sin mí.

—¿Ed! ¿Ed! ¿Sigues ahí?

De nuevo, la voz de Harvey, esta vez más lejana.

—Sí —jadeé.

—No podemos llegar hasta ti, socio —lamentó—. Están todas estas paredes, es como un laberinto. ¿Puedes caminar?

Volví a retorcerme y logré ponerme de pie.

—Creo que sí.

—Bien, entonces sigue andando, y sigue hablando, intentemos seguirnos el uno al otro.

—¿En qué dirección? —le pregunté.

—En la opuesta a aquella por la que caíste, socio. Guíate por mi voz, sigue hablando. —Vi que el terreno se elevaba bruscamente más adelante y supuse que la elevación conformaba el inicio de la pared del cañón, de manera que me giré en la dirección opuesta y comencé a caminar—. Por aquí —dijo desde algún lugar muy por encima de mí, a mi izquierda—. Bien, Ed, ahora solo voy a decir «aquí», ¿vale? Dilo tú también. Aquí... Aquí... Aquí.

Estaba oscuro, como era natural, y había niebla, pero identifiqué la dirección que delimitaban las paredes y empecé a seguirlas.

—Aquí... Aquí... Aquí —dije—. ¿Harvey?

—Aquí... Aquí... Aquí —respondió Harvey—. Continúa diciéndolo, Ed. Aquí... Aquí... Aquí.

Seguí las paredes, con la mano lesionada pegada al pecho, repitiendo la indicación a modo de mantra.

—Aquí... Aquí... Aquí... Estoy aquí... Aquí... Aquí.

El «aquí» de Harvey empezó a sonar difuso, lejano.

—¿Harvey? ¿Harvey? ¿Dónde estás?

—Aquí... Aquí... Aquí.

—¡Harvey, te pierdo! ¡Aquí, aquí, aquí! —grité.

—... Aquí... Aquí...

Poco a poco su voz se disolvió hasta que ya solo conservaba el recuerdo de ella, un sonido imaginado, tallado a partir del silencio. Me quedé quieto, conteniendo la respiración, deseando que regresase, hasta que mi cabeza se negó a esperarla.

—¡Harvey! ¡Richard! ¡Bryce!

Nada. Seguí caminando, guiándome por las paredes. Cada vez estaba más y más oscuro y la niebla continuó cerrándose. Me tragué el miedo. Después me quedé helado. Y empecé a correr.

Los conceptos de tiempo y espacio se tornaron ajenos a mí. Seguí corriendo, agónicamente, guiándome por la negrura de la pared de mi izquierda, atento a cualquier ruido que pudieran hacer los otros. Seguí hablando.

—Aquí... Aquí... Aquí.

Dejé atrás cantos rodados, tuberías, piezas de coche, fragmentos de carretera, restos humanos, un revoltijo de residuos industriales y orgánicos

que, o bien estaban desperdigados por las calles anchas y enlodadas que habían sido talladas en la roca prehistórica, o bien se encontraban hincados en la misma roca. Ni siquiera me pregunté cómo habría ocurrido algo así. Solo quería salir del laberinto. Cada vez que veía un charco, me detenía y bebía de él, sumergiendo la cabeza en el agua y absorbiéndola como un animal. Cuando la oscuridad ya no me dejaba ver, me detuve y me dejé caer junto a una enorme viga de hierro que había clavada en el suelo. El calor que despedía la tierra me inquietaba. Me acurruqué en el espacioso surco metálico e intenté dormir, apretando con la mano sana la lata rota del cuerdfono de Alice, susurrando para mí mientras cerraba con fuerza los párpados.

—Aquí... Aquí... Aquí. Aquí.

Antes temía que me preguntasen si creía en Dios. Cualquiera de las dos respuestas posibles te encuadra dentro de un conjunto de convicciones muy concreto. Di «sí» y estarás convencido de la realidad del mito; si dices «Que Dios te bendiga», estás hablando poco menos que en sentido literal, te adhieres a la irracionalidad demencial de la fe. Di «no» y te conviertes en ateo, en alguien seguro de sí mismo, juicioso y convencido de la validez del método científico y de sus ideas enrevesadas, como la teoría de cuerdas, los universos infinitos o la conciencia emergente, igual de arcanos e igual de insondables, pues todo exige la misma medida de fe ciega.

Ahora sé que son las propias convicciones lo que supone un problema para mí. Se diría que estuviéramos hechos para no estar convencidos de nada.

Es duro ser una persona. En el fondo solo somos unos imbéciles y unos ignorantes que pretenden disfrutar de un mundo sembrado de miedo y dolor. No tenemos ni idea de lo que hacemos y las pocas veces que las cosas nos salen bien es porque hemos tenido suerte. Nuestra vida transcurre por las vías

de la rutina, un camino polvoriento y ruidoso sin sentido. Y, aun así, nos ofrece momentos que parecen significar algo, algo que no somos capaces de describir, por mucho empeño que pongamos. Esos momentos dejan agujeros que intentamos llenar. Queremos ponerles un nombre, pintarlos, enseñarlos, cantarlos. Pero no podemos. No podemos porque cuando lo intentamos, el agujero desaparece y lo único que alcanzamos a ver es la huella imperfecta e irreconocible de nuestra imaginación rudimentaria. Queremos encontrarnos con Dios. Queremos que esta vida termine, que el telón suba y un rostro amable y bondadoso nos sonría, que una voz cálida nos llame y nos lo explique todo. El agujero es cuanto no sabemos y cuanto sospechamos, y necesitamos una verdad con la que rellenarlo.

A menudo la gente se pregunta si es posible hallar esa verdad en los lugares oscuros. En los lugares oscuros como aquel por el que yo iba corriendo. Algunas personas creen que sí. Otras dicen que solo se ve la oscuridad.

Dios es una figura que encaja en los agujeros con forma de Dios. ¿Vale con eso?

¿Que si creo en Dios? Todavía no lo sé. ¿Que si lo encontré en el cañón? Sí.

Desde luego que sí.

—Aquí —rumié, a la vez que abría el ojo tras un sueño al que no llegué a abandonarme.

Podía ver. Me aparté de la viga, gruñí mientras mis extremidades se desperezaban, redescubrí mi hombro, mi mano y el dolor, ahora más determinado. La niebla se había levantado un poco. Bebí agua de un charco, y con cada trago sentí una punzada de hambre en mi estómago vacío. Me

orienté y seguí bordeando la pared, caminando hasta que terminé de estirar las piernas, para después echar a correr.

De nuevo, perdí la noción del tiempo y el espacio; tan solo percibía el dolor que me llegaba por todas partes: por arriba, por abajo, por la izquierda, por la derecha, por la piel, por los huesos, por los músculos, por los cartílagos, con el hambre, con el agotamiento, por el ojo, por los oídos, por la nariz, por la lengua, por la vejiga, por el estómago, por las piernas, por los brazos, por la mano, por el hombro. Por fuera. Por dentro. Físico y mental. Dolor del presente. Dolor del pasado. Dolor en el futuro. Sufrimiento y pesar, y escasas esperanzas de aliviar ninguno de ellos.

Solo el tintineo de dos latas que golpeteaban la una contra la otra debajo de mi chaqueta.

Solo una palabra, el mantra que farfullaba cada dos pasos.

—Aquí... Aquí... Aquí.

Me pareció que el espacio se ampliaba a mi alrededor; las paredes empezaban a distanciarse. La de la derecha desapareció por completo, después la de la izquierda, con lo que dejé de oír el eco de mi voz y mis pasos. Levantada la niebla, se desplegó ante mí una extensa llanura de barro sobre la que flotaba un manto de nubes sin color ni textura. Sentí que las gotas blandas caían en mi cara, que la llovizna me rozaba la piel.

—Aquí... Aquí... Aquí...

Al adentrarme en la llanura abierta me permití reflexionar acerca de lo que estaba ocurriendo, de lo que había ocurrido, de lo que había ocurrido de verdad. El mundo por el que corría carecía de formas, de detalles, ya solo existían el suelo llano de barro parduzco y la lluvia que caía de las nubes monótonas. Por detrás de mí todo seguía bullendo de detalles, de rareza. Grimes había muerto. Harvey, Bryce y Richard habían desaparecido. Había oído hablar de la gente que sufría alucinaciones cuando corría largas

distancias, que imaginaba cosas que no estaban ahí.

Que imaginaba personas que nunca estuvieron ahí.

Dos gotas de lluvia que se habían asentado en mi mejilla crecieron hasta tocarse la una a la otra. El hilo de agua resultante se escurrió por mi barba y entre mis labios agrietados hasta que se entregó a mi lengua.

—Buenas tardes.

El corazón casi se me sale por la boca. Miré a mi izquierda y vi que un hombre corría a mi lado. Era bajo y vestía una túnica blanca y sandalias. Tenía el cabello largo y rizado y llevaba recortada la barba morena. Sus ojos eran dos pozos de cobalto rebosantes de luz. Hacían que todo lo demás adquiriera un aspecto difuso y nublado. Veía más detalles en los dos pequeños huecos que ocupaban que en cuanto me rodeaba; planetas, soles, nebulosas y espacio infinito.

Sostenía en la mano una botella de vino. Me miró, enarcó las cejas y sonrió con la boca cerrada.

Dirigí la vista al frente.

—Aquí... Aquí... Aquí...

Oí que inclinaba la botella y que el contenido chapoteaba contra el cristal. Oí que tragaba y que espiraba satisfecho. Lo miré. El hombre seguía allí, limpiándose la boca con la manga blanca y mirándome con una renovada sonrisa tímida.

Fruncí el ceño, aparté la vista.

Oía sus pasos, el golpeteo de sus sandalias contra el barro.

—¡Ah! —exclamó.

Al girarme vi que me miraba meneando la cabeza, con los ojos como platos y la boca ladeada en una sonrisa de satisfacción que parecía decir: «¿Has visto qué día?».

—¡Eh!

—¡Uh!

Tomó otro trago de la botella, tosió y miró al frente, las cejas levantadas en un nudo inocente y prieto. Aparté la vista otra vez.

Cuando volví a mirarlo, ya no sonreía. Su semblante se había vuelto inexpresivo, con los ojos fijos en el camino. La botella había desaparecido. Sus ojos vastos como galaxias se deslizaron hacia la derecha y salieron huyendo cuando me pilló observándolo, los labios fruncidos con seriedad. Me miró con disimulo en dos ocasiones, de pronto receloso de mí.

Seguí corriendo otro par de minutos, sin dejar de percibir sus pasos a mi espalda, a la izquierda. Oí el frufrú de la tela.

—Ejem.

Miré hacia atrás. Por encima de la túnica llevaba ahora una camiseta negra en la que se leía:

J.E.S.Ú.S.

Las letras emitían destellos estroboscópicos y cambiaban de color, sometidas a una iteración de burdas animaciones pixeladas. Pitaban y gorjeaban como las máquinas de los recreativos. El hombre exhaló y las miró con una sonrisa radiante mientras bailaban y giraban. Después posó los ojos en mí y parpadeó a la vez que chasqueaba la lengua.

De nuevo, aparté la vista.

Oí un crujido. Miré atrás. Un enorme kebab aleteaba en su mano. La carne rebosaba y el pan de pita lucía en medio la marca de un mordisco de proporciones caricaturescas. El hombre masticaba despacio y contemplaba la carne con deleite mientras un hilo de chili se deslizaba por su barbilla. Me miró, dejó de masticar, las mejillas abombadas como las de un hámster, y me ofreció un bocado.

Miré el kebab que flotaba ante mí. Supuse que, de aceptarlo, me estaría abandonando por completo a aquella locura.

Lo agitó para animarme a probarlo.

—Es pan ácimo —aclaró con la boca llena.

—No, gracias —rehusé.

Miró el kebab con desilusión y lo examinó. Finalmente, torció el labio.

—Puede que tengas razón —admitió, y lo tiró hacia atrás—. No es muy saludable. Sobre todo teniendo en cuenta, en fin, ya sabes, que estamos corriendo y demás. —Se colocó a mi altura—. Pues nada... —Mordió la enorme lechuga verde oscuro que de pronto tenía entre las manos y masticó el bocado—. Supongo que habrás oído hablar de esas personas que sufren alucinaciones cuando corren largas distancias.

—Y yo supongo que ahora vas a decirme que tú no lo eres, que eres, ya sabes... —deduje, señalando con la cabeza la camiseta cuyo rótulo seguía parpadeando.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y articuló una carcajada, profunda, clara, tan sincera que el aire que lo envolvía pareció teñirse de un millar de colores.

—No pensaba decirte nada, muchachito —replicó todavía riendo. Llevó los ojos hasta mí. Una maraña de zarcillos azules y luminosos pareció brotar de ellos, envolverme y tirar de mí hacia él—. Creo que ya has dejado que te digan demasiadas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tal vez deberías empezar a aceptar las cosas como se presentan y a dejar de darles mil vueltas.

Me miró durante unos instantes, el rostro circundado de luz.

—Eres blanco —observé—. Y tienes acento de Gales.

—Lo que tú digas —convino encogiendo los hombros.

—En teoría Jesús era de Oriente Medio —señalé.

—Sí, curioso, ¿verdad? —dijo—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué no hay profetas blancos? —Volvió a encoger los hombros—. Tal vez algún día. En fin, mirémoslo de este modo, sueles ver la tele, ¿verdad? Sabes que en realidad no se trata de una cajita en la que vive gente diminuta que intenta entretenerte. Sabes que dentro hay un montón de circuitos electrónicos y cosas así, sabes que solo estás viendo una imagen tras otra, reproducidas en una sucesión acelerada, y sabes que cada una de esas imágenes no es más que un conjunto de puntos, ¿verdad? Y, aun así, sigues viendo la tele, ¿no? Sigues viendo *EastEnders* o *24* o lo que sea. —Volvió a dirigir la vista al frente—. De acuerdo, puede que últimamente no tanto, pero pillas la idea. Vale, enfoquémoslo de esta otra manera: lo que ocurre, ocurre. De un modo u otro. ¿Comprendes lo que intento explicarte?

Orienté la vista hacia el cenagal amarronado que se extendía ante nosotros.

—La verdad es que no —confesé.

—¿Sabes por qué la gente cuenta historias, Ed? —me preguntó. Aguardó a que le respondiese, pero no lo hice. Sorbió por la nariz y prosiguió—. Porque la verdad en realidad carece de palabras. No le bastan, ¿entiendes? Las historias funcionan... las buenas historias... porque te hacen sentir lo que la verdad te haría sentir si pudieras oírla.

Cerré los ojos y me estremecí al pensar en lo que me estaba sucediendo. El pasado parecía un pasillo grisáceo que se desvanecía detrás de mí, que se disipaba en una estela de vacío y de preguntas complicadas, un pasado en la que no quedaba nada ni nadie.

—Es una cuestión de resonancia —aseguró. Noté su mirada sin fin sujeta a mis hombros mientras esperaba una respuesta, pero mantuve el ojo cerrado y me limité a seguir corriendo por el fango—. Conozco una historia, si te apetece escucharla —propuso. No contesté—. De acuerdo —añadió jubiloso

—. Conocí a una mujer en la India, vivía en las marismas del Ganges. Su casa solo tenía tres paredes, aunque tampoco podían considerarse paredes propiamente dichas, como las que se construyen ahora. En fin, la parte delantera de la casa se abría a una terraza, la terraza se extendía hasta la hierba, la hierba bajaba hasta el juncal y el juncal se introducía en el agua. Con el tiempo, el agua se elevó por encima de una parte del juncal, el juncal le comió parte del terreno a la hierba, y parte de la hierba se metió en la terraza hasta llegar a la casa. El agua del río pasó a la casa, junto con todo lo que arrastraba. Cangrejos, moscas, flores, sapos, arañas, e incluso vi un pez. Al mismo tiempo, parte de la casa había invadido el río. —De nuevo, su mirada fija, a la espera de una respuesta que nunca brotó de mis labios—. ¿Lo ves? —sentenció—. Si cierras las puertas, solo hay un dentro y un fuera.

—Creo que no entiendo lo que me quieres decir.

No me contestó. Al girarme, vi que había desaparecido.

Continué recorriendo por la planicie. Surgieron algunos montones de tierra desperdigados, pequeños al principio y después más voluminosos. Cuando oscureció, me acerqué a uno y me acurruqué al pie para dormir un rato. Me desperté con náuseas, bebí de un charco y seguí adelante, a ratos a trompicones y a ratos tambaleándome entre delirios. A media mañana volví a sentir aquella presencia familiar tras mi hombro izquierdo.

—Y bien, ¿adónde vamos? —preguntó.

Me llevó mi tiempo reunir la voluntad necesaria para contestarle.

—Ya sabes adónde voy —le espeté.

—No. No me refiero a ti en concreto, a esto de la carrera y demás. Me refiero a vosotros, a todos. A nosotros, supongo. A la especie humana. ¿Adónde vais?

—Creía que eso nos lo tenías que decir tú.

—Ya te lo he explicado, no estoy aquí para decirte nada que no sepas ya.

De hecho, no puedo decirte nada que no sepas ya. En ese sentido, la verdad es que soy bastante sencillo.

—Paz y amor, supongo.

Tosí. Escupí. En lugar de en el suelo, me acerté en el brazo. Me limpié el denso hilo de saliva que se me había adherido a la cara. Me dolía la garganta. Me dolía todo.

—Claro, ¿por qué no? ¿Qué tienen de malo la paz, el amor y el entendimiento? —Tarareó las palabras y articuló otra carcajada afable y franca—. No, ahora en serio, ¿adónde vamos? —insistió—. Es una pregunta profunda.

Solté una risa, que en comparación con la suya sonó triste y demencial. Me sentí avergonzado y cerré la boca.

—¿Adónde vamos? —repetí—. ¡Mira a tu alrededor!

Así lo hizo, rotando la cabeza hacia arriba, hacia atrás, hacia abajo y hacia delante.

—¿Qué? —preguntó.

—La cuestión no es adónde vamos, ¡sino adónde hemos llegado! —dije—. Ya está, es el fin. Estamos acabados.

Frunció el ceño y dejó la cabeza quieta.

—¿El fin? —se extrañó. Meneó la cabeza—. Nunca es el fin, Ed. — Consultó su reloj, distraído de pronto, como si acabara de recordar algo—. Escucha. Las cosas se pondrán un poco feas más adelante, así que yo te dejo aquí. Pero recuerda, Ed, no te dejes vencer por el pánico.

Extendió el brazo y me puso una mano cálida y llena de bondad en el hombro. El contacto hizo que mi ojo sano se me empañara de lágrimas. Me desarmó por completo, no porque pensase que era real, sino porque sabía que no lo era. Yo lo había creado. Yo había creado aquella especie de esperanza. Ya estaba dentro de mí, no procedía de ninguna otra parte.

—Todo saldrá bien —me aseguró. Retiró la mano, se sumergió en la niebla y desapareció—. Esperemos... —dijo a lo lejos.

Después quedamos solo la niebla de un pozo ignoto y yo, que seguía corriendo, tropezando, tosiendo y jadeando en medio del fangal. Avanzaba a través de la oscuridad. Solo, solo, solo. Corría solo, lo que sabía que había hecho siempre. ¿Cómo tenía que ser de duro? Qué difícil era algo tan sencillo como existir, moverse, contraer los músculos, pensar, confiar, aceptar, emocionarse, amar y ser amado.

Oí un ruido a lo lejos. Música, pensé.

Tropecé con una piedra y el pie derecho se me torció. Caí de espaldas en el cieno helado y me quedé tendido boca arriba, torturado por el dolor que acababa de estallarme en el tobillo.

«¿Cómo de duro? ¿Cómo de duro tiene que ser vivir?»

Me encontraba de regreso en Edimburgo, tendido en la alfombra del salón y embelesado con un haz de sol invernal bajo el que flotaba el polvo ingrávido. Hacía dos meses que Arthur había nacido. Beth y yo estábamos exhaustos, llevábamos semanas sin dormir una noche de un tirón y no había visos de que la situación fuese a mejorar pronto. Habíamos tenido una discusión bestial por una tontería como la temperatura de la leche y yo me había retirado a la planta de arriba con Alice. Ella estaba haciendo monerías al otro lado de la cama, probando a pronunciar palabras nuevas, chillando por algo. Yo estaba tendido, escuchando mi respiración con los ojos entornados mientras abajo Beth cerraba los armarios dando portazos.

«¿Cómo de duro? ¿Cómo de duro tiene que ser traer una vida al mundo?»

Después, de soslayo, vi que Alice me miraba, sonriendo, sus puñitos rechonchos sobre la boca, consciente de algo, tramando algo, emocionada por alguna nueva estrategia. Corrió hacia mí, se detuvo de pronto junto a mi cabeza y se quedó observando mi cara cansada y ojerosa a través del haz de

sol. Se inclinó y se detuvo sobre mi cabeza para estudiar mi expresión de agotamiento, realizando aspiraciones rápidas y joviales. Aplicó los labios con ternura sobre mi frente. Era la primera vez que me daba un beso.

Una bocanada de aire gélido me hizo atragantarme y regresar al foso. Levanté la cabeza del barro y me puse de pie. En alguna parte se oía a alguien aullar, aunque supuse que era yo cuando apoyé el tobillo torcido. El murmullo de la música se intensificaba por momentos. Caminé tambaleándome hasta que inicié un trote renqueante hacia el lugar del que procedía el sonido. Enseguida me vi dando traspiés, jadeando y estremeciéndome colina arriba.

La niebla se disipó.

Sentí que la temperatura subía.

Finalmente, me recibieron el sol reluciente, el cielo añil y una aplastante muralla sonora.

Hacía un frío helador y había más luz de la que imaginaba que existía. Contemplé el panorama con el ojo sano. La venda de Harvey tapaba la costra que sellaba el derecho. Había gente por todas partes, multitudes, por doquier se veían gestos de hambre, de angustia, de desorientación, de felicidad, de ebriedad, bocas desdentadas, hogueras y tiendas improvisadas hechas con palos y harapos, carne que chisporroteaba, humo y vapor, puestos de comida, ropa andrajosa, familias apiñadas que guardaban penosamente lo que parecía una cola interminable que serpenteaba hacia una torre de metal, mendigos que extendían las manos suplicando comida, músicos que tocaban y cantaban, chicas medio desnudas y embadurnadas de barro y de pintura que bailaban, con los ojos cerrados, perdidas en algún lugar al margen de este mundo, rodeadas de un bullicio caótico.

Un hombre de mirada hueca que vestía un traje de raya diplomática me empujó al pasar por mi lado, proyectándome contra una señora obesa y su

hijo. La mujer gruñó y me tiró al suelo de un empujón. Oí risas. Alguien me levantó y me dio una palmada en la espalda. Seguí dando tumbos, intentando enfocar la vista en alguna parte bajo el resplandor de la renovada luz del sol. Todos los que se fijaban en mí se hacían a un lado, ponían cara de asco y apartaban la vista con espanto. Pasó junto a mí un adolescente descamisado que llevaba gafas de sol, cuyos abdominales y pectorales relucían bajo la luz del día espléndido y que mostraba su sonrisa blanca para que todos la vieran. Con cada brazo rodeaba los hombros de una chica. Una de ellas me miró de arriba abajo y frunció los labios al verme la mano.

—¿Qué miras, tronco? —me dijo el chico—. Eh. Estoy hablando contigo. Cíclope. ¿Estás sordo? ¿Qué cojones miras?

Me aparté, pero el chico se había separado de sus acompañantes para encararse conmigo.

—¡Ed! —oí gritar a alguien entre la multitud.

Giré la cabeza.

—¡Eh! —porfió el chico—. Mírame cuando te hablo, pedazo de...

Y de pronto Bryce estaba allí, erigido sobre el adolescente, con un vaso de algo en las manos. Vi a Harvey tras él. Llevaba el brazo en cabestrillo.

—¡Ed! —exclamó—. ¡Cielos, creía que te habíamos perdido para siempre!

Bryce agachó la cabeza para mirar al chico, que había cerrado la boca.

—¿Hay algún problema? —preguntó—. ¿Ed?

Todo empezó a dar vueltas de nuevo, a desmoronarse mientras mi cabeza se golpeaba contra el barro y mi ojo se llenaba de luz azul.

Familia

Me desperté arropado con una manta en una litera dura y cálida. La luz se derramaba por una pared de madera desde el ventanuco de arriba. La habitación se mecía al compás del agua que se batía contra la proa. Me giré y vi a Bryce sentado en la litera de enfrente. Sentí alivio. Al principio, no supe por qué. Fue algo efímero, una impresión vaga sin causa ni efecto. Recordé la sensación de correr a solas, de que siempre había corrido a solas. Pero Bryce estaba allí. Justo delante de mí, sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y con las manos y el pelo colgando laxamente.

«Estás aquí», pensé.

Por un instante creí que lo había descubierto en algún momento de vulnerabilidad, y llegué a imaginar que estaba allí para velar mi sueño. Me pregunté cuánto tiempo llevaría así, desazonado, esperanzado, enfrascado en sus plegarias. Oí entonces un temblor gaseoso que brotaba de algún rincón remoto de su garganta. Tuvo una arcada y escupió. Miré hacia abajo y vi un cubo entre sus pies.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Apenas había despegado los ojos del suelo cuando volvió a dejarlos caer.

—Barcos —gimió—. Odio los putos barcos.

—¿Barcos? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? ¿Qué es lo...?

Recordé que había salido del cañón, que volví a sentirme abrumado por el sol, recordé el aire gélido, que se arremolinaba en una especie de torbellino implacable de ruido y luz. Bryce tuvo otra arcada. Esta vez salió algo de su

boca que se precipitó dentro del cubo en un único chorro. Resopló aliviado e irguió el cuerpo para mirarme mientras se limpiaba los labios con la muñeca.

—¿Por qué estamos en un barco, Bryce? —le pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Aaah —contestó Bryce.

—¿Qué día es?

—Aaah... Eeh.

Me senté, me quité la manta de encima y bajé los pies de la litera.

—Tenemos que... —empecé, pero me interrumpí en cuanto apoyé el pie derecho en el suelo. Grité de dolor. Olvidaba que ahora también tenía el tobillo lesionado. Intenté frotármelo, entonces me acordé de la mano lisiada a la vez que profería un aullido y me dejaba caer en la litera atenazado por el súbito dolor insoportable de las dos heridas. El ojo se unió a la fiesta lanzando latidos punzantes aprovechando la consiguiente afluencia de sangre, de manera que tenía toda la parte derecha del cuerpo retorcida de dolor.

—Yo no haría eso —me aconsejó Bryce—. No lo tienes roto, pero es un esguince chungo.

Mientras el dolor remitía, me miré la mano temblorosa. La última vez que me vi los dedos parecían las piezas desparramadas de un puzle. Ahora estaban correctamente colocados y entablillados. El tobillo estaba bien sujeto. Noté que tenía una venda apretada sobre el ojo y de pronto reparé en el olor a antiséptico. Me erguí poco a poco y puse los pies en el suelo con más cuidado para colocarme de cara a Bryce. Contuve la respiración. Me miró.

—¿Nunca te había dicho que odio los barcos? —me preguntó.

—Deberías salir a cubierta —le recomendé.

—Allí es mucho peor —dijo. Miró lastimosamente el balde que tenía debajo—. De todos modos, ya no tengo nada que potar.

—Cuéntame qué ha sucedido —le pedí—. ¿Qué sitio era ese?

Bryce realizó una aspiración pausada y estremecida.

—¿El sitio donde te desmayaste? El portón. La entrada.

—¿El portón de acceso a los barcos? —supuse, inclinándome hacia delante.

De pronto, la sensación de tener agua debajo de nosotros me llenó de esperanza. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado corriendo solo ni de cuántas noches me había metido en algún agujero del suelo para dormir entre tiritonas y después salir a rastras y seguir adelante. ¿Cabría la posibilidad de que el cañón que encontramos en Birmingham se extendiera hasta la costa sur? ¿Cabría la posibilidad de que hubiera salvado toda esa distancia corriendo?

—¿Hemos llegado? —me asombré—. ¿Lo hemos conseguido?

La sonrisa amarga de Bryce me reveló la respuesta antes de que dijese nada.

—No —me confirmó—. Estamos en Bristol. A unos trescientos kilómetros de distancia.

—Entonces ¿adónde da ese portón? —pregunté.

—Al camino para llegar a los barcos —explicó Bryce—. A la ruta que lleva a Falmouth. Una buena parte de la costa sur está arrasada y anegada. Cornualles se comunica con el resto del país por medio de un largo pasaje que comienza en Bristol. Ahí es donde levantaron el portón. Ahí es donde deciden quién puede embarcar.

—La cola —murmuré—. ¿Toda esa gente estaba haciendo cola a la espera de ser evacuada?

—Ajá —afirmó Bryce—. Después de las transmisiones y de las misiones de rescate, apareció más gente de la que esperaban. Había más supervivientes de los que imaginábamos, supongo. No hay barcos suficientes, así que a muchos los echan para atrás. Ah, y por lo visto también hay un virus por ahí,

bastante jodido. Como no hay medicamentos, está causando un montón de muertes. Antes de solicitar el pase debes someterte a un reconocimiento y tienen que ponerte un sello. Además, se requiere que... —Hizo una pausa para mirarme de arriba abajo—, que te encuentres en cierta condición física para recibir la autorización.

—¿Y la gente a la que rescataron? —lo interrumpí—. Beth, mis hijos, el hijo de Richard.

—Los helicópteros fueron los primeros en llegar aquí. Todos los que viajaban en ellos tienen el acceso garantizado.

—Tengo que hablar con Richard —urgí—. Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer.

—Bueno, eso no va a ser tan fácil —lamentó. Parecía sentirse violento mientras intentaba leer mi expresión—. No te preocupes, se encuentra bien. Lo que ocurre es que... Richard sí pasó. Llegó al camino de los barcos.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué? No lo entiendo.

Las palabras salieron de mis labios planas y enfermas.

—Llegamos aquí un día antes que tú, Ed. Creía que no volveríamos a verte, todos lo creíamos. Richard logró hablar con un guardia, le explicó la situación, consiguió que lo transfirieran al primer puesto de la cola del reconocimiento médico y le dieron la autorización. Esperé durante doce horas en la cola del portón y después pudo pasar. —Estiró la mano hacia mi brazo, pero la retiró sin llegar a tocarme—. Va a intentar localizar a tu familia, Ed. Va a asegurarse de que estén bien.

—Todavía estoy a tiempo —dije—. Buscaré a algún guardia y le explicaré quién soy. Tienen que dejar que me reúna con mi familia.

Bryce miró el cubo y lo ajustó con el pie.

—Lo siento, Ed. Hará una hora que cerraron el portón. Ya no permiten pasar a nadie.

Sentí un vacío en el estómago.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

—Nochebuena —respondió. De nuevo, estiró la mano hacia mí para animarme, y de nuevo la retiró antes de llegar a posarla en mi brazo—. Lo siento, tío. Los barcos zarpan mañana. —Oímos un ruido en cubierta, pasos y el roce de una cuerda. Miró hacia arriba—. Menos mal, joder, creo que estamos parando. Vamos, te presentaré al capitán.

Bryce me ayudó a levantarme de la litera y salí del camarote cojeando detrás de él. La embarcación era pequeña y en ella se respiraba la calidez de una familia. Una colección de cojines coloridos y desgastados cubrían los bancos de madera de la cocina. Junto a los fogones había una tetera tapada con una capucha de lana con forma de cabeza de gato y, junto a esta, una fotografía de una anciana. El tablero que colgaba por encima estaba forrado de dibujos infantiles sujetos con chinchetas y solapados los unos sobre los otros: pájaros de picos triangulares y pestañas rosas, perros de patas rectas y dientes humanos, personas con extremidades que solo servían para sostener manos y pies redondos y gigantescos, rostros completados después de pintar su sonrisa; todas las figuras eran primarias, todos los trazos empezaban antes de que el anterior hubiera sido terminado. Alice había empezado a dibujar la primavera anterior, apenas unas rayas y garabatos interminables, nada reconocible todavía. Sentí la necesidad repentina de verla progresar y hacer dibujos como aquellos. Me asaltó una sensación indefinida; la alegría, la tristeza, la esperanza y la envidia me reclamaban al mismo tiempo.

Seguí a Bryce por la robusta escalera de mano hacia la cubierta de la embarcación, apoyándome en los brazos más que en las piernas. Nos recibió la luz del sol, que volvió a asombrarme pese a estar ya bajo en el horizonte.

Supuse que era por la mañana. Me protegí el ojo y miré el resplandeciente cielo azul, por el que unas díscolas nubes blancas erraban como perros extraviados. Olía a agua salada y a piedra. Pestañeeé y dejé que las formas se dibujasen bajo el resplandor. Estábamos a bordo de un pequeño barco de pesca que acababa de amarrar en lo que parecía un puerto improvisado en una cala. Había otras embarcaciones (yates, lanchas, juncos y botes de pesca) fondeadas y sujetas a los amarraderos que sobresalían de una plataforma de madera levantada entre las rocas. Bryce se dirigió a popa dando tumbos y se apoyó contra la barandilla, donde hundió la mirada en el agua negra con cara de agotamiento.

Al timón había un hombre vestido con un grueso jersey azul marino que bebía de una taza de hojalata. Su cabello era negro azabache, pero en su barba empezaban a aflorar unas vetas canas. Debía de tener cuarenta y tantos años. En el banco de al lado estaba sentada una mujer, más joven, con los pies recogidos bajo las piernas. Su melena era una greña con mechas (unas de un bronce apagado y otras de un dorado intenso) que llevaba recogidas hacia atrás con un pañuelo morado. Una niña de unos cinco años estaba sentada y acurrucada bajo su brazo derecho, mientras que otra un poco mayor se inclinaba contra el izquierdo. Juntas conformaban un revoltijo de cárdigans, chales y mantas.

El hombre posó la taza y me miró desde el otro extremo de la cubierta. Dio un paso adelante, se detuvo entre las chicas del banco y yo y me inspeccionó el rostro. Me tendió la mano izquierda.

—James Grey —se presentó, mirándome todavía a la cara. —Le ofrecí la mano sana, que él volteó con delicadeza para después subirme la manga y examinarme la muñeca. Una calva comenzaba a ganar terreno en su coronilla —. ¿Dolor de oídos? —me preguntó mientras me apretaba la parte blanda del antebrazo a medida que llevaba el pulgar de arriba abajo. Hablaba rápido, con

los recodos y los ángulos de un cerrado acento del sudoeste; las vocales se estiraban como aros de goma y las erres se enrollaban sobre sí mismas.

—No —dije.

—¿Diarrea?

—¿Qué?

—¿Vómitos? ¿Dolor cervical? ¿Te escuece cuando orinas?

—No, quiero decir, no más de lo normal, me...

—¿Hemorragias nasales?

—No.

—¿Insuficiencia respiratoria?

—No.

Volvió a mirarme a los ojos con suspicacia. Finalmente, parpadeó y asintió. Me estrechó la mano con un único movimiento, me bajó la manga y me soltó.

Dio un paso atrás para verme entero, no solo las partes concretas que le interesaban, y acomodó los puños en las caderas.

—James Grey —repitió. Levantó el pulgar para señalar el banco que quedaba a sus espaldas—. Mi esposa, Martha, y mis dos hijas, Jenny y Clare.

La mujer levantó una mano y sonrió. Incliné la cabeza en respuesta.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Al norte de Croyde —me informó mientras se acercaba al timón y se encargaba de un cabo—. En el canal de Bristol.

Noté que una mano cálida me apretaba el hombro y al girarme encontré a Harvey detrás de mí.

—Buenos días, Ed —saludó. Me echó un vistazo—. ¿Cómo te encuentras, hijo?

—Bien —respondí.

Harvey entornó los ojos y escogió las palabras con tacto.

—¿Te ha puesto Bryce al corriente?

Asentí.

—Más o menos. Sé que no lo hemos logrado y que Richard pudo cruzar el portón, pero todavía no sé cómo llegué aquí.

—¿Recuerdas que nos vimos? ¿Antes de que te desmayaras?

—Recuerdo que vi a Bryce, nada más.

—Acabábamos de despedirnos de Richard cuando te encontramos. Estábamos a punto de ponernos a la cola nosotros también, aunque no creo que nos hubieran permitido el paso. La gente ya estaba empezando a desistir y a retirarse. Había una especie de fiesta cuando apareciste tú, con un montón de chavales que andaban bebiendo y eso, disputas, peleas... El ambiente comenzaba a crisparse. La gente estaba harta, supongo. —Me apretó el hombro de nuevo—. Y entonces apareciste tú como por arte de magia. Saliste de la nada, justo delante de nosotros. ¿Cómo sabías dónde estábamos?

—No lo sabía —le aseguré—. No tenía ni idea de adónde había llegado.

—Parecías un cadáver, socio, estabas hecho un guiñapo, con los dedos retorcidos y todo lo demás. ¿Cómo tienes el tobillo? Martha te curó. —Sonrió y la saludó con la cabeza. Martha le devolvió el gesto según pasaba junto a nosotros en dirección a la escalera para ir bajo cubierta—. Es enfermera.

—¿Cómo llegamos aquí?

—James y Martha nos encontraron. Tú estabas tendido en el suelo, inconsciente. Estábamos intentando despertarte, dando voces para que alguien de las tiendas de socorro acudiera en nuestro auxilio, pero no vino nadie. Estaban saturadas, imagino, pero en ese momento apareció Martha y nos preguntó qué había ocurrido. Se dirigían a su barco y se ofrecieron a ayudarnos. Los acompañamos.

—¿Os salisteis de la cola?

—No teníamos ninguna posibilidad, socio. Estábamos demasiado atrás.

Además, era peligroso quedarse allí con tanta pelea. Preferimos acompañarlos y cerciorarnos de que te pusieras bien.

—Gracias —dije. Meneé la cabeza—. ¿Cómo demonios consiguió pasar Richard?

—Tenía un buen motivo. Además, en fin... —Harvey se encogió de hombros—. Ya lo conoces. No creo que haya tenido que guardar cola en su vida.

Martha regresó a cubierta y me tendió un cuenco. Miré la sopa espesa y aceitosa y percibí el olor a pescado del vapor que emanaba de la superficie. Un temor ya familiar me revolvió las entrañas y sentí que la cuerda que tiraba de mi pecho se tensaba.

—Tienes un esguince en el tobillo —me dijo. Hablaba con objetividad—. Necesitas guardar reposo. Los dedos sanarán por sí solos. En cambio, me temo que por el ojo no he podido hacer mucho. Se curará, pero no sé si podrás volver a ver bien por él algún día. Como les he dicho a tus amigos, podéis quedaros con nosotros hasta que estés lo bastante recuperado para seguir adelante. No tenemos mucho espacio, pero nos apañamos.

—Lo siento, Ed —lamentó Harvey—. Lo hemos intentado.

Aparté la vista del caldo. Martha y Harvey me miraban con cara de preocupación y de lástima, ninguna de las cuales me servían de nada.

—¿Hasta dónde puedes llevarme por la costa? —pregunté al tiempo que me volvía hacia el timón.

James dejó caer el extremo de un cabo que estaba ajustando y se irguió. Me miró de soslayo.

—¿Disculpa? —dijo.

—¿Hasta dónde puedes llevarme por la costa? —repetí—. ¿A qué distancia de Falmouth puedes dejarme?

Se dio media vuelta y avanzó un paso hacia mí.

—No sé si te entiendo.

—Bryce me ha dicho que todo lo que queda al sur de Bristol es ahora un pantano —comenté.

—Así es —confirmó James—. Todo, desde Plymouth hasta Southampton, una marisma que llega hasta Glastonbury. Por allí no se puede caminar, ni conducir ni navegar.

—Pero todavía queda una estrecha franja de tierra que se extiende hacia el sudoeste, desde aquí hasta Falmouth, de donde zarparán los barcos —expliqué.

—Correcto —convino James despacio.

—Si pudieras llevarme hacia el sur, por la costa de Cornualles, podría atravesar esa franja y llegar a Falmouth.

—¿Cómo? —preguntó.

—A pie —respondí.

James me miró fijamente, dobló las rodillas y proyectó una carcajada hacia el cielo. Cuando terminó, meneó la cabeza. La sonrisa se escurrió de su rostro.

—¿Hablas en serio? —dijo.

—Así es como llegamos desde Edimburgo hasta aquí.

Me miró de arriba abajo.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Aunque no os ha ido demasiado bien, ¿verdad? —Dio un paso adelante y cruzó los brazos—. La costa ya no está igual que antes. Es una costa nueva. Hay agua donde antes no la había, y lo mismo con las rocas. Yo no pasaría de Padstow. Todo lo que hay más allá es, en fin, demasiado peligroso.

—Si pudieras llevarme hasta Padstow, ¿a qué distancia me quedaría de Falmouth?

—A cincuenta o sesenta kilómetros.

James me escrutó con los ojos entornados, como si yo fuese idiota.

—Puedo recorrerlos —le aseguré.

James se rio.

—Lo dudo mucho. La costa no es lo único que ha cambiado; el interior también. Las carreteras están destrozadas y...

—Si sirven para transportar a toda esa gente desde el portón, entonces yo también puedo bajar. ¿Es posible? ¿Puedes llevarme hoy a Padstow?

—La tierra está sembrada de fosos y de ciénagas. Se han hundido pueblos enteros, el virus...

—¿Puedes llevarme allí?

James suspiró, se rascó la cabeza y examinó el cielo.

—El viento es bueno, se está levantando —dijo—. Así que, sí, diría que es posible. Pero después, ¿qué? Aunque llegaras a Falmouth, ¿crees que podrías subir a bordo de uno de esos barcos así como así, sin un pase?

—Ed —se alarmó Harvey—. Debes de estar de broma, socio. No puedes caminar con ese tobillo.

—Creo que Ed no habla de ir caminando —intervino Bryce desde la popa, asomado aún a la borda—. ¿No es así, Ed?

Mantuve los ojos clavados en James.

—Sé que es mucho pedir —admití—, pero mi familia está allí abajo. Tengo que intentar reunirme con ella. —Miré a Martha y después a las niñas, que seguían acurrucadas en el banco. Me observaban con curiosidad, como si fuese una especie de bufón raro que esperaban que desapareciera pronto—. ¿Lo entendéis? —pregunté.

—Cielos, Ed —dijo Harvey—. Ya veo que no bromeas.

James me estudió con la cabeza ladeada y la boca entreabierta, el ceño fruncido en un gesto de incredulidad. Martha se volvió hacia su marido.

—Maggie —dijo.

James desplazó su mirada de pasmo hacia su esposa e inclinó la cabeza hacia el otro lado. Luego puso los ojos en blanco y meneó la cabeza. Se dirigió a la popa.

—¡Maggie! —gritó.

Una mujer rolliza de cabello plateado y lacio asomó por la escotilla de la embarcación contigua.

—¿Ajá?

—¿Puedes cuidar de Martha y de las niñas durante un día?

La mujer estiró el cuello para mirar más allá de James.

—Con mucho gusto —aceptó. Desplegó una sonrisa y se despidió con la mano.

James se giró hacia nosotros. Por su expresión, todavía estaba estupefacto y confuso, incapaz de digerir la idea. El barco se meció con suavidad sobre una ola que entró a la cala; las defensas golpetearon la proa.

—De acuerdo —accedió finalmente, levantando las manos para recoger la maroma que tenía a sus pies—. Rumbo a Padstow.

—Niñas —llamó Martha—. Venid conmigo. Nos quedaremos con la tía Maggie.

Bryce se acercó a la escotilla junto a la que estábamos Harvey y yo.

—Escuchad, gracias por haberme acompañado hasta aquí —dije—. Lamento que no lo hayamos logrado. Si no me hubiera caído, tal vez habríamos llegado antes al portón. Tal vez ya estaríamos a bordo de algún barco. Pero necesito... necesito...

—Lo sé, Ed —me interrumpió Harvey—. Lo sé.

—¿Adónde iréis? —pregunté—. Puede que por aquí haya algún lugar seguro para vosotros.

James besó a su esposa y la ayudó a pasar junto con las niñas a la otra embarcación. Tiró por la borda los posos de la taza y empezó a soltar

amarras.

—¡Será mejor que vayamos partiendo! —nos gritó con apremio.

Harvey me miró y dio un suspiro feliz.

—No —dijo—. Lo dudo, socio. Creo que nos marchamos contigo. ¿Te parece bien, Bryce?

Bryce refunfuñó.

—Si me necesitáis, estaré bajo cubierta —contestó.

Barquitos

Dijimos adiós con la mano a Martha y a sus hijas y me quedé junto a James mientras sacaba el barco de la cala. El viento soplaba con fuerza hacia el sur, de manera que pronto comenzamos a deslizarnos con la potencia de tres abultadas velas. Era la primera vez que navegaba en un velero; los únicos barcos en los que había viajado hasta entonces eran un transbordador que cruzaba el canal y una canoa bajo la que estuve a punto de ahogarme cuando zozobró durante una acampada del colegio.

Me pregunté si tendría algún sentido el júbilo de movernos libremente por el mar, envueltos por sus salpicaduras frescas y saladas. Estaba ciego de un ojo, tenía los dedos rotos y cada paso que daba aumentaba el dolor. Sin embargo, allí estaba, a punto de empezar a recorrer otros cincuenta kilómetros a pie. De nuevo tenía la impresión de que actuaba conforme a una decisión que no era del todo mía. Algo me empujaba, me obligaba a seguir adelante, y yo intuía que a ese algo le importaban tan poco mis ojos como mis tobillos. Me pregunté si esperanza y júbilo era lo que debía sentir llegados a este punto.

Bryce continuaba bajo cubierta y Harvey se había sentado en la proa. Yo estaba de pie junto a James frente al timón, apoyado en un mástil mientras lo veía retener y girar la rueda a fin de compensar los bandazos y los cabeceos que el barco daba a medida que hendía las aguas.

—Con este viento deberíamos arribar a Padstow antes del anochecer — estimó el capitán—. Os acercaré todo lo que pueda. Tal vez dispongáis de una o dos horas de luz para adentraros en tierra.

—Muchas gracias por llevarnos —grité por encima del viento—. Pensarás que estamos locos.

—La familia es importante —declaró—. Yo en tu lugar haría lo mismo. —Apartó los ojos del horizonte para mirarme de reojo—. Eso sí, no sé si yo habría llegado tan lejos como vosotros.

—¿Estabais en el portón para intentar llegar a los barcos? —le pregunté.

Consultó la brújula y realizó un cuarto de vuelta.

—No —dijo—. Estamos bien donde estamos. El barco es robusto. —Le dio una palmada al timón—. Además, hay pescado en abundancia. Ahora hay mucha gente como nosotros que vive en el canal. Cuidamos los unos de los otros, hay una escuela, una pequeña comunidad. No veo la necesidad de emigrar.

—¿Qué hay de los medicamentos, del virus?

James se encogió de hombros.

—Habrá que jugársela, ¿no? Se corre el mismo riesgo en todas partes.

—Entonces ¿qué hacíais en el portón?

—Martha estaba buscando a su hermana. Desde que lo levantaron, hemos ido a diario para buscarla entre la multitud.

—¿La habéis encontrado?

—No.

—Lo siento.

—No lo sientas. Tú busca a tu familia.

Una brusca ráfaga embraveció el mar y proyectó una rociada de espuma sobre el barco. James se giró y miró entre el aparejo el horizonte del oeste, sobre el que comenzaba a gestarse un plumizo banco de nubes.

—Parece que el tiempo se va a poner feo —pronosticó.

Dejé a James al timón y dediqué un rato a dar vueltas por cubierta, ejerciendo cada vez un poco más de presión sobre el tobillo para intentar

acostumbrarme al dolor. El viento amainó un poco a mediodía, aunque seguía soplando con la fuerza suficiente para seguir impulsándonos. James me pidió que me ocupase del timón mientras él iba bajo cubierta. Subió un poco de caballa que había ahumado él mismo y vertió un licor dulce en sendas tazas de hojalata que nos ofreció a Harvey y a mí. Bryce seguía bajo cubierta, sin salir para nada. Harvey y yo nos sentamos en la proa y comimos el pescado mientras veíamos las nubes reptar poco a poco hacia nosotros a medida que circunnavegábamos una bahía rocosa. Cuando terminamos, Harvey se inclinó y apartó el plato a un lado. Levantó la taza y la sostuvo como si contuviera algo cálido y reconfortante.

—Entonces ¿qué sucedió en el cañón? —me preguntó—. ¿Viste algo?

—¿Qué quieres decir? —respondí.

—Quiero decir que si viste algo. —Tomó un sorbo—. Algo inusual.

—Mucha niebla, rocas, siluetas extrañas...

—No, Ed, ya sabes a qué me refiero. ¿Viste algo?

Podía sentirlo mirándome por encima del borde de la taza mientras me devanaba los sesos en busca de alguna respuesta. Al final, Harvey dio otro sorbo, soltó un profundo suspiro de satisfacción y se secó los labios con la manga.

—No tienes por qué contármelo, socio —prosiguió—. A veces estas cosas son personales. —Dejó la taza y tamborileó con ella en la cubierta un instante—. Yo empecé a ver arañas mientras atravesaba Victoria. Pequeñitas, por todas partes, pululaban por el suelo, me subían por los pies y correteaban por mis piernas. Al principio pensaba que eran reales, no dejaba de darles manotazos, de intentar sacudírmelas. Después me di cuenta de que desaparecían cada vez que me paraba. Solo me seguían cuando corría. Y en cuanto empezaba a correr, comenzaban a hacer ruidos, a insultarme con sus vocecitas. —Se rio y dejó la taza bien colocada en el platillo. Me miró y se

dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo—. Aquí arriba, socio, todo está aquí arriba. —Se reclinó contra la ventana del camarote y recogió las manos en la nuca—. Un buen día se escabulleron de improvviso hacia un bosque. Salvo una, enorme, que se quedó conmigo. La sentí trepar lentamente por la espalda hasta que se encaramó a mi hombro.

—¿Cómo sabías que no era real?

—Cuando la miré, me sonrió. Tenía la cara pequeña, con dos grandes ojos humanos y unos dientes blancos como la nieve en lugar de colmillos. La ignoré, seguí mirando la carretera, pero sabía que estaba allí. Cada vez que yo miraba, ella volvía la cabeza y me dirigía una sonrisita bobalicona. Al cabo de unos días, se alejó de un brinco y ya nunca volví a verla.

—¿Te hablaba?

—No, solo me sonreía. Pero en el desierto conocí a un chino que me habló del cobalto que estaba intentando traer de la luna. Se mantenía siempre delante de mí, corriendo hacia atrás. Quería que lo ayudase, y empezó a llorar cuando le dije que yo no podía volar. En la Ruta 1 me crucé con una chiquilla que se había perdido. Una niña. Llevaba un tiempo sintiendo su compañía, ya sabes, la notaba cerca de mí, a mi alrededor. Pero después empecé a verla y a oírla. Vestía un pichi y un cárdigan gris, y recuerdo que lo llevaba mal abotonado. Estaba convencido de que era real. Dejé de correr, intenté calmarme, orientarme y averiguar dónde quedaba el pueblo más cercano para ponerla a salvo, ya sabes. Le pregunté dónde estaba su madre, pero ella se limitó a mirarme y a fruncir los labios. Luego empezó a disiparse en el viento, como si estuviera hecha de arena, hasta que desapareció por completo. Ella y la ranita de peluche que llevaba. Muy inquietante, la verdad. —Miró la vela que ondeaba sobre nosotros, sumido en sus recuerdos. Al cabo de un rato se dio otro toquecito en la cabeza—. En fin, como te decía, yo también he visto algunas cosas. Sé lo raro que puede parecer. No conviene

estar siempre a solas, Ed, no estamos hechos para eso. Si pasas demasiado tiempo evadiéndote de la realidad, así es precisamente como terminas.

Oí los pasos de James por la cubierta y el siseo de un cabo a nuestra espalda. El botalón se atravesó despacio hasta que se detuvo, haciendo virar el barco a estribor. James cazó la escota y regresó al timón.

—¿Podemos ayudarte, socio? —gritó Harvey.

—No —rehusó James—. Pero puede que tengáis que guareceros bajo cubierta dentro de poco.

Señaló hacia el oeste con la cabeza. Las nubes plomizas encapotaban ya la mitad del cielo, ensombreciendo el mar hasta donde alcanzaba la vista.

—Me sentía como si me estuviese descomponiendo —le conté—. Como si fuese un ovillo de hebras y estuviera desenmarañándome. No sabía dónde empezaba ni dónde acababa. Sabía que mi cuerpo se negaba a seguir corriendo, pero al mismo tiempo sentía que yo ya no era mi cuerpo. Sabía que mi mente tampoco quería correr, pero también me sentía ajeno a ella. Yo ya no era ni mi cuerpo, ni mi mente, ni ninguna de las capas intermedias.

—Pero eras algo, ¿verdad?

—Sí, lo era —afirmé—. Seguía allí, seguía consciente, despierto, pero ya no era ninguna de las cosas que creía que era.

Harvey sonrió, miró a James y se volvió de nuevo hacia mí. Señaló el timón con el pulgar.

—Cuando yo era un crío, mi padre decía que la vida era como un viaje en barco —rememoró—. No puedes controlar el viento y huelga decir que no puedes controlar el mar. Un día todo está en calma y al siguiente estalla una tempestad, y no hay nada que tú puedas hacer al respecto. Lo único que tienes es un timón, una vela y el tiempo que haga.

Se cruzó de brazos y resopló a través de su sonrisa.

—¿Tu padre era marinero? —le pregunté.

—No, era esquilador, nunca había pisado un barco —respondió Harvey—. Sin embargo, perdí la cuenta de las veces que me lo repitió. «Tú eres el capitán, Harve», me decía. «Mantén la quilla bien calada, presta atención al viento y llegarás a buen puerto.» Aunque vete a saber qué narices significa eso.

—¿Qué crees tú que significa?

Se frotó la palma de una mano sobre los dedos de la otra.

—Creo que nos gustan las historias. Creo que nos gusta oír que no somos más que barquitos que viajan a la deriva, en soledad, cosas frágiles a merced de algo indeterminado que no acertamos a concebir, pero robustas, a pesar de todo, independientes y separadas. Tiene sentido pensar que hay cosas ahí fuera. —Señaló con el dedo las nubes que se arrastraban hacia nosotros y después se tocó la sien—. Y que hay cosas aquí dentro. Pero el hecho de que nos parezca correcto no basta para que sea verdad. —Me miró—. Yo también terminé por extraviarme, Ed. Sentí que todo se desmoronaba, igual que tú. Durante un tiempo estuve convencido de que ya no gobernaba mi vida, de que nunca la había gobernado. Tal vez no seamos el capitán, ni el barco, ni la tripulación, ni el cocinero, ni el polizón, ni las ratas de la bodega. Tal vez solo seamos...

—El mar —concluí.

—Sí. Sí, supongo que...

—No, mira, el mar. Se está revolviendo.

Una ola inmensa comenzaba a hincharse por la proa. La superficie del agua se inclinó hacia nosotros, coronándose de rizos y algas a medida que se alzaba.

—¡Cielos! —exclamó Harvey.

James gritó algo desde el timón y comenzamos a escorar. Los platos vacíos se deslizaron despacio por la cubierta hasta que de pronto saltaron al mar

cuando el barco dio un bandazo violento. Harvey y yo perdimos el equilibrio e impactamos contra la barandilla. Me puse de pie como pude y ayudé a Harvey a levantarse al tiempo que una contundente rociada de espuma nos golpeaba en la cara.

—¡La mar se está picando! —voceó James—. ¡Será mejor que vayáis bajo cubierta!

—¿Seguro que no podemos ayudarte? —balbució Harvey.

—Mejor que no —prefirió James—. Os llamaré si os necesito.

Nos refugiamos bajo cubierta y me dejé caer sobre uno de los bancos de la mesa. Sobre esta colgaba una única bombilla, de la que apenas emanaba la luz necesaria para alumbrar la pequeña cocina. Oí a Bryce gruñir en una de las literas ubicadas bajo la cubierta de proa. Harvey se sentó al otro lado de la mesa y se secó la cara con un paño de cocina.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le pregunté.

—Puede ser —supuso Harvey—. Si sabe lo que se hace.

Vi cómo el anciano alisaba el paño sobre la mesa y lo plegaba en forma de cuadrado. Lo tomó entre las manos, lo volvió a alisar y allanó la superficie antes de dejarlo a un lado. El barco cabeceó otra vez y el paño se deslizó por la mesa. Lo cogí antes de que se cayera.

—Te vi aullar —le dije—, aquella mañana, en el aparcamiento. Te colocaste en el borde y empezaste a gritarle al cielo.

Harvey se pasó una mano por la cabeza y sonrió.

—Sí, aquello —admitió—. Me preguntaba cuándo me dirías algo.

—Y todas las otras mañanas hasta ese día, ¿también eras tú?

—Sí —reconoció con una mueca—. Procuraba levantarme el primero. No caí en que podrías oírme.

Apoyó los codos en la mesa y abrió la boca, pero antes de que pudiera añadir nada, se produjo un golpetazo en cubierta y la embarcación volvió a

cabecear. Harvey se deslizó hacia atrás con la silla y yo me hundí de golpe sobre la mesa. Las vigas que nos rodeaban parecieron tensarse mientras nos zarandeábamos al son del oleaje.

—Chiss —siseó mientras se ponía derecho—. ¿Crees que James estará bien?

Oímos pasos y el crujido del timón. El vaivén del barco se suavizó y recuperamos cierta horizontalidad.

—¿Y entonces? —insistí.

—¿Qué?

—Lo del aullido, ¿por qué lo haces?

Harvey agitó la mano con ademán indiferente y cruzó los brazos.

—Bah, por nada —dijo—. Solo es una costumbre que adquirí cuando estuve corriendo. —Reparó en mi expresión, descruzó los brazos y recogió las manos ante sí sobre la mesa—. Es por el sol —reveló—. Le grito al sol. Es lo que hacía a diario en Australia, en cuanto salía.

—¿Por qué?

Suspiró.

—Tú no lo entiendes. Cuando corres una distancia tan inmensa durante tanto tiempo, no es solo que veas arañas, chinos y niñas. Es todo. Todo te mira. Todo el día, ese cabrón de ahí arriba se pasaba todo el día castigándome, a diario, desde que se levantaba hasta que se escondía tras la inmensidad del horizonte. Cuesta ignorarlo. Empiezas a pensar que las cosas te persiguen, que te observan, que se te echan encima, para intentar detenerte, reducirte.

Arrugó la frente y se mordió el labio. De nuevo se inclinó hacia delante y acopló su mirada a la mía.

—Nacemos gritando, Ed —continuó—. En cuanto llegamos a este mundo, nuestra garganta se abre y liberamos el mismo vagido que hemos lanzado

siempre. Vemos caras, luces y sombras, oímos sonidos extraños y rompemos a gritar. La vida grita y nosotros le devolvemos el grito. Con el tiempo aprendemos a guardar silencio, a acallararlo. Pero la vida no se detiene, no deja de gritar. En. Ningún. Momento. —Dio tres golpecitos en la mesa con el dedo y se reclinó—. Supongo que sienta bien recordarle a la vida que todavía puedes devolverle algún que otro grito. Así que eso es lo que hago. Me levanto y le recuerdo al sol que todavía sigo aquí. Que todavía puedo gritar. —Nos miramos el uno al otro durante unos instantes. Harvey extendió la mandíbula y retorció los labios como un camello afanado en su rumiadura—. Seguro que ahora sí que piensas que estoy tarado, ¿verdad? —imaginó.

—Harvey, ¿qué es lo que de verdad te hizo salir a correr? ¿Qué sucedió? —le pregunté.

Me miró mientras parpadeaba despacio. Algo pareció desprenderse de su cara. Dejó los labios quietos y se miró las palmas extendidas.

El casco se sacudió. Se oyó un estruendo arriba seguido de un grito de James, que nos llamaba con urgencia. El barco cabeceó, la escotilla se abrió de golpe y el camarote se vio barrido por una súbita ráfaga de viento cargada de agua. Me levanté y me asomé por la escotilla. James sujetaba el timón mientras el barco se bamboleaba con violencia sobre la quilla. A sus espaldas, el cielo se había escindido en un azul reluciente que se extendía sobre la costa y en un manto ceniciento de nubes eléctricas que se agolpaban sobre el mar, como si la noche se hubiera adelantado y estuviera devorando el día poco a poco.

—Voy a fondear en aquella cala —gritó James—. La tempestad no va a dejar de arreciar. No puedo llevaros más lejos, lo siento.

—¿A qué distancia estamos de Padstow? —grité por encima del vendaval.

—A unos kilómetros al norte. Ahora sí necesito que me ayudéis. ¡Subid aquí!

Hacer que Bryce se bajase de la litera fue casi imposible, pero al final todos salimos a la cubierta bamboleante, donde Bryce se abrazó a un mástil contra el que mantuvo apretada la frente pálida mientras Harvey y yo intentábamos acatar las sucesivas órdenes que James nos gritaba, tirando de los cabos, rotando los cabrestantes y agachándonos cada vez que el botolón se deslizaba de un lado a otro sobre nosotros. Por último, cuando quise darme cuenta, me vi ayudando a James a echar el ancla en unas aguas más serenas que se recogían tras un saliente rocoso. Aún era de día, pese a que las nubes estaban poniendo todo su empeño en cambiar la situación.

—Lo siento —se disculpó James de nuevo mientras sorteábamos la jarcia tirante en dirección a la popa—. No puedo arriesgarme. Tengo que regresar. Podéis venir si queréis. Si habéis cambiado de opinión, quiero decir.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —respondí—. Tal vez consigamos avanzar un buen trecho antes de que anochezca. Pero muchas gracias de todas formas.

James asintió y oteó el cielo.

—Os quedan un par de horas de luz, más o menos. —Señaló un camino escarpado y angosto que serpenteaba entre las rocas de la orilla—. Seguid ese sendero. Puede que todavía quede intacta alguna de las carreteras que bajan al sur. Haríais bien en buscar un refugio lo antes posible, antes de que la tormenta se desate del todo.

—Gracias —le dije—. Por todo.

—De acuerdo —respondió él—. Tendréis que saltar a la orilla. Me temo que no tengo botes.

Volví a darle las gracias, nos dejamos caer por la borda, nadamos hasta que hicimos pie y vadeamos el agua hasta llegar a una playa pequeña. Nos quedamos sentados en la arena, ateridos, mientras recobrábamos el aliento y veíamos cómo el barco se mecía impotente sobre las olas y la oscuridad

consumía el cielo azul.

A nadie más

Es complicado; no estoy seguro de nada. Los hechos, los lugares, las caras y las palabras son como las páginas de un manuscrito esparcidas sobre la superficie de un lago. No alcanzo las hojas, no consigo ponerlas en orden. Recuerdo el olor a ozono, el aire cargado y la luz, que parecía erizada de electricidad. Recuerdo los relámpagos, que punzaban el horizonte con sus lanzas dentadas. Recuerdo que la tormenta pareció condensarse y prender la luz tenue. Nuestra piel, nuestros ojos, el sendero pedregoso por el que escalábamos... Todo relucía.

Encontramos la carretera y la seguimos, cerciorándonos de que el mar revuelto quedara a nuestra derecha. Comenzamos a correr. Al principio pude aplicar cierta presión sobre el tobillo, pero pronto tuve que desistir, de modo que me limité a cojear enérgicamente. No parecía que a Bryce y a Harvey les molestase seguir mi renqueo lento, ya que ellos tampoco se encontraban en plena forma.

Habíamos recorrido unos seis kilómetros cuando la tormenta alcanzó la costa. El viento se nos echó encima con sus latigazos de lluvia, bramando y azotándonos, determinado a hacernos retroceder hacia el interior. Avanzamos otros cuatro kilómetros antes de ponernos a buscar un refugio. Apenas se veía ya, pero Bryce señaló una casa solitaria que se atisbaba en medio de un peñasco y nos guio hasta ella.

Mientras forcejeábamos con el viento, Harvey indicó que me había hecho todas las heridas en la parte derecha del cuerpo porque ese era el lado que más utilizaba. Siempre iniciaba la zancada con el pie derecho, de modo que el

izquierdo solo ejercía de apoyo. Harvey apostaba a que, si me tropezaba, utilizaría la mano derecha para amortiguar la caída. Por eso tenía los dedos rotos. Me estaba preguntando si los grajos se verían con el ojo derecho más que con el izquierdo cuando sentí que la tierra temblaba y se desplazaba a mi lado. Los pies se me deslizaron por la grava. Cuando miré, Harvey había desaparecido, y un hoyo ocupaba ahora su lugar.

—¡Bryce!

Me eché al suelo y miré dentro. Harvey estaba tendido de bruces, inmóvil, unos tres metros más abajo. El viento arrojaba terrones mojados contra su espalda.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Bryce tendiéndose a mi lado.

—No lo sé, el suelo se ha abierto de pronto.

—¿Un socavón?

—James dijo que el terreno era traicionero.

—Tenemos que sacarlo —dijo Bryce—. ¿Puedes bajar?

—Lo intentaré.

Bryce me sostuvo del brazo mientras yo descendía. Harvey estaba inconsciente. Lo giré boca arriba y le limpié la tierra de la cara. Abrió los ojos y me miró. Un largo tajo atravesaba su frente.

—Hola —murmuró el anciano. Se llevó un dedo a la herida, lo deslizó a lo largo del borde e hizo una mueca de dolor cuando llegó al corte profundo que empezaba a rebosar sangre—. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro, pero te has caído. ¿Puedes moverte?

—Creo que sí.

Lo ayudé a levantarse y le di una voz a Bryce.

—Está herido. ¿Puedes sacarlo?

—Acércame sus brazos —respondió Bryce.

Extendió la mano hacia abajo, subió a Harvey y lo dejó a un lado; se

volvió y me sacó a mí también. Harvey se mantuvo de pie, aturdido, bajo la lluvia ensordecedora, apretándose la cabeza con una mano. Nos miraba avergonzado.

—Lo siento, amigos —se lamentó.

—No es culpa tuya —le dijo Bryce—. Salgamos de la lluvia.

Rodeamos a Harvey con un brazo cada uno y lo ayudamos a caminar hasta la casa. Cada pocos pasos mascullaba una nueva disculpa.

—Lo siento, amigos, no sé qué ha pasado, lo siento, amigos.

La casa era una cabaña pequeña de paredes acabadas con mezcla gruesa; constaba de un patio y de un garaje que daban a un campo y, más allá de este, a un acantilado. No había luces encendidas dentro, no se oía el zumbido de ningún generador, no se veía ninguna vela. Un chorro de agua caía en cascada desde un canalón roto. Aporreamos la puerta y las ventanas, pero no obtuvimos respuesta alguna. Fuimos a la parte de atrás, donde una puerta abierta golpeaba contra el marco. La pintura blanca de la madera estaba desconchada y la mayor parte de los paneles de cristal habían reventado.

Hicimos pasar a Harvey y cerramos la puerta. Habíamos accedido a un lavadero. Varias prendas arrugadas y desvaídas colgaban de un tendedero colocado en la esquina y el suelo de piedra estaba encharcado por la lluvia.

—¿Hola? —llamé.

—Está sangrando —observó Bryce—. Llémoslo adentro.

—Estoy bien, solo necesito sentarme un rato; lo siento, amigos, lo siento.

Empujamos una puerta y pasamos a la cocina. El hedor cayó sobre nosotros a plomo. Sentados a la mesa había un hombre y una mujer, ambos con el cuerpo echado sobre el tablero, muertos desde hacía mucho tiempo. El cuero cabelludo del hombre empezaba a ponerse verde y a arrugarse como un repollo. Tenía los brazos extendidos ante sí, lo que me permitió ver las pústulas que repujaban sus muñecas.

—Joder —maldijo Bryce, que se cubrió la boca con la mano—. ¿Crees que será el virus?

—Eso parece —supuse. Nos quedamos en la entrada, con la cara tapada y con Harvey todavía colgado entre nosotros, que emitió un gruñido—. ¿Estaremos a salvo aquí? ¿Lo cogeremos?

—No lo sé. Puede que ya lo tengamos —conjeturó Bryce.

—El garaje —dije—. Llémoslo allí.

Cerramos de golpe la puerta de la cocina y encontramos un juego de llaves colgado de un gancho en el lavadero. Harvey gruñó mientras cruzábamos el patio, haciéndole arrastrar los pies por el barro e intentando mantener el equilibrio en el suelo resbaladizo. La tercera llave encajó en la cerradura de la puerta metálica y Bryce la abrió de un tirón. Caímos adentro, recogí las piernas de Harvey para apartarlas de la lluvia y lo senté contra una pared de ladrillo. Bryce comenzó a explorar el recinto cuadrado. Apenas entraba luz y casi todo el espacio lo ocupaban un pequeño bote maltrecho y el remolque sobre el que estaba montado.

—¿Hay alguna manta? —pregunté.

—Lo siento, amigos, lo siento.

—No se ve nada —refunfuñó Bryce. Una lata tintineó contra el suelo. Algún objeto de cristal se rompió mientras Bryce registraba las estanterías.

—Está sangrando mucho —dije.

—He encontrado una linterna —anunció Bryce—. Mierda. —Barrió el recinto con la luz débil—. Vale. Esperad... Aquí.

Me lanzó varios guardapolvos apelotonados. Arranqué una tira de tela y la presioné sobre la frente de Harvey. Sin dejar de bambolear la cabeza, empezó a mascullar algo.

—Estamos a salvo, Harvey —le susurré.

Lo abrigué con dos de las sábanas y lo apoyé contra la pared. Le envolví la

cabeza con una tira más larga. La sucia tela grisácea se oscureció con la sangre, pero detuvo la hemorragia. Harvey suspiró y me sonrió.

—Gracias, socio. Lo siento, amigos.

Bryce me lanzó varias cosas que encontró en las estanterías: un par de velas, cerillas, una frazada de perro. Después dejó de rebuscar y se agachó junto a mí.

—También he encontrado esto —dijo.

En las manos tenía un par de latas de judías en salsa de tomate. Me pasó una y las abrimos. Le tendí la mía a Harvey.

—Come un poco —le pedí.

El anciano frunció el ceño y agitó la mano para rechazar la lata.

—No, no tengo hambre, gracias —rehusó—. Comed vosotros. Creo que yo necesito descansar un poco. Lo siento, amigos.

La tormenta aullaba y golpeaba la puerta del garaje como si el propio mar, decidido a resarcir algún agravio, se hubiera erigido sobre los acantilados y pretendiera darnos caza. Comimos las judías con desasosiego mientras veíamos cómo Harvey, de nuevo inconsciente, agitaba los ojos hostigado por las pesadillas que se escondieran bajo ellos.

Reservamos parte de las judías para él. Encendí una vela y nos sentamos bajo las sábanas que habían sobrado, acurrucados a ambos lados de Harvey. Bryce se afanó en liar un cigarrillo, apretando las últimas hebras de tabaco en un papel húmedo e intentando encenderlo con la llama. Al final, resopló una blasfemia, tiró el amasijo al suelo y se guardó la cerilla entre los dientes.

—Siento haberos metido en este lío —murmuré.

No me respondió de inmediato.

—Cada uno decide en qué líos se mete —respondió al rato—. Además, no tenía otra cosa que hacer. No es que tenga una familia de la que cuidar.

—¿Crees que la tendrás algún día? —le pregunté, sorprendiéndome a mí

mismo.

Bryce resopló.

—No después de ver todo lo que estás pasando —repuso—. Demasiadas movidas de mierda para mí. No, gracias.

—Cada uno decide en qué líos se mete —dije.

Bryce sonrió.

—Ajá —afirmó. Me miró, el gesto ablandado—. Y el lío en el que tú estás metido no es para tanto, Edgar. Recuérdalo.

—Lo sé —concedí.

Sus ojos centellearon un instante bajo la luz lánguida. Parpadeó para recobrar la fortaleza y el momento se esfumó.

—En cualquier caso... —bostezó, tiró la cerilla a un lado y se tendió en el suelo frío de espaldas a mí— todavía no he conocido a ninguna mujer dispuesta a soportar mis mierdas.

—Te vi en Bartonmouth —le confesé.

Sabía que era un paso arriesgado. No sé por qué quise obligarlo a hablar de eso. Quizá, puesto que estábamos allí tirados y muertos de frío, con la tormenta fuera y con Harvey herido entre nosotros, no me apeteciese mantener otra conversación disfrazada de bravuconería. Quizá prefería hablar con franqueza, y quizá algo me decía que aquella sería nuestra última oportunidad para hacerlo.

—Con Grimes —continué—. Con Laura, quiero decir. Aquella noche entraste en su habitación.

Bryce guardó silencio durante un momento.

—Sé que me viste, imbécil. Me di cuenta de que me estabas mirando —reveló. Oí que giraba la cabeza—. ¿Qué te pensaste, que entré a ver si conseguía echar un polvo? —No le respondí. Resolló una risita—. ¿Crees que entré a probar suerte? —infirió—. ¿Que fui a recoger las migajas que el otro

payaso había despreciado?

—No he dicho eso —comencé.

Volvió a reírse.

—Tiene gracia. Joder, Ed, ¿por quién me tomas?

—No quería decir eso. Lo siento.

—Yo no era precisamente su tipo, ¿no te parece? —continuó, airado de pronto—. A ella le gustaba Richard. Yo lo sabía, me di cuenta cuando estábamos en los barracones del cuartel.

Acomodó la cabeza y se revolvió bajo la sábana.

—Entonces ¿qué ocurrió?

—Solo quería decírselo, nada más. Vi cómo se quedó después de que él la rechazara. Solo quería que lo supiera.

—Que supiera ¿qué?

—Solo que lo supiera.

Me escurrí por la pared y formé una almohada con una sábana apelotonada. Permanecí un rato tendido en silencio, hasta que empecé a oír los ronquidos retumbantes de Bryce. Cerré los ojos.

Cuando me desperté, la puerta de metal seguía dando golpes, pero con menos violencia. La tormenta parecía haberse alejado. La vela estaba a punto de apagarse, pero todavía me permitía ver la cara de Harvey. El vendaje se había teñido de rojo por completo. Contraía los ojos una y otra vez mientras de sus labios agrietados brotaba una sinfonía de silbidos rotos.

—¿Eh? ¿Qué...? ¿Hornsby? Demasiado lejos. No es mi ruta, socio, díselo... díselo a Rosie. Dáselo a ella, ella te pondrá el sello... Sí, espléndido y bochornoso.

Me apoyé sobre un codo para oírlo mejor.

—Hoy sí que hace calor, hay que tener cuid... ¿Qué...? No, no, no, socio, eso no es lo que... ¿Qué? Te digo que se lo digas a Rosie... que ella te pondrá el... Tengo que salir ya, socio... las cartas no se envían solas... Espléndido y bochornoso... ¿Annie? ¿Agnes?

Lo vi lidiar con la maraña de recuerdos que se agolpaban en su cabeza. Le pertenecían solo a él. Estaban en su interior, atrapados y encerrados en su memoria de forma ineludible. Ni siquiera la historia más larga servía para revivirlos. Ninguno de ellos podía ser compartido de verdad. Al final, pensé, así es como acabamos todos: corriendo a solas por nuestro propio mundo, por el paisaje de sucesos deslavazados que componen nuestra vida, sin que nadie pueda encontrarles ningún sentido salvo nosotros mismos. La carretera nos pertenece a nosotros, y a nadie más.

Seguía sin saber cuánto había de cierto en lo que Harvey nos contó a Bryce y a mí sobre lo de Australia. No sabía si trabajó de cartero en el campo, si tuvo que luchar contra los incendios forestales, si hacía las rutas acompañado de sus perras bajo el sol de Nueva Gales del Sur.

—Tengo que marcharme... No puedo quedarme aquí... Todo está oscuro y muerto... No puedo... No puedo...

Si echó a correr porque sus perras habían muerto.

«Perder a tus perros —dijo Bryce aquella noche junto a la hoguera que encendimos en la cuneta. Entonces aún no me había desprendido del regusto a rata—. Es la peor putada. Más jodido que perder a una persona.»

Recuerdo que Harvey pareció estremecerse de pronto, blindarse. Recuerdo que noté algo, un fugaz destello de tristeza, como si una pequeña trampa se hubiera cerrado. Parte de los recuerdos que estaba liberando se retrajo. No quería volar, quería permanecer dentro.

«Bueno —dijo Harvey—. La verdad, no sabría decirte.»

—Todo es oscuridad y muerte... Esa carretera... Luz y vida... ¿Agnes?

«Aquí todo era oscuridad y muerte —nos contó—. Allí todo era luz y vida.»

—¿Agnes? ¿Dónde está Annie? Dile que entre, amor, hace demasiado calor fuera. ¿Se ha puesto protección solar? Bien, cariño, ahora tengo que marcharme... Luego te veo, yo también te quiero.

Sus balbuceos se redujeron a meros gemidos y sus ojos se aquietaron. Tosió y giró la cabeza sobre la pared. Vi cómo su pecho se agitaba bajo la luz mortecina hasta que la llama se apagó.

La carretera nos pertenece a nosotros, y a nadie más.

Feliz Navidad

Cuando volví a despertarme, la tormenta había pasado y por la ventanita del fondo del garaje se veía un reluciente cuadrado azul. Bryce seguía dormido y Harvey aún tenía la cabeza apoyada contra la pared. Su boca colgaba abierta y sus ojos eran dos pozos vacíos orientados hacia el techo. Sus manos descansaban con las palmas hacia arriba sobre la sábana, y los dedos enroscados laxamente. Un fino hilo de sangre se había secado a su paso por su mejilla y su cuello. Su pecho se había detenido.

Algo se contrajo dentro de mí, como una cuerda que alguien hubiera apretado alrededor de mi estómago. Me levanté, me quité la sábana de encima y me acerqué a la puerta dando tumbos. Me quedé allí unos instantes, mirándolo con espanto. Con el estómago revuelto de nuevo, abrí la puerta, salí trastabillando y vomité en la tierra bajo el frío de la madrugada.

Me limpié la cara y me apoyé contra un muro que había junto al garaje, desde donde contemplé el campo embarrado y el mar que se extendía más abajo. Ahora las aguas volvían a estar en calma y ninguna nube se atravesaba sobre el horizonte fosco. El sol se levantaba a mis espaldas y reclamaba el cielo con su luz tras el asalto de la tormenta. Por el aire sosegado ya solo se oían susurrar unas trazas de brisa descolgadas de la noche anterior.

Escuché una voz a lo lejos. Al principio pensé que alguien me llamaba. Salí del patio y me detuve en el camino, percibiendo el sol cálido en la cara y el aire frío en las yemas de los dedos. Momentos después, el mismo ruido. No era una voz, no lo hacía una persona; era la llamada de un animal. Después, dos veces más. Vacas. Vacas que mugían.

Seguí el sonido durante medio kilómetro. El camino y todos los campos que lo bordeaban estaban embarrados a causa de la lluvia. Mientras lo recorría, el sol continuó alzándose y ofreciéndome una vista cada vez más amplia del terreno. El cenagal se extendía hasta donde alcanzaba la vista, coagulándolo todo. Finalmente encontré una verja que daba paso a un campo. Había una granja en la parte más elevada, y en medio de la pendiente se levantaba un pequeño corral en el que estaban encerradas cinco vacas escuálidas. La puerta de la casa de labor estaba abierta de par en par. Entre esta y el corral, boca abajo sobre la tierra, yacía un cuerpo. Me acerqué al establo y me detuve ante las vacas. Se giraron sobre sus patas temblorosas, maniobrando a duras penas las unas entre las otras para mirarme. Sus ojos abultados rotaban en todas direcciones, las quijadas extendidas hacia el cielo mientras proferían sus bramidos roncós.

Abrí el corral y me eché atrás. Una a una, salieron a trompicones y pasaron ante mí dejando una estela caliente. Se mantuvieron apiñadas mientras se dirigían hacia un rincón del campo. Un parche ralo de hierba blancuzca se empeñaba en crecer allí. Se pararon, agacharon la testa y empezaron a pastar.

Oí pasos por el suelo encharcado a mis espaldas.

—Harvey ha muerto —dijo Bryce.

—Lo sé —respondí.

Encontramos una pala en el garaje y dimos sepultura a Harvey en el campo de detrás de la casa. La tierra estaba blanda y no nos costó excavar la fosa. Atamos un par de palos y clavamos la cruz en el suelo; nos colocamos ante la tumba y terminamos las judías que le habíamos reservado la noche anterior.

El sol seguía ascendiendo cuando nos giramos hacia el sur, de espaldas a la costa. Cincuenta kilómetros de tierra recién enlodada se extendían entre

nosotros y Falmouth. Sería ya media mañana. Sentía que los huesos se me habían vuelto de piedra y los músculos, de goma reseca. El dolor amenazaba con estallar a cada paso que daba.

—¿Es esto el final, Ed? —me preguntó Bryce.

—Nunca es el final —sentenció.

Bryce sorbió por la nariz.

—Imaginaba que me responderías eso —dijo—. He encontrado algo en la casa.

Me tendió una caja blanca con una etiqueta impresa adherida a un lado.

CODEÍNA FOSFATO HEMIHIDRATO 30 MG/
PARACETAMOL 500 MG

—Feliz Navidad —celebró.

Nunca es el final

¿Quieres saber lo que se siente cuando tienes que correr cincuenta kilómetros? ¿Quieres saber lo que se siente cuando tienes que correr cincuenta kilómetros por el barro y la tierra abrasada, esquivando socavones y arrastrándote por debajo de los árboles derribados, cuando ya has cruzado corriendo el país entero, cuando padeces un esguince de tobillo, tienes los dedos rotos, estás ciego de un ojo y no has desayunado más que media lata de judías en salsa de tomate?

Yo te lo diré. Es una carrera que empieza como cualquier otra. Antes de dar el primer paso, antes de que el primer músculo se contraiga, antes de que la primera neurona se dispare, hay que tomar una decisión: quedarse quieto o avanzar. Eliges la opción adecuada. Después eliges la misma opción cien mil veces más. No corres cincuenta kilómetros, sino que das un primer paso una y otra vez. En eso consiste correr; en eso consiste todo. Si hay algún sitio donde tienes que estar, algún sitio al que debes desplazarte, o si necesitas cambiar de aires o de rumbo, eso es cuanto necesitas. Cien mil decisiones sencillas, cada una de ellas tomada correctamente. No hace falta que pienses en la distancia, ni en el destino, ni en lo que llevas recorrido, ni en lo que te queda por recorrer. Solo hace falta que pienses en lo que hay ante ti y en cómo dejarlo atrás.

Por supuesto, la codeína ayuda. Tomamos una buena sobredosis y bebimos de una cuneta encharcada por la lluvia. Nos orientamos y pusimos los pies a trabajar.

Los primeros quince kilómetros supusieron una lenta agonía. Intentamos

hablar de los barcos, del posible destino, y de Harvey. Los comentarios terminaban a mitad de las frases, y no mencioné el balbuceo febril al que el anciano se abandonó en plena noche. El tobillo no me daba tantos problemas como me temía, pero la espalda sí, tal vez a causa de la postura en la que había dormido. Era como si la base de la columna se me astillara cada vez que tocaba la tierra con los pies. Empecé a contar las zancadas, a fin de distraerme calculando cuántas habría dado para cuando la codeína surtiera efecto. Sentía los huesos secos y calientes. Los ligamentos amenazaban con rasgarse como tiras de goma viejas a cada paso que daba. Pero cada paso venía, se marchaba y dejaba tras de sí el siguiente, lleno de una nueva suerte de dolor.

El barro empezó a dejar de ser un problema a medida que nos alejábamos de la costa. El cieno amarronado dio paso a la tierra quebradiza. Había campos y vallas, setos descuidados, sotos en los que aún crecía algún que otro árbol. Nos detuvimos al llegar a un arroyo y bebimos agua helada hasta que noté que la tripa se me apretaba contra el cinturón. Atravesamos pueblos desiertos y atajamos por granjas abandonadas, y en todo momento la delgada línea azul del mar se extendía por el horizonte del oeste, a nuestra izquierda, para que no me olvidase, para tirar de mí hacia delante.

Nos habríamos adentrado unos veinticinco kilómetros cuando las cosas comenzaron a cambiar. Un pájaro (un estornino, creo) voló por delante de mí. No recuerdo durante cuánto tiempo. Revoloteaba entre el ramaje de un seto, me esperaba, y después brincaba al siguiente. Supuse que los analgésicos estarían haciendo efecto. Noté que algo se había desprendido dentro de mí. No estaba insensible, tan solo indiferente; el dolor seguía ahí, pero no parecía importarme. Bryce estaba siempre ahí, avanzando con pesadez a mi lado. Él también parecía haberse evadido. Me concentré en mi respiración, y el sonido del aire que entraba y salía de mis pulmones se convirtió en el protagonista.

Observé el combate que se estaba librando entre mis pies destrozados y el suelo que pisaban, y recordé la valoración que Harvey hizo de mi forma de correr, que seguía impulsándome con el pie derecho, a pesar de la lesión. Cambié esto; empecé a aplicar más fuerza con el izquierdo.

Pudo ser esta variación, o la codeína, o una infinidad de cosas, lo que desencadenó lo que ocurrió a continuación. Acaso se hubiera ganado al fin una larga batalla en algún rincón remoto de mi cerebro, o quizá una reserva oculta de endorfinas hubiera reventado de súbito bajo la presión incesante. Fue como una especie de rendición; algo acabó por ceder, algo que llevaba mucho tiempo oprimiéndome. Sentí que algo se me desenrollaba poco a poco de los hombros y de la columna. Experimenté una cierta ligereza y mi pecho se llenó de aire frío. Mis piernas parecieron estirarse y revigorizarse, como si de pronto hubieran dejado de estar atenazadas por unas pesadas cadenas. Mis músculos se liberaron, la sangre fluyó libre. Todo dentro de mí pareció desplazarse de improviso en la misma dirección, como un millón de agujas de brújulas diminutas que se hubieran orientado hacia un imán gigantesco. Todas aquellas piezas que antes se rozaban, tropezaban y se trababan entre sí funcionaban ahora en perfecta sintonía.

Estaba corriendo, y mi cuerpo estaba totalmente de acuerdo con ello.

Mi mente estaba totalmente de acuerdo con ello.

La otra bestia que mora en tu interior, esa que casi nunca ves. La llevas amarrada firmemente a ti. Observa y aguarda mientras tú desorganizas tu vida, llenas tu cuerpo de porquería y emponzoñas tu mente con tus preocupaciones. A algunos les basta con una llamada para liberarla. A otros les hacen falta ochocientos kilómetros de martirio.

Sin embargo, ahora la mía se había soltado, por primera vez desde que era un crío, y corría con la sonrisa de un lobo que se escurriese entre los helechos bañados por la luna. El dolor trotaba a mi lado, familiar, hermoso y con mi

misma sonrisa. «Siempre estaré aquí —me decía—. Siempre, pero ahora somos amigos.»

No me contuve en absoluto. Disfruté cuanto pude de la experiencia y aproveché al máximo el calor del sol, que colgaba ya en medio del cielo despejado. Pensé en Beth y en mis hijos, e ignoré los fríos arañazos de un instinto empeñado en asegurarme que ya estaban muy lejos, que ya era demasiado tarde. Preferí aferrarme a otros pensamientos, sencillos y resplandecientes, en los que aparecía una casa junto a un acantilado, con un pequeño campo; un jardín donde una mujer le enseñaba a su hija a cultivar hortalizas; un niño bajo el sol, observando a su padre mientras este lijaba un viejo bote dando pasadas largas y precisas; una playa desierta; unos piececitos que correteaban por la arena y en los que se oían risas junto a la orilla bajo la puesta de sol.

Bryce se quedó rezagado un momento y después me alcanzó. Me pareció que aprovechaba mi rebufo, que yo tiraba de él sin esfuerzo gracias a una ilimitada reserva de energías que hubiera desenterrado sin saber muy bien cómo. Me sentía como un niño. Era un niño; soy un niño. Porque no crecemos; nos extendemos, como las malas hierbas sobre los brotes tiernos.

Corrí con Bryce por los valles y las praderas y seguimos los arroyos y las paredes de piedra de los bosques milenarios hasta que finalmente atravesamos unos matorrales y salimos a una carretera. Nos detuvimos y recobramos el aliento, tambaleándonos, ebrios de adrenalina. Miramos el camino de extremo a extremo. Era largo, recto y llano, y estaba limpio de baches, una reliquia intacta, la primera carretera íntegra que veía desde el día de los impactos. Un letrero blanco indicaba:

FALMOUTH 5 KM

Los cuatro primeros los corrimos sin incidentes. El último fue un infierno.

—¡Barcos! —gritó Bryce—. ¡Barcos!

Cuando llegamos a las afueras de Falmouth, me impulsaba ya con los posos del combustible que había extraído aquella mañana. De nuevo corría a duras penas, cojeando y haciendo muecas de angustia. El dolor había recuperado su forma hosca e insondable de siempre. Coronamos entonces la cima de una colina y mi corazón estalló de alegría.

El puerto de Falmouth se abrió gloriosamente a nuestros pies. Podía ver y oír a la gente; juro que incluso podía olerla, aunque todavía nos encontrásemos a un kilómetro de distancia. Observamos cierta actividad, un barco. Todavía no era demasiado tarde. Lo habíamos conseguido. Quizá me llevase un poco de tiempo, pero encontraría a Beth. La encontraría y le diría que la quería y que había cruzado corriendo el país entero para reunirme con ella. Buscaríamos un rincón tranquilo y le describiría la vida sencilla que imaginaba para nosotros, y ella lo comprendería y diría que también lo deseaba y alejaríamos a nuestros hijos de la multitud agitada y nos retiraríamos a algún lugar donde pasar el resto de nuestra vida.

—Barcos —repitió, ahora titubeando.

Su voz se había tornado monótona y tenía la vista puesta en el mar. El alivio, el júbilo, la esperanza, la inexplicable energía con la que había estado impulsándome; todo empezó a disiparse poco a poco. Una hilera de diez barcos o más se alejaba del puerto con la proa orientada hacia el horizonte y las chimeneas inclinadas hacia las dársenas desde las que acababan de desatracar. Un estrépito de voces se elevó con el viento como un coro luctuoso. La gente atestaba el muelle, una confusa mancha humana que empujaba, tiraba, palpitaba y se arracimaba, agitándose con unidad clamorosa

para alcanzar la pasarela del único barco que seguía amarrado; el único, el último de la flota en zarpar.

Sentí que las rodillas se me volvían de mantequilla. Mi peso reapareció como un traje de hierro. La gravedad se fortaleció, se duplicó, se triplicó, se cuadruplicó y, por último, me derribó. Caí de bruces, con los brazos extendidos hacia delante. Oí la voz de Bryce. Una de las latas del cuerdfono se escurrió de mi chaqueta y echó a rodar. Quise cogerla, se me escapó y me quedé viéndola alejarse lentamente. La carretera, el cielo y el mar se fusionaron en un manchurrón grisáceo mientras la lata ganaba velocidad colina abajo.

Fui consciente de que me recogían y me arrastraban; miré hacia abajo y vi mis pies zarandeándose, rastrillando la carretera a medida que esta se deslizaba hacia atrás como una cinta transportadora. Un largo hilo de saliva se descolgó de entre mis labios para columpiarse a merced de la brisa. Vi la lata pasar por debajo de mí y me doblé para recuperarla. De nuevo, la voz de Bryce, lejana y apremiante.

—¡Hemos llegado, Ed! ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo has conseguido!

De pronto, el alboroto de la multitud se cerró sobre mí. El olor a actividad humana asaltó mis fosas nasales. Algo me golpeó primero en un hombro y a continuación en el otro. Una mujer articuló una risa, una carcajada estridente propia de una bruja, pero cuando levanté la cabeza solo vi cielo. La luz era del mismo color amarillo eléctrico que habíamos observado en la playa el día anterior, cargada, estática, a punto de variar. Algo me abofeteó. Bryce me abofeteó, con la palma abierta, dos veces en cada mejilla.

—¡Ed! —Me sacudió, me dio otra bofetada, chasqueó los dedos—. ¡Ed! ¡Reacciona! ¡Vamos! ¡Hemos llegado!

Volvía a estar despierto, de pie, respirando, viendo y oyendo. Pero el tiempo transcurría despacio. Todo se movía a través del barro. Nos

encontrábamos en el puerto. El barco estaba ante nosotros. Nos separaba de la pasarela una multitud de cincuenta filas de profundidad que atestaba el puerto en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. La gente iba y venía sin rumbo. Unas personas reían; otras lloraban; otras estaban borrachas; otras, mareadas por el hambre, vagaban con los ojos como platos y la boca apretada. Mirara a donde mirase, veía gente perdida y familias apiñadas. Saturaba el aire un irrespirable hedor a miedo, a pánico, a mierda y a miseria; el aliento y el sudor de un millón de supervivientes que seguían peleando por una última oportunidad de escapar de un país devastado. Sin medicinas, sin agua, sin alimentos, sin descanso. No éramos los únicos que habían llegado a Falmouth ese día.

Me sobresalté cuando una potente voz femenina se elevó sobre el bullicio, etérea y agradable. Unos altavoces montados sobre una serie de postes proyectaron su mensaje metálico: «Por favor, retírense de las dársenas. El *Endeavour* está listo para zarpar. Por favor, retírense de las dársenas».

—Retírense, por favor —insistió alguien cerca de mí. Tenía acento holandés o nórdico. Junto a nosotros había dos hombres vestidos con uniforme militar. Portaban fusiles de asalto.

—Mi familia —murmuré—. Mi familia está aquí.

—¿Tiene papeles? —preguntó el primero.

—¿Papeles? —repetí—. No. Mi familia. La trajeron aquí... He venido en su busca.

—Si no tiene papeles, no tiene nada que hacer aquí. Retírese, si es tan amable, señor.

—Venga ya... —dijo Bryce, mostrando las palmas de las manos.

El segundo guardia se acercó a él y lo empujó hacia atrás con la punta del fusil.

—No lo entienden, se la llevaron en... —porfié, pero volví a sobresaltarme

cuando el estruendo de la bocina del barco resonó por el puerto.

El segundo guardia levantó el arma un poco más hacia Bryce.

—Retírese, señor.

—No, no lo... No lo... —La bocina emitió un segundo aviso, más largo. Oí algo por encima de la sostenida reverberación final que me dejó helado—. No lo entienden, he...

Me volví hacia el barco. La multitud empezaba a dispersarse, a circular a nuestro alrededor, despejando el espacio que había entre nosotros y la pasarela.

En ese instante tuve la certeza de que la encontraría. No lo creía ni lo esperaba, lo sabía.

—¡Señor, retírese! ¡Ahora!

De nuevo, ese sonido. Una voz.

—¡Señor!

—¡Papi!

Levanté la vista hasta la cubierta y un subidón de adrenalina se propagó por todo mi cuerpo. ¡Cómo altera nuestra percepción del mundo la química del organismo! Mi mente y mis músculos resucitaron y el tiempo retomó su paso habitual. Allí, en la borda, con los dos pies apoyados en el listón más bajo de la barandilla, estaba Alice. Se asomó y estiró una mano hacia mí.

—¡Papi!

Los demás pasajeros no se fijaron en ella, demasiado ocupados como estaban buscando dónde ponerse o escrutando la multitud. Alice afianzó un pie un listón más arriba.

—¡Alice!

A continuación, levantó la otra pierna. Su cintura llegaba ya a la parte superior de la barandilla.

—¡Señor, retírese!

El segundo guardia hostigaba a Bryce con el fusil para que retrocediera.

—¡Alice! ¡No! ¡Espera!

Alice frunció el ceño con determinación. Se asió a la barandilla firmemente y subió una pierna temblorosa. Volvió a intentarlo cuando se le resbaló, y esta vez sí dio con el siguiente listón. La llamé y eché a correr, pero el guardia me alcanzó y me empujó hacia atrás.

—¡Es mi hija! —grité—. ¡Alice! ¡Bájate de ahí!

Una sonrisa esperanzada floreció en su rostro. Siguió mirándome, todo su empeño puesto en salvar la distancia que nos separaba. Era un viaje sencillo; solo la barandilla le obstaculizaba el paso. Después solo había vacío y, por último, yo. El mar helado y el suelo de cemento diez metros más abajo no formaban parte de la ecuación. Vi con espanto cómo porfiaba en su escalada.

—¡Que alguien la ayude! —le grité a la gente que pululaba por la cubierta.

Entonces otro sonido, otra voz que reconocí. Un brazo emergió de la multitud, rodeó el pecho de Alice y tiró de ella hacia atrás. El brazo de Beth. En el otro llevaba a Arthur. Dejó a Alice en la cubierta y empezó a regañarla. Vi que Alice protestaba, que agitaba los puñitos y que señalaba a la multitud mientras respondía a la dura reprimenda de su madre. Finalmente guardó silencio y tomó todo el aire que pudo.

—¡Es papi! —gritó.

Beth pareció titubear y se interrumpió. Detuvo en seco el dedo que estaba meneando, retorcido como un signo de interrogación. Se volvió hacia la multitud del puerto. Alice colocó las manitas sobre las mejillas de su madre y le orientó la cabeza hacia mí. Se quedó boquiabierta.

A partir de ahí, todo ocurrió muy rápido. La chimenea del barco liberó otro bocinazo. La multitud se agitó cerca de nosotros, se oyeron protestas, la gente se apartó. Los guardias se giraron hacia el tumulto. Se oyó una advertencia seguida del chasquido húmedo de un puño al impactar contra una mejilla. Se

había iniciado una reyerta. La gente estaba dejando espacio para dos hombres corpulentos, uno de los cuales se tambaleaba tras haber recibido un golpe.

El guardia me soltó, dio un grito y salió disparado hacia el tumulto. Su compañero lo siguió, de modo que Bryce y yo nos quedamos allí en medio, de cara a la multitud cada vez más dispersa que se alejaba del barco. Nos miramos y echamos a correr. Mantuve los ojos puestos en Beth mientras me abría paso entre la turba mugrienta, ignorando los empujones, los codos puntiagudos que se me clavaban en las costillas, los gestos amenazantes, los gruñidos de desprecio. Cuando alcanzamos el pie de la pasarela, vi que el acceso estaba restringido por una verja blanca cerrada con candado. Cuatro guardias se acercaron con recelo y uno de ellos extendió la palma de la mano. Era alto y tenía la mandíbula ancha y unos fríos ojos grises.

—¡Deténganse! —bramó.

—Mi familia está en este barco —le expliqué—. Por favor, tiene que dejarme embarcar.

—¿Lleva la documentación médica? —me preguntó.

—No, no, pero estoy bien. No tengo el virus —le aseguré—. ¡Déjeme hablar con ella!

Me miró de arriba abajo.

—No puede embarcar sin la documentación médica —me prohibió—. Retírese, el barco está a punto de zarpar. Por favor, apártese.

—No, mire —insistí, señalando la cubierta—. ¡Mi familia está ahí! ¡Está ahí mismo, en la cubierta! ¡Beth! ¡Estoy aquí! ¡Por favor, déjeme hablar con mi familia!

—¡Ed! —me llamó Beth.

El guardia giró la cabeza hacia el barco, sin apartar los ojos de mí hasta el último instante, cuando los dirigió a donde estaba Beth. La vio llamándome y se volvió hacia mí.

—Lo siento —dijo. Meneó la cabeza—. Yo no puedo hacer nada. No puede embarcar sin la documentación médica. Ni siquiera debería estar aquí. Ahora, por favor, aléjese de la dársena.

Los otros tres guardias se acercaron con cautela y nos apuntaron con los fusiles.

—No entiende que... —comencé—. Yo solo... Solo...

—¡Ed!

—¡Papi!

—¡Señor, apártese!

El guardia se irguió y levantó la cabeza. Retrocedí hacia la muchedumbre.

—Yo solo... Solo...

Miré a Beth. Estaba llorando. Sentí que un codo se hundía en mi espalda.

—Cuidado —refunfuñó alguien.

—Solo...

Sabía que Bryce estaba detrás de mí. Había permanecido en silencio y los guardias no le habían prestado demasiada atención. Ahora lo sentía cerca; oí que farfullaba algo, noté su aliento en mi nuca, percibí su frustración, que empezaba a montar en cólera. Un retumbo brotó de su garganta, gruñó, me agarró con ambos brazos. Los guardias se apartaron atemorizados. El primero levantó el fusil. Bryce me acercó a su cara y me plantó un beso furibundo en la mejilla. Me vi elevándome por encima de la multitud y balanceándome hacia ella. Bryce me impulsó a la vez que liberaba un rugido atronador.

Y entonces eché a volar, muy por encima de los rostros de pasmo de los cuatro guardias, agitando los brazos y las piernas mientras orbitaba sobre la verja y aterrizaba en la pasarela metálica con un crujido que se produjo en algún lugar de mi pierna y que preferí ignorar.

Me puse de pie penosamente y miré la multitud. Me encontraba en medio del puente. Oí vítores y gritos a mi alrededor, procedentes tanto del barco

como de la dárseña. Escudriñé la muchedumbre en busca de Bryce, pero el gentío había vuelto a cerrarse para girarse hacia el barco y ver qué ocurría. Los guardias estaban en la verja, intentando abrirla. Uno se peleaba con un juego de llaves. Cuando se le cayó, los otros blasfemaron. Vi la ocasión, me di media vuelta y corrí hacia la cubierta. Al final de la pasarela había una segunda verja, demasiado alta para escalar por ella. El tropel de pasajeros retrocedió cuando empecé a sacudirla, desesperado por abrirla, pero estaba cerrada con llave. Beth se hallaba un poco más adelante, junto a la barandilla, a mi izquierda.

—¡Ayúdenla a acercarse! —grité—. ¡Déjenme hablar con ella!

Los pasajeros se apartaron para permitirle el paso, con Alice colgada de su vestido y Arthur aferrado a su cuello, riendo al verme. Me apreté contra la verja y estiré una mano. Cuando Beth la cogió, tiré de ella hacia mí, introduje la otra y tomé su cara entre ellas.

Beth y yo nos conocimos durante unas Navidades, cuando los dos vivíamos en Londres. Estábamos en la fiesta de unos amigos. Yo tenía veintisiete años y estaba soltero; ella era un año menor y acababa de romper con su pareja. Era preciosa y divertida. Nos abordamos el uno al otro y nos apartamos de los demás, aunque les birlábamos el champán cuando no miraban y nos reíamos de la cara que se les quedaba cuando iban a beber de la copa vacía.

Beth me dijo que era su «cómplice». La llamé al día siguiente y quedamos en vernos en Año Nuevo. Yo pasé las fiestas con mis padres; ella, con los suyos, en Dundee. Nos mandamos mensajes de texto; cada vez que mi móvil sonaba, me invadía la misma emoción, y cada mensaje llegaba un poco más cargado de lascivia que el anterior. Me inventaba algún pretexto para abandonar la cena, la partida o la película que estuviera compartiendo con mi

familia en ese momento e iba a sentarme en el retrete, donde deslizaba el pulgar de arriba abajo por el teléfono para repasar el historial de la conversación una y otra vez, fantaseando.

Nos encontramos como habíamos convenido y la llevé a cenar a un restaurante polaco donde servían vodka en lugar de vino. Nos emborrachamos y nos besamos, y Beth me dejó dormir con ella en su cama, aunque no hicimos el amor hasta dos semanas después. Lo de ser «cómplices» se convirtió en una broma personal que aplicábamos a todo, incluido el sexo. Fue así como le pedí matrimonio, y también como manifestamos nuestros votos cuando nos casamos, cuando la miré en una pequeña iglesia y no alcancé a ver más allá de su rostro resplandeciente y el brillante ramo de flores rojas que sostenía entre las manos, rodeada de luces y ruidos difusos, desvaído el resto del mundo, tan distante e intrascendente a su lado.

No sé qué ha ocurrido desde entonces hasta ahora. Al final siempre cambiamos, a pesar de nuestras promesas; la vida termina llevándote por el camino que le place. Pero algunas cosas te hacen regresar al lugar por donde un día pasaste. Como el rostro de una mujer encuadrado por los barrotes de una verja.

Sostuve su cabeza entre mis manos y volví a sentir que la realidad se difuminaba. Los abucheos y los silbidos de la multitud, las protestas de los guardias que insistían en desbloquear la cerradura a mis espaldas, el clamor de los pasajeros congregados en la cubierta; todo se redujo a un murmullo distante, y lo único que quedó fue el rostro de Beth, sonriente, surcado por las lágrimas, colmado de amor. Se apoderó de mis sentidos, de mi tiempo, de mi ser. Me embargó una profunda vergüenza y lo lamenté; lamenté haberla

dejado en el cuartel, lamenté no haberla cuidado mejor, lamenté no haber estado a la altura como marido, como padre ni como amigo. Solo podía decirle que lo sentía.

—Lo siento —dijo ella. Sus ojos se arrugaron.

—¿Qué?

—Siento que te dejáramos en el cuartel, creí que sería nuestra única oportunidad, dijeron que enviarían más helicópteros. Tenían medicamentos para Arthur. Lo siento muchísimo.

—No eres tú quien debe sentirlo —le dije.

La verja del pie de la plataforma se sacudió y Beth miró más allá de mí. Al volverme vi a uno de los guardias gritándome algo en un idioma que no entendía mientras dos de sus compañeros forcejeaban con la cerradura de la verja. Miré a Beth. Estaba asustada.

—No te preocupes —le dije—. No pasa nada, he venido a buscarte, a llevarte a casa.

Beth inclinó la cabeza tristemente y sacó la mano entre los barrotes para acariciarme la mejilla.

—No podemos volver a casa, Ed.

—Lo sé. Ahora lo sé.

Me reí.

Sonó el tintineo de unas llaves que cayeron sobre el cemento, se oyeron las voces encendidas de los guardias que discutían entre ellos. Un grupo situado entre las primeras filas de la turba se reía.

Respiré hondo e inhalé el olor de su cabello. Los recuerdos de Londres; de la primera noche que pasamos juntos; del vuelo a Roma que tomamos en nuestra luna de miel y que me pasé inclinado sobre ella viéndola dormir; de cuando tomé su cabeza entre mis manos en la sala de partos y la apreté contra la mía mientras Arthur llegaba al mundo.

—Lo siento —susurré—. No he sido lo que te merecías. No he hecho... No he hecho lo suficiente.

El pasaje del barco había formado un pequeño semicírculo en torno a Beth. Algunos miraban inquietos hacia popa. La multitud estaba dejando paso para que una nueva patrulla accediera al barco.

—Sí lo has hecho —afirmó—. No digas eso.

—No lo hecho, pero cambiaré. Te lo aseguro. Lo único que quiero eres tú. —Estiré la mano para acariciar el rostro jubiloso de Arthur, sonreí y miré a Alice, que me observaba con su mirada sombría—. Tú y estas dos cosas. Lamento que tuviera que llegar el fin del mundo para darme cuenta de ello.

Beth sonrió y sus ojos se llenaron de paz. Me rodeó el cuello con el brazo, me acercó a ella y me apretó la frente contra los barrotes mientras abrazaba su mirada a la mía.

—Este es nuestro mundo, Ed —me dijo—. Tú, yo y estas dos cosas. No importa lo que ocurra ahí fuera.

Mis sentidos. Mi tiempo. Mi ser.

—Papi, ¿qué te ha pasado en el ojo?

Miré a Alice. Se agitó, un conejito mugriento apretado en el puño. Me arrodillé y extendí el brazo para tocarle la frente.

—Un pajarito malo.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿Puedes ver?

—Ahora sí.

Frunció el ceño con suspicacia.

—Podrías ponerte un parche —sugirió—. Como los piratas.

—Tengo algo para ti —le dije. Me llevé la mano a la chaqueta para sacar uno de los extremos del cuerdífono, rompí la cuerda con los dientes y le tendí

la maltratada lata. Alice la tomó con una sonrisa—. Ahora puedo hablar contigo.

Alice quiso decir algo, pero vi que la gente se agitaba a sus espaldas y que un guardia aparecía a la carrera.

—Apártese de la verja —me advirtió.

—Por favor —le rogó Beth—. Es mi marido. Tiene que dejarle embarcar.

—¿Papeles? —requirió el guardia. Meneé la cabeza y la apoyé contra los barrotes—. Entonces debe retirarse. Por favor, apártese.

—Tiene que dejarle —insistió Beth. Se volvió hacia él, furiosa—. Tiene que dejarle. Tenemos hijos.

—No sin los papeles. Lo siento. Ahora, por favor, apártese.

Oí el cascabeleo de las llaves junto a la verja de abajo, entre los gritos del gentío. La verja se sacudió.

—Entonces desembarcaremos —decidió Beth. Sacó el brazo y me cogió de la mano sana—. Nos quedamos contigo. Abra la verja.

El guardia del barco parecía indeciso, nervioso. Recordé la casa junto al acantilado, el huerto, el bote. Una posible vida. Una vida de ensueño. En cubierta, por detrás de Beth, vi a una enfermera que estaba atendiendo a un niño. Había pilas de agua embotellada, de ropa limpia, de mantas reconfortantes, de alimentos; vi alivio en los rostros de los pasajeros. No necesité mirar a mis espaldas para ver la diferencia con las caras de la gente del puerto.

«Aquí todo era oscuridad y muerte. Allí todo era luz y vida.»

—No —dije—. Quedaos aquí. Os buscaré.

Beth parpadeó y una lágrima se escurrió por su mejilla, pero no se opuso. Lo había entendido.

—Ahora retírese —ladró el guardia de cubierta.

Oí abrirse la verja de abajo y un abucheo de decepción se propagó entre la

aglomeración de curiosos mientras sonaba el golpeteo de unos pasos por la plataforma.

Te devanas los sesos pensando en la frase adecuada, en la máxima que le da sentido a todo, en el razonamiento que explica la vida y cuanto hay en tu corazón, pero te encuentras agarrado con fuerza a una verja, tienes las manos cansadas, el tiempo se agota y lo único que te queda son unas palabras y un revoltijo de sentimientos que no terminas de comprender. Solo te quedan unas cartas, una baraja mezclada y unas manos temblorosas, y no tienes ni idea de cómo jugarlas. Así que te aferras a cualquier cosa que pudiera servirte. Intentas resonar. Te devanas los sesos para que te venga a la cabeza algo que decir, una historia, un recuerdo, cualquier cosa.

—Alice me dio un beso —dije.

—¿Qué?

Sentía sacudirse el puente metálico a mis espaldas.

—Habíamos estado discutiendo por la leche. Estábamos cansados. Tú estabas abajo, enfadada, dando portazos. Yo estaba arriba, tendido en el suelo del dormitorio, y Alice se acercó a mí. Me dio un beso. Aquí. —Me toqué la frente, por encima del ojo herido. Beth meneó la cabeza, confusa—. Fue maravilloso —susurré—. Es maravilloso. —Tres manos me sujetaron por los hombros—. Eres maravillosa.

Tiraron de mí hacia atrás y mis dedos se escurrieron de la verja. Mis talones se arrastraron y el barco se difuminó. Me golpeé la cabeza dos veces contra el metal cuando me dejaron caer al suelo de la dársena. La chimenea del barco tronó y oí revolverse el agua. Me quedé tendido, inmóvil, la vista extraviada en el cielo eléctrico. Un corro de caras de preocupación que no conocía enmarcaba la luz del sol moribundo. Mantuve el ojo abierto, reacio a parpadear.

Sennen

Quieres saber la verdad. Quieres saber si lo que sucedió ocurrió realmente. Te diré lo que creo yo.

Creo que hay tres cadáveres enterrados en el campo de detrás de la casa en la que vivo. Creo que dos de ellos eran los desconocidos que vivían aquí antes que yo y que el tercero era un anciano que se llamaba Harvey Payne y que una vez cruzó Australia corriendo. Creo que en algún lugar al norte de Birmingham yace el cuerpo de una soldado que se llamaba Laura Grimes; que un hombre que se llama Richard Shore se encuentra a salvo con su hijo a bordo de un barco que navega rumbo a Sudáfrica. Creo que me separé de un escocés de dos metros que se llamaba Bryce Gower, con una melena que le llegaba a la cintura, cuando nos mezclamos con una multitud de refugiados hambrientos en el puerto de Falmouth.

Ahora, después de escribir estas líneas, entiendo que tú puedas creer otra cosa. Y tal vez extraigas tu propia versión de la verdad. Pero cada uno elige su verdad, cada uno elige qué creer. Las creencias son simples historias que nos contamos a nosotros mismos para que la vida nos resulte más soportable. Así que tú disfruta de la tuya, que yo disfrutaré de la mía.

Me quedé en Falmouth uno o dos días, intentando encontrar a Bryce en los campamentos que la gente había montado. Nadie lo había visto. Se produjo una disputa cuando zarpó el último buque de apoyo, pero en realidad a nadie le quedaban fuerzas suficientes para que llegara la sangre al río. Lo vi

desaparecer tras el horizonte, y después la multitud se dispersó. Regresé aquí, a la casa donde hicimos noche antes de bajar corriendo a Falmouth. Me cobijé en el garaje durante un día o dos, hasta que decidí arriesgarme a entrar en la vivienda. Empleé unas mantas para sacar los cuerpos del chico y de la chica que estaban sentados a la mesa. Por la ropa que llevaban puesta, supuse que tendrían veintitantos años, y vi que ella estaba embarazada cuando murieron. Preferí no darle demasiadas vueltas. Los enterré en el campo junto a Harvey.

Ya llevo aquí dos meses y no tengo síntomas de ninguna enfermedad, así que supongo que estoy a salvo. Le estoy cogiendo el truco a lo de pescar. En el garaje encontré un sedal con el que bajo a las rocas cuando sube la marea. No sé cómo se llaman los peces que pesco, pero casi todos me gustan. Junto a la carretera hay un estanque que se llena con la lluvia, así que es de ahí de donde saco el agua. Además, el clima no deja de mejorar. Sobreviviré.

El tobillo tardó un mes en curarse. Ahora todos los días me levanto antes del alba y salgo al sendero que rodea el cabo. Corro durante dos o tres horas, o hasta que no aguanto más. En un cajón de la cocina encontré un reproductor de música y una caja de pilas cargadas. La mitad de las canciones son nuevas para mí y, aunque la pantalla está rota y no puedo ver cómo se titulan, hay una que me gusta escuchar mientras corro. Comienza con el murmullo de una especie de tren largo que emerge de un túnel para a continuación estallar en un profundo coro de guitarras demoledoras y baterías lejanas. El cantante parece manifestarse desde algún lugar remoto, desde un desierto perdido entre la realidad y los sueños. Hay una estrofa en la que habla de buscar algo con el ojo sano cerrado, lo que me parece de lo más apropiado teniendo en cuenta mi condición física. Aunque el ojo se me ha curado, sigo sin ver por él, y no tiene muy buen aspecto, así que lo llevo bien tapado con un trozo de tela negra que recorté de un abrigo. Quizá Alice me tome por un pirata

cuando amarre en Ciudad del Cabo.

Al final de la canción el cantante aúlla un largo estribillo con el que asegura encontrarse de camino. También me identifico con eso; al fin y al cabo, tengo un pequeño barco.

Necesita algunas reparaciones y, aunque no sé lo que estoy haciendo, supongo que la pareja pretendía hacer lo mismo antes de los impactos, porque he encontrado varios libros en la casa que me están ayudando mucho. El mástil me preocupa bastante y no tengo ni idea de si se mantendrá a flote. No quiero darle demasiadas vueltas a la cuestión de cómo bajarlo al agua ni a qué distancia tendré que navegar por mares y costas que podrían estar irreconocibles. Eso son solo detalles.

Siento como si mi alma hubiera despertado de un sueño profundo y tenebroso, y que mientras siga moviéndome, mientras siga corriendo, no volverá atrás. No sé adónde vamos. No sé qué será de nosotros ni qué suerte correrá la civilización. Pero sí sé adónde voy yo, y eso ya es bastante.

A veces, cuando termino de pescar y de hacer arreglos en el barco, salgo a correr de nuevo antes de la puesta de sol. Luego vuelvo a casa, ceno y leo los libros que encuentro en las estanterías de la pareja fallecida. Antes de echarme a dormir, le susurro unas palabras a una lata grabada con cinco pares de iniciales.

Esto no es el final. Nunca es el final. Sigo vivo y sigo soñando con mi familia. A veces la echo tanto de menos que el dolor de la distancia y el que me produce correr convergen y se fusionan en algo brillante que se condensa en mi puño como un átomo.

Esta mañana, al salir el sol, mientras subía por el sendero escarpado que parte de la cala, recordé uno de los días de la desafortunada salida campestre que hicimos a Cornualles; casi lo había olvidado. Había amanecido y acabábamos de llegar a la cala de Sennen, una preciosa playa blanca contigua

a Land's End. Salimos a pasear junto a los acantilados e hicimos un alto al llegar a la arena, donde jugamos a huir de las olas, bailamos y reímos mientras se ponía el sol. Recuerdo que palpé la barriga de Beth, cada día más abultada, que la vi sonreír bajo la luz meliflua mientras Alice le besaba las mejillas. Recuerdo que me enamoré de ella por enésima vez.

Esta mañana los sentí a mis espaldas al subir por el sendero. Sentí el aliento de Beth en mi nuca mientras hundía los pies en la arena. Juro que percibí el olor de la cabeza de mi hijo en la brisa y que oí tintinear la risa de Alice, destellante como el centelleo de las olas, antes de que se perdiese en el aire de la mañana. Estaban ahí, conmigo. Los sentí.

Al llegar arriba, me di media vuelta y miré el sol. Extendí los brazos y, contra el calor atronador de esa remota bola de fuego que comenzaba a alzarse sobre mí, yo también elevé mi aullido.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a estas personas; todas ellas me han ayudado a convertir este libro en realidad: Dennis Coughlin, Catriona Vernal, John-Paul Shirreffs, Bob Ross y mi padre, Norrie Walker.

Quisiera añadir también un agradecimiento especial para el traductor español, Raúl García Campos, y para todo el equipo de Penguin Random House Grupo Editorial.

Este libro está dedicado a mis hijos y a mi esposa, Debbie, sin la cual esta historia no existiría. Gracias, amor, mi «cómplice».

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con una persona real, viva o fallecida, es una mera coincidencia.

Bueno, salvo Jacob (gracias, Tobias).

Solo hay una forma de sobrevivir:

CORRER

¿Estás preparado?

El *thriller* contrarreloj definitivo



Cuando se acerca el fin del mundo y estás atrapado en el lado equivocado del país, cada segundo cuenta. Nadie lo sabe mejor que Edgar Hill. Su familia está a casi mil kilómetros y si quiere volver a verlos antes de que todo acabe, tendrá que esforzarse al máximo.

Tendrá que correr.

Tendrá que darlo todo.

Pero ¿y si no es suficiente?

«Bien escrita, desgarradora, conmovedora, épica e ingeniosa. Es la historia de un hombre que intenta ser el padre que quiere ser antes de que llegue el fin del mundo.»

Goodreads

«Pura adrenalina.»

Brigitte MOM

«Extraordinaria.»

SIMON MAYO, programa *Radio 2 Book Club*

«Fascinante e intrigante.»

Stern

«De lectura compulsiva... Si este libro no te convierte en runner, nada lo hará.»

SFX

«Lo que hace especial a esta novela es lo extraordinariamente dotado que está Walker para hablar de sentimientos.»

The Sun

«Te entusiasmará y te encantará... Terroríficamente minuciosa, de lectura inquietante y, por momentos, angustiada.»

Starbust

Adrian J. Walker nació en Australia a mediados de la década de los setenta, pero creció en el Reino Unido ya que su familia se trasladó posteriormente. Desde que tiene memoria le han interesado tres cosas: las palabras, la música y la tecnología.

Corre hasta el fin del mundo es su segunda novela, y la primera publicada en español.

En la actualidad vive en Londres con su mujer y sus dos hijos.

Si quieres saber más, visita su web adrianjwalker.com.

Título original: *The End of the World Running Club*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2016, Adrian J Walker

Publicado por primera vez por Ebury Press, un sello de Ebury Publishing, que forma parte del grupo Penguin Random House.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Raúl García Campos, por la traducción

Adaptación del diseño original de la portada de www.headesign.co.uk: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01870-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Corre hasta el fin del mundo

Creencias

Fin

Hacinados

Más que servido

Pot Noodle

¿Qué ha ocurrido?

Conejos

Oficial superior

Volar

Carlops

Artículos

Se han ido

Gloria

La voz fría

Cerdos

Regreso

Londres está reventado

De pie

La lucha

La Mansión Bartonmouth

Los que corren hasta el fin del mundo

Telescopios estropeados

El campo de Jenny Rae

Gaviota al vindaloo

Oscuridad

Iglesia

No hay profetas blancos

Familia

Barquitos

A nadie más

Feliz Navidad

Nunca es el final

Sennen

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Adrian J. Walker

Créditos